

Reedición

Javier Romero

# El ingrediente perfecto



# **EL INGREDIENTE PERFECTO**

**JAVIER ROMERO**

© Javier Romero

Octubre de 2018

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diseño de portada: Asesoría literaria Alfa

## Uno

—Quiero hacer un brindis.

Levantaron sus copas al unísono con la vista clavada en el hombre que sonreía con suficiencia sentado en el lugar presidencial de la mesa. Su pose era la de quien se sabe admirado y odiado a partes iguales, pero al que nada importa, excepto sí mismo.

—Por Marco, ¡el Rey Midas de los restaurantes!

—¡Por Marco!

El artífice del brindis miró al homenajeado con admiración y éste le correspondió con un simple movimiento de cabeza. Al tiempo que los demás dejaban sus copas en la mesa, Marco se levantó con parsimonia y carraspeó antes de comenzar a hablar con voz poderosa.

—Quiero daros las gracias a todos por este brindis y por acompañarme en la apertura de mi décimo restaurante. Lo que en un principio fue tildado de locura por muchos, incluyendo a mi propio padre —explicó para regocijo de sus oyentes—, ahora es una realidad. *Marco cuisine exquisite* es un sueño que tuve hace mucho tiempo y que ahora forma parte de nuestras vidas. —Marco levantó su copa al igual que habían hecho sus amigos un instante antes y bebió un sorbo del mejor champán francés.

—Por vosotros —dijo aún con la copa en alto—, mis mejores amigos.

Se sentó sin dejar de sonreír y todos en la mesa comenzaron a charlar animosamente como si aquel brindis no hubiera existido. El joven que había levantado su copa por Marco, sentado a su derecha, se acercó a él para hablarle pero fue interrumpido por una mujer, con un vestido rojo muy ajustado, que se había aproximado a Marco sigilosamente por la espalda y que, tras posar sus manos en los hombros del empresario, se inclinó y lo besó

en el cuello.

—¿Nos vemos esta noche? —preguntó con voz sensual y un ligero acento.

—Puede ser que sí o puede ser que no —respondió Marco sin tan siquiera volverse—. Quizá te llame luego.

—Esperaré pegada al teléfono, *mon cheri*. —Volvió a besarlo en el cuello y se marchó de la misma forma que había llegado; caminando como un felino silencioso e insinuante.

—No puedo creerlo —comentó el joven tras escuchar el breve intercambio de palabras de su amigo y la mujer de rojo.

—¿El qué no puedes creer?

—Si yo le hubiera dicho lo que tú, me hubiera mandado a la mierda.

Marco sonrió y chasqueó la lengua.

—Pero tú no eres yo.

—Eso está claro. —El joven suspiró resignado—. Qué envidia me das. A mí me tocará peli porno y tú podrás elegir con quien te acuestas.

Marco se levantó de repente y le puso la mano en el hombro a su amigo que realmente parecía abatido.

—Cristian, es lo que tiene el dinero y tú me ayudas a conseguirlo porque eres un buen amigo y un buen abogado. No le des más vueltas y no abuses del porno.

El empresario se disculpó y abandonó la mesa para acercarse a la barra. Estaba muerto de sed y el Moët & Chandon que estaban bebiendo en la mesa le reseca la garganta. Necesitaba algo más fuerte que le hiciera sentir en la cima del mundo. Nada más acercarse a la barra, una camarera rubia acudió a su encuentro.

—Buenas noches, jefe.

—Hola, Brenda —saludó dirigiendo una breve mirada a la joven—. Ponme un *Tom Collins* bien cargado.

—¿Y no prefiere algo con más... cuerpo?

Marco levantó la vista con lentitud y la clavó en el escote de la camarera que dejaba muy poco a la imaginación. Un segundo después la miró a los ojos.

—¿Qué me sugieres?

—Sugiero un jacuzzi, un buen masaje y lo que usted quiera de mí.

Marcó sonrió satisfecho y se inclinó sobre la barra para acercarse a la camarera y de paso observar el nacimiento de unos senos que ya conocía y

que había probado con anterioridad.

—Puede ser que sí o puede ser que no. Quizá te llame luego, preciosa. Y ahora, ponme un *Tom Collins*.

La joven ronroneó como un gatito y le lanzó un beso que él ignoró acostumbrado a esas muestras efusivas. Esperó su bebida y, cuando la tuvo en su poder, la cogió sin mirar a la camarera y se marchó en dirección a la cocina, el lugar donde seguía sintiéndose más a gusto a pesar de haber dejado los fogones años atrás.

—Buenas noches, *chef* —le saludó el jefe de cocina, un hombre algo mayor que él y muy grueso, con un bigote a lo *Chaplin*, entretenido en flambeare una tortilla Alaska en miniatura.

—Buenas noches, August. ¿Qué tal la noche? —preguntó al tiempo que se sentaba en una banquetta, reservada para él, situada junto a la puerta.

—Como siempre, señor —explicó sin dejar el soplete y sin apartar la vista del dulce—. Un éxito. Cuarenta y ocho mesas incluyendo la del concejal que es la única que sigue operativa. Los demás están con los postres.

—¿Algún problema con la mesa Vip?

—Los de cada noche —contestó encogiéndose de hombros—. Mucho alcohol y mujeres pero nada de eso tiene que ver con la cocina.

Marco observó una vez más los movimientos de los cocineros y sus ayudantes, se levantó y no añadió nada más. Confiaba en aquel hombre que le había ayudado a levantar su cadena de restaurantes y que se había convertido en un pilar fundamental para el antiguo cocinero y ahora empresario. August era lo que el propio Marco llamaba un chef volante que estaba allí donde se le necesitaba y que ahora se encargaba de poner en marcha la cocina del local recién inaugurado.

Regresó al salón con la copa en la mano y observó el ambiente con ojos escrutadores y confirmó lo que ya sabía de antemano. Como había comentado su amigo Cristian, todo lo que tocaba se convertía en oro y el décimo restaurante de la cadena *Marco cuisine exquisite* no era una excepción. El ambiente lujoso y la cocina minimalista de diseño se mezclaban en una combinación perfecta que lo había llevado al éxito. Era un hombre atractivo, ambicioso y muy rico. A sus treinta y tres años, todavía se mantenía en forma y su cuerpo delgado y fibroso acompañaba un rostro perfilado y angulado que le daba un aspecto duro, tan solo suavizado por una mirada gris con la que encandilaba a las mujeres. Únicamente se había permitido una pequeña rebeldía y era una melena rubia y ondulada que siempre llevaba pulcramente

recogida en una coleta. De reojo se miró en uno de los espejos que vestían los pilares de la sala y sonrió satisfecho ante lo que vio. Levantó la copa y brindó consigo mismo.

—Por ti.

La imagen elegante y decidida le devolvió el brindis y Marco, como había predicho antes de recibir su copa, se sintió en la cima del mundo. Sin pensar, se llevó la bebida a los labios y la apuró de un trago repitiendo el ritual de cada fin de semana.

Regresó a la barra y se encontró con un *Tom Collins*, adornado con una rodaja de lima como a él le gustaba, esperando en la barra bajo la pícara y atenta mirada de Brenda. Marco aprovechó para contemplar de nuevo el escote de la camarera antes de darle la espalda con la copa en la mano. El primer cóctel de ginebra cumplió con su cometido y se le subió a la cabeza en seguida. Maldijo en voz baja y le echó la culpa a su falta de apetito.

Buscó donde dejar su copa pero no encontró ninguna mesa vacía por lo que se encaminó hacia los baños con el cóctel en la mano. Entró en un vestíbulo decorado al estilo años veinte y allí abrió la puerta del aseo de hombres que encontró vacío. Dejó la bebida en la encimera y se contempló en el espejo. Su reflejo era el de un hombre agotado, pálido y con dos suaves manchas oscuras bajo los ojos ganadas a pulso noche tras noche.

—Tío, necesitas descansar.

Esta vez nadie levantó una copa por él ni aplaudió ninguno de sus chistes porque estaba solo; más solo de lo que nadie podía llegar a imaginar. Pero no le importaba porque ésa era la vida que había escogido; la vida que él mismo había buscado tras huir de su hogar con tan solo diecinueve años y con el hambre de quien cree que puede comerse el mundo. No solo se lo comió sino que se lo puso por montera.

Marco bebió de su copa antes de meter la mano en el bolsillo de la chaqueta para sacar un pequeño cilindro de metal. Lo miró durante varios segundos y volvió a maldecir. Guardó el tubito en el mismo lugar de donde había aparecido y abrió el grifo del agua fría que acabó empapando todo su rostro. Dejó caer la cabeza con pesadez y resopló con fuerza al tiempo que unas cuantas gotas regaban la superficie cristalina del espejo. Se secó el rostro con una toallita de papel, se contempló una última vez en el espejo y, con la sensación de una opresión en la boca del estómago, cogió la copa y salió del aseo.

—Pensaba que no ibas a salir nunca, querido.

Marco se encontró de bruces con una mujer morena de unos cuarenta años que lo esperaba y que se abalanzó sobre él sin contemplaciones. Plantó sus labios en los del empresario y, con ayuda de la lengua, se los abrió con ímpetu desmedido mientras le agarraba sus atributos masculinos y apretaba con desesperación. Marco se revolvió y consiguió separarse de ella que, casi al instante, volvió a la carga.

—¡Basta! ¡Tu marido está ahí! —exclamó Marco empujándola con suavidad.

—¡Ya está borracho! —espetó la mujer ofendida—. Además, ¿desde cuándo te ha importado eso?

—Desde que necesito el apoyo político para conseguir una puta licencia —respondió Marco con acritud—. Ahora, los políticos van de honrados por la vida aunque todos sabemos que es mentira. Tu marido es el único concejal al que puedo untar.

Ella volvió a acercarse a él con movimientos felinos y sensuales.

—¿Por qué te crees que sigo a su lado? La tiene muy pequeña y me aburre en la cama. No como tú. —La mujer pasó su dedo índice por el pecho de Marco y se pegó a él aún más— Si no fuera por su dinero...

Él chasqueó la lengua aburrido y miró a la mujer con indiferencia.

—Supongo que eso es lo que buscas de todos los hombres.

Para su sorpresa, ella se apoyó en la pared del vestíbulo, se subió el vestido y le mostró su pubis rasurado.

—No te equivoques. De ti quiero un buen polvo y me lo vas a dar ahora mismo.

Marco miró hacia el salón del restaurante y cruzó los dedos para que nadie acudiera a los baños en ese preciso instante.

La mujer del concejal se levantó aún más el vestido, se giró con lentitud para que él pudiera contemplar sus generosos glúteos y entró en el aseo de mujeres no sin antes lanzarle a Marco una mirada significativa. La puerta se cerró tras ella y el empresario se mantuvo firme con la vista puesta en el cartel que representaba a una mujer de la *Belle Epoque*. Resopló con desgana, dio un paso hacia el aseo y volvió a detenerse. Apuró la copa de un solo trago, se agachó, la dejó en el suelo junto a una papelera dorada y regresó de nuevo al salón. Miró de reojo la mesa Vip donde resultaba evidente que el concejal, con una servilleta atada alrededor de la frente, había bebido demasiado y caminó hasta su mesa donde Cristian lo esperaba. Lo miró de arriba a abajo y sonrió con picardía.

—Si no fuera porque solo han pasado diez minutos, diría que vienes de estar con una mujer —bromeó sin saber que había dado en el clavo.

Marcó firmó un papel que había junto a su plato y tiró el bolígrafo encima de la mesa.

—Me voy a casa a descansar —dijo en voz alta para que todos los comensales lo escucharan—. Está todo pagado. Disfrutad y muchas gracias por venir. Se dio media vuelta y salió del local con Cristian pegado a sus talones.

Nada más pisar la acera, un chaval con un chaleco amarillo fluorescente echó a correr en dirección a una bocacalle y regresó conduciendo un deportivo de color negro que detuvo junto a Marco. El empresario le dio un billete de veinte euros a cambio de las llaves y el chico correspondió con una reverencia. Abrió la puerta del conductor al mismo tiempo que Cristian abría la del copiloto y los dos hombres aterrizaron en su interior a la vez.

—¿Qué te pasa? —preguntó Cristian sin andarse por las ramas.

—Estoy cansado. Me voy a casa.

El abogado bufó y se movió en el asiento buscando algo en el bolsillo del pantalón.

—Nos conocemos desde hace tiempo y a mí no me engañas. Nunca desaprovechas un buen polvo...

—Estoy cansado —le cortó de malos modos—. Ya te lo he dicho.

Cristian consiguió extraer del bolsillo lo que buscaba y se lo enseñó a Marco que negó con la cabeza.

—Ahora no me apetece. Necesito otra cosa.

Mientras el abogado preparaba una raya de cocaína sobre el salpicadero del coche, Marco sacó una botella de ginebra que guardaba en la guantera y le dio un largo trago acompañado del sonido inconfundible de una poderosa inhalación. Cristian estornudó casi al instante y se limpió la nariz con un *kleenex*.

—Eso te va a matar.

—No te hagas el inocente que conozco muy bien el botecito que guardas en el bolsillo derecho de la chaqueta. —Marco sonrió de medio lado—. Además, la ginebra tampoco es agua bendita.

El empresario levantó la botella a modo de brindis y apuró la mitad de un largo trago.

—¡Por el dinero! —exhortó.

—Y las mujeres.

—¡Por el poder!

—Y las mujeres.

—¡Por el éxito!

—Y las mujeres.

Marco apuró el resto de la botella y la tiró en el asiento de atrás de mala gana. Beber no solía convertirlo en una persona divertida y hoy estaba de peor humor que de costumbre.

—¡Largo de mi coche! —exclamó de repente.

Cristian lo miró de reojo y abrió la puerta del copiloto. Lo conocía demasiado bien como para saber que Marco, en ese estado, era muy mala compañía.

—Hasta mañana, pitufo gruñón. —Le enseñó el dedo corazón extendido y cerró la puerta con fuerza.

Marco se quedó un instante con la cabeza apoyada en el volante antes de meter la llave en el contacto. Comprobó que su amigo había desaparecido dentro del local antes de ponerse en marcha. Percibía los sentidos abotargados pero no le importaba. Había conducido en ese estado un millón de veces y se conocía el camino a su casa de memoria.

Pisó el acelerador y el coche rugió bajo sus pies. Abandonó la ciudad y tomó la ancha avenida que llevaba a su chalé situado en una de las mejores urbanizaciones de Madrid. Tan solo le quedaban unos pocos metros para atravesar el puesto de control cuando unas luces azules intermitentes iluminaron la noche y el interior del deportivo.

—¡Mierda! —exclamó Marco al mirar por el espejo retrovisor y descubrir un todoterreno de la Guardia Civil a su espalda. Pensó en acelerar pero hasta él, en su estado, sabía que era una locura. Así que frenó poco a poco y detuvo el coche en el arcén. Se quedó quieto como una estatua con las manos sobre el regazo hasta que escuchó un golpe en la ventanilla. Sin mirar, apretó el botón y el vidrio descendió acompañado de un suave zumbido.

—Buenas noches —saludó Marco con educación sin mirar al agente—. Quería un *Whopper* con doble de queso, coca cola mediana y patatas grandes. ¡Ah! Y kétchup y mostaza.

—Buenas noches —saludó un agente al tiempo que se llevaba la mano a la frente en un gesto instintivo pero con la dureza del que no le gusta que le tomen el pelo—. No sé si se percatado pero acaba de pasar por un control de velocidad a ciento sesenta por hora.

—Tampoco es para tanto —replicó Marco con chulería y sin mirar al agente.

—Teniendo en cuenta que es una vía con límite de sesenta... —El agente esperó la contestación del empresario pero ésta no llegó ni tampoco ninguna reacción por su parte.

—¿Se encuentra bien?

Ante el silencio de Marco, el agente apretó un botón de una linterna que portaba en la mano y alumbró el rostro del cocinero y empresario que entrecerró los párpados al sentir el haz de luz. Barrió el interior del vehículo y se detuvo en el asiento de atrás donde descubrió la botella vacía de ginebra.

—¿Eso qué es?

—Una botella —contestó Marco sin inmutarse—. Debería salir un poco más de marcha.

—No se haga el gracioso. Ya sé que es una botella —espetó el agente molesto por el tono utilizado por el empresario—. ¿Es suya?

—Sí, es alcohol para las heridas.

El agente iluminó la parte delantera del vehículo y mantuvo el haz fijo en el salpicadero.

—Y eso supongo que es talco para el culo. —El agente sonrió con malicia y se separó un par de pasos del vehículo con la mano derecha apoyada en la culata de su pistola—. Baje del vehículo muy lentamente.

Marcó abrió la puerta obedeciendo al agente y se mantuvo en el asiento con los pies apoyados en la hierba del arcén. Se inclinó hacia delante y apoyó los codos en las rodillas.

—¡Le he dicho que baje del vehículo! —exclamó el agente sin desenfundar el arma pero en tensión.

Ante la pasividad de Marco, el guardia civil se acercó a él para obligarlo a descender del coche pero, justo en el instante en el que posó la mano en su hombro, el empresario vomitó sobre sus zapatos y, acto seguido, se echó a reír.

—No puedo bajar porque hay una pota y no quiero mancharme.

El agente, visiblemente enfadado, tiró de él con violencia, lo giró y le estrelló contra el coche mientras le ponía las esposas.

—Está detenido.

A pesar de todo, Marco no pudo evitar soltar una carcajada que resonó en la noche aunque sabía que esta vez se había metido en un buen lio.

## Dos

—¿No puedes quedarte un poco más?

—Bueno, si no te importa que dé a luz aquí, en mitad de la cocina... —

La joven sacudió la cabeza, agitando su larga melena de color azabache, y se dejó caer en una de las diez sillas que acompañaban a una inmensa mesa de madera ajada por el paso de los años.

—No es eso, Aurora. Ya sabes que soy la primera en desear que pases tiempo con Saúl.

—Si pudiera quedarme lo haría, Gabi. Ya me conoces.

—Lo sé. Lo que pasa es que te voy a echar mucho de menos. Esto no será lo mismo sin ti y sin tus espaguetis con tomate.

—Yo también te voy a echar mucho de menos. A ti y a los niños.

Aurora se acercó a su joven jefa y se inclinó a su lado con esfuerzo. Tan solo le quedaba un mes para ser madre y se sentía pesada y muy agotada. Tenía treinta y ocho años y la noticia de su embarazo resultó un milagro para todos. Diez años antes los habían desahuciado en la Seguridad Social y no tenían dinero para pagar un tratamiento de fertilidad en cualquier clínica privada por lo que la llegada de la pequeña Isabel era un auténtico regalo.

Gabriela sujetó a su amiga y empleada y la invitó a levantarse para, acto seguido, apoyar su cabeza en la barriga abultada.

—Isabel es una niña afortunada —comentó al tiempo que notaba en la mejilla el movimiento del bebé—. Tiene dos padres maravillosos.

Aurora posó sus manos en las mejillas de Gabriela y le elevó la cabeza con infinito cariño. La besó en la frente y suspiró.

—Siento dejarte sin cocinera.

—No te preocupes. Ya nos apañaremos. Lo que pasa es que la partida

de este mes tengo que destinarla a Manuela.

—¿Otra vez ha vuelto a estropearse? —preguntó Aurora preocupada.

—Otra vez. Ese maldito cacharro nos está trayendo por la calle de la amargura. Y lo malo es que les prometí a los chicos que iba a llevarles a una granja escuela antes de Navidad.

—Eso debe ser por el nombre que le habéis puesto a ese trasto.

—Es cosa de Quique. Siempre dice que la furgoneta le recuerda a una cuidadora que trabajaba en el último hogar de acogida donde estuvo.

—Estos chicos...

Gabriela se levantó de la silla justo cuando la puerta de la cocina se abría y entraba una niña pequeña a la carrera.

—¡Quiero una galleta! —exclamó plantada frente a Aurora que la miró con gesto serio.

—Alba, ¿cómo se piden las cosas? —preguntó la mujer con una dureza mal fingida.

La niña rubia dejó caer los brazos a los costados de su menudo cuerpo y resopló con la impaciencia propia de los niños.

—Aurora, ¿me das una galleta? Por favoooooor.

Ante el ruego de la niña, que tenía muy claro las armas que debía utilizar para lograr su objetivo, la cocinera se acercó a una alacena y extrajo de ella un bote metálico del que sacó una galleta horneada por ella misma.

—Toma, anda.

Alba se aupó y agarró el dulce con ambas manos. Se lo introdujo en la boca a toda velocidad y lo tragó casi al instante.

—¿Me das otra? Por favoooooor.

Aurora cerró el bote y lo volvió a poner a buen recaudo. Cerró la puerta de la alacena como si se tratara de una caja fuerte y volvió a mirar a la niña con gesto serio.

—No hay más que luego no comes.

—Por favoooooor.

Aurora dudó y, al ver ese gesto, Gabriela se plantó delante de la niña y se arrodilló.

—Alba, ¿por qué no vas a decirles a tus compañeros que se vayan lavando las manos para comer?

La niña sonrió, se giró a toda prisa y se marchó de la cocina a la misma velocidad con la que había llegado. Gabriela se puso en pie de nuevo y suspiró.

—Ellos sí que te van a echar mucho de menos. Creo que nunca habían comido cosas tan ricas como las que preparas tú.

La cocinera rodeó la encimera en forma de isla y se sentó en un taburete junto a la joven.

—Ya encontrarás una solución. Siempre lo has hecho —la cocinera suspiró también—. Cuando abriste el centro de acogida todo fueron problemas y supiste salir adelante. Los chicos lo son todo para ti y les das todo tu cariño y todo tu tiempo.

—Pero también necesitan comer —masculló Gabriela.

—Si me entero de alguien, te aviso.

La puerta de la cocina volvió a abrirse y entró un joven de pelo moreno y revuelto que, al contrario de la niña rubia, se movía con un andar muy pausado. Se plantó delante de Gabriela y le enseñó un papel.

—Gabi, ¿tienes un momento?

—Dime, Leo.

—Mira lo que he encontrado en internet.

La joven cogió el papel y lo dejó encima de la encimera, se inclinó sobre él y leyó en voz alta lo que el chico señalaba con el dedo.

—Programa de Servicios Comunitarios. —Gabriela levantó la cabeza y miró a Leo con una ceja levantada—. ¿Esto qué es?

—La solución a nuestros problemas —explicó el joven que con un movimiento de la cabeza invitó a Gabriela a continuar—. Sigue leyendo.

—La Comunidad de Madrid amplía el alcance de los Servicios Comunitarios dando la oportunidad a los ciudadanos de solicitar dicha colaboración. Dentro de estas posibilidades se puede destacar la ayuda a ancianos o minusválidos... —Gabriela dejó de leer y miró a Leo con el ceño fruncido. El joven se pavoneó y apoyó el codo en la encimera haciéndose el interesante.

—No entiendo nada —le comentó Gabriela a Aurora que continuaba leyendo el artículo que Leo había encontrado en internet—. ¿Y tú?

—Aquí hay una lista de los servicios que se pueden solicitar —anunció la cocinera—. Creo que por ahí van los tiros.

Gabriela volvió a fijar la vista en el papel y continuó leyendo hasta llegar a la lista a la que se refería Aurora. Volvió a leer en voz alta.

—Asistentes a enfermos, ancianos o minusválidos, barrenderos en colegios o similares, cocineros para centros sociales...

—¿¡Has visto!?! —preguntó Leo emocionado—. La solución a nuestros

problemas.

Gabriela entendió a lo que se refería el joven y bufó.

—No es mala idea —dijo Aurora pensativa—. Por lo menos como algo provisional hasta encontrar a otra persona.

—Pero, ¿estáis mal de la cabeza los dos? —inquirió Gabriela que podía entender esa locura de un joven jardinero pero no de Aurora a sus treinta y siete años—. ¿Queréis que meta a un delincuente en el centro con los niños?

—Sé por experiencia que los servicios a la comunidad solo los hacen delincuentes de poca monta —explicó Leo encogiéndose de hombros.

—¿Delincuentes de poca monta? ¿Y eso cómo lo sabes?

—Porque así empecé yo a trabajar de jardinero hace unos años.

—Pero tú eres distinto —dijo Gabriela sin andarse por las ramas—. Eres un buen chico y no un delincuente de poca monta.

Cogió el papel, salió de la cocina y, una vez en el pasillo, hizo una bola con él y lo lanzó a una papelera.

Caminó muy despacio hacia el vestíbulo de entrada al centro, salió al coqueto jardín que cuidaba Leo y se dejó caer en un banco de madera situado al lado de un arriate lleno de flores frente al vetusto edificio que había pertenecido a sus padres. Miró al cielo y suspiró.

—No sé qué hacer. Estoy muy cansada de luchar por todo.

Guardó silencio y esperó una respuesta que no llegó. Bajó la cabeza y tuvo que hacer un supremo esfuerzo para que las lágrimas no visitaran sus mejillas. Estaba agobiada. Llevaba al frente del centro social más de diez años y la situación económica no era boyante. Casi todo el dinero que le habían dejado sus padres al morir, y al que ella pudo acceder al cumplir los dieciocho, lo había invertido en poner en marcha el centro de acogida de niños sin hogar y ahora tan solo recibía ayudas esporádicas de los Servicios Sociales. Aurora había llegado al centro como un milagro porque trabajaba allí por amor al arte o, como ella siempre decía, por amor a los diez diablillos para los que aquel era su hogar. No podía pagar a una cocinera y no tenía muchas opciones.

—¡Gabi, Gabi, Gabiiiiiii!

Un chiquillo de unos diez años de edad apareció por la puerta del centro y se acercó a Gabriela caminando con cierta dificultad. Era pelirrojo, con muchas pecas y muy guapo aunque tenía una pierna muy delgada y cojeaba ostensiblemente lo que no conseguía borrar en ningún instante su sonrisa.

—Pedro, ¿qué haces que no estás en el comedor?

—Es que Alba nos ha dicho que tenemos que lavarnos las manos y que se lo digamos a los demás. ¿Te has lavado las manos?

Gabriela se echó a reír y abrazó al niño que se dejó hacer. Lo sentó en una de sus piernas y comenzó a jugar con la cremallera de su chaqueta.

—No me he lavado las manos. Es que no tengo mucha hambre.

—Pues Tete siempre dice que hay que comer aunque no tengamos hambre porque nunca se sabe cuándo vamos a quedarnos sin comida.

Gabriela sonrió y advirtió una vez más la sabiduría del mayor de los chicos que vivían en el centro.

Antonio, al que todos llamaban Tete, llegó al hogar de acogida, junto con su hermana, desnutridos y abandonados por una madre drogadicta que había elegido la heroína en lugar de a sus propios hijos. Ella había sufrido en sus propias carnes lo que significaba para un niño perder a sus padres y quedarse solo en el mundo y, en cierta manera, admiraba a Tete; como ella, era un auténtico superviviente.

—Tete tiene razón —afirmó Gabriela orgullosa—. Es importante comer y dormir bien para que os podáis hacer muy grandes y rápidos.

—Yo nunca seré rápido —dijo el niño mirando con tristeza su delgada piernecita.

—Pero vas a ser el más fuerte del centro. Ya verás.

El chico guardó silencio unos instantes para después levantar la cabeza y clavar su vista en los ojos de color miel de Gabriela.

—Tete dice que Aurora se va a ir y que ya no volveremos a comer caliente.

Gabriela maldijo en voz baja la sabiduría, típica de los supervivientes, de Antonio y se vio obligada a respirar hondo antes de contestar.

—Anda, aquí se come caliente todos los días. Aunque, como no te vayas ya al comedor, hoy te va a tocar comer sobras.

Pedro abrió los ojos de par en par y le dio un fugaz beso en la mejilla a Gabriela. Bajó de sus rodillas y echó a correr hacia la entrada del centro lo más rápido que le permitía su maltrecha pierna.

*Aquí nadie va a dejar de comer caliente*, se dijo a sí misma al tiempo que se levantaba del banco y entraba de nuevo en el centro. Recorrió de nuevo el pasillo que llevaba a la cocina y metió la mano en una papelera de dónde sacó una bola de papel que extendió lo mejor que pudo.

—No me queda otra —le comentó a Aurora de nuevo en la cocina—.

Tendré que arriesgarme.

La cocinera dejó de mover el contenido de una cacerola humeante y se volvió al escuchar a Gabriela. Miró el papel arrugado y sonrió con cierta inquietud.

—Siento tanto meterte en este lio.

—Lo sé. Ya sabes lo de la puerta y la ventana —comentó Gabriela pensativa—. Acaba de cerrarse una puerta. Tan solo hay que esperar a ver que ventana se abre.

Las dos mujeres se miraron y se encogieron a la vez de hombros. Llevaban tantos años trabajando codo con codo que se conocían muy bien y se comprendían aún mejor.

—Ya verás como todo sale bien —susurró la cocinera sin saber qué decir para tranquilizar a Gabriela.

—Mientras no me manden a un delincuente peligroso... Esto está lleno de cuchillos. —La joven sonrió con desgana sin saber que quizá el arma más peligrosa podía no estar tan afilada como aquellos utensilios de cocina.

## Tres

—¿No quieres que suba?

—¿Qué coño pintas tú en mi cas... en la casa de mis padres?

—Pintar, lo que se dice pintar... Ni en mi casa pero lo que no sé es para qué he venido.

Marco miró a su alrededor y señaló el exterior del vehículo con un simple gesto de la cabeza.

—Para que cuides del coche. Este barrio es una mierda. Solo hay putas y yonquis.

Cristian bajó la ventanilla y asomó la cabeza como un niño pequeño de excursión. Un instante después, volvió al interior despeinado.

—¿Putas y yonquis? Teniendo en cuenta que tú te criaste aquí pensé que le tendrías cariño.

—¡Y una mierda! ¿Por qué te crees que vivo donde vivo? Esto es un asco.

—Es el barrio de tus padres.

Marco bufó, aparcó y salió del deportivo de mala gana. Una vez en la calle, se volvió y se inclinó hacia el interior del vehículo.

—Eso es cosa de ellos. Si les gusta vivir con esta gentuza...

—No tienes corazón —espetó Cristian haciéndose el duro.

—Mi corazón lo cociné hace mucho tiempo y lo vendí a precio de oro en mis restaurantes.

—Muy filosófico, sí señor. Espero no habérmelo comido. ¡Qué asco!

El empresario cerró el coche con fuerza y se acercó al portal donde vivían sus padres. Dieciocho años de su vida los había pasado entrando y saliendo de aquella casa y corriendo por aquel barrio que ahora le daba

repugnancia. Aunque les había ofrecido a sus padres una vivienda no muy cerca de la suya, ellos se habían negado alegando que eran felices en la casa donde habían criado a sus dos hijos.

En ese preciso instante, con el dedo apoyado en un amarillento botón del telefonillo, a Marco le vino a la mente la imagen de su hermano Víctor y se estremeció. Sacudió la cabeza para espantar a sus peores fantasmas y apretó el botón.

—¿Sí? —preguntó una voz metálica—. ¿Quién es?

—Soy yo.

—¿Quién es yo?

*Como siempre, la estúpida broma de mi padre*, pensó Marco con la cabeza agachada y un deseo imperioso de salir huyendo de ese lugar que lo mortificaba y le hacía recordar sus orígenes humildes.

—Soy Marco.

—No conozco a ningún Marco.

El empresario bajó la cabeza aún más y resopló con fuerza. Estaba a un tris de salir corriendo hacia el refugio de su flamante deportivo y su padre no se lo estaba poniendo demasiado fácil.

—Papá, soy yo, Marcos —explicó remarcando la última letra que había desaparecido de su nombre unos cuantos años atrás cuando decidió que no era demasiado *fashion* para el dueño de una cadena de restaurantes—. Abre de una vez.

Oyó un pitido y, al fin, pudo abrir la puerta que seguía pesando lo mismo que él recordaba. La empujó con esfuerzo y entró en el húmedo y lóbrego portal donde se apoyó en los viejos buzones junto a los que más de una vez había esperado la llegada de alguna carta de una chica enamorada. Sonrió para su sorpresa pero esa mueca no le duró demasiado tiempo.

—¡Vaya! El hijo pródigo ha vuelto.

Marco se separó de los buzones y se acercó a una joven morena, bajita y pecosa algo más joven que él que bajaba los escalones dando saltitos. Le recordó a una gacela pero tenía muy claro quién era esa mujer.

—Hola, Vero. Cuánto tiempo.

—Demasiado para mi gusto. —La joven recorrió la breve distancia que ahora los separaba y se aproximó a Marco con pasos insinuantes—. No he podido olvidarme de ti.

—Lo siento. Yo he tenido más suerte —respondió con dureza—. Si me perdonas... —Marco hizo el intento de pasar al lado de la joven pero ella le

cortó el paso y le puso la mano en el pecho.

—Podemos volver a intentar estar juntos —dijo con voz melosa.

—Tú y yo nunca hemos estado juntos. Solo fue un polvo y te pagué por ello.

Verónica le dio un puñetazo en el pecho y se separó de él con los ojos encendidos por la rabia.

—¡Nunca te he pedido nada! —le gritó con rabia—. Me diste el dinero porque quisiste.

—Sí. Y porque me dijiste que necesitabas pasta para salir del barrio pero ya veo que sigues por aquí...

Verónica respiró hondo e intentó calmarse. Volvió a sonreír y se acercó de nuevo a Marco que frunció los labios en una mueca de desagrado.

—Anda, ¿quieres subir a casa? —preguntó la joven con voz más dulce que la miel—. No están mis padres.

Marco la apartó con decisión pero con toda la delicadeza que pudo y subió un par de escalones para separarse de ella de la que temía su reacción.

—No me gustan las mantenidas —comentó con una sonrisa cínica en los labios—. Para eso me pago una puta.

—¡Vete a la mierda!

La anterior maniobra de Marco fue acertada porque Verónica intentó acercarse con las uñas por delante, pero él ya se había separado lo suficiente como para que el zarpazo que lanzó no alcanzara su objetivo. La joven gruñó con fuerza, se dio media vuelta y salió a la calle. Marco movió la cabeza de lado y lado y subió los pocos peldaños que lo separaban del piso donde vivían sus padres. Antes de pulsar al timbre ya había olvidado a su antigua vecina.

—¡Vaya! Pensaba que te habías arrepentido por lo que tardabas.

—Hola, papá.

El hombre que le había abierto la puerta se separó unos centímetros y lo invitó con la cabeza a que entrara. Era muy parecido a Marco pero el pelo blanco y un bigote del mismo color le daban un porte aún más distinguido.

—Tu madre ha ido a comprar unos pasteles. Está emocionada.

Marco entró en la vivienda que había sido su hogar durante su juventud y se sintió, una vez más, como un extraño. El salón era diminuto, al igual que el resto de la casa. Tan solo dos habitaciones, un baño del tamaño de un armario y una cocina más pequeña que el ascensor del edificio donde ahora vivía.

—Siéntate —le dijo su padre en tono autoritario. A Marco le pareció una orden y le molestó.

—Si no te importa, esperaré a mamá de pie.

—Puedes hacer lo que quieras. Siempre lo has hecho.

Marco ignoró el comentario irónico de su progenitor y comenzó a dar vueltas por el salón mientras su padre se sentaba en una butaca y abría el periódico. Un par de minutos después se oyó una llave en la cerradura de la entrada y apareció en el vestíbulo una mujer menuda con una bolsa de plástico en una mano y un paquete envuelto en la otra.

—¡Marcos, qué alegría!

—Hola, mamá. —Se acercó para darle dos besos y ella dejó la bandeja y la bolsa en una mesa y lo abrazó. Marco intentó levantar los brazos para corresponder a ese gesto pero no pudo. La mirada que le echó su padre en ese momento se le clavó en el alma.

—¿Y a qué es debido que se haya dignado su eminencia a visitarnos?

—¡Víctor! —exclamó la madre de Marco.

El padre se levantó del sillón y tiró el periódico encima de la mesita de muy malos modos. Se acercó a un aparador y extrajo de un cajón un paquete de cigarrillos.

—Siempre lo has defendido, Merche. Llevamos más de un año sin verlo y ahora el señorito aparece como si nada y espera que lo recibamos con los brazos abiertos.

Marco se separó de su madre que tenía los ojos llorosos y se enfrentó a su padre como llevaba haciendo desde hacía muchos años.

—Por esto llevamos ese tiempo sin vernos, porque lo único que sabes hacer es atacarme. Encima que vengo a haceros una visita...

—¿Algún día entenderás que a los padres no se les hace «visitas»? —preguntó Víctor remarcando la última palabra—. Te largaste con el rabo entre las piernas cuando más te necesitaba tu madre.

—Ya veo que todo sigue igual. —Marco le dio la espalda a su padre y miró a su madre con ojos tristes—. Lo siento, mamá. Tengo que irme.

—Pero... he comprado pasteles —balbuceó la mujer con ojos llorosos y la voz quebrada.

—Dáselos a papá. Quizá con ellos se endulce la vida. —Marco salió al rellano y cerró la puerta a sus espaldas. Necesitaba alejarse de allí lo más rápido posible pero, antes de llegar a las escaleras, la puerta de la casa de sus padres se abrió.

—¡Marcos! —lo llamó su madre.

Se volvió y contempló a la mujer que le había dado la vida y que parecía llevar un peso enorme sobre los hombros.

—Lo siento, mamá.

—No se lo tengas en cuenta. Desde lo de Víctor no ha vuelto a ser el mismo.

—Mamá, todos sufrimos pero la vida sigue. Cuídate mucho.

Marco se dio la vuelta y comenzó a bajar las escaleras con la idea en la cabeza de que quizá hubiera visto a su madre por última vez. Al llegar al portal tuvo que apoyarse en la barandilla porque le faltaba el aire y porque notaba una opresión en el pecho. Respiró hondo varias veces hasta que consiguió serenarse. Abrió la puerta que lo separaba de la calle y salió de allí con un regusto amargo en la garganta. Entró en el coche y se dejó caer junto a Cristian que estaba entretenido con el móvil.

—¿Qué tal? —preguntó sin levantar la vista—. ¿Cómo ha ido?

—Como esperaba.

—¿Tu padre?

—Sí, no sé ni por qué he venido.

—Yo tampoco —susurró el abogado al tiempo que guardaba el móvil en un bolsillo de la chaqueta y miraba a su amigo—. ¿Por qué has venido?

—Ya te digo que no lo sé.

—Yo creo que sí.

—¿Desde cuando eres psicólogo y no abogado?

—Desde que me pagas cinco mil euros al mes. Y si tú quieres puedo ser hasta tu ayuda de cámara. Ahora en serio, tenemos el juicio dentro de una hora y tú decides aprovechar el tiempo viniendo a ver a tus padres. No lo entiendo.

Marco hizo amago de echar mano a la guantera del deportivo pero Cristian le dio un fuerte golpe en el brazo.

—¡Eh! Solo quería un trago.

—Sí, no hay nada mejor que ir a un juicio por conducir borracho conduciendo borracho.

El empresario resopló y se dejó caer de nuevo en el respaldo. Tomó aire antes de abrirle su corazón al abogado.

—Yo tuve la culpa de todo. Discutimos y yo no... Le dije cosas que...

—Marco se inclinó hacia delante y le dio un par de golpes al volante con la frente. La mantuvo apoyada allí hasta que su amigo le puso la mano en la

espalda y él reaccionó echándose hacia atrás con violencia—. No te he pedido que me tengas lástima.

Cristian lo miró y se echó a reír a carcajadas.

—¿Lástima? ¿Lástima de ti? Me descojono. Tienes más pasta de la que podrás gastar en toda tu vida, follas más que un gallo en un gallinero y, por si todo eso fuera poco, eres guapo y sabes camelarte a todo el mundo. Y yo me entretengo jugando al *Candy Crush*. ¿Pillas la ironía? —Cristian le hizo un gesto despectivo con una de las manos—. Eres un gilipollas.

Marco sonrió al escuchar a su amigo y se relajó.

—Qué no se te olvide que también sé cocinar.

Cristian negó con la cabeza.

—Sabías cocinar. Ahora no creo que supieras ni freír un huevo.

—Eso es como montar en bicicleta. No me subestimes.

—Nunca te he subestimado. —Cristian miró su reloj y chasqueó la lengua—. Estoy muy a gusto charlando contigo mientras juego con el móvil pero no quiero llegar tarde al juicio.

Marco asintió y arrancó el deportivo. Miró de reojo el edificio donde vivían sus padres y vio un ligero movimiento en una de las cortinas de la que había sido su habitación y la de su hermano durante años. Apartó la vista y se concentró en la carretera.

—Por cierto —comentó Cristian sonriendo de oreja a oreja—, del edificio de tus padres ha salido una chavala que estaba muy buena.

—¿No sería bajita y con pecas? —inquirió Marco en plan jocosos.

—Pues, sí. No me importaría tirármela.

Marco pensó en Verónica y se dio cuenta de que su abogado y su antigua vecina eran tal para cual. Dos tiburones sin escrúpulos.

—Bueno, si te da igual tu dinero, vive en el segundo izquierda.

Cristian sacó de nuevo el móvil del bolsillo y abrió la aplicación de notas.

—¿Cómo se llama?

—¿Me lo estás diciendo en serio? —Miró de reojo a su amigo y vio que no bromeaba y esperaba con el móvil encendido—. Verónica.

Cristian se inclinó sobre el móvil.

—¡Aja! ¿Has dicho segundo izquierda?

—Sí.

—¿Tienes su teléfono?

—No, te lo tendrás que currar un poco más. Pero merece la pena. En

perfecta para ti.

—¡Genial!

Cristian apuntó algo más en el móvil y se mantuvo en silencio hasta llegar a los juzgados. Marco aparcó el coche lo más cerca que pudo y, junto a su abogado, recorrió la distancia que los separaba del grisáceo edificio.

—Juzgado doce —comentó Cristian nada más pasar por el arco de seguridad—. Nos quedan diez minutos.

—Espero que lo tengas todo preparado. Eres mi abogado y te pago muy bien —masculló Marco con cierta acritud como si fuera culpa de su amigo que él se encontrara en esa situación.

—Te recuerdo que me pagas para que lleve tus negocios y no para que evite que vayas a la cárcel.

—Te pago para que seas mi abogado. No lo olvides. Yo te pago y tú haces lo que te pida.

—Vamos, como una puta.

—Exacto.

Cristian abrió la boca para replicar pero prefirió no hacerlo porque conocía de sobra los cambios de humor de su jefe y también sabía que solo a su lado podría permitirse el tren de vida que ahora llevaba.

Recorrieron unos cuantos pasillos hasta llegar a la sala número doce del juzgado. Entraron y se sentaron en unas de las sillas para el escaso público que deseara ver un juicio en directo. Tan solo estaban ellos dos hasta que una puerta se abrió al fondo de la sala y entró el juez acompañado por un policía nacional que se situó junto al estrado que ocupó el magistrado.

—¡Mierda! —exclamó Cristian con el cuidado suficiente para no ser oído.

—Causa número dos, ciento doce, dos mil catorce —rumió el juez antes de levantar la vista y posarla en los únicos dos asistentes—. ¿Se encuentra presente Marcos Fernández Rodríguez?

Marco se encogió al escuchar su nombre completo, se levantó y se sentó frente a una mesa situada muy cerca del estrado. Cristian hizo lo mismo aunque su cara era un poema y Marco estaba empezando a preocuparse. Ambos conocían demasiado bien el proceso como para necesitar ningún tipo de indicación. El antiguo cocinero sabía que aquello no tenía nada que ver con los juicios que había visto en algunas películas y se mantenía tenso. Aun así, tenía claro que todo lo podía resolver con dinero.

—Si no le importa, prefiero que me llame Marco.

El magistrado clavó su gélida mirada en el empresario, apoyó los codos en la mesa y se incorporó hacia él.

—Y a mí puede llamarme Amedio —replicó con voz jocosa—. ¿Se encuentra presente Marcos Fernández Rodríguez?

Marco masculló un «sí» que llegó hasta los oídos del juez y éste, ignorando el gesto agrio del empresario, abrió una carpeta y leyó unos documentos durante unos pocos minutos sonriendo de vez en cuando como si le divirtiera lo que veía en esos papeles. Cristian se movía inquieto de lado a lado de la silla hasta que un suave golpe en el brazo lo detuvo.

—¿Qué te pasa? —preguntó Marco en un susurro—. Parece que te estés meando.

—Esto no me gusta un pelo —respondió el abogado con el rostro pálido—. Yo que tú, no me andaría con bromas con este juez.

—¿Lo conoces? —Marco empezaba a preocuparse. La seguridad que siempre mostraba su amigo y el hecho de saber que todo se podía conseguir con dinero eran un salvoconducto a la tranquilidad pero, en esa ocasión, algo no iba bien.

—Todo el mundo lo conoce. Éste no se anda con tonterías como los otros.

—¿Y eso quiere decir que...?

—¡Vaya, vaya, vaya! —La exclamación del juez dejó en el aire la pregunta que Marco estaba a punto de formular a su amigo aunque no le hizo falta porque el magistrado se encargó de responderla. Nada más levantar la vista del expediente de Marco, clavó sus ojos en él y dejó de sonreír en el acto—. Ya veo que usted es un «figura» que se pasa la ley por el arco del triunfo.

Cristian levantó la mano para protestar como si estuviera en el colegio pero el juez lo fulminó con la misma gélida mirada con la que ya había regalado al propio Marco.

—Tendrá usted su momento para replicar, letrado, pero ahora soy yo el único que tiene la palabra. ¿Está claro?

El abogado asintió con la cabeza y volvió a dejarse caer en la silla. Cada vez tenía más claro que, en esa ocasión, el dinero no podría con el poder legislativo. Debería alegrarse por su profesión pero quien le pagaba era Marco y se debía a él.

—Señor Fernández, éste es su cuarto arresto por conducir bajo los efectos del alcohol y, no sé por qué, pero me imagino que en las anteriores

ocasiones ha salido impune.

—Verá usted, señor juez, nosotros no...

—Letrado, como vuelva a interrumpirme lo acuso de desacato —amenazó el magistrado sin ni siquiera inmutarse—. Seguro que le viene bien pasar una noche en una de nuestras celdas.

Cristian enmudeció y su rostro se tornó aún más pálido al igual que el de Marco que había perdido cualquier atisbo de suficiencia que siempre había mostrado en ocasiones similares.

—Señor Fernández, ¿tiene algo que decir?

Marco, sin tener muy claro el porqué, se puso en pie y carraspeó antes de hablar.

—Solo que no creo que sea para tanto y que la Guardia Civil bien podría encargarse de los delincuentes de verdad.

Cristian, al escuchar el alegato de defensa de su amigo, le rozó en la pierna para que no continuara hablando.

—¿Así que usted piensa que conducir borracho a ciento sesenta kilómetros por hora no es para tanto?

—Eso es —insistió Marco al que parecía habersele pasado el miedo inicial—. Además, no estaba borracho. Solo me había bebido una botella de ginebra.

—¿Y le parece poco? ¿Y de la raya blanca en el salpicadero qué puede decirme?

Cristian se puso tenso y cruzó los dedos debajo de la mesa.

—Que tengo que limpiar mi coche más a menudo.

El juez guardó silencio y Marco aprovechó para volver a sentarse mientras el magistrado buscaba algo que no parecía encontrar. De repente, elevó las cejas y cogió un papel que le mostró a Cristian al tiempo que le hacía un gesto para que se acercara. El abogado obedeció, se puso en pie, agarró el papel con manos temblorosas y regresó a su sitio.

—Lo siento mucho por usted, señor Fernández, pero esta vez no se va a ir de rositas —sugirió el juez con seriedad y con la mirada fija en Marco—. En vista de que se comporta como un adolescente descerebrado, creo que lo mejor será tratarlo como tal.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Cristian dejando un instante la lectura del papel que le habían entregado.

El magistrado le hizo un gesto imperativo con la mano para que se callara y continuó hablando sin dejar de mirar a Marco.

—Señor Fernández, por lo que leo en su expediente, el dinero le sobra y hasta ahora lo ha solucionado a golpe de talonario pero yo no soy como los demás jueces. Como le he dicho, lo mejor será tratarlo como a un adolescente y ésa será su pena —tanto Cristian como Marco guardaron silencio—. Le condeno a la retirada del carnet de conducir por un año y a cumplir ochenta horas de trabajos comunitarios.

—¡Pero...!

Una vez más, Cristian no tuvo más remedio que callarse ante la mano alzada del magistrado que aún no había terminado.

—Le acabo de entregar a su abogado un listado de trabajos que supervisa la Comunidad de Madrid para que pueda usted elegir. No se puede quejar de lo bien que le trato.

Cristian se puso en pie y se acercó al estrado.

—Pero, eso es un castigo para delincuentes juveniles.

—Exacto —aclaró el juez al tiempo que se ponía en pie—. Es evidente que lo que su cliente necesita es madurar un poco. ¡Se levanta la sesión! —El magistrado se puso en pie y, de la misma forma que había entrado en la sala, desapareció por la puerta situada al fondo.

Marco y Cristian se levantaron al unísono y salieron al pasillo donde se dejaron caer en un banco mientras la gente pasaba por delante sin que ellos se dieran cuenta.

—Esto no me lo esperaba —comentó Cristian—. Un año sin carné.

—Lo que más me jode es lo de los trabajos sociales —espetó Marco de mala gana—. ¿Qué tengo que hacer? ¿Limpiarle el culo a algún enfermo durante ochenta horas? Mi tiempo es dinero.

El abogado se levantó y le entregó un papel a Marco que lo cogió con desgana y lo dejó en el banco de madera.

—Voy a recoger la documentación. Aprovecha para mirar esto. No te queda otra.

Cristian desapareció y Marco se quedó solo sumido en sus pensamientos. Las cosas no habían sucedido como él esperaba y se encontraba en un buen embrollo. Lo del carné de conducir no le preocupaba demasiado porque ganaba dinero a espaldas con sus diez restaurantes y podía permitirse alquilar un coche con chófer, pero lo de las ochenta horas de servicios sociales a la comunidad era otro cantar. No podía perder su tiempo cuidando a otras personas pero, como bien había dicho su amigo, no le quedaba otra. Cogió el papel con apatía y comenzó a leerlo por encima, en

voz alta, como si con ello pudiera espantar lo que representaba.

—La Comunidad de Madrid amplia el alcance de los Servicios Comunitarios dando la oportunidad a los ciudadanos de solicitar dicha colaboración. Dentro de estas posibilidades... —Dejó de leer, hizo una bola con el papel y la arrojó al suelo. Apretó con fuerza el tabique nasal como hacía siempre que le dolía la cabeza y soltó todo el aire que llenaban sus pulmones. Se reclinó hacia delante y apoyó los codos en las rodillas. La bola de papel continuaba frente a él como si fuera el único vínculo que lo unía a la insufrible realidad. Se inclinó y la cogió. Jugeteó con ella unos instantes, la extendió lo mejor que pudo y continuó leyendo—. Listado de Servicios Comunitarios. Asistentes a enfermos, ancianos o minusválidos, barrenderos en colegios o similares, cocineros para centros sociales... —Su mente se detuvo al mismo tiempo que sus ojos y tuvo que leerlo un par de veces para cerciorarse de que no estaba en un error. No tenía fuerzas para sonreír pero sí para sentirse, de alguna forma, aliviado. *Quizá no tenga que encargarme de limpiarle el culo a enfermos*, pensó con una única idea en mente. Se recostó en el banco, volvió a hacer una bola con el papel que les había entregado el juez y se entretuvo jugando con ella hasta que regresó su abogado.

—¿Lo has leído? —preguntó Cristian a su lado una vez hecho todo el papeleo.

—Más o menos.

—¿Y eso qué significa?

—Significa que voy a pasarme ochenta horas cocinando.

## Cuatro

—Creo que los chicos se han quedado sin granja escuela.

—¿Y eso?

—Me han pasado presupuesto de la reparación de Manuela — explicó Gabriela al tiempo que dejaba sobre la encimera de la cocina un papel con el sello de un taller—. Mil ochocientos euros.

—¡Madre del amor hermoso! —exclamó Aurora con el presupuesto en la mano. Le echó un vistazo rápido al encabezamiento y se detuvo en el diagnóstico—. Cambio de los amortiguadores, frenos y discos, correa de la transmisión...

—Y un montón de cosas más que mejor ni leer. —Gabriela resopló con desgana—. No puedo pagar ahora ese dinero.

Aurora dejó el papel de nuevo sobre la encimera y se acercó a su jefa y amiga. Se sentó a su lado en un taburete y la rodeó con un brazo.

—Por lo menos no vas a tener que pagar a un cocinero.

—No, mucho mejor que eso. Va a venir un delincuente a alimentar a diez niños. Solo espero que no esté acusado de envenenamiento masivo.

Aurora se separó de Gabriela y la contempló con las cejas levantadas y un atisbo de sonrisa en los labios. Antes de que pudiera evitarlo se echó a reír a carcajadas. La joven la miró con cara de malas pulgas pero la siguió y también comenzó a reír. Así se las encontró Leo cuando entró a la cocina.

—¡Acaba de llegar un coche! —exclamó desde la puerta.

—¿Y qué? —preguntó Gabriela volviendo a la normalidad—. Será el chico ése que viene a cocinar.

—Eso pensé yo pero hay algo que no me cuadra.

El jardinero salió a toda prisa de la cocina y Gabriela y la cocinera lo acompañaron casi a la carrera para avanzar junto a él. No solían comportarse de esa forma pero a la propietaria del hogar de acogida le preocupaba que aquél joven que habían mandado los Servicios Sociales, pudiera resultar un adolescente rebelde y peligroso que pusiera en peligro la paz que tanto le había costado implantar en el centro. Diez niños sin hogar se juntaban bajo ese techo y siempre había revuelos que Gabriela conseguía contener. Lo que menos necesitaba era a un delincuente juvenil. Antes de llegar a la entrada ya se había arrepentido de la decisión que había tomado una semana antes. No estaba preparada para enfrentarse a otro adolescente con problemas pero tampoco estaba preparada para lo que se encontró en el jardín.

—¡Vaya *buga*! —exclamó Paco, uno de los chicos mayores, sentado en los escalones de la entrada junto a Tete.

Todos los chicos de la residencia se encontraban en la glorieta de la entrada revoloteando alrededor de un espectacular deportivo negro del que descendió un hombre moreno y de baja estatura que se aproximó al lugar donde se encontraba Gabriela con la cocinera.

—Buenos días. Busco a la encargada del centro.

La joven miró al hombre de arriba a abajo y se fijó en su traje arrugado aunque parecía ser de marca. No parecía mucho mayor que ella y pensó que el vehículo que conducía no se mostraba acorde a su aspecto.

—Yo soy la encargada —dijo con sequedad—. ¿Qué desea?

—Yo nada. Soy abogado. Mi cliente ha sido destinado a realizar trabajos sociales en este centro.

—¿El cocinero tiene abogado? —preguntó Aurora extrañada—. Vaya nivel que nos trae el muchacho.

Cristian hizo oídos sordos del comentario de la cocinera y le entregó unos papeles a Gabriela que los cogió para comenzar a leerlos.

—No se moleste —le aconsejó el abogado—. Tan solo es el documento de asistencia. Mi cliente acudirá cuatro horas de lunes a viernes durante el próximo mes.

—Pero...

—Vendrá a las doce de la mañana y se marchará a las cuatro de la tarde.

—Pero...

El abogado ignoró las quejas de Gabriela y, después de soltar la parrafada, se dio media vuelta y volvió al deportivo. Abrió la puerta y desapareció en su interior. Desde donde estaba, Gabriela intentó ver si había alguien más en el vehículo pero el reflejo del sol no se lo permitía. Su duda quedó resuelta un par de minutos después cuando la puerta del copiloto se abrió y se bajó de él un hombre rubio, alto y con un traje negro que parecía recién salido de una boutique.

—¡Dejad el coche en paz! —ordenó nada más pisar la tierra.

Los chicos más pequeños salieron corriendo al escuchar la voz y se refugiaron en el interior del centro. Los más mayores regresaron con paso cansino junto a Gabriela y se volvieron para contemplar al hombre que caminaba hacia ellos con suficiencia.

—Buenos días. Soy Marco, el nuevo cocinero.

Tanto Gabriela como Aurora se quedaron con la boca abierta mientras los chicos rodeaban ahora al desconocido. Alba agarró el faldón de su chaqueta y tiró un par de veces. Marco miró hacia abajo y, al ver a la pequeña, se movió para que se soltara.

—¿Vas a hacernos patatas fritas? —preguntó la niña clavando sus ojos en los de Marco.

—Ni de coña —respondió el empresario—. Si queréis esa basura os vais a un MacDonald.

Gabriela le dio un suave codazo a Aurora y la instó a que la siguiera al interior de la residencia. Ella la miró y asintió a su vez.

—Espérenos un momento, por favor.

Las dos mujeres entraron al vestíbulo y se alejaron de la puerta para que el recién llegado no pudiera escuchar la conversación.

—¿Éste es el cocinero? —preguntó Gabriela con los papeles que le había entregado el abogado de Marco.

—Eso parece —replicó la cocinera que había decidido quedarse hasta ese día para ver cómo se desenvolvía el supuesto delincuente juvenil—. Está bueno.

—¡Aurora! Ésa no es la cuestión.

—¿Ah, no? Me dirás que no está como un quesito.

Gabriela rumió un «sí» antes de volver a posar sus ojos en los documentos.

—Este hombre viste un traje muy caro y si es cocinero yo soy una

monja.

—Pues teniendo en cuenta el tiempo que llevas sin estar con alguien...

—¡Aurora!

—A ver, niña. Ha venido un cocinero y no parece ser ese envenenador que tanto te preocupaba. ¿Cuál es el problema?

La joven se quedó pensativa e intentó buscar una respuesta pero no la encontró por lo que refunfuñó por lo bajo y regresó al exterior donde Marco se mantenía impertérrito rodeado de niños.

—Bueno, si lo desea, puedo enseñarle la cocina.

—Por mi perfecto. —Marco despidió a Cristian con un gesto de la mano y se aproximó a Gabriela. Los dos atravesaron la puerta y entraron en el vestíbulo seguidos por todos los habitantes del centro de acogida.

—Yo creo que es un Masseratti —comentó el mismo chico que había alabado el coche nada más verlo.

—No tienes ni puta idea, Paco —le explicó Tete al que le había dicho infinidad de veces Gabriela que no debía decir palabras mal sonantes—. Es un Porsche 993, una evolución del 911, con un motor Boxer de seis cilindros refrigerado por aire de tres mil seiscientos centímetros cúbicos y una caja de cambios Triptronic de cuatro velocidades. Tiene doscientos setenta y dos caballos y puede alcanzar los doscientos sesenta y siete kilómetros por hora.

Marco escuchó la explicación del chico y se giró sin pensar.

—Éste es el modelo del noventa y cinco y es de cambio manual por lo que puede llegar a alcanzar los doscientos noventa kilómetros por hora —explicó para, acto seguido, volver sobre sus pasos y acompañar a Gabriela que lo condujo hasta una puerta.

Los chicos hicieron amago de seguirlos pero un gesto con la mano de la joven los detuvo. Tan solo entraron en las dependencias del servicio la propia Gabriela, Aurora y Marco. Una vez en la cocina, la encargada de tomar el mando fue la antigua cocinera.

—Aquí tiene todo lo que puede necesitar. En aquel tablón está el menú para la semana y los teléfonos de los proveedores. Supongo que no tendrá problemas si de verdad es cocinero.

Marco obvió el comentario de la mujer y se acercó al tablón que ella le había indicado. Leyó el menú y se echó a reír.

—¿Están de coña? —preguntó con el dedo señalando el papel con

el cuadrante—. Hoy toca macarrones con tomate y filete empanado.

Aurora se acercó a él y lo fulminó con la mirada.

—Y flan de postre. ¿Algún problema?

Marco masculló una respuesta que no llegó a oídos de la cocinera. Gabriela se acercó a él y señaló a su vez el cuadrante.

—Para cenar hay pescado en salsa verde y puré de patatas.

Marco sonrió con cinismo y se volvió hacia ella.

—Me parece genial. Ya se lo dirán al otro cocinero.

—¿Qué otro cocinero? —preguntó Gabriela extrañada.

—El que preparé el súper menú de la cena. Le recuerdo que yo me voy a las cuatro.

—Pero, eso no puede ser.

—Pues entonces, tenemos un problema —explicó Marco con autoridad—. Me largo a las cuatro. Y si me permiten, tengo que preparar unos macarrones con tomate y un filete empanado para... ¿cuántas personas?

Gabriela salió de la cocina y Aurora la acompañó. Una vez en la puerta, la cocinera se dio la vuelta y clavó su fría mirada en Marco.

—Doce personas.

La cocinera abandonó la sala y las dos mujeres regresaron cabizbajas al vestíbulo de la entrada donde se sentaron en un banco.

—Solo para las comidas —comentó Gabriela sin añadir nada más.

—Hoy os prepararé yo la cena pero no puedo hacerlo todas las noches —replicó Aurora que se sentía tan abatida como su jefa.

—Ya lo sé. No te preocupes. Buscaremos una solución.

\*\*\*\*

Marco intentaba familiarizarse con una cocina que no conocía. Por si fuera poco, llevaba tantos años sin cocinar que se encontraba perdido aunque intentó recordar sus comienzos cuando tan solo era un cocinero en un pequeño restaurante italiano.

Comenzó a abrir alacenas pero no encontraba la materia prima para los macarrones hasta que se percató de la existencia de una puerta en un lateral. La abrió, encendió la luz y descubrió el almacén donde Aurora guardaba la mayoría de los alimentos. Halló una enorme bolsa de macarrones en una esquina y la llevó hasta la encimera. Casi todas las cacerolas estaban colgadas sobre los fogones por lo que no tuvo problema en encontrar la que necesitaba.

En ese preciso instante se dio cuenta de que tenía un problema. Llevaba tanto tiempo sin cocinar que no había caído en que no llevaba la ropa adecuada. Se quitó la chaqueta de su traje a medida, la dejó colgada en el respaldo de una de las sillas y se arremangó la camisa por encima de los codos. Buscó con desesperación a su alrededor y encontró lo que necesitaba para no acabar manchándose los pantalones. Cogió un delantal que colgaba de un gancho tras la puerta de la entrada y se lo puso.

Una vez preparado para cocinar, llenó la cacerola de agua y la puso al fuego con una pizca de sal y un trozo de mantequilla de la nevera. Mientras se calentaba el líquido elemento, comenzó a preparar la salsa con carne picada, tomates, albahaca y ajo. De la nevera cogió una bandeja de filetes y preparó todo lo necesario para el empanado. Peló unas patatas y las metió en el horno. Una vez estuvo todo en fase de preparación, se sirvió una copa de vino blanco que había visto en la nevera y se sentó en un taburete. Miró alrededor pero no había mucho que ver. Sin pensar, cogió un papel que encontró sobre la encimera y comenzó a leer en voz alta.

—Presupuesto de reparación Talleres Fuensanta. —Siguió leyendo cada una de las partidas del presupuesto del arreglo de Manuela hasta que una de ellas llamó su atención. Sacó su móvil del bolsillo y entró en internet para comprobar un detalle. Una vez lo hubo hecho sonrió para sí y dejó el presupuesto donde lo había encontrado justo en el preciso instante en el que la puerta de la cocina se abría.

—¿Cómo va todo? —inquirió Gabriela sin atreverse a entrar en la cocina.

—Viento en popa —contestó Marco con la copa en la mano pero sin hacerle demasiado caso.

—¿Eso es vino?

El cocinero miró su copa, se la llevó a los labios y saboreó el contenido.

—Eso es lo que pone en la botella pero está asqueroso.

—Aquí no se puede beber —advirtió Gabriela acercándose a él y arrebatándole la copa de la mano para sorpresa de Marco que vio como ella tiraba el contenido por el fregadero.

—Si eso hubiera sido un buen Somontano se hubiera mascado la tragedia.

Gabriela se volvió hacia Marco y lo miró con cara de pocos amigos.

—No sé qué es el Somontano.

—Mujer, es un vino blanco de Huesca, exquisito. Ya veo que no sales mucho.

La joven lo atravesó con la mirada, se fijó en que los macarrones estaban en la cacerola y la salsa en la sartén y salió de nuevo de la cocina para volver a asomar la cabeza un instante después.

—Cuando estén los platos —dijo tuteándolo al igual que había hecho él—, los pones en ese carrito y los llevas al comedor. Está tras esa puerta. —Señaló con la cabeza hacia el otro extremo de la cocina y salió de nuevo.

—¡Gabi! —llamó Marco.

La joven se asomó de nuevo y volvió a atravesarlo con la mirada.

—¿Te importa que te llame Gabi?

—Solo lo hacen mis seres queridos.

—Perfecto —replicó él al tiempo que cogía el papel del presupuesto de reparación del vehículo—. Gabi, ¿ya os han reparado la furgoneta?

—Eso no es asunto tuyo.

Gabriela salió de la cocina refunfuñando. Marco contempló de nuevo el presupuesto y se encogió de hombros.

—¡Os están timando! —gritó el cocinero sin saber si iba a ser escuchado.

La puerta de la cocina se abrió una vez más y Gabriela entró con gesto hosco. Se acercó a Marco y le arrancó el presupuesto de las manos.

—¿Qué quieres decir?

—Que en este taller os están intentando engañar. Yo llevaría esa furgoneta a otro sitio.

Gabriela entrecerró los ojos y lo miró esperando una explicación.

—Os incluyen en la reparación el cambio de la correa de la distribución. Este vehículo no lleva correa sino cadena.

Marco miró a Gabriela con gesto triunfal y esperó la reacción de agradecimiento de la joven pero ésta no llegó.

—No tengo ni idea de lo que estás hablando.

Marco bufó y sonrió de medio lado.

—A ver cómo te lo explico para que lo entiendas. Una correa de distribución hay que cambiarla cada diez años pero una cadena no se cambia nunca. Os están tomando el pelo con esto y casi seguro que con lo demás también.

Gabriela miró el presupuesto, lo leyó con tranquilidad y comentó algo en voz baja que Marco no pudo escuchar.

—Te queda bien el delantal —dijo muy seria antes de salir de la cocina sin tan siquiera darle las gracias a Marco que, de nuevo, se quedó esperando ese agradecimiento.

Marco cogió el delantal con las dos manos, lo levantó y se encontró con una de las pocas licencias que Gabriela le había permitido a Aurora. Se encogió de hombros al ver el cuerpo de una chica en bikini en el delantal y regresó a sus quehaceres en la cocina.

En una alacena encontró unos moldes para flanes, colocó en el interior papel de aluminio y lo untó con aceite de oliva. Tapó el fondo de cada flanera con queso rallado, un poco de salsa de tomate y, una vez escurridos, fue rellenando los moldes con macarrones sazonados con perejil en polvo y curri. Dejó los doce moldes encima de la encimera y se dispuso a freír los filetes cuando la puerta de la cocina volvió a abrirse y entró una niña rubia a la carrera.

—¡Aurora, me das una galleta, por favooooooooor!

En cuanto Alba vio a Marco, frenó en seco y lo miró con las cejas levantadas. El cocinero se dio la vuelta al escuchar la voz y se acercó a la niña con una espumadera en la mano.

—¿Tú quién eres?

—Soy Alba. ¿Y tú?

—Yo me llamo Marco. Encantado.

—¿Me das una galleta? —preguntó la niña con desparpajo al tiempo que escalaba una banqueta y se sentaba en ella—. Están en un bote verde en aquel armario.

Marco se giró hacia donde señalaba la niña, abrió una alacena y cogió el bote verde. Lo dejó sobre la encimera delante de la niña y puso toda su atención de nuevo en los filetes. Mientras Alba comía una galleta tras otra, Marco empanó los filetes y los fue echando en una gran sartén.

—Huele bien —comentó la niña cogiendo un molde relleno de macarrones—. Qué flan más raro.

—Eso no es un flan —explicó Marco al tiempo que habría el horno y sacaba las patatas—. Es una delicatessen.

—¿Una detic... delista...?

—Una delicatessen. —Repetió Marco que comenzaba a perder la paciencia.

—Pero hoy toca flan de postre —protestó Alba hipando—. Yo quiero flan.

—Pues no hay flan.

—Pero yo quiero flan y no depila... cómo sea.

—Delicatessen.

Alba comenzó a lloriquear y Marco resopló con fuerza. Se acercó a la nevera rezando para encontrar en ella flanes de los de las tiendas pero halló algo mejor. La antigua cocinera había preparado dos postres de gran tamaño que Marco podía cortar y servir con un poco de nata montada de spray que también encontró en la puerta del electrodoméstico.

—Mira, aquí hay flanes.

Se los enseñó a la niña que enseguida volvió a sonreír y a centrarse en las galletas que desaparecían a toda velocidad del bote verde.

—Marco, ¿tú eres malo? —inquirió de repente Alba.

El cocinero se volvió y la atravesó con la mirada aunque la niña lo ignoró.

—¿Eso a qué viene?

—Gabi dijo el otro día que el nuevo cocinero nos iba a envenenar a todos.

—¿Eso dijo? —preguntó Marco al tiempo que sonreía de medio lado.

—Sí. Y que el nuevo cocinero seguro que era un adoslec... asdoc... ¡buf! —resopló la niña que no conseguía repetir la palabra que había escuchado.

—¿Adolescente?

—¡Sí! —exclamó Alba entusiasmada al saberse comprendida—. Un adolescente con el cerebro en el pito.

Marco, que se acababa de llevar un macarrón a la boca, se atragantó y lo escupió sin querer. La niña se echó a reír y el cocinero la miró con cara de malas pulgas aunque enseguida suavizó su gesto. Sin saber por qué, la risa fresca de la niña le hizo sentir bien y se relajó.

Además, podía ser un buen momento para indagar sobre la mujer encargada del centro y que había resultado ser una joven atractiva, con unos bonitos ojos de color miel pero con bastante carácter.

—¿Gabi os trata bien?

—Claro, ella siempre nos dice que también es huérfana y que somos su familia.

Marco abrió la boca para replicar pero guardó silencio ante la revelación del pasado de la mujer que ahora se había convertido en su jefa durante cuatro horas al día.

—Quiero más galletas.

—¿Ya te las has comido todas?

—Sí.

—Pues no hay más.

La niña se encogió de hombros y, al comprobar que ya no podía conseguir más comida, se dejó caer de la banqueta y salió corriendo hacia el comedor justo en el momento en el que entraba Gabriela y Marco guardaba el bote de las galletas en la alacena.

—Comemos en cinco minutos. ¿Están listos los macarrones?

—Sí, jefa.

—Allí hay un carro para llevar los platos al comedor.

—A sus órdenes.

A Gabriela no le hizo mucha gracia el comentario ácido del nuevo cocinero y volvió a salir mascullando algún que otro improperio.

Marco, por su parte, colocó doce platos sobre la gran mesa de madera, desmoldó los macarrones y los dejó caer en cada una de las superficies cerámicas. Por encima de cada uno de ellos vertió una cucharada de salsa y adornó el resto del desangelado plato con un chorreón de ketchup y otro de mahonesa de bote con la forma del símbolo del dólar. Los colocó en el carro, lo empujó hacia el comedor y, una vez allí, los dispuso en los lugares de las mesas recercados por los cubiertos y los vasos de cristal. Echó un rápido vistazo antes de volver a la cocina y observó varias jarras de agua encima de un aparador y poco más. La decoración era austera y le pareció un lugar demasiado frío hasta para él, que disfrutaba con el minimalismo.

Regresó junto a los fogones, fue colocando los filetes ya fritos encima de unas fuentes y, con la ayuda de un vaso de cristal, fue cortando círculos de cada uno de ellos. Las patatas las partió por la

mitad, vació cierta parte de su contenido con una cucharilla y las relleno con atún en aceite para, posteriormente, cubrirlas con queso rallado. Las metió en el horno junto a los pequeños filetes circulares y bajó la temperatura para que no se quemaran. Una vez hecho esto, se sentó en una de las banquetas y esperó a que le llegara el aviso para emplatar los filetes. No pasó ni dos minutos antes de que la puerta del comedor se abriera.

—¿Qué es eso que has preparado? —preguntó Gabriela que parecía estar de mal humor.

—Lo que había de menú. Macarrones con tomate.

—¿Macarrones con tomate? ¿Eso son macarrones con tomate?

—Y de los buenos.

Gabriela resopló y comenzó a moverse por la cocina de un lado a otro mientras Marco la contemplaba muy tranquilo.

—Alucino en colores. Macarrones con tomate, dice. Si parece un plato para un gnomo de los bosques. Encima, es el plato favorito de los niños y se les va a meter en un diente y no van ni a saborearlo. ¿Por qué no me ha podido tocar un cocinero normal que sepa la diferencia entre un huevo frito y un huevo Kinder? Me han tenido que mandar a un puñetero Ferrán Adriá de pacotilla, que lo único que sabe hacer es poner un montón de macarrones en un plato con forma de castillito en lugar de un montón de comida para que los niños llenen la panza...

—¿Has terminado? —preguntó Marco consiguiendo que Gabriela dejara de caminar y guardara silencio—. No sé qué tiene de malo mi comida.

—¿Ah, no? Pues ahora lo verás.

Gabriela cogió del brazo a Marco y lo arrastró hacia el comedor donde diez niños y un joven se miraban unos a otros delante de unos platos vacíos.

—Gabi, ¿no hay más macarrones? —inquirió Pedro sin dejar de sonreír.

—¿Habéis visto? —comentó Tete con los brazos cruzados sobre el pecho haciéndose el interesante—. Ya os dije que no volveríamos a comer en condiciones.

—¡Tenemos hambre, tenemos hambre, tenemos hambre!

Los chicos comenzaron a golpear la mesa con los cubiertos y Gabriela volvió a llevar a Marco a la cocina.

—¿Has visto lo que tiene de malo tu comida?

—No está hecha la miel para la boca del asno —dijo Marco al tiempo que hacía un gesto despectivo con la mano.

—Estás de coña, ¿no? Son niños, por el amor de Dios, no el jurado de *Master Chef*. ¿Has hecho los filetes?

—Más o menos.

—¿Eso qué quiere decir? —preguntó Gabriela preocupada.

—He preparados medallones empanados con acompañamiento de delicia de patata al atún.

—¿Perdón?

Marco regresó junto al horno, lo abrió y le mostró las dos bandejas con los círculos de filetes y las medias patatas rellenas.

—¿Has hecho circuitos con los filetes?

—Medallones.

—¡Alucino contigo! —Gabriela se llevó las manos a la cabeza y volvió a caminar de un lado a otro mientras refunfuñaba por lo bajo.

Marco ignoró las protestas de la mujer, colocó de nuevo diez platos sobre la mesa y en cada uno de ellos depositó dos medallones empanados y media patata. Para fastidiar un poco a la encargada del centro, ahora que ella no miraba, dibujó en cada medallón una cara sonriente con ketchup. Un instante después, llamó a Gabriela y le enseñó el segundo plato.

—Muy bonita la cara sonriente —masculló ella con acritud.

—Ya que tú no lo haces...

—¿Que no hago qué?

—Sonreír.

A Gabriela se le encendió el rostro y se alejó de la mesa señalando con el dedo los platos que Marco había creado.

—¡A ti te parecerá gracioso pero de mí depende que esos chicos no se mueran de hambre! —le gritó con el rostro desencajado.

—Oye, cálmate un poco que no es para tanto.

—¿Qué no es para tanto? Claro, el señorito viene acompañado por su abogado que se ve que gana mucho dinero por el cochazo que tiene...

—El coche es mío y tengo otros tres. ¿Algún problema?

Gabriela resopló un par de veces, apoyó una mano en la mesa en intentó serenarse antes de volver a hablar.

—Te agradezco mucho que hayas venido, pero éste no es lugar

para alguien como tú.

—¿Alguien como yo?

—Aquí hacemos macarrones con tomate los lunes, cocido los martes, huevos fritos con patatas lo miércoles, paella los jueves...

—Yo sé hacer todo eso —explicó Marco que no comprendía por qué estaba intentando convencer a esa mujer que no le importaba un pimiento. Lo único que sabía es que no podía apartar la vista de sus labios y que sus ojos de color miel lo tenían hipnotizado.

—No lo dudo pero aquí el cocido se hace en un puchero y no poniendo cuatro garbanzos en un pincho con una hoja de lechuga al lado.

Marco abrió la boca para replicar pero no tuvo oportunidad porque la puerta del comedor se abrió a toda velocidad y entró Quique con su ritmo habitual.

—¡Gabi, Alba ha vomitado en el comedor!

Gabriela fulminó con la mirada a Marco como si supiera de antemano que el malestar de la niña estaba provocado por los macarrones del cocinero y éste se apoyó en la encimera a esperar el veredicto mientras ella se marchaba al comedor. El chico rubito volvió a aparecer un par de minutos después.

—Dice Gabi que vayas.

Marco pensó en recriminar al chico por tomarse esas confianzas pero bastante mal estaban las cosas como para empeorarlo todavía más. Entró en el comedor y se encontró con que Gabriela, sentada en una silla, acunando a la niña rubia sobre sus rodillas mientras el jardinero la abanicaba con una servilleta.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Marco suponiendo la respuesta de la joven—. ¿Han sido los macarrones?

—No —respondió ella con firmeza—. Leo me ha dicho que ni los ha probado porque ya se sentía mal. ¿La has visto entrar en la cocina?

—Sí, estuvo conmigo hace un rato.

—¿Comió algo?

—Me pidió galletas.

—¿Se las diste?

—Sí.

El rostro de Gabriela volvía a congestionarse y su voz se endureció.

—¿Cuántas se ha comido?

Marco se removió inquieto al percibir el malestar en la joven y, sobre todo, al ver el aspecto lastimero de la pequeña niña rubia que había conocido en la cocina.

—Las que había en el bote.

—¿Todas?

—Sí.

—¡Pero si había más de medio bote! ¿Cómo se te ha ocurrido permitírselo?

Marco pasó de la pena a la indignación a toda velocidad como si alguien hubiera apretado un interruptor en su cerebro y explotó.

—¡Porque yo no soy la niñera de estos críos! ¡Maldita sea!

Todos guardaron silencio hasta que Gabriela se decidió a romper con todo aquello que ahora comprobaba que había sido un error.

—Vete de aquí y no vuelvas.

—Pero, mis cuatro horas...

—Las haces en otro sitio. Aquí no te necesitamos.

Marco se giró y, sin añadir nada más, salió del comedor y abandonó el centro. Una vez en el exterior, sacó el teléfono móvil y llamó a Cristian para que fuera a buscarle. Miró su reloj de pulsera y comprobó que no había cumplido ni tres horas de su condena y bufó. Todo se le complicaba pero lo peor de todo era la imagen de la niña en brazos de Gabriela que se había anclado en su cerebro y no parecía querer abandonarlo.

## Cinco

—No sé qué hacer.

—Lo único que se me ocurre es darte indicaciones por teléfono.

—Te echo de menos, ¿sabes?

Aurora resopló al otro lado de la línea y consiguió que Gabriela se sintiera mal por atosigarla con sus problemas. El médico le había recomendado reposo absoluto a la cocinera y no había nada que pudiera hacer.

—Me gustaría estar ahí pero no me lo permiten.

—Lo sé. Ya has hecho mucho por nosotros.

—Saúl está muy preocupado por mí y le da miedo que pueda perder a Isabel si no hago caso de lo que dice el médico.

—Y tiene razón. —Gabriela meditó un instante—. ¿Crees que me podrías dar indicaciones para hacer el cocido de los martes?

Aurora se quedó callada unos instantes antes de responder.

—Creo que sí —dijo la cocinera tras pensarlo un instante—. Si los garbanzos ya están blandos se puede hacer en poco tiempo en la olla exprés.

—¿Los garbanzos? —preguntó Gabriela mirando a un lado y a otro de la cocina como si las legumbres fueran a aparecer como por arte de magia.

—Claro, ¿no los pusiste anoche en agua?

El silencio de la joven le dio la respuesta. Aurora protestó al otro lado de la línea telefónica y consiguió que Gabriela se viniera abajo.

—¿Y ahora qué les doy de comer? Están esperando el cocido. Es su plato favorito.

—Gabi..., lo siento.

Ambas mujeres guardaron silencio y Gabriela suspiró con tristeza.

Nunca se había planteado lo importante que era la labor que realizaba la cocinera en el centro y ahora que la había perdido se sentía desfallecer.

—¡Ya he llegado!

Gabriela dio un salto en la banqueta y se volvió para ver entrar en la cocina a Marco, sonriente, con un recipiente bastante grande en una mano que dejó sobre la encimera con esfuerzo y una bolsa de deporte en la otra.

—Esto pesa un montón.

—Aurora, luego te llamo —comentó Gabriela todavía con la cocinera al otro lado de la línea. Apretó un botón y se aproximó a Marco que, como si no fuera con él, rodeó la encimera y ocupó su posición junto a los fogones.

—¿Qué haces aquí? —preguntó la joven extrañada y enfadada a parte iguales.

—Pues, hacer la comida. Hoy toca cocido, ¿no?

Gabriela bajó la cabeza al recordar lo que la cocinera le había dicho sobre lo de poner los garbanzos en remojo y bajó la guardia. Aunque le pesara, lo más parecido que tenía a un cocinero era aquel hombre alto y atractivo.

—No podemos hacer cocido. No he puesto los garbanzos en remojo.

Marco vio como ella lo miraba con ojos tristes y sonrió. Se inclinó sobre la encimera y abrió el recipiente que había llevado.

—Me imaginaba algo así.

Gabriela se acercó y miró en el interior del recipiente. Su boca se abrió de par en par y comenzó a balbucear.

—Esto... esto... ¿son...?

—Sí, son garbanzos. Los puse anoche a remojo. Si no te importa, tengo que hacer un cocido para doce personas.

—Pero, ¿cocido de verdad?

—Como el que preparaba mi madre —respondió Marco sin darse cuenta de que, por primera vez en años, la imagen de su madre en la cocina había aparecido en su mente.

—No sé qué decir.

—Pues, nada. Tú haz lo que tengas que hacer y a las dos llevaré los platos al comedor. Por cierto, ¿cómo está la niña?

—Bien. Solo fue un empacho.

—Me alegro. Bueno, si me permites...

Gabriela asintió con una tímida sonrisa y salió de la cocina mirando de reojo al cocinero que ese día vestía con vaqueros y una camiseta negra y que

ya estaba con la nevera abierta observando su interior.

Marco encontró todo lo que necesitaba preparado en varias bandejas. Le quedó claro que la cocinera anterior debía de ser una persona metódica y muy profesional que hubiera encajado a la perfección en cualquiera de los restaurantes de *Marco cuisine exquisite*.

Lo primero que hizo fue abrir la bolsa de deporte y sacar unos cuantos cuchillos envueltos con mucho mimo que había rescatado de un armario de su casa. Tras ellos apareció un delantal blanco que Marco se ató con mucho esmero y un gorro bajo de cocinero que se encasquetó en la cabeza como si de un ritual se tratara. En cuanto se vio vestido como un profesional de la cocina, colocó las bandejas sobre la encimera y, mientras los garbanzos ya borboteaban al fuego junto al morcillo y al resto de carne, se entretuvo cortando verduras y pelando patatas. Una vez tuvo esto último en otra olla, abrió de nuevo la nevera y se sirvió una copa de vino blanco que él mismo había llevado a pesar de las protestas de su joven jefa.

—¡Aaaaah! Chardonnay —susurró al tiempo que emitía un largo suspiro—. ¡Qué delicia!

Se encontraba saboreando el caldo enfriado en el congelador cuando la puerta de la cocina se abrió y entró a la carrera la misma niña rubia que había conocido la mañana anterior.

—Hola, Marco —saludó con desparpajo.

—Hola, Alba. ¿Ya estás mejor de la tripa? —preguntó él sorprendido al sentir que le alegraba ver a la niña.

—Sí, creo que Gabi te va a regañar por darme galletas.

Marco se encogió de hombros y le dio un sorbo a la copa.

—No te preocupes. Ya me echó la bronca ayer.

Alba se llevó las manos a la boca y abrió los ojos de par en par.

—Has dicho una palabrota. Gabi no nos deja decir palabrotas.

—No he dicho ninguna palabrota —replicó el cocinero al tiempo que fruncía el ceño.

Alba se quedó pensativa y también se encogió de hombros. Miró a la alacena que había a la izquierda de Marco y sonrió con dulzura.

—¿Me das una galleta, por favooooor?

—Ni de coña. Además, te las comiste todas.

—Has dicho una palabrota.

—Yo no... Bueno, sí. He dicho una palabrota.

—Gabi te va a lavar la boca con jabón. Eso es lo que nos dice.

—Gabi dice muchas tonterías. —A Marco comenzaba a agotarle la conversación con la niña.

Alba se aupó en la banqueta y clavó su mirada azul en el cocinero.

—¿Por qué nunca sonríes? Mi hermano dice que una sonrisa ilumina el mundo.

—Tu hermano también dice muchas tonterías. Además, no me gustan los niños.

La niña volvió a sentarse, apoyó los codos en la encimera y la barbilla en las manos.

—A mí tampoco me gustan los niños. Esteban siempre me tira del pelo.

Marco sonrió, al fin, y dio otro sorbo de la copa de vino. Pensó que otra vez le tocaría recibir una charla de Gabriela cuando la puerta de la cocina se abrió de repente, pero no fue ella la que entró.

—Estás aquí —comentó el mismo chico que había alardeado de sus conocimientos sobre coches—. ¿No estarás otra vez pidiendo galletas?

—Marco dice que ya no quedan.

—Mucho mejor. Anda, vete con los demás a jugar un rato.

La niña salió corriendo de la cocina y el chico esperó a que ella saliera para acercarse a la encimera junto a la que Marco estaba sentado.

—Perdona a mi hermana. Habla mucho.

—Cierto, pero no pasa nada.

Tete dudó un instante antes de continuar hablando. No le apetecía buscarse enemigos pero su instinto de supervivencia prevalecía, una vez más, al de la cordura.

—¿Qué haces aquí? —preguntó de repente.

Marco dejó su copa en la encimera con mucha tranquilidad y sin variar su rostro serio.

—Cocinar.

—Después de lo de ayer, permíteme dudar.

El empresario se levantó, le dio la espalda a Tete y levantó la tapa de la olla exprés. Movié el cocido con un cucharón de madera y regresó frente el chico que se mantenía impertérrito.

—¿Qué cenasteis anoche?

—Nos hicimos unos sándwiches porque nos dejaste tirados.

—Yo no...

—Sé que esto es un juego para ti pero no para nosotros —prosiguió

Tete con mucha seriedad—. Gabi se deja la piel para darnos lo que nos ha negado la vida y no voy a permitir que ningún ricachón venga a arrebatárnoslo.

Marco pensó en replicar pero las palabras del chico habían calado muy hondo en su interior. Por muy duro que le resultara reconocerlo, Tete tenía razón. Aquello no era uno de sus muchos restaurantes donde la gente se dejaba el dinero, tan solo para presumir de haber degustado los platos de la *cuisine exquise* de Marco sino un lugar donde niños sin hogar vivían el día a día sin pensar en nada más.

—No lo olvides —le advirtió el chico antes de encaminarse hacia la puerta—. Y deja de atiborrar a mi hermana de galletas.

Justo cuando la puerta de la cocina estaba a punto de cerrarse a espaldas de Tete, el cocinero reparó en el papel que había visto la mañana anterior y que aún descansaba en la encimera de la cocina.

—¡Espera! —gritó mientras cogía el presupuesto.

El chico regresó a la cocina y lo miró desafiante.

—¿Qué? —preguntó con dureza.

—Tú entiendes de coches. ¿Qué opinas de esto?

Marco le mostró el papel y el chico se acercó para cogerlo. Lo miró con detenimiento y enarcó una ceja.

—Manuela no lleva correa de distribución sino cadena —dijo sin dejar de mirar el presupuesto—. Esto es muy raro.

—¿Manuela? ¿Quién es Manuela?

—Nuestra *furgo*. Le puso el nombre Quique. Este presupuesto es una mierda.

—Tu hermana me ha dicho que Gabi os tiene prohibido decir palabrotas —advirtió Marco sonriendo. Tenía que reconocer que el chico le caía bien. Le recordaba a él mismo con su edad.

Tete metió la mano en el bolsillo de los vaqueros y sacó una cajetilla de cigarrillos que depositó en la encimera.

—También nos tiene prohibido esto pero a mí me la pela. Ya soy mayorcito para esas cosas.

—El tabaco no es bueno.

—Ni el alcohol y ya veo que te mola.

Marco se encogió de hombros y se dio por vencido. Ese chico era muy listo y lo desconcertaba.

—¿Por qué no le echas un vistazo a Manuela? Quizá podáis ahorraros

el taller.

Tete guardó el paquete de tabaco, volvió a recorrer el camino que lo separaba de la puerta de la cocina y allí se giró.

—Lo pensaré.

Abandonó la sala y Marco se quedó solo con sus pensamientos y con la sensación de que aquello no se parecía en nada a la condena que él se había imaginado sufrir. Se acordó de la niña y de cómo se le habían encendido los ojos al entregarle el bote verde de galletas y tuvo una idea que a él mismo sorprendió. El cocido que tanto gustaba a los niños estaba haciéndose a fuego lento por lo que tenía todo el tiempo del mundo hasta la hora de la comida. Tuvo que hacer un esfuerzo para recordar una vieja receta familiar de la que su madre siempre había como si se tratara de un legado familiar y, cuando la tuvo en mente, se enfrascó en la tarea que lo mantendría ocupado hasta la hora de comer.

\*\*\*\*

Gabriela daba vueltas de un lado a otro del vestíbulo sin atreverse a regresar a la cocina. Miró su reloj de pulsera de nuevo y confirmó que tan solo quedaban cinco minutos para la hora de comer. Pensar en lo que Marco podía estar haciendo le revolvía el estómago y no porque no confiara en sus dotes culinarias, que ya había demostrado la mañana anterior, sino porque tenía claro que vivía en la realidad paralela de los restaurantes de lujo y la cocina minimalista. Ella sabía que lo único minimalista en el centro de acogida era su cuenta corriente en el banco y ese pensamiento la hizo sonreír levemente.

Seguía caminando nerviosa por el vestíbulo cuando vio a los niños que aparecían, como por arte de magia, de cualquier rincón del centro y se arremolinaban delante de la puerta del comedor esperando a que ella abriera. Ésa era una tradición que había logrado implantar entre los niños y que ellos respetaban.

Se acercó al comedor casi sin respirar y sintió diez pares de ojos clavados en ella. Al fin, con pulso tembloroso por lo que pudiera encontrarse, abrió la puerta del comedor y los niños corrieron a sentarse en sus respectivos sitios. Allí se encontraron con platos a reventar de cocido que no tardaron en probar.

—¡Qué bien huele!

—¡Jo! Pues está rico de narices.

—Está mejor que el de Aurora.

- No seas lerdo, el de Aurora es mejor.  
—Pues con esto os vais a tirar unos cuescos que no veas.  
—No seas guarro, Paco.  
—¡Ostras! ¿Habéis probado el tocino?  
—La morcilla está de puta madre.  
—¡No digas palabrotas!  
—Tú calla, enana.  
—¡Gabi!!!! ¡Quique me ha llamado enana!

Gabriela despertó de su ensimismamiento al escuchar las protestas de Alba y tuvo que mover la cabeza de lado a lado para darse cuenta de que lo que estaba viendo no era un sueño. Los diez niños y Leo devoraban un gran plato de cocido cada uno que tenía todo lo que Aurora llamaba *la pringá* y los niños se lo estaban comiendo con los comentarios que siempre escuchaba y que le sonaban a música celestial.

Un instante después, la puerta de la cocina se abrió y Marco apareció ante sus ojos. Le sonrió, señaló a los niños y levantó las cejas pidiendo su beneplácito. Ella sonrió y asintió con la cabeza. El cocinero desapareció de nuevo y Gabriela ocupó su lugar en el comedor junto a Leo y Tete en la que llamaban la mesa de los mayores.

—Esto está de vicio, jefa —comentó Leo con la boca llena de garbanzos.

Gabriela tomó la cuchara, la llenó y se la llevó a la boca. No pudo evitar emitir un gemido de satisfacción.

—Eso ha parecido un orgasmo —soltó Tete con un trozo de chorizo en la boca.

Gabriela se atragantó y Leo tuvo que darle unos golpecitos en la espalda. En cuanto se recuperó, bebió un sorbo de agua y se giró hacia el chico.

—Un comentario más como ése y te quedas sin comer hasta Navidad —amenazó Gabriela medio en broma medio en serio.

—Gabi, tengo diecisiete años. Te aseguro que sé lo que es un orgasmo y no es para tanto.

—Ya, pero...

—¿Sabías que el orgasmo masculino solo dura seis segundos y el femenino puede llegar a los veinte segundos? —explicó Leo inclinado para poder dirigirse a Tete.

—Pues yo he leído que la velocidad de la eyaculación es de cuarenta y

cinco kilómetros hora.

—¡No jodas! Es casi tan rápida como Quique. Pues tú ríete pero un chico me dijo en la cárcel que la piel del nabo es más dura que la de la cabeza.

—¡Yaaaaaaa! —gritó Gabriela que ya no aguantaba más—. ¡El próximo que hable de penes u orgasmos se queda sin comer!

El silencio sepulcral que se había levantado en el comedor la hizo volverse para encontrarse con todos los niños mirándola y, por si fuera poco, Marco acababa de aparecer por la puerta y la observaba con curiosidad.

—Estooooo..., solo quería preguntar si algún niño quería repetir pero mejor traigo el postre—. El cocinero desapareció y Gabriela se puso colorada como un tomate. Lo peor de todo fue que Paco, uno de los más cotillas del centro, se percató de ello.

—Gabi, te has puesto más roja que Pedro en verano.

—¡Qué va! —exclamó ella intentando quitarle hierro al asunto.

—Patri siempre dice que si tienes la cara colorada es porque estás enamorada —comentó Alba que, como casi siempre, abría la boca y conseguía que subiera el pan—. ¿A qué sí, Patri?

La niña morena de quince años que había sido nombrada dejó de comer y se volvió al tiempo que su coleta impactaba en el rostro de Tete que estaba sentado detrás de ella.

—¡Eh! ¡Casi me saltas un ojo!

Patri clavó sus grandes ojos negros en Tete y el chico se puso tan colorado como Gabi. Paco, sentado en una mesa a su izquierda, silbó y agitó la mano de arriba a abajo.

—¡Jo! Tío, esto es una epidemia. Tú también te has puesto colorado.

—Eso es porque está enamorado. Patri siempre dice que...

—¡Callate, enana! —exclamó Tete que no quería oír lo que Alba tenía que decir.

—No le hables así a tu hermana —contestó Patri haciéndose la enfadada aunque le costaba Dios y ayuda contener la risa—. Si estás enamorado, lo reconoces y ya está.

Tete atravesó con la mirada a su hermana y después miró a Patricia que lo observaba con ojos risueños.

—Aquí, la única que está enamorada es Gabi. Yo tengo alergia a los garbanzos y por eso me he puesto rojo.

—¡Ya está bien, chicos! —espetó Gabriela con poco éxito.

—Ya. Rojo por los garbanzos. Eso no te lo crees ni tú —soltó Quique que tampoco quería permanecer callado.

—Aquí se está rifando una buena ostia —contraatacó Tete que resoplaba como un miura.

—Has dicho una palabrota. —Alba lo miraba con la mano puesta en la boca como hacía siempre que escuchaba algún taco.

—No pasa nada —añadió Paco—. Gabi está enamorada y ni se ha *pisado*.

—¿De quién está enamorada Gabi?

Al escuchar la pregunta de Marco que acababa de entrar en la cocina empujando el carrito, todos se callaron y fijaron la vista en los platos vacíos. Gabriela intentó mantener la compostura pero no pudo y se puso todavía más colorada. Por suerte para ella, los chicos, al ver los postres en el carrito, se levantaron y se arremolinaron alrededor del cocinero.

—¡Vaya pinta!

—¡Es la caña!

—Me pido *primer*.

—Yo *segun*.

—¡A qué te doy un tortazo como te cueles!

—Pero, ¿hoy no tocaba fruta?

—¿Tú eres tonto? ¿Prefieres fruta en lugar de eso?

—¿Qué es?

Ante la pregunta de Tete, todos permanecieron callados y esperaron la explicación de Marco. El cocinero observó de reojo a Gabriela para ver si ella hacía algún gesto de disconformidad pero seguía cabizbaja intentando esconder el rubor de sus mejillas.

—Es mousse de chocolate con cobertura de naranja, así que también hay fruta.

Cada chico cogió un plato y regresaron a su lugar para saborear el postre que no habían probado nunca. Marco, una vez estuvo el carro vacío, se acercó a Gabriela con un cuenco en la mano y le rozó el hombro.

—¿Has terminado con el cocido?

—Sí —musitó ella sin levantar la vista.

Marco cogió el plato de comida que ella apenas había tocado y le puso el bol de mousse delante como si se tratara de uno de los camareros de sus lujosos restaurantes.

—Está frío. Espero que con este postre se te pase lo de las mejillas. —

Marco sonrió de medio lado sin que ella pudiera verlo y regresó a la cocina empujando el carrito en el que los chicos habían dejado los platos vacíos del cocido. Sin pensar en si era su cometido o no, lo colocó todo en el lavavajillas, abrió el horno para comprobar el estado de lo que allí se cocía y se sentó satisfecho en una de las banquetas.

Cinco minutos después entró Gabriela en la cocina con un cuenco vacío en la mano. Lo dejó encima de la encimera, cogió un trapo de cocina y se sentó junto a Marco.

—Quiero pedirte perdón por lo de ayer. Fui muy injusta.

—Bueno, no envenené a nadie pero conseguí empachar a Alba.

—Aun así. Pensaba que hoy no ibas a venir y la verdad es que me apuré un poco.

—No pasa nada.

Marco miró su reloj y comprobó que todavía le quedaban tres cuartos de hora para marcharse. Gabriela vio el gesto y sonrió con desgana.

—Puedes irte ya —comentó ella al tiempo que hacía nudos en el trapo de cocina—. Yo me encargo de recoger los platos del postre.

Marco se lo agradeció y se quitó el delantal. Lo dobló y lo guardó en uno de los cajones que había junto al fregadero. Apagó el horno y sacó de él una bandeja repleta de galletas que dejó sobre la vitrocerámica.

—Son de manzana —explicó él—. Es una receta de mi madre. Están calientes todavía.

Marco guardó sus cuchillos en la bolsa de deporte y la puso a buen recaudo dentro del almacén para que los chicos no la encontraran. Miró a Gabriela de reojo y caminó con lentitud hacia la puerta de la cocina. La abrió dispuesto a salir pero la voz de la joven lo detuvo.

—Marco...

Él se giró muy serio y fijó su mirada azul en los ojos color miel de ella que, sin poder evitarlo, volvió a ruborizarse.

—Dime.

—Gracias por todo.

Marco bajó la cabeza un instante y, cuando la levantó de nuevo, sonreía de oreja a oreja. Gabriela nunca lo había visto sonreír de esa forma y se estremeció al comprobar que con ese gesto era aún más atractivo.

—De nada. —Él hizo amago de salir pero se mantuvo allí—. Gabi...

—Dime. —Para ella fue una sorpresa descubrir que no le molestaba escuchar su diminutivo.

—No te enamores de mí. —Marco sonrió aún más pero, al ver volar un trapo de cocina lleno de nudos hacia él, borró la sonrisa y salió de la cocina en el preciso momento en el que el proyectil golpeaba en la puerta.

—¡Eres un egocéntrico! —le gritó Gabriela que sentía hervir la sangre—. ¡No quiero volver a verte por aquí! —Nada más soltar la última frase se arrepintió, y a pesar de lo enfadada y sobre todo avergonzada, deseó con todas sus fuerzas que el cocinero no la hubiera escuchado.

## Seis

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—No lo tengo muy claro. Cada vez te pareces más a la voz de mi conciencia y me agotas. —Cristian se sentó en una de las sillas del despacho que Marco tenía en el primer restaurante que formó parte de la cadena y comenzó a jugar con un pisapapeles con la forma de globo terráqueo.

—¿Así que ahora soy como Pepito Grillo? —preguntó el abogado con una sonrisa cínica en los labios.

—Más bien como una puñetera mosca cojonera. —Marco levantó la vista de los contratos y facturas que revisaba, se puso en pie y se acercó al mueble bar, escondido tras una reproducción de los girasoles de Van Gogh. Echó unos cubitos de hielo en un vaso de tubo y vertió en él una buena cantidad de la mejor ginebra.

—Eso te va a matar.

—Lo dicho. Una puta mosca cojonera.

Cristian bufó, se acercó a su jefe y se sirvió un dedo de Chivas en una copa de whisky de cristal tallado.

—Algún día me voy a cansar de que te metas conmigo —advirtió el abogado.

—Mira que lo dudo. A ver, ¿cuál era la pregunta que querías hacerme?

—Esa chica del centro de acogida...

—¿Qué pasa con ella? —preguntó Marco de malos modos.

—¿Estás tonto o solo te la quieres pinchar?

Marco se volvió como una serpiente y atravesó a su amigo y abogado con la mirada.

—¡Eeeeh! Tranquilo. Era broma. Es que no entiendo para qué quieres

volver esta noche a ese lugar para prepararles la cenita.

El empresario se sentó de nuevo en su sillón con el vaso entre las manos y la vista perdida en algún lugar de la pared situada tras Cristian.

—No sé qué decirte. Es una sensación rara. Esos niños...

—¡Aaaaaaah! Qué es por los niños. Por un momento pensé que tenía algo que ver la mujer morena con sus dos buenas...

—¡No seas bestia! —cortó Marco cuando su amigo se disponía a colocar cada una de sus manos a la altura del pecho—. Es una mujer atractiva.

—¿Atractiva? Está muy buena.

Marco pensó en continuar con su alegato de defensa pero no tenía nada que esconder. Cristian tenía razón pero sabía que Gabriela nunca podría ser una muesca más en su revólver cuando podía tener a la mujer que quisiera y que no lo llevara por la calle de la amargura como hacía la responsable del centro de acogida.

—No tienen cocinera para la cena.

—Ya. Y supongo que tampoco tienen entradas para el Madrid-Barça de la próxima semana y no se las vas a conseguir.

Marco contempló a Cristian y confirmó lo que sospechaba desde hacía mucho tiempo.

—No tienes corazón.

—Pues, no. Te lo vendí hace años y creo que lo cocinaste junto con el tuyo en cualquiera de tus elegantes restaurantes.

El empresario sonrió con cinismo y apuró la copa de ginebra de un solo trago al igual que hizo su abogado con el Chivas.

—No sé qué hacer —meditó Marco al tiempo que dejaba la copa sobre la mesa.

—Amigo mío, pasar de todo. Tienes dinero, éxito y mujeres. No necesitas convertirte en Santa Teresa de Jesús.

—Tenías que ver la cara de ese chico cuando me dijo que no iba a permitir que le hiciera daño a Gabriela.

—Pues mándale una *Play Station* y asunto arreglado.

—Eres insensible.

—No, soy abogado. Además, te recuerdo que tú sigues siendo el mismo que mandó echar a aquel mendigo que se comía las sobras de los cubos de basura.

—Daba mala imagen al restaurante.

Cristian se calló, abrió los brazos como si le estuviera mostrando la verdad absoluta y se recostó en el sillón con gesto triunfal.

—Esa es la idea. Solo tienes que preocuparte de los restaurantes.

—No es tan sencillo.

—Lo es. Vas tus cuatro horas, les haces unas hamburguesas, que siempre gustan a los niños, y vuelves a tu vida.

—¿Y lo de la cena?

—¡Joder, tienes diez restaurantes! ¡Mándales algo de comida en una furgoneta y no te involucres más con esa gente que te están volviendo más blando que la mantequilla!

Marco cruzó los brazos sobre el pecho y se recostó en el mullido sillón con todo lo que su abogado y amigo le había comentado revoloteando por su cabeza.

*Cristian tiene razón*, pensó el empresario que comenzaba a enfadarse consigo mismo por comportarse como un adolescente risueño y no como el tiburón que había logrado levantar un imperio de la nada. *Todo se consigue con dinero y esto no va a ser una excepción.*

Se levantó de un salto y salió del despacho seguido muy de cerca por Cristian que no se esperaba esa reacción. Marco atravesó el vacío restaurante y entró en la cocina donde sus empleados se afanaban en preparar todo para que el local abriera sus puertas media hora más tarde. Se acercó al *maître* y reclamó su atención para que lo siguiera fuera de la cocina.

—Señor.

—Felipe, necesito que me preparéis doce menús para llevar —explicó Marco al tiempo que le ponía la mano en el brazo al *maître* con familiaridad.

—¿Para llevar, señor? Nunca hemos servido a domicilio.

—Ya lo sé. Es una excepción. Habla con Tinín y que lleve la comida y a dos camareros para servirla.

—Muy bien señor. —El *maître* inclinó el torso respetuosamente—. ¿Y qué ha pensado que llevemos?

—¿Qué está más adelantado?

El *maître* pensó un instante, se asomó a la cocina e intercambió unas palabras con el chef.

—De primero podíamos hacer *Cocarroi* crujiente con *suquet* de ñoras y gambas.

—Me parece bien pero que no se pasen con el brandy.

—Ahora se lo digo al chef. De segundo suflé de aceite Picual-Royal y

queso azul sobre compota de tomate con albahaca y de postre torrija de brioche caramelizada con helado de turrón.

Marco meditó un momento y aprobó mentalmente el menú. Solo tenía que aclarar una cosa.

—Dile a Fred que no emplate minimalista sino que ponga un par de raciones por persona.

—Muy bien, señor. ¿Alguna cosa más?

—No, nada. Muchas gracias. —Marco vio desaparecer al *maître* en la cocina y él se encaminó a su despacho con Cristian pisándole los talones. En cuanto cerraron la puerta el abogado se echó a reír.

—¿Qué pasa ahora?

—Nada, nada. Solo que me hace gracia.

—¿El qué?

—La cara que van a poner los chicos cuando vean delante de sus narices un suflé de aceite de no sé qué y una torrija de brioche.

—Bueno, teniendo en cuenta que hoy les tocaba coliflor y tortilla francesa... —Marco comenzó a reír al igual que había hecho su amigo un instante antes pero la sonrisa le duró lo mismo que tardó Cristian en hacer su siguiente comentario.

—Te tiene que poner mogollón la del centro de acogida para que actúes así.

—¿A qué te refieres?

—A que no me puedo imaginar las delicias de la *cuisine exquise* de Marco dando botes en una furgoneta para que se las zampen diez niños que no distinguirían un *coulant* de una cagada.

Marco resopló con fuerza y se sentó en su sillón con pesadez.

—Tú me aconsejaste lo de enviarles la cena.

—¡Coño, estaba bromeando! No me podía imaginar que te lo ibas a tomar en serio.

—No hay quien te entienda Cristian. Si voy a prepararles la cena es malo y si se la mando también. Entonces, ¿qué debo hacer?

Cristian se puso serio de repente y apoyó las manos encima de la mesa para acercarse a su jefe que lo contemplaba esperando su consejo.

—Muy sencillo. Lo que has hecho hasta ahora. Mirarte el ombligo y ganar pasta.

Marco vio cómo su abogado abandonaba el despacho y lo dejaba solo con sus pensamientos que parecían querer jugarle una mala pasada. La

imagen de Gabriela con Alba en brazos lo atormentaba y, de alguna forma, desarmaba sus defensas.

\*\*\*\*

—No creo que sea muy complicado. Ya preparo yo la cena.

—No hace falta Leo. De verdad.

El joven se colocó el delantal con la chica en bikini y se situó delante de los fogones. Aunque Gabriela le había repetido hasta la saciedad que no tenía que echar una mano para preparar la cena, el jardinero había insistido y ahora se enfrentaba, por primera vez desde que llegara al centro, a un cometido muy distinto a podar los árboles o cambiar alguna que otra bombilla.

—Así que coliflor y tortillas francesas —musitó el joven con la vista puesta en el menú que había cogido del tablón—. Es evidente que la coliflor hay que hervirla así que... —Leo descolgó la cacerola más grande que encontró, la llenó de agua casi hasta el borde y la colocó sobre la vitrocerámica. Mientras el agua se calentaba, se acercó al frigorífico y sacó dos coliflores bastante grandes. Miró los vegetales y después levantó la vista hacia Gabriela. —¿La coliflor no es blanca? —Preguntó el joven al ver las dos esferas de color verde.

—Lo blanco está dentro —le explicó Gabriela entretenida revisando unos papeles mientras el chico se afanaba en preparar la cena.

—Aaaaaah. Tiene sentido. —El jardinero dejó las coliflores sobre la encimera y metió el dedo en el agua—. Todavía no está hirviendo.

—Normal. Solo han pasado dos minutos.

—Pues entonces voy a ir preparando las tortillas.

—Me parece bien.

Leo buscó en todos los armarios hasta que localizó un bol lo suficientemente grande como para batir los huevos que acababa de sacar de la nevera. Comenzó a cascar uno tras otro hasta agotar las dos hueveras que encontró. Sacó unas varillas de batir de un cajón y comenzó a moverla dentro del bol lleno hasta la mitad con dos docenas de huevos hasta que comenzó a dolerle el brazo. Observó a Gabriela buscando su aprobación por el esfuerzo que estaba realizando pero ella seguía absorta en las facturas del centro por lo que dejó de mover las varillas. Miró a su alrededor hasta que una idea cruzó por su cabeza, al ver la batidora de gran tamaño colgada cerca de la vitrocerámica. La cogió, le engancho las varillas y la metió dentro del bol pero, justo cuando estaba a punto de apretar el botón, vio que el agua

comenzaba a humear y decidió que ése podía ser el momento idóneo para introducir las coliflores en la cacerola. Aún con el dedo en el botón de la batidora cogió una de las enormes coliflores con mucho esfuerzo y, haciendo malabares con una mano para que no se le cayera al suelo, la soltó sobre la cacerola. El desastre comenzó justo en ese preciso instante.

En cuanto Leo dejó la coliflor dentro del recipiente metálico, el agua caliente rebosó y cayó sobre su mano. Aunque no estaba hirviendo, nada más sentir el líquido apretó los dientes y con ellos el resto de su musculatura, por lo que el dedo índice de la otra mano hundió con fuerza el botón de la batidora que, debido a su potencia, lanzó por los aires gran cantidad de huevo a medio batir que bañó al chico, a Gabriela y a los papeles que ella leía.

—¡Pero, ¿qué haces?! —preguntó Gabriela al ver el desastre.

Leo consiguió detener la batidora y, lleno de huevo, se sopló la mano que le molestaba aunque no le dolía demasiado. Gabriela, al ver el gesto del joven jardinero, se asustó.

—¿Te has quemado?

—No, por suerte no estaba hirviendo. —Leo se inclinó para coger un trapo y limpiarse el rostro cuando pisó la mezcla de huevo y agua que estaba esparcida en el suelo y comenzó a patinar como si de un dibujo animado se tratara. Intentó agarrarse a algo pero lo único que encontró fue el asa de la cacerola que salió volando por los aires y le golpeó en la boca. —¡Su puta madre! —exclamó Leo al notar el golpe. Se echó mano a la boca y se vio sangre en la mano.

—Te has partido el labio. —Gabriela, al ver la herida, fue hasta el arcón y sacó unos cubitos de hielo que metió dentro de un trapo y le entregó al chico con mucho cuidado para no resbalar como él. En cuanto vio el desastre y el joven con el trapo en la boca y más blanco que la leche, la sangre comenzó a hervirle en las venas y supo a quién debía echarle la culpa de todo aquello.

—Cuando venga mañana, le voy a cantar las cuarenta —espetó con el ceño fruncido.

—¿A quién? —preguntó Leo entre dientes y con el trapo encima de la boca.

—A ese cocinero de tres al cuarto que no puede dignarse a venir a preparar la cena. El señorito se cree mejor que nosotros.

Como si se tratara del vaticinio de un adivino, en ese instante entró en la cocina Tete seguido de dos camareros que portaban unas bolsas.

—Por aquí, por favor —les indicó al tiempo que señalaba la gran mesa de madera que presidía la cocina. En cuanto se giró y vio el desastre se quedó con la boca abierta.—¿Qué ha pasado aquí?

—¿Quiénes son? —inquirió Gabriela sin hacer caso de la pregunta del chico.

—Son camareros y nos traen la cena.

La joven miró a los dos hombres que esperaban pacientemente junto a la puerta de la cocina el beneplácito de Gabriela pero éste no llegó.

—¿Qué cena? —preguntó de malos modos.

Uno de los dos camareros se adelantó y depositó una de las bolsas encima de la mesa.

—De primero traemos *Cocarroi* crujiente con *suquet* de ñoras y gambas.

Tete se relamió y comenzó a frotarse las manos.

—Ummmmm. Lo del *cacarruá* suena muy bien.

—De segundo, suflé de aceite Picual-Royal y queso azul sobre compota de tomate con albahaca.

—¡Vamos, vamos, vamos! ¡Y con albahaca! —añadió Tete de nuevo.

—Y de postre, torrija de brioche caramelizada con helado de turrón.

—¡Joder! —exclamó el chico al tiempo que cotilleaba dentro de la bolsa que había dejado el camarero sobre la mesa—. Torrijas como en Semana Santa.

Gabriela se acercó a la mesa y cerró la bolsa de malos modos antes de volverse hacia el camarero.

—¿Y quién nos envía todo esto? —preguntó extrañada y a la defensiva. No se explicaba quién podía querer mandarles todas aquellas delicatessen para cenar aunque lo imaginaba.

—Ha sido el señor Marco —respondió escuetamente el camarero.

—¿¡Marco!?! ¡Yo alucino! —exhortó Gabriela poniendo los ojos en blanco.

—¿Qué pasa? —Tete no se explicaba el motivo por el que se había enfadado la joven sobre todo porque para él la comida significaba la diferencia entre sentirse vivo o no—. Nos ha enviado la cena. Es genial.

—No, no lo es. Nos ha tomado por unos muertos de hambre y nos trata como si necesitáramos su ayuda.

—Y la necesitamos. Te recuerdo que no hay nadie que nos haga la cena. —Tete miró el desastre organizado por Leo y se encogió de hombros

—. Es evidente que nosotros no podemos hacerlo solos.

—No quiero la caridad de ese hombre —bufó Gabriela molesta ante la insistencia del chico.

—Pues a mí no me importa. Es comida y no hay que darle más vueltas.

—¡Ya está bien, Tete!

—¡No, no está bien! —gritó el chico para sorpresa de Gabriela que no lo había visto nunca así—. Estoy cansado de que pienses que podemos apañárnoslas nosotros solos cuando sabes que no es así.

—Pero...

—Despierta de una vez —añadió Tete con acritud—. He visto las facturas. Estamos al borde de no tener nada que llevarnos a la boca y ahora te pones digna.

—Eso no es justo... —replicó Gabriela en un susurro.

—Me la pela. Lo único que me importa es que Alba no pase hambre y si tengo que mendigarle a Marco, lo haré. —Tete se dio media vuelta y salió de la cocina sin decir nada más.

Leo permanecía impassible detrás de la encimera de la cocina y los dos camareros esperaban firmes como dos soldados.

—¿Podemos dejar las bolsas sobre la mesa, señorita? —preguntó uno de ellos con modales muy refinados.

Gabriela se volvió hacia él como un resorte y lo fulminó con la mirada.

—No, no quiero esto aquí. Os lleváis las bolsas y le decís al «señor» Marco que... —La joven guardó silencio un instante, miró de nuevo el caos de la cocina y a Leo que seguía sujetando el hielo sobre el labio partido y tomó una decisión.

—¿Marco está en el restaurante donde trabajáis? —preguntó al camarero que llevaba la voz cantante.

—Me imagino que sí, señorita —respondió con una ligera inclinación de cabeza.

—Perfecto. Me vais a llevar a ese restaurante. Tengo que hablar con él.

—Pero...

La mirada fría y dura que Gabriela dirigió al camarero fue suficiente para que guardara silencio, tomara la bolsa que había dejado encima de la mesa y saliera del edificio seguido por su compañero, Gabriela y el propio Leo.

—Limpia la cocina y no la lées más —le ordenó antes de subir a la furgoneta junto a los dos camareros.

—¿Y qué vamos a cenar?

Gabriela meditó un instante la respuesta. No tenía mucho dinero pero aquella era una situación de emergencia.

—Pillaré unas pizzas de regreso. No les digas nada a los chicos.

—Como quieras.

Cuando subió a la furgoneta, los camareros ya habían puesto al día al conductor del cambio de planes por lo que, sin esperar ninguna indicación de Gabriela, arrancó y salió del centro de acogida. No intercambió ninguna palabra con los tres hombres en los veinte minutos que duró el trayecto hasta una calle céntrica de Madrid donde la furgoneta se detuvo. Los tres hombres descendieron y uno de los camareros le tendió la mano para ayudarla a bajar pero ella rehusó con un gruñido. Estaba enfadada con la situación que estaba viviendo y con Marco que parecía sentir la necesidad de mirarlos por encima del hombro.

Nada más ver la fachada del lujoso restaurante advirtió de que el cocinero debía ser un hombre con bastante dinero para poder permitirse cenar en ese lugar y, sobre todo, comprar la cena para todos los chicos del centro de acogida. Era evidente que, para él, ellos debían ser como unos pordioseros necesitados de comida. Resopló y entró en el restaurante detrás de los camareros.

Nada más entrar vio a Marco sentado frente a la barra con una copa en la mano y acompañado de su abogado y se detuvo junto a la puerta. Los camareros se acercaron hacia donde él se encontraba y le mostraron las bolsas. Él movió la cabeza de lado a lado e intercambió unas cuantas palabras con los dos hombres hasta que uno de ellos hizo un gesto con la cabeza y Marco miró hacia donde ella se encontraba. Nada más verla se acercó con gesto serio seguido de cerca por Cristian que parecía su sombra.

—¿Por qué has rechazado la cena?

—No necesitamos tu caridad.

—No es caridad.

—Entonces, ¿qué es?

Marco se encogió de hombros como si con ese gesto quisiera quitarle hierro al asunto.

—Solo es comida.

—Que te habrá costado una pasta.

—No me ha costado nada.

—¿Me dices que te dan la comida gratis en este restaurante de... de

pijos?

—Este restaurante de pijos, como tú lo llamas, es mío.

—Éste y otros nueve —añadió el abogado para desconcierto de Gabriela.

—¡Cristian, por favor!

Marco intentó acercarse a Gabriela pero ella dio un paso atrás. En ese preciso instante, el *maître* reclamó a Marco y éste no tuvo más remedio que acompañarlo no sin antes pedirle a Gabriela que lo esperara. Cristian se marchó con él y la joven pensó que se comportaba como un perrito faldero. Mientras aguardaba junto a la puerta de la entrada, una mujer morena enfundada en un vestido muy ceñido de color celeste se acercó a ella con una copa de vino blanco en la mano y la miró de arriba a abajo. En cuanto vio su aspecto con los vaqueros desgastados y una sudadera negra arrugó la nariz como si fuera una apestada.

—Así que tú eres la nueva conquista de Marco —afirmó con un ligero acento.

—¿Perdón?

—No te hagas la tonta. Supongo que has olido el dinero como todas. Pues tendrás que ponerte a la cola, *ma chérie*.

Gabriela se aproximó a la mujer y la amenazó con la mirada.

—No sé quién es usted pero me importa una mierda. Yo no voy tras el dinero de nadie.

—Eso dicen todas pero te aseguro que Marco es solo para mí. Cuando me lo tire no se separará de mí.

Gabriela, cansada de tanta tontería, se dio media vuelta y se marchó del restaurante sin advertir que Marco la había visto hablar con la mujer del vestido azul y había salido del restaurante tras ella. La llamó pero la joven lo ignoró y desapareció en la noche. Marco volvió a entrar en el restaurante y se encaró con la morena.

—¿Qué le has dicho?

—Nada importante. Que te dejara en paz porque no tenía nada que hacer contigo.

—¿¡Eso le has dicho!?! —inquirió Marco con los ojos muy abiertos.

La mujer se acercó a él como una gata en celo y le puso la mano en el pecho. Marco sintió su aliento muy cerca y se separó instintivamente. Nunca había rehusado la presencia de una mujer bonita pero ahora no podía soportar la sensación de no ser más que un hombre con dinero y poder sin mucho más

que ofrecer.

Maldijo en voz baja y se marchó a su despacho dejando otra víctima de su desprecio por el camino. A pesar de que la mujer del vestido ajustado lo llamó, él la ignoró y se encerró tras la puerta del único sitio donde podía estar tranquilo. Se dejó caer en el sillón de piel y, como un autómata, sacó del bolsillo de su chaqueta un bote metálico que dejó encima de la mesa. Tan solo una semana antes no lo hubiera dudado pero ahora todo había cambiado por mucho que le costara reconocerlo.

—¡Mierda! —exclamó al darse cuenta del torbellino de sensaciones que recorrían todo su cuerpo. De un zarpazo agarró el tubo metálico, se levantó, abrió la ventana y lo lanzó con todas sus fuerzas lo más lejos que pudo. No se había percatado de que Cristian acababa de entrar en su despacho y, al escuchar un carraspeo, se sobresaltó y se volvió hacia él—. ¿No te han enseñado a llamar a la puerta?

—¿Eso que has tirado es lo que me imagino?

—Me da igual lo que te imagines. —Marco se sentó en su sillón y el abogado hizo lo mismo frente a él.

—No puedo creer que hayas lanzado la coca por la ventana. Júrame que no te has tirado a esa tía porque no si no es así, no me lo explico.

El empresario se incorporó en su asiento y lanzó una mirada gélida a su amigo.

—En ocasiones me apetecería partirte la cara. Eres un bocazas.

Cristian resopló y, para sorpresa de Marco, se echó a reír.

—Me imagino que esto debe ser la crisis de los cuarenta. Estás en plena *pitopausia*.

—Tengo treinta y tres. Deja de decir chorradas.

El abogado se levantó y se dirigió hacia la puerta donde se volvió.

—Anda, vámonos al Club.

—Paso. Vete tú.

—Venga, te invito a una ronda.

—¿De copas o de mujeres?

Cristian sonrió de medio lado, agarró las dos solapas de la chaqueta y se levantó el cuello.

—De lo que quieras. Seguro que Samantha está deseando volver a verte.

Marco hizo amago de levantarse pero la imagen de Gabriela junto a la puerta del restaurante hablando con Françoise le hizo cambiar de opinión.

—Vete tú.

—Anda, no seas...

—No insistas. —El abogado se encogió de hombros y salió del despacho.

Marco volvió a recostarse en el sillón y cerró los ojos. Soltó todo el aire que retenía en los pulmones y se recreó en la imagen del cuerpo esbelto de Gabriela que se intuía bajo la ropa holgada que siempre llevaba. Supo en ese instante que la condena de ochenta horas de servicios a la comunidad acababa de dejar de ser una condena.

## Siete

A pesar de lo ocurrido la noche anterior, Gabriela sintió un enorme alivio cuando vio descender a Marco del deportivo que conducía su abogado. Recorrió la breve distancia que los separaba y pasó por delante de ella, que hacia como que leía un cartel en el tablón de anuncios, sin dirigirle la palabra. Ella se sintió ofendida y lo siguió a la cocina.

—¿No me vas a dar ni los buenos días?

—Buenos días —gruñó él mientras se acercaba a la despensa para sacar la bolsa de deporte con los cuchillos.

Marco se acercó al corcho y miró durante un breve instante el menú para el almuerzo.

—Huevos fritos con patatas —masculló—. Qué original.

Llenó una cacerola con agua, regresó de nuevo a la despensa y volvió con un saco de patatas que dejó caer a sus pies. Se sentó frente a Gabriela y comenzó a pelar patatas. Cada tubérculo sin piel acababa dentro de la cacerola y eso llamó la atención de Gabriela.

—¿Para qué haces eso? —preguntó ella sentada en un taburete al otro lado de la encimera.

—¿El qué?

—Lo de meter las patatas peladas en agua.

—Para que no se pongan negras.

—¿Y eso por qué?

Marco levantó la cabeza un segundo y la miró con ojos tristes.

—¿Por qué no me dejas trabajar? ¿No tienes nada mejor que hacer?

Gabriela apretó los labios y pensó en irse pero no quería dejar las cosas como estaban. Lo que había sucedido la noche anterior era algo que tenía que

hablar con Marco, si no quería que se convirtiera en una de esas situaciones enquistadas que se vuelven incapaces de solucionar.

—¿No vas a pedirme perdón? —preguntó ella con dulzura.

Marco levantó la cabeza como si le hubieran dado una buena colleja y clavó su mirada azul en Gabriela que sonreía como una princesa de cuento de hadas. Hasta se permitió la licencia de aletear sus pestañas pero sin resultado.

—¿¡Yo!? ¿¡Pedirte perdón!? ¡Alucino contigo! ¿Por qué tendría que pedirte perdón?

—Por cómo te portaste ayer —explicó ella sin cambiar el tono de su voz.

—Os envíe la cena. Me preocupé por vosotros. ¿Tengo que pedirte perdón por eso?

—Por eso no lo tengo muy claro pero por lo de la petarda ésa te aseguro que sí.

Marco frunció el ceño.

—¿Qué petarda?

—No te hagas el tonto. La tía ésa metida en un vestido que parecía de una Barbie y lo digo por el tamaño. —Gabriela se puso en pie y rodeó la encimera acercándose a Marco moviendo las caderas y con la mano dando vueltas como si llevara un bolso y fuera una buscona de la calle.

—Quiero a Marco solo para mí —comentó con voz insinuante—. Aléjate de él que me pertenece.

—¿Eso te dijo? —preguntó él con los ojos como platos.

Gabriela recorrió la breve distancia que los separaba y se contoneó a tan solo unos centímetros de él que, al sentirla tan cerca, se había puesto rígido.

—Si lo que quieres es su dinero, *ma chérie*, ponte a la cola —continuó ella metida en su papel.

—No puedo creer que Françoise te haya dicho eso.

Gabriela, que sin saber por qué deseaba continuar con ese juego, puso la mano en el pecho de Marco y acercó su rostro al de él que se puso aún más tenso.

—Cuando me lo tire no va a querer estar con nadie más.

Marco fijó su mirada en los ojos de Gabriela y abrió los labios como si buscara aire. Ella, tras su actuación, se dio cuenta de la posición en la que se encontraba e hizo amago de retroceder pero el cocinero posó la mano en su cintura y no la dejó escapar. Se inclinó hacia ella y la besó. Un beso tierno

que ella no rechazó. Un beso en el que no hubo danza entre las lenguas ni suspiros de pasión. Tan solo un suave y dulce beso que a Marco le supo a gloria.

Con la respiración entrecortada se separó de ella y dio un paso atrás. Gabriela se mantuvo en la misma posición con la boca entreabierta y los ojos cerrados. Cuando los abrió, contempló a Marco que sonreía con suficiencia y la sangre volvió a hervir en sus venas. Quizá, si el gesto del cocinero hubiera sido otro, no habría reaccionado de la forma que lo hizo. Se sintió humillada y, lo peor de todo, utilizada como todas esas mujeres que rodeaban a Marco. Sin que él pudiera esperarlo le cruzó la cara con todas sus fuerzas pero él ni siquiera se tambaleó. Endureció su gesto y Gabriela salió de la cocina corriendo.

—¡No hay quién entienda a las mujeres! —exclamó Marco para que ella pudiera escucharlo.

Una vez que ella no pudo verlo sonrió pero esta vez lo hizo de otra forma. Ni siquiera sabía por qué hizo ese gesto de suficiencia nada más besarla porque tenía muy claro que Gabriela no era una mujer como las que conocía y que revoloteaban a su alrededor buscando su parte del pastel.

*Tendrá razón Françoise*, pensó con las palabras de la encargada del centro en su cabeza. Quizá todas esas conquistas de las que él se había vanagloriado en el pasado tan solo se habían cimentado no es sus encantos, sino en su bolsillo. Sabía que Gabriela tenía problemas de dinero pero había demostrado, con el gesto de la noche anterior, que no valía para recibir ayuda que no se mereciera. Se lo grabó a fuego para el futuro sin darse cuenta de que éste no iba más allá del mes que tardaría en cumplir su condena.

Marco miró su reloj de pulsera y vio que tan solo quedaba una hora para la comida y no podía demorarse. Podía empezar a partir las patatas, que descansaban dentro del recipiente de metal, pero no podía olvidarse de los huevos fritos. Abrió la nevera y buscó las dos docenas que ya había visto el día anterior pero no las encontró y se apuró. Por muy genio de la cocina que se creyera, un plato de huevos fritos con patatas pero sin huevos era más bien magia pura. Salió de la cocina para buscar a Gabriela pero se encontró con Leo entretenido en la poda de unas plantas de interior, acompañado por Tete, y se acercó a él.

—Leo, ¿tú sabes algo de las dos docenas de huevos que había en la cocina?

El joven se volvió con lentitud, lo miró con ojos nerviosos y carraspeó

antes de hablar.

—Es que... verás... yooooooooo...

Marco resopló y le hizo un gesto con la cabeza para que se arrancara a hablar.

—Ayer intenté hacer las tortillas francesas y la coliflor para la cena y no se me dio muy bien.

—¿Qué quieres decir con que no se te dio muy bien?

—Pues queeeee...

—Joder, tío —exclamó Tete tan exasperado como Marco—. Dile lo que pasó.

Como el jardinero no se arrancaba, el chico moreno lo explicó por él.

—Aquí, el Arguiñano intentó hacer las tortillas batiendo veinticuatro huevos a la vez con una batidora industrial de 3000 vatios mientras lanzaba, en plan baloncesto, una coliflor sin limpiar en una cacerola llena de agua caliente. Vamos, de concurso.

—Pero... ¿no limpiaste la coliflor antes de intentar hervirla? —preguntó Marco con las dos cejas elevadas.

—Ni la limpió ni le quitó las hojas —aclaró Tete—. Debe ser que como es jardinero le daba pena.

Marco aguantó la risa pero aún tenía otra pregunta por formular.

—¿Y qué pasó con las dos docenas de huevos?

—Un fallo técnico —explicó Leo sin añadir nada más.

—¿Un fallo técnico? —remarcó Tete al tiempo que levantaba las manos y miraba al cocinero—. Éste, que no conoce la ley de la energía centrífuga. Hemos encontrado huevo hasta dentro del horno y eso no se lo explica nadie.

Marco ya no pudo aguantarse más y se echó a reír a carcajadas ante la mirada indignada de Leo que solo se relajó cuando comprobó que Tete actuaba de la misma forma.

—Lo malo es que tenemos un problema.

—¿Qué problema?

—Éste no es de física sino de matemáticas —le respondió Marco a Tete—. Hoy toca huevos fritos con patatas. Doce personas a dos huevos por persona son veinticuatro huevos. Un jardinero sumado a una batidora industrial da como resultado cero huevos.

—¡Vaya! —exclamó Tete—. Como los chicos se queden sin huevos esto puede ser peor que la revolución francesa.

—Voy a comentárselo a Gabriela.

—Acaba de salir a toda leche —anunció Leo.

Marco echó a correr y atravesó la puerta de la entrada al centro donde se encontró con Gabriela que hablaba con Aurora, la antigua cocinera. En cuanto la joven lo vio llegar dio media vuelta y desapareció por la parte de atrás del edificio.

—Buenos días —saludó Marco a la mujer embarazada.

—Buenos días. ¿Qué tal la cocina? ¿Menos... minimalista?

Marco gruñó pero prefirió no entrar al trapo. Además, necesitaba la ayuda de la cocinera, sobre todo porque él ni tenía coche ni tenía carné y Manuela seguía en el dique seco.

—Tenemos un problema. No hay huevos.

—¿Para qué? —preguntó Aurora con chulería.

—¿Para que qué?

—¿Para qué no hay huevos? ¿Para un partido de tenis? ¿Una carrera a campo a través?

Marco observó a la mujer con el ceño fruncido y se encogió de hombros. Había comprendido la broma pero el humor que a él le gustaba solía ser bastante más sofisticado.

—No hay huevos para hacer huevos fritos con patatas. Hoy es miércoles.

—¿Y qué ha pasado con las dos docenas que dejé?

Marco miró a su espalda y vio a los dos chicos dentro del vestíbulo liados con las plantas y sonrió al recordar lo que Tete le había contado.

—Mejor no pregunte. Necesito que vaya a comprar otras dos docenas.

—Vale, pero usted se viene conmigo.

—Tengo cosas que hacer —replicó él a la defensiva.

—Si tan buen cocinero es me imagino que ya tiene las patatas peladas en agua por lo que no le queda mucho por hacer sin esos huevos. Usted se viene conmigo.

—Pero...

—¡Suba!

Aurora endureció su rostro, le abrió la puerta del acompañante y lo instó con un movimiento de la cabeza a que subiera. Marco, algo intimidado, obedeció. Nada más salir del centro, Aurora detuvo el vehículo en el arcén.

—¿Qué hace?

—Se acabó lo de tratarnos de usted —explicó ella al tiempo que se

quitaba el cinturón de seguridad que le apretaba la abultada panza—. ¿Qué coño quieres de Gabi?

—¿Perdón? —Marco frunció el ceño y pensó en bajar del coche pero Aurora fue más rápida y echó el cerrojo.

—Gabi me ha contado que la has besado y creo que eso no está estipulado en tu contrato.

—De hecho, no tengo contrato así que...

—Conmigo no te hagas el chulo porque te pongo la cara mirando a Cuenca —espetó la cocinera de malos modos.

—¿Me estás amenazando?

—Pues, sí. Como se te ocurra hacerle daño a Gabi te arranco las pelotas y hago albóndigas con ellas.

Marco volvió a abrir la boca para encararse con esa mujer pero se percató de que ella era la única que veía al verdadero Marco; a ese hombre poderoso e infiel por naturaleza que era incapaz de comprometerse con ninguna mujer. Quizá lo de Gabi tan solo fuera un juego como siempre, pero no tenía más remedio que reconocerse a sí mismo que ella era distinta a las demás y eso lo tenía descolocado.

—No tengo ninguna intención de hacerle daño a Gabriela —reconoció él, al fin.

—Más te vale. —Aurora endureció su rostro aún más pero, casi al instante, lo suavizó y regresó la cocinera que él había conocido el primer día —. Gabi parece muy segura de sí misma y muy fuerte pero solo lo es cuando se trata de los niños, pero su corazón es otra cosa.

—¿Le han hecho daño? —se atrevió a preguntar Marco al ver el resquicio en las defensas de la cocinera que él quería aprovechar para conocer mejor a esa mujer que lo había encandilado con su dulzura y su fuerza a partes iguales.

—No, no es eso. Lleva mucho tiempo sin participar en el juego del amor como para perder.

—¿Y eso por qué? Es una mujer muy atractiva.

—Pero los niños lo son todo para ella. Lo malo es que ahora todo es distinto.

Marco se removió inquieto en el asiento del copiloto.

—¿El qué es distinto?

—Verás, para Gabi, huir del amor ha sido sencillo porque tan solo tenía que refugiarse en su castillo.

—Pues que siga haciendo lo mismo.

Aurora miró al cocinero con aire reprobador.

—¿No lo entiendes? Tú le gustas y has invadido su castillo. Ahora está indefensa y no se te ocurre otra cosa que besarla.

Marco resopló porque no se esperaba tanta información. Tan solo le había pedido ayuda a la cocinera para que fuera a comprar huevos y había recibido demasiados datos de sopetón; datos que no sabía si quería procesar. Si no hubiera sido por la que habían liado los chicos con los huevos.

—¿En qué piensas? —preguntó Aurora al verlo tan callado.

—En huevos —respondió él absorto en sus pensamientos—. Solo en huevos.

—Pues ya sabes, si no quieres que te los corte pórtate bien. Mira —añadió la cocinera—, vas a estar aquí solo un mes. No juegues con ella y, cuando cumplas tu condena, vuelve a tu mundo.

Marco miró a la cocinera y bufó con rabia contenida. Lo que menos le apetecía ahora mismo era tener que soportar un consejo como aquel, pero aunque supo que la cocinera tenía razón, le gustaba Gabriela. Él era un triunfador y siempre conseguía lo que quería aunque en esa ocasión la presa estuviera acompañada por diez niños. Supuso que ése era un daño colateral que podría soportar aunque en lo más hondo de su ser sabía que se equivocaba.

\*\*\*\*

Marco no había vuelto a ver a Gabriela desde que la encontrara hablando con Aurora y estaba preocupado por ella. Llegó a pensar que debía estar sufriendo una especie de trastorno bipolar pasajero porque no entendía cómo podía estar preocupado por ella y a la vez desear volver a besarla como si fuera una más de las mujeres que lo acosaban allá donde fuera.

—¡Esto es de locos! —exclamó al tiempo que comenzaba a freír los huevos que habían comprado en un centro comercial cercano.

—¿Qué es de locos? —preguntó un chico pelirrojo y con la cara llena de pecas que acababa de entrar en la cocina y observaba a Marco con atención.

El cocinero se volvió al escuchar la voz del niño pero no le prestó atención.

—Tete siempre dice que responder a una pregunta con un silencio es de sabios.

Marco continuó ignorando al chico pero éste parecía necesitado de

entablar una conversación con él.

—Tete siempre dice que los niños somos el último mono.

—Pues Tete se equivoca.

—Pero Tete dice que...

Marco resopló, apagó el fuego y se marchó al almacén donde se escondió. Se sentía agobiado y no estaba acostumbrado a tratar con niños. Había hablado un par de veces con Alba y le resultaba muy graciosa pero el chico que ahora lo fustigaba con sus palabras era otro cantar. Saboreó el silencio pero duró muy poco tiempo.

—¿Por qué te escondes? —preguntó el chico con la cabeza asomada por la puerta entreabierta del almacén—. Tete siempre dice que esconderse es de cobardes.

—¿Y no te cansas de escuchar a Tete? —inquirió Marco de malos modos aunque el chico no pareció percatarse de ello.

—Tete es guay.

—Tete es guay. Tete es guay... —musitó—. Ya te vale. ¿Por qué no desapareces de aquí y me dejas trabajar?

En ese preciso instante, Marco escuchó un carraspeo y se encontró con la mirada reprobadora de Gabriela que suavizó en cuanto posó sus ojos en el chico pelirrojo.

—Pedro, dile a todos que se vayan lavando las manos.

—Vale, Gabi. Adiós, Marco.

El cocinero gruñó por respuesta y encendió de nuevo el fuego para continuar friendo los huevos mientras esperaba algún que otro impropio por parte de Gabriela. Tenía motivos por lo del beso, pero ahora también podía acusarlo de tratar mal al chico pelirrojo. Levantó la vista y lo vio salir de la cocina cojeando visiblemente. Algo se le encogió en el interior y, cuando vio a Gabriela sentarse frente a él con gesto serio, supo que le tocaba recibir un buen rapapolvo. Pero no fue así.

—Pedro es un chico muy alegre. Le gusta mucho hablar.

—Eso salta a la vista.

—Solo habla con quién le cae bien.

Marco chasqueó la lengua.

—¿Debería sentirme halagado? —Sin ver la reacción de Gabriela supo que su pregunta estaba fuera de lugar y se arrepintió de haberla formulado—. ¿Por qué cojea?

—Su madre falleció en el parto —le explicó Gabriela sin mostrar

tristeza como si la historia del chico fuera de lo más normal—. A él tuvieron que extraerlo de su interior con fórceps y le dañaron un nervio.

—¿Y su padre?

—No quiso saber nada de él. Desapareció.

—¿Y alguna familia de acogida?

—Nadie quiere niños que no sean... perfectos.

Marco rumió algo entre dientes y continuó con la tarea de emplatar dos huevos fritos y una buena cantidad de patatas para cada uno de los chicos.

—Yo... Lo que ha sucedido antes... —Gabriela se puso colorada al instante nada más comenzar a tartamudear. Marco elevó la vista de lo que estaba haciendo y la miró sin mostrar atisbo de emoción alguna.

—No te preocupes. No volverá a suceder.

A Marco no le pasó desapercibida la reacción de la joven que pareció contrariada por su respuesta. Quizá esperara una disculpa o una muestra de arrepentimiento, pero el cocinero tenía claro que él nunca se arrepentía de lo que hacía o dejaba de hacer. Tan solo tomaba decisiones y esperaba los resultados. Ésa era una de las máximas que lo habían convertido en un empresario de éxito.

Gabriela comenzó a tamborilear con los dedos en la encimera y Marco elevó la cabeza.

—¿Qué?

—¿Quieres comer hoy con nosotros?

—Ni lo sueñes —respondió el cocinero justo antes de volver a centrarse en su tarea—. Si quiero almorzar rodeado de críos me voy a un Burguer.

Gabriela se levantó de la banqueta sin protestar, se marchó al comedor y abrió la puerta. Los chicos miraron a uno y otro lado y comenzaron a protestar.

—¿Dónde están los huevos fritos?

—¿Y las patatas?

—Yo quiero cocido del de ayer.

—Tú eres tonto.

—Vuelve a llamarme tonto y te parto los morros.

—¡Eh! ¡Ahí vienen los huevos fritos!

Marco entró justo a tiempo para detener la refriega empujando el carrito lleno hasta los topes de platos. Colocó uno en cada sitio y, cuando todos estuvieron sentados, cogió el último y lo situó entre Leo y Tete y frente

a Gabriela.

—¿Vas a comer con nosotros? —preguntó el jardinero.

—Si a la jefa no le importa.

Marco clavó sus ojos en Gabriela y la voz melosa del cocinero consiguió su propósito. La joven volvió a sonrojarse como había ocurrido el día anterior cuando Leo y Tete comenzaron a hablar de orgasmos.

—Gabi, te has puesto más roja que la camiseta de España—comentó Paco que volvía estar pendiente del color del rostro de la encargada del centro.

Esta vez, ella ni respondió y clavó los ojos en el plato como si con ello pudiera frenar a los chicos.

—Patri siempre dice que si tienes la cara colorada es porque estás enamorada —repitió Alba la misma frase del día anterior—. ¿A qué sí, Patri?

—Yo no digo nada que Tete se pone como un tomate enseguida.

El chico, al escuchar las palabras de Patri dirigidas a él, tosió y lanzó una patata por los aires que cayó en el plato de Quique.

—¡Joder! —exclamó el chaval con la vista fija en el proyectil que había recibido—. ¡Qué ascazo! —Lo cogió con la punta de los dedos y se lo tiró en el pelo a Patricia que ni lo vio venir.

—Toma, así tienes algo de tu novio.

Tete se levantó y se acercó a la mesa de Quique con los brazos en jarra. Gabriela se levantó de un salto y se metió en medio de los dos adolescentes para que no llegaran a las manos.

—Te espero fuera.

—¿Tú y quién más?

—Y tu puta madre.

—Me da igual porque no la conocí.

—Porque no hay quien te aguante.

—¡Chicos, chicos, chiiiiicos!

Gabriela consiguió que los dos se calmaran. No le había gustado el último comentario de Tete pero sabía que para ellos significaba algo distinto. Lo de no tener padres estaba tan asumido que lo utilizaban como insulto porque sabían que con ello no podían hacer daño.

Gabriela se volvió hacia Marco para pedirle con la mirada que perdonara la situación pero, para su sorpresa, el cocinero permanecía con los brazos cruzados sobre el pecho y parecía divertirse. En cuanto pasó la tormenta, todos volvieron a sentarse en sus respectivos lugares y Marco

descruzó los brazos y se inclinó hacia Gabriela.

—Siempre he comido viendo las noticias pero esto es mucho mejor.

—¿Bromeas?

—Para nada. Tenías que haber dejado que se zurraran. Las cosas se solucionan así.

—Pues le hubiera partido la boca en un santiamén.

—¡Tete! —Gabriela se volvió hacia Marco nada más reprender al chico y lo fulminó con la mirada—. La violencia solo engendra violencia.

—Sí. Y correr es de cobardes. Pero hay que coger el toro por los cuernos.

—No estoy de acuerdo. El que siembra vientos recoge tempestades.

Leo levantó la mano pidiendo permiso para hablar.

—¿Qué quieres?

—Yo me sé uno —comentó Leo entusiasmado—. Las relaciones son como las plantas; si no las cuidas se mueren.

—¿Y eso a qué viene? —preguntó Gabriela.

—No sé. Pensaba que era un concurso de refranes o algo así.

—¡Vaya tontería! —exclamó ella.

—No lo es —dijo Marco sin que nadie se lo esperara y con sus ojos azules posados en los de Gabriela—. Algunas son rosas con espinas pero con un buen jardinero todo se puede arreglar.

—Pues yo soy el mejor —soltó Leo.

Gabriela no dijo nada y bajó la cabeza. Por la mirada de Marco y por la dulzura de su voz supo que tras esas palabras había escondido mucho más. Cuando levantó la vista, Marco la miró y sonrió de tal forma que ella no tuvo más remedio que volver a contemplar los dos huevos y las patatas que él había preparado.

—¿No tienes hambre? —preguntó Marco con cierto retintín en la voz.

—No mucha —susurró ella.

—¿Quieres que te haga algo?

Gabriela abrió los ojos como platos y los clavó en Marco.

—¿Cómo?

—¿Que si quieres que te haga algo? ¿De comer?

—¡Ahhhh! No, gra... gracias.

—Gabi, te has vuelto a poner colorada.

La joven se volvió a toda prisa y le dio un cachetazo cariñoso a Paco para que dejara de cotillear. El chico se rio por lo bajo pero no añadió nada

más. Marco sonrió al recordar las palabras de Aurora. Aquella era su fortaleza y él estaba desarmando todas sus defensas sin pensar en si ella podía sufrir o no.

Continuaron comiendo y, para suerte de Gabriela, Tete y Leo comenzaron a hablar de fútbol. Marco no parecía muy entusiasmado por el tema de conversación y aprovechó para intercambiar alguna que otra mirada con la joven que, en cuanto notaba sus ojos posados en ella, volvía a centrarse en los huevos con patatas que comía con desgana. Cuando terminaron de almorzar, Marco recogió su plato y el de Gabriela y lo llevó al carro donde todos los chicos dejaron los suyos. El cocinero regresó a la cocina y metió todo en el lavavajillas antes de regresar con el postre. Tocaba arroz con leche y todos se sorprendieron cuando Marco regresó al comedor pero no con las típicas tarrinas compradas en un supermercado, sino con arroz con leche casero que los chicos no habían probado en su vida. Se desató la locura para sorpresa de Marco.

—¡Qué pasada!

—¡Huele que alimenta!

—Tío, el mío lleva un palo dentro. ¡Qué asco!

—Es canela, cenutrio.

—A qué te meto.

—¿Tú y quién más?

—Marco, se te ha caído un cacho de cáscara de limón en mi arroz.

—Eso es para adornar.

—No, es para dar sabor.

—¿Tú eres tonto? ¿Cómo va a ser para dar sabor?

—A qué te meto.

—¡Chicoos!

Todos se callaron al escuchar a Gabriela, cogieron sus cuencos de arroz con leche y volvieron a sus respectivos lugares. Marco tomó los dos boles restantes y regresó a la mesa donde le entregó uno a Gabriela que lo probó nada más recibirlo.

—Está delicioso.

—¿Hasta para un cocinero de un restaurante de pijos?

—¿Eres cocinero en plan «Masterchef»? —preguntó Leo con la boca llena de arroz.

Gabriela sonrió de medio lado y miró a Marco con la cuchara junto a la boca.

—Mucho mejor. Es el dueño de diez restaurantes de lujo —comentó ella consiguiendo el efecto deseado en los dos chicos que ahora lo miraban como si fuera un súper héroe.

—¡Joder! Tienes que estar forrado.

—Tete, no digas palabrotas.

Marco pareció, de repente, incómodo. Se levantó con el bol en la mano y se marchó a la cocina. Gabriela cogió el suyo y lo siguió.

—¿He dicho algo que te haya molestado?

—Tengo que trabajar.

Gabriela se sentó donde solía hacerlo al otro lado de la encimera y siguió deleitándose con el arroz con leche.

—¿No quieres que los chicos sepan que tienes diez restaurantes?

—No quiero que los chicos me miren como si fuera un dios.

La joven resopló.

—No hay nada malo en eso. No eres Cristiano Ronaldo ni Messi pero bueno...

Marco sonrió al recordar la conversación de Leo y Tete y cómo uno defendía a muerte a su Real Madrid y el otro hacía lo propio con el Barcelona.

—¡Marcoooooo! ¿Hay más arroz con leche y palos?

Alba entró como un torbellino en la cocina y corrió hasta el cocinero sin reparar de la presencia de la encargada del centro que prefirió callar para comprobar cómo era la relación entre la niña y el cocinero.

—Queda un poco pero ya no tiene palos —respondió Marco al que el comentario de la niña le había arrancado una sonrisa.

—Bueno, me he comido uno y está malo pero el arroz me gusta.

—¿Te has comido un palo de canela?

—Sí. Y una cáscara de limón pero lo que más me gusta es el arroz.

Marco se echó a reír al tiempo que cogía un bol de la encimera y servía una buena cucharada de arroz con leche. La niña bordeó la encimera y, cuando se encontró con Gabriela, no dio muestras de sorpresa. Se encaramó a una banqueta a su lado y metió la cucharilla en el arroz.

—Marco, ¿vas a venir con nosotros a la granja?

El cocinero miró a Alba y después desvió la vista hacia Gabriela que se movió inquieta en la banqueta.

—Verás, Alba. No sé si vamos a poder ir porque Manuela se ha estropeado.

—Pero, yo quiero aprender a ordeñar a una vaca —lloriqueó la niña.

—Ya lo sé. —Gabriela elevó los ojos al cielo sin que la niña pudiera verla y suspiró—. Intentaremos ir, ¿vale?

—¿Me lo prometes?

La joven dudó un instante antes de contestar.

—Te lo prometo. Y ahora ve a lavarte los dientes.

La niña apuró el arroz que quedaba en el cuenco y salió de la cocina a la misma velocidad con la que había entrado. Gabriela la vio salir y, en cuanto la puerta se hubo cerrado, se volvió hacia Marco.

—No sé cómo voy a hacer para cumplir mi promesa.

—Yo puedo...

—No puedes —le cortó la joven con el mismo tono de voz para que él no se sintiera ofendido—. Sé que podrías enviarnos ahora mismo un microbús o una lanzadera de la NASA pero no lo voy a permitir.

Marco torció el gesto al escucharla.

—No sé por qué eres tan cerrada. Podría ayudaros.

—Creo que quedó claro anoche. No quiero la caridad de nadie.

El cocinero sonrió de medio lado.

—Pues para mí que lo de las subvenciones de la Comunidad de Madrid se parecen bastante a la caridad. ¿Me equivoco?

—¿Has estado investigando? —preguntó Gabriela sorprendida.

—Un poco.

La joven chasqueó la lengua y se levantó de la banqueta para marcharse pero, antes de hacerlo, se volvió de nuevo hacia Marco.

—Si quieres ayudar a esos chicos, solo te pido que los trates como lo que son y no como a unos huerfanitos desamparados.

Gabriela salió de la cocina y Marco se quedó solo pero por un segundo. La puerta del comedor se abrió y Tete se asomó. Miró a uno y otro lado y entró con decisión.

—No voy a consentir que mi hermana se quede sin la excursión a la granja escuela del sábado —le dijo a Marco—. Quiero intentar arreglar a Manuela.

El cocinero lo miró con detenimiento y asintió antes de sacar su teléfono del bolsillo. Le hizo un gesto a Tete para que esperara en silencio.

—Cristian, hoy no vengas a recogerme a las cuatro.

—¿Y eso por qué? —preguntó el abogado al otro lado de la línea.

—Tengo que hacer unas cosas. Te llamo cuando acabe.

—¿No tendrá que ver con la señorita «no quiero que me envíes la cena»?

—Luego te llamo.

—Marco...

El cocinero resopló.

—Dime.

—Sabes que te equivocas con esto. Solo espero que te des cuenta a tiempo.

—Luego te llamo. —Marco colgó el teléfono, lo guardó de nuevo en el bolsillo de mala gana y se quitó el delantal. —Vamos, Tete, tenemos una furgoneta que arreglar.

## Ocho

—No sé ni por dónde empezar.

Tete resopló al escuchar el comentario de Marco que acababa de perder toda su confianza al encontrarse frente a frente con Manuela. Se acercó a una esquina de la caseta donde se guardaba la furgoneta y regresó con dos cuñas de madera de gran tamaño que parecían hechas con unos tablones cortados.

—¿Eso para qué es?

—Para poder levantar la parte delantera de Manuela. Las hice yo cuando empecé a cambiarle el aceite para ahorrarnos un dinero.

A Marco le gustó el hecho de que el chico se refiriera a la situación económica del centro de acogida en plural. Le dio a entender que sentía aquel lugar como su hogar y no como una residencia. Tete las colocó delante de las ruedas delanteras y se subió a la furgoneta para enderezar la dirección. Volvió a bajar y apoyó las manos en la parte trasera del vehículo con las piernas en posición para hacer fuerza contra el suelo. Marco lo imitó y, a la voz de tres, empujaron con todas sus fuerzas. Manuela se movió con un chirrido pero no lo suficiente como para subir por las cuñas.

—Espera. Ahora vuelvo. —Tete desapareció en la casa y regresó seguido por cuatro chicos que se plantaron frente a Marco con las manos en las caderas como si se tratara de un equipo bien organizado.

—Quique y Paco a empujar —ordenó Tete erigiéndose como jefe del grupo—. Tomy, a los mandos.

El chico rubio de ojos verdes al que Marco todavía no había escuchado hablar, subió a la cabina de Manuela y agarró el volante con

las dos manos. Asintió con la cabeza.

—Venga, a la de tres. Uno, dos y... ¡tres!

Los cuatro empujaron a la vez y Manuela comenzó a ascender por las cuñas. En cuanto Tete silbó, Tomy pisó el pedal con fuerza y le pegó un tirón a la palanca del freno de mano. Se bajó y, sin mediar palabra, los cuatro chicos se pusieron a revolotear alrededor del vehículo. Marco vio como Tete cogía una linterna y se tumbaba debajo del motor. El cocinero se quitó la sudadera y se quedó solo con una camiseta blanca que marcaba cada uno de sus músculos. Hacía calor dentro del garaje y Marco prefirió no arriesgarse a que su sudadera acabara como cualquiera de los trapos que colgaban en unos ganchos del garaje. Se tumbó junto a Tete y ambos se entretuvieron un buen rato contemplando el motor.

—No veo nada.

—¿Te dejo otra linterna?

—No, digo que no veo nada raro —aclaró Marco—. Tampoco es que entienda mucho pero lo único raro es este tapón que se mueve. A ver si puedo apretarlo.

—¡Nooooooooo!

Antes de que Tete pudiera impedir el movimiento de Marco, el tapón al que se refería Marco salió despedido y sobre él se vertió una buena cantidad de aceite del motor más negro que el carbón.

—¡Su puta madre! —exclamó Marco al notar el líquido espeso en el pecho.

Tete salió de debajo del vehículo y le tendió la mano a Marco para que se pusiera en pie. En cuanto éste asomó la cabeza, los chicos se echaron a reír e incluso Tete, que aunque quería echarle un cable, tuvo que apoyarse en el capó de Manuela para no retorcerse de risa en el suelo.

—¿¡Qué pasa aquí!?

Al escuchar la voz que llegaba desde la puerta del garaje, los cuatro chicos detuvieron sus risas y miraron hacia donde se encontraba Gabriela que, con el ceño fruncido y los brazos cruzados sobre el pecho, los contemplaba acompañada del resto de los chicos de la residencia.

—¿Qué hacéis en el garaje?

Tete dio un paso adelante y se plantó frente a Gabriela con una amplia sonrisa en los labios.

—Gabi, estamos arreglando a Manuela para que podamos ir a la

granja escuela.

—¿Manuela está estropeada? —preguntó Pedro escandalizado.

—Pues, sí —respondió Paco situado junto a Tete—. Si no la arreglamos nos quedamos sin excursión.

—¿No vamos a ir a la granja? —inquirió Alba con lágrimas en los ojos al tiempo que cogía de la mano a Gabriela como si con ese gesto intentara sentirse mejor.

La joven se puso de rodillas frente a ella e intentó consolarla.

—Claro que vamos a ir a la granja.

—Pues como no arreglemos a Manuela nos vamos a tener que tele transportar.

—¡Paco!

—Es verdad, Gabi —insistió Tete—, pero podemos arreglar a Manuela.

La joven se puso en pie con cara de pocos amigos y colocó las manos en las caderas como hacía siempre que se enfadaba.

—¿Quién os ha metido en la cabeza la idea de que podéis arreglar la furgoneta como si esto fuera un taller mecánico?

Al fondo del garaje se escuchó un carraspeo y, por detrás de los chicos, apareció Marco con la camiseta y buena parte de la cara manchada de aceite.

—¿¡Tú!?! —preguntó Gabriela alzando la voz mientras contemplaba el aspecto de Marco—. ¿¡Has sido tú!?!

El cocinero se encogió de hombros y Gabriela bufó.

—Ven conmigo —ordenó.

Salió del garaje sin esperar respuesta y Marco la siguió con la sudadera negra en la mano pero sin ponérsela para no mancharla. Entraron en el centro de acogida y Gabriela subió unas escaleras mostrándole a Marco un camino que él no conocía. Junto a una puerta la joven se detuvo y la señaló con la cabeza.

—Ahí dentro hay un baño. Te puedes lavar y ahora hablamos.

Marco entró en el aseo y abrió el grifo del agua caliente para que fuera cogiendo temperatura. Hacía frío en la calle y tiritaba pero no tenía más remedio que quitarse la camiseta si quería asearse.

—No entiendo por qué juegas con la ilusión de los niños — escuchó Marco a través de la puerta. No hizo caso del comentario de Gabriela, cogió una pastilla de jabón e intentó, por todos los medios, que

desaparecieran las manchas negras de su pecho y de su cara.

—Si no pueden ir a la excursión, es mejor que lo sepan cuanto antes.

Marco miró a la puerta cerrada y bufó. Él no estaba de acuerdo con Gabriela pero tampoco era nadie en el centro de acogida. Quizá ella tuviera razón en una sola cosa que ya le había dicho muy claro su abogado: estaba involucrándose demasiado con los chicos y con la propia Gabriela y su vida era otra bien distinta. El pecho había recobrado su color original y tan solo quedaba algo de negro en su rostro.

—Tú te vas cada tarde a tu casa pero ellos se quedan aquí y deben vivir esta realidad. —Al escuchar el último comentario, a Marco comenzó a hervirle la sangre y no pudo aguantar más. Abrió la puerta de sopetón y se encaró con Gabriela que no se lo esperaba y dio un paso atrás.

—Ya sé que ésta no es mi realidad —espetó Marco con el rostro endurecido—. Ya te has encargado de recordármelo una y otra vez.

Gabriela miró a Marco de arriba a abajo y se quedó con la boca abierta. La camiseta del cocinero descansaba encima de un toallero y la sudadera negra la llevaba enroscada en la cintura. A cada palabra que salía de su garganta con energía, sus abdominales se contraían y la joven no podía evitar fijar su vista en ellos. De repente, se le había quedado la garganta seca y el cerebro en *stand by*.

—No te preocupes que me marcharé ahora mismo. Los chicos ya no tienen que seguir viviendo una ilusión.

Gabriela escuchaba lo que Marco decía pero, en su cabeza, las palabras de él sonaban a música celestial y no a lo que realmente significaban.

—Si no podéis ir a la granja escuela no es culpa mía. Solo estaba intentando echar una mano pero ya veo que eso a ti te da igual.

Ella continuaba observando cada uno de los músculos del cocinero y tenía que hacer un gran esfuerzo para mirarle de vez en cuando a los ojos.

—No me esperaba esto de ti, de verdad. —Marco se calló y clavó sus ojos en Gabriela que lo contemplaba con fijeza pero, esta vez, sin mirarlo a los ojos—. ¿Qué miras?

Marco bajó la cabeza y buscó lo que la joven observaba pero no

encontró nada extraño. No llevaba la bragueta de los vaqueros bajada y ya no quedaba ningún resto de aceite en su torso ni en su cara.

—¡Holaaaaa!

Gabriela levantó al fin la vista y, al encontrarse con los ojos azules de Marco clavados en los suyos, se ruborizó.

—Paco tenía razón —explicó Marco—. Te has puesto colorada.

La joven recuperó el juicio al escuchar la acusación e intentó defenderse.

—Es por el calor que sale del baño.

—Pero si hace un frío que pela en el pasillo —comentó Marco al tiempo que se ponía la sudadera—. Me estabas mirando los abdominales.

—Sí, hombre. No tengo nada mejor que hacer —espetó Gabriela que se sentía como una adolescente pillada mirando al chico que le gustaba en la clase de gimnasia.

—Me estabas mirando los abdominaaaaaales —canturreó Marco.

—Eres un creído. Ya te vale después de la que has liado con los chicos.

—Y vuelve la burra al trigo.

—¿Perdón? ¿Me estás llamando burra?

—No te estoy llamando nada. Lo que digo es que eres un poco cansina con eso de proteger a los chicos.

—¿Me has llamado cansina? Por si no te has dado cuenta, ninguno de los chicos sabe reparar una furgoneta. Has conseguido que se ilusionen.

Marco bufó, miró su reloj de pulsera y se dio media vuelta.

—¿Dónde vas?

—Al mundo real, como dices tú —le comunicó sin tan siquiera volverse—. Cristian debe estar al llegar.

Marco salió del edificio seguido muy de cerca por Gabriela que parecía con ganas de continuar la discusión.

—¿Te vas y ya está?

El cocinero se dio la vuelta en la puerta justo cuando el deportivo negro entraba y se detenía junto a ellos.

—No te entiendo. Eres una mujer preciosa y con un cuerpazo, pero tienes una capacidad impresionante para convertirte en la señorita *Rottermeier*. —Marco se acercó a ella y le susurró al oído—. Me gustas

cuando no tienes el ceño fruncido.

Se echó a reír y salió corriendo para refugiarse en el coche con la certeza de que podía recibir en cualquier momento un comentario mordaz de la joven. El deportivo salió del centro y Gabriela se quedó en la entrada refunfuñando y pensando en si no odiaba a ese hombre hasta lo más profundo de su ser. La respuesta era muy evidente y mucho más al recordarlo sin camiseta en mitad del pasillo de la planta superior. Gabriela movió la cabeza de lado a lado y bufó.

—¿Y ahora que le digo a los chicos? —se preguntó para obligarse a recordar que el cocinero era un ser altivo y no ese colega que parecía ganarse a todos los ocupantes de la casa con tan solo una sonrisa y poco más.

La respuesta llegó convertida en un bocinazo y una algarabía general. Tete apareció por un lateral de la casa conduciendo a Manuela y con todos los chicos del centro sentados dentro de la furgoneta y gritando por las ventanillas.

—¡Nos vamos a la granja escuela!

Gabriela le hizo un gesto a Tete para que se detuviera y éste frenó la furgoneta a pocos metros de donde ella se encontraba.

—¿La has reparado?

—Eso parece. Rellené el aceite que Marco vació y limpié bien el motor y las conexiones de la batería que estaban blancas por el ácido.

—¿Y ya está? —preguntó Gabriela incrédula.

—Pues, sí. Marco tenía razón. Nos estaban tomando el pelo en el taller.

Gabriela sonrió de medio lado y se separó de la furgoneta. Vio como Tete daba un par de vueltas frente a la entrada del edificio y regresaba con Manuela al garaje. Sonrió de nuevo y miró hacia la puerta por donde el deportivo de Marco había desaparecido y meneó la cabeza intentando no pensar en el torso esculpido del cocinero que la había desconcertado. Se detuvo y entrecerró los ojos.

—¿Me ha dicho que soy atractiva y que tengo un cuerpazo?

—Sí. Y también que le gustas cuando no tienes el ceño fruncido.

Gabriela dio un bote al escuchar la voz de Leo que, arrodillado junto a la escalera de la entrada, cubría la base de una cuantas plantas con plástico para protegerlas del duro invierno.

—No te había visto.

—Ni Marco tampoco. Es evidente que le gustas.

—¿Y eso a qué viene?

Leo se levantó con parsimonia, pasó por delante de Gabriela y le guiñó un ojo con una confianza que ni tan siquiera ella se imaginaba que existía entre los dos.

—A nada, jefa. A nada.

El jardinero desapareció por una esquina de la casa y Gabriela se sentó en uno de los bancos del porche. Resopló y volvió a mirar hacia la puerta de la entrada al centro.

—¡Mierda! —exclamó —¿Y ahora qué hago?

## Nueve

—Las seis de la tarde. No lo entiendo.

—No hay nada que entender.

Marco se cruzó de brazos en el asiento del copiloto y cerró los ojos. Cada vez le molestaba más ver a Cristian al volante de su deportivo pero el trato había sido claro. El abogado se había comprometido a servirle a Marco de chófer siempre y cuando él tuviera libertad absoluta para conducir el flamante Porsche.

—¿Cómo que no? El otro día te estabas planteando ir al sitio ése a prepararles la cena a esos muertos de hambre y hoy te entretienes ayudándoles a reparar un coche. Lo dicho, no lo entiendo.

Marco refunfuñó y se removió inquieto en el asiento.

—No son unos muertos de hambre.

—Llámalos como quieras. Marco, tú me pagas para que te diga lo que tú no quieres oír.

—No te confundas. Te pago para que me lleves los negocios.

—Perdona que te lo diga pero el que se confunde eres tú. Me pagas para que sea tu lacayo y tu Pepito Grillo a partes iguales. —Cristian levantó las manos un instante—. Y que conste que no me importa ser tu lacayo.

—No necesito un lacayo. En ocasiones, lo único que necesitaría sería un amigo.

Cristian se echó a reír al escuchar el comentario de Marco y señaló hacia el pequeño asiento trasero del deportivo.

—Para que veas que también tienes en mí a un amigo te he traído un regalo. Bueno, uno para ti y otro para mí.

Marco se giró para ver el regalo cuando dos mujeres, encogidas en el

asiento de atrás, se asomaron con una sonrisa en los labios pintados de carmín color rojo pasión. El cocinero pudo comprobar que su pelo cardado y los vestidos ajustados no dejaban lugar a la duda.

—¡Sorpresa! —gritaron las dos mujeres y Cristian a la vez como si estuvieran perfectamente coordinados.

—¿Son putas? —preguntó Marco enfadado y mucho más porque ya conocía la respuesta.

—No, son tu regalo de cumpleaños.

—Mi cumpleaños es en abril. ¿Has metido a dos putas en mi coche?

El abogado se encogió de hombros y sonrió de medio lado.

—No querías que fueran corriendo detrás —ironizó Cristian—. ¿Vamos a tu casa? Me apetece un buen trabajito. Me pido a la pelirroja.

Marco contempló una vez más a las dos mujeres y suspiró. Tuvo que reconocer que Cristian sabía de sus gustos mejor que él mismo porque había dado en el clavo con la mujer que se supone que debía ser su regalo. Era morena, con buen busto pero no demasiado llamativa. Debía rondar los treinta años y, por las arrugas que se vislumbraban alrededor de sus ojos y en las comisuras de sus labios, pensó que se encontraba ante una mujer que había sonreído mucho en el pasado. Le gustaba pero no podía quitarse de la cabeza la imagen de Gabriela y eso le traía por la calle de la amargura.

—No vamos a mi casa. Bueno, yo sí.

—¿No quieres pasar un buen rato?

—Llévame a mi casa.

Cristian miró por el espejo retrovisor y se encogió de hombros de nuevo.

—Mejor para mí. Una que me la chupe y la otra que me haga la cena.

—Eres un romántico.

—Ya lo dijo alguien muy famoso. Soy romántico hasta que veo la ocasión de meterla.

Marco frunció el ceño al escuchar a su amigo y se volvió hacia él.

—No creo que nadie mínimamente conocido dijera esa animalada.

—Seguro que sí. Yo solo leo a los clásicos del romanticismo. Ya sabes. Stephen King y compañía.

—Muy romántico, sí señor.

La mujer morena se inclinó sobre el asiento de copiloto y comenzó a masajearle los hombros a Marco. Era evidente que la mujer tenía experiencia en lo hacía muy bien y él estaba comenzando a caer rendido a sus encantos.

Cristian miró de reojo y sonrió pero Marco lo vio y se separó de la mujer de malos modos.

—Casi lo consigues pero te las dejo para ti —espetó—. Paso de putas.

—Eso no es lo que decías la última vez que fuimos al Club.

—Eso es pasado.

Cristian bufó y se concentró en la conducción aunque, unos segundos después, volvió a la carga.

—Esa tal Gabriela tiene que ser una fiera en la cama.

—No vayas por ahí, Cristian.

—Júrame que no te la has tirado porque estás como si te hubiera hecho la primera gayola de tu vida.

Marco se volvió hacia el abogado y lo atravesó con la mirada.

—Llévame a mi casa y no digas nada más porque estás a esto de cagarla pero bien.

Cristian decidió que lo mejor sería guardar silencio y lo cumplió todo el trayecto hasta el apartamento céntrico de Marco donde éste se apeó del vehículo. Antes de irse se asomó por la ventanilla.

—Ni se te ocurra hacer nada en el coche.

—No te preocupes que no me voy a limpiar en la tapicería.

—Cristian...

—¡Joder, Marco! Vivo con mi hermana. No querrás que me las lleve a casa.

—Para mí como si te las tiras debajo de un puente pero en mi coche ni se te ocurra. Te pago bastante como para ir a un hotel.

Cristian meditó un instante antes de responder.

—Prefiero ir a mi casa con estas dos y que se cabree mi hermana.

—Mientras no te las quite.

—¿Qué quieres decir? No estarás insinuando que mi hermana es lesbiana.

Marco sonrió de medio lado, le hizo un gesto con dos dedos de la mano derecha indicándole que lo vigilaba y entró en el edificio donde se ubicaba su apartamento.

—Buenos días, don Marco.

—Buenos días.

El portero vestido de librea le tendió unos cuantos sobres y lo acompañó hasta el ascensor donde pulsó el interruptor de llamada. Esperó a su lado pacientemente y, cuando las puertas se abrieron, se asomó en el

interior y apretó el botón del ático. Marco lo miró de reojo, musitó un «gracias» y prestó más atención a la correspondencia que al hombre que lo había acompañado hasta el elevador.

Una vez en la última planta abrió la puerta de su apartamento y entró. Se quitó los zapatos junto a la entrada, lanzó las cartas abiertas a una mesita y se marchó al dormitorio donde se desnudó para darse una buena ducha. Entró en el baño, abrió el grifo de la columna de hidromasaje y, en cuanto el agua estuvo a la temperatura correcta, cerró la mampara y se dispuso a disfrutar de un momento de paz y tranquilidad.

—¡No es de buena educación dejar los zapatos tirados en el salón!

Marco estuvo a punto de caerse en la bañera al escuchar la voz. Instintivamente se tapó sus partes pudendas con una mano y abrió la mampara con la otra.

—Por si no se ha dado cuenta, estoy desnudo.

—Y por si usted no se ha dado cuenta, tengo casi sesenta años y he tenido cuatro hijos —respondió la mujer que ahora se entretenía ordenando los botes que había tirados sobre la encimera—. Le aseguro que no me voy a asustar.

—¿Y dónde está la educación?

—Supongo que en el mismo sitio que todas esas bragas rotas que me encuentro de vez en cuando en su habitación. No me haga hablar.

Marco bufó, cerró la mampara y terminó de ducharse aunque la tranquilidad hubiera desaparecido. Cerró el grifo, se puso un albornoz y salió a la habitación donde Charo, su asistente, hacía la cama a pesar de ser casi las siete de la tarde.

—Tengo que vestirme.

—Y yo tengo que comprar unos bacaladitos para la cena. ¿Alguna cosa más? —Charo agarró una escoba y la metió debajo de la cama. Salieron unas cuantas pelusas y un trozo de tela negro—. ¡No me lo puedo creer! ¿Usted tiene acciones de *Woman Secret*?

Le tiró a Marco las bragas rotas y él sonrió con picardía al recordar cómo, unas noches antes, le había arrancado la ropa interior a una mujer morena que había conocido en una fiesta y de la que ni tan siquiera recordaba su nombre. Pero la sonrisa le duró solo unos instantes porque a la mente le llegó con una fuerza inusitada la imagen de Gabriela y sus ojos color miel que tanto le gustaban.

—Parece que haya visto a un fantasma.

Marco se sentó encima de la cama recién hecha y lanzó la ropa interior a una papelería. Cruzó los brazos por delante del pecho y miró a la asistente.

—Charo, ¿puedo hacerle una pregunta?

La mujer dejó de barrer y lo miró con el ceño fruncido.

—Teniendo en cuenta que llevo limpiando aquí más de dos años y no hemos hablado nunca de nada personal...

—He conocido a una mujer —soltó sin pensar.

—Pues lo siento por su ropa interior. La pobre va a tener que comprarse unas cuantas bragas.

Marco obvió el comentario y, sin saber muy bien por qué, sintió la necesidad de abrir su corazón a la asistente.

—Creo que estoy enamorado.

Charo dejó la escoba en una esquina, se acercó a Marco, cogió una silla y se sentó frente a él.

—Si se cierra un poco el albornoz charlaré un poco más a gusto.

Marco se puso colorado, cogió un cojín de la cama y lo colocó sobre los muslos.

—Lo siento.

—No pasa nada. Tengo cuatro hijos y un marido pero no me siento muy cómoda hablando con un hombre con el pito al aire.

Marco tosió y Charo se echó a reír.

—Así que está enamorado.

—Pues, sí. Pero no sé qué hacer.

—A ver. Tome papel y un boli que le voy a decir un secreto.

Marco se inclinó sobre la mesita de noche poniendo especial cuidado en mantener el albornoz en su sitio y agarró una libreta y un lápiz. Lo colocó sobre el cojín y se dispuso a apuntar todo lo que Charo tuviera que decirle sobre el amor.

—¿Está preparado? —Marco asintió—. Pues preste mucha atención y apunte.

El joven empresario apoyó la punta del lápiz en la libreta y miró a la asistente con mucha atención. Cuando ella abrió la boca contuvo la respiración para no perder detalle.

—Regátele un ramo de flores. —La asistente se echó a reír a carcajadas y Marco refunfuñó contrariado. Esperaba escuchar la solución a todos sus problemas y tan solo había sido fruto de una broma de mal gusto.

—No me ha hecho gracia.

—Es que no se entera de nada —explicó ella una vez hubo dejado de reír—. Ése es su problema.

—¿Cuál es mi problema?

—Que vive en el mundo de los *vividores folladores* como dicen en esa serie de la tele y el amor es otra cosa. Lo más gracioso de todo es que las personas como usted piensan que es más complicado tener una relación con una mujer que cepillarse a todo lo que se menea.

—Yo no me cepillo a todo lo que se menea —protestó Marco como un niño pequeño.

—Es verdad. Yo me libro porque tengo sesenta años. Ahora en serio. El amor es mucho más sencillo de lo que se imagina.

—No estoy de acuerdo.

—Mantener a una querida cuesta una pasta. El amor es gratis.

Marco dudó un instante y decidió apuntar esa frase en el cuaderno. Quizá no fuera la solución definitiva como él hubiera deseado pero se acercaba bastante a lo que entendía como un buen consejo. Charo tenía razón. Cada vez que quería acostarse con una mujer no tenía más remedio que llevarla a cenar a un restaurante caro y comprarle alguna joya para engatusarla. Y lo peor de todo era que siempre conseguía a la mujer que se proponía, pero ahora todo era distinto con Gabriela.

—Ya veo que esa mujer le gusta de verdad —comentó Charo—. Podría decir que me alegro por ella pero casi me da pena.

—¿Pena por qué?

—Porque usted no sabe lo que es el amor. Llevó aquí demasiado tiempo y he visto desfilar a muchas mujeres pero a ninguna de ellas la he visto dos veces.

—¿Y eso es malo?

—Le da miedo el compromiso y mucho me temo que lo de regalar flores está bien pero las mujeres queremos algo más.

Marco gruñó porque no le gustaba lo que estaba escuchando aunque sabía que Charo tenía razón. La asistente se levantó y dio por terminada la conversación. Abandonó la habitación y salió al pasillo pero, un instante después, volvió a asomar la cabeza.

—¿Esa mujer tiene hijos? —preguntó muy seria.

—¿Es importante?

—Mucho. El compromiso no es solo con ella si hay niños por medio. ¿Los hay?

Marco meditó un instante la respuesta y, al hallarla, sonrió para su sorpresa.

—Sí. Tiene diez.

Charo abrió los ojos como platos.

—¿Tiene diez hijos?

Marco se encogió de hombros y asintió.

—¡Madre del amor hermoso! Pues como se venga a vivir aquí, yo dimito.

El joven se echó a reír al ver el gesto desconcertado de su asistente y, una vez ésta hubo salido de la habitación, se puso unos vaqueros, una camiseta de color negro y una sudadera. Cogió el abrigo y salió del apartamento con una simple idea en la cabeza; una idea que lo había sorprendido más que nada por la fuerza con la que había llegado a su interior.

Una vez en la calle paró a un taxi y se subió en él. Dio la dirección y se repantingó en el asiento en el que cayó en un sopor que agradeció después de la conversación con su asistente. El vehículo tardó algo menos de media hora en llegar a su destino. Marco se bajó del taxi, pagó la carrera y, una vez se hubo quedado solo, miró el edificio con las manos en los bolsillos y una sonrisa en los labios.

—Esto está comenzando a gustarme —musitó sin ningún atisbo de preocupación.

Entró en el centro de acogida y se dirigió a la cocina sin encontrarse con nadie en su camino. Una vez allí, miró el tablón con el menú y sonrió al comprobar que, para la cena, tan solo tenía que hacer un simple puré de verduras y un par de filetes rusos con cebolla frita por persona.

Se lavó las manos, se puso el delantal y sacó los cuchillos de la bolsa de deporte que siempre guardaba en la despensa. Se acercó al frigorífico y de allí sacó unas zanahorias, unos calabacines y alguna que otra verdura. Cuando tuvo preparado todo sobre la encimera incluyendo unas patatas, la puerta de la cocina se abrió y entró caminando con desgana un chico pelirrojo con muchas pecas en la cara. Al ver a Marco, su rostro se iluminó.

—Hola.

—Hola —respondió el cocinero que ya veía venir las consabidas preguntas del niño que, sin mostrar ningún tipo de sorpresa al encontrar allí a Marco, se sentó en un taburete.

—¿Vas a venir con nosotros a la excursión?

—¿Qué excursión?

—La del sábado. Vamos a ir a una granja escuela y vamos a comer bocadillos de tortilla de patata. Aurora nos va a... —El chico se calló de repente, meditó un instante y se inclinó sobre la encimera como si lo que fuera a decir se tratara de un secreto.

—¿Vas a prepararnos tú los bocadillos?

—¿Cuándo? —preguntó Marco que ya comenzaba a sentir la cabeza como un bombo.

—El sábado. En el tablón de anuncios pone que salimos a las diez.

El cocinero abrió la boca para soltarle un «ni lo sueñes» al chico pero decidió suavizar su respuesta.

—Ya lo veremos. Me acuesto tarde los viernes y no suelo madrugar.

—Tete siempre dice que al que madruga Dios le ayuda.

Marco se dio la vuelta con los dientes apretados.

—¿Por qué no se quedará callado Tete? —preguntó en un susurro:

—Tete siempre dice que nadie quiere hablar con los niños porque somos un estorbo.

Marco, al escuchar la cruda frase, se volvió hacia Pedro y lo observó con detenimiento. Era evidente que se trataba de un niño muy listo y hablador y, aunque en cierta manera lo molestaba, casi agradecía poder tener una conversación mínimamente razonable con un crío de diez años.

—¿Quieres ayudarme? —inquirió de sopetón.

—¿A qué?

—¿Sabes pelar patatas?

Pedro se dejó caer del taburete, rodeó la encimera y abrió un cajón cercano al fregadero. De él extrajo un pela patatas y regresó al taburete con aire triunfal.

—Con esto no me cortaré. Tete siempre dice que los carga el diablo.

—¿Los pela patatas?

—No lo sé. No me queda muy claro.

Marco sonrió ante la ocurrencia del chiquillo y comenzó a pelar verduras de pie frente a Pedro. Estuvieron un buen rato en silencio hasta que el niño decidió que llevaba demasiado tiempo sin hablar. Nada más abrir la boca, Marco resopló.

—¿Sabes una cosa?

—Ni idea.

—Paco dice que le gustas a Gabi.

El cocinero se atragantó y comenzó a toser al escuchar la revelación.

La verborrea del chico le molestaba pero la conversación había dado un giro inesperado que no iba a desaprovechar.

—¿Y Gabriela qué dice de mí?

—No me acuerdo muy bien. Algo de no sé qué ombligo y que te lo miras mucho y dijo algo de un capullo aunque es una palabrota y Gabi no nos deja decir palabrotas.

—¿Eso es lo que dijo?

—A nosotros sí pero Aurora la llamó hace un rato por teléfono y le ha dicho no sé qué de un cuerpazo y algo de otro capullo que la mira como si quisiera...

—¿Cómo si quisiera?

Pedro dejó el pela patatas en la encimera y se llevó las manos a la boca.

—No lo puedo decir.

—¿El qué no puedes decir?

—Uuuuuuuuuuummmmm.

—¿Qué?

—Ya te lo he dicho.

—Pues, como no te quites las manos de la boca.

—No puedo.

—Te doy diez euros.

—Veinte.

—¿Cómo? ¿Para qué quieres tú veinte euros?

—El domingo que viene es el cumple de Gabi y quiero hacerle un regalo chulo.

Marco apuntó la fecha mentalmente, sacó la cartera del bolsillo de los pantalones y le entregó al chico un billete de veinte euros.

—¿Qué le dijo Gabriela a Aurora? Que ese capullo la miraba como si quisiera...

—Desnudarla.

—¿Perdón?

—Te perdono.

—¿Eeeeh? —Marco estaba alucinado por la rapidez mental del chico —. Ya te vale.

Los dos guardaron silencio y volvieron a entretenerse pelando verduras. El agua ya hervía y, en cuanto las patatas estuvieron listas, las echó en el agua para poco a poco, añadir las zanahorias, los calabacines, unos quesitos y un buen trozo de mantequilla. Cuando volvió a romper a hervir

dejó caer un dado de caldo de verduras y bajó el fuego para que todas las verduras se fueran cociendo poco a poco.

—¿Qué más hago? —preguntó Pedro que no parecía tener intención de marcharse.

—¿No tienes que irte al cole o algo?

—No, solo vamos por las mañanas y volvemos a medio día. Ya son las ocho.

—Pero el día que yo vine por primera vez estabais todos aquí.

—Era fiesta.

—¿Y no tienes tareas?

—Ya las he hecho.

El chico parecía tener respuestas para todo y a Marco le hizo gracia pero, como si quisiera quitárselo de encima, le puso unas pocas cebollas delante.

—Anda, hay que pelarlas y partirlas si eres capaz de usar un cuchillo sin cortarte.

—Ya tengo diez años.

—Muy mayor pero seguro que lloras como un crío.

Para sorpresa de Marco, el chico se bajó de nuevo del taburete, metió las cebollas en el microondas y las calentó durante unos segundos.

—Me lo enseñó Aurora. Así no te pican los ojos.

Marco sonrió al comprobar que el chico era aún más inteligente de lo que en un principio había pensado y le dejó hacer.

Un minuto después entró Gabriela en la cocina y se quedó con la boca abierta junto a la puerta y mucho más al ver a los dos cocinando, uno cortando cebollas y el otro aliñando carne picada.

—¿Qué haces aquí? —preguntó con voz áspera.

—Ya ves. Cocinando.

—Eso está claro pero parece que también estaba claro que no ibas a dignarte a volver para la cena.

—He cambiado de opinión. ¿Algún problema?

—Pues, sí —insistió Gabriela—. No veo el motivo por el que has podido cambiar de opinión.

—Paco dice que le gustas a Marco.

Ante la revelación de Pedro, los dos adultos guardaron silencio y volvieron sus cabezas hacia él que no se dio por enterado. Casi al instante se miraron mutuamente y Gabriela se sonrojó. Marco sonrió durante una décima

de segundo pero lo suficiente para que ella lo viera.

—¿De qué te ríes?

—Te has puesto colorada.

—Eres un capullo engreído. —Gabriela se volvió enojada y salió de la cocina.

—¿¡Un capullo que te mira como si quisiera desnudarte!?! —preguntó en voz alta. Aguardó en silencio con la vista puesta en Pedro que parecía ignorar lo que ocurría a su alrededor y pelaba cebollas con la punta de la lengua asomando por la comisura de los labios.

La puerta de la cocina se abrió muy lentamente y Gabriela se plantó en mitad de la estancia con la vista clavada en el cocinero que tenía que hacer un gran esfuerzo para no sonreír.

—¿Quién te ha dicho eso? —inquirió Gabriela mascando cada una de las palabras.

—Tengo mis fuentes.

Marco cogió una patata y comenzó a jugar con ella lanzándola hacia arriba con una mano para recogerla con la otra. Gabriela miraba ese movimiento al tiempo que se ponía cada vez un poco más nerviosa.

—Te he hecho una pregunta.

—Lo sé —dijo él sin dejar de lanzar el tubérculo al aire—. Pero no sé si te has dado cuenta de que no estás hablando con ninguno de los niños. A mí no me asustas.

Gabriela resopló por la nariz y gruñó un par de veces sin ser consciente de ello. Pedro se volvió al escuchar el sonido y meneó la mano de arriba a abajo.

—¡Buf! Se le ha puesto la uve en la frente —susurró.

—¿La uve? —preguntó Marco sin bajar la voz.

—Sí. Cuando se enfada se le hincha una vena de la frente en forma de uve. Da un poco de miedo.

Marco levantó la mirada, se fijó en la joven que mostraba la marca que le había explicado el chico y volvió a mirar a Pedro.

—Sí que da un poco de miedo.

—¿A qué sí? El otro día no hice las tareas y se enfadó que no veas y se le puso la uve.

—¿Y qué pasó?

—Castigado dos días sin salir.

—¿Sin salir a dónde?

Pedro se encogió de hombros y volvió a guardar silencio.

—¿Habéis acabado de murmurar como dos cotorras? —preguntó Gabriela con los dientes apretados—. No me has respondido todavía.

Marco dejó la patata encima de la encimera, se acercó a Gabriela con lentitud y pasó por su lado sin detenerse. Un par de metros después frenó su marcha y volvió sobre sus pasos hasta quedar a la altura de ella.

—No te voy a decir quién me lo ha dicho pero sí puedo decirte que te miré como si quisiera desnudarte —susurró con la voz más dulce que pudo arrancar de su reseca garganta—. De hecho, no me importaría hacerlo.

Dejó a Gabriela con la boca abierta y continuó su marcha hacia el almacén donde se entretuvo sin hacer nada tan solo para poner nerviosa a la joven que, al ver que él no regresaba, miró a Pedro y se volvió para marcharse.

—Tete dice que los amores reñidos son...

—¡Pedro! ¡Ya está bien!

Desde el almacén se escuchó una gran carcajada que terminó por poner de los nervios a Gabriela la cual volvió a resoplar antes de salir de la cocina. Una vez hubo escuchado la puerta cerrarse, Marco salió del almacén y se acercó a Pedro que curvó los labios y encogió los hombros a la vez.

—No sé por qué se ha enfadado —comentó el chico con voz triste.

Marco pasó el brazo por los hombros del chaval que cada vez le caía mejor y se encogió también de hombros.

—No sé —musitó Marco—. Hay un refrán que dice que el amor y el odio son dos caras de la misma moneda.

—Tete siempre dice que en el amor da igual nabo que coliflor pero ése no lo entiendo.

Marco tosió al escuchar las ocurrencias del chico de dieciséis años y se dio cuenta de que debía tener cuidado con lo que decía. Pero también tenía claro una cosa que acababa de descubrir.

—La excursión del sábado no me la pierdo —anunció en voz alta para alegría del niño pelirrojo que giró la cabeza para sentir la mano de Marco en la mejilla aunque él no se percató del gesto.

## Diez

—Eso me lo vas a tener que explicar otra vez.

—¡Déjame en paz!

—¿Qué te deje en paz? Tú estás loco. Son las dos de la mañana y me dices que te vas a casa que tienes que descansar. Nunca te habías ido tan temprano.

Marco resopló de nuevo, se levantó del sillón y salió de su despacho seguido de cerca por Cristian que intentaba detenerlo.

—No me has dicho para qué tienes que descansar.

—No es asunto tuyo.

—¿Cómo que no es asunto mío? Todos los viernes por la noche salimos de juerga hasta las tantas. Es una tradición.

—Pues hoy quiero irme a casa a descansar. ¿Tan raro te parece?

—Pues, sí. Y no voy a parar hasta que me cuentes qué es lo que te pasa.

Marco se detuvo de repente y Cristian se chocó con su espalda. Se frotó el mentón con la mano y movió la cabeza de lado a lado como si el golpe le hubiera descoyuntado alguna vértebra. El móvil de Marco sonó de repente y el empresario miró la pantalla y refunfuñó por lo bajo. El abogado se acercó y miró la pantalla.

—Es tu madre. ¿No vas a cogerlo?

Marco lo apartó de un manotazo y se guardó de nuevo el móvil en el bolsillo de la chaqueta.

—Me gustaría tener algo de vida privada y que no estuvieras todo el día metiéndote en mis asuntos y comiéndome el tarro —masculló Marco con la mandíbula marcada de la rabia que estaba comenzando a

sentir.

—¿Acaso no somos como dos hermanos?

—Sí, pero tú eres el hermano coñazo.

—Y también el que te consigue la coca y las putas.

Marco miró a un lado y a otro del restaurante y se cercioró de que nadie había escuchado el comentario del abogado antes de acercarse a él con los dientes apretados.

—Por comentarios como ése es por lo que no tienes amigos.

Cristian bufó antes de sonreír con cinismo.

—Lo dice el rey de las amistades. Te recuerdo que las seis personas que te acompañábamos el día que inauguraste el último restaurante éramos tu abogado, tu contable, los dos asesores, el tío ese de la revista gastronómica y el distribuidor.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Marco aunque ya conocía la respuesta.

—Está claro. Ninguno de los dos tiene amigos. Solo nos tenemos el uno al otro.

Marco refunfuñó y abrió la boca para replicar pero volvió a cerrarla al no tener nada más que añadir. Meneó la cabeza de lado a lado y le dio la espalda a su abogado. Cristian hizo amago de seguirlo pero Marco le paró en gesto haciendo un gesto con la mano para que se detuviera y lo dejara en paz.

Entró en la cocina y se sentó en el taburete que, en cada uno de sus diez restaurantes, estaba reservado para él. Cogió uno de los trapos de lino que en esos locales se utilizaban para limpiar los posibles restos tras el emplatado y comenzó a hacer nudos en él. Felipe, el *maître*, se acercó a él y lo saludó con familiaridad.

—¿Una mala noche, señor?

—Solo estoy un poco cansado, Felipe. Creo que me voy a ir pronto a casa.

—Parece una buena decisión aunque no sé si el señor Cristian estará muy contento.

Marco se echó a reír al notar la perspicacia de su empleado y se relajó lo suficiente como para pedirle a uno de los camareros una coca cola. Llevaba toda la noche sin beber y era toda una novedad. Tenía que reconocer que se sentía mejor que las noches que intercalaba la ginebra con la cocaína, que no había vuelto a probar desde que conociera a

Gabriela. Ya sabía que aquel era un punto de inflexión en su vida y no quería dejar escapar la sensación de sentirse un hombre nuevo.

—Mañana tengo que madrugar y hoy prefiero acostarme pronto aunque a Cristian no le haga mucha gracia.

—¿El madrugón tiene algo que ver con la señorita que vino el otro día? Si me permite el atrevimiento.

Marco se encogió de hombros y afirmó tras meditarlo unos segundos.

—Sí. Tiene bastante que ver con ella. Tiene un centro de acogida y mañana vamos a ir de excursión a una granja escuela.

—¿Y usted va a ir? —preguntó el *maître* con extrañeza.

Marco sonrió y asintió con la cabeza al tiempo que el camarero le colocaba delante una copa de refresco que él apuró de un trago.

—No me extraña que el señor Cristian esté subiéndose por las paredes. Supongo que no le debe gustar demasiado.

—¿Qué quieres decir?

El *maître* meditó un instante su respuesta pero decidió sobre la marcha que estaba hablando demasiado por lo que prefirió callar lo que pensaba. Quizá no fuera buena idea decirle a su jefe que le parecía que el abogado era una mala influencia para él y que se trataba de un ser egoísta y egocéntrico a partes iguales.

—Nada, señor. No tiene importancia.

El móvil de Marco volvió a sonar. Era la cuarta vez que su madre lo llamaba en las últimas horas y estaba comenzando a agobiarse. Con toda seguridad querría hablar de lo ocurrido en su casa unos días atrás, pero él solo quería olvidarse de aquello y, sobre todo, olvidarse de su padre aunque con ello hiciera daño a su madre. Colgó el teléfono y, sin pensar, lo apagó.

Se levantó y salió de la cocina tras palmearle el hombro al *maître* que salió tras él. Una vez en la sala, el empresario buscó a Cristian con la mirada y lo encontró tonteando con Françoise. En otro momento esa situación lo hubiera hecho enfadar, pero él mismo se sorprendió al sentir que le daba igual lo que ellos dos hicieran. Se acercó a la pareja y le dio un suave toque en el hombro a su amigo.

—Me voy, Cristian.

El abogado se incorporó y se separó de la francesa para hablar con Marco e intentar, una vez más, que cambiara de opinión.

—Entonces, ¿te vas?

—Sí, ya te he dicho que tengo que descansar.

—Ni que tuvieras que madrugar mañana.

Marco dudó un instante antes de contestar. No tenía nada que esconder pero tampoco se veía en la necesidad de darle demasiadas explicaciones a su abogado.

—Pues, sí. Tengo que levantarme a las siete.

—¿Y eso?

—Tengo cosas que hacer.

Cristian chasqueó la lengua, cogió una copa de vino de la mesa y la apuró de un trago.

—¿Qué me estás ocultando?

Marco hizo amago de darle la espalda a su amigo pero éste lo agarró del hombro, gesto que no gustó al empresario que levantó el brazo de golpe para separar la mano de Cristian.

—Mañana me voy de excursión con los chicos del centro de acogida.

El abogado dejó la copa vacía de nuevo en la mesa, se llevó una mano a la barbilla y meditó un instante la respuesta de Marco justo antes de soltar una carcajada que no gustó nada al empresario.

—Estás de coña, ¿no?

—Piensa lo que quieras.

—¿Lo dices en serio? ¿Vas a ir de excursión con esos... piojosos? No te reconozco.

—¡Déjame en paz! Voy a coger un taxi.

Cristian se acercó a él y le palmeó el hombro como un colega.

—Anda, yo te llevo.

—Prefiero el taxi. Estás borracho.

—Solo estoy bebido, no borracho.

—Me da igual. Prefiero no ir contigo.

Marco le dio la espalda, cogió el abrigo del ropero y salió del local. Una vez en la calle, Cristian lo llamó desde la puerta.

—¿Qué quieres? —preguntó al verlo allí encogido por el frío pero con una mirada traviesa y una sonrisa burlona en los labios.

—Qué te lo pases bien en la excursión. Tráeme un peluche.

—¡Vete a la mierda!

—Ya veo que esa tía te tiene sorbido el cerebro.

Marco dio un paso hacia el abogado pero éste se escondió dentro del local nada más ver el movimiento. El empresario se subió en el primer taxi que pasó por delante del restaurante y se dejó caer en el asiento con una única imagen en la cabeza y era la misma que lo llevaba acompañando los últimos días en cada momento que cerraba los ojos. Gabriela había entrado en su mente y en su corazón por la puerta grande.

## Once

—¡Qué bien huele! ¡Yo quierooooo! —Alba entró corriendo en la cocina y subió a una de las banquetas con esfuerzo debido a su corta estatura pero, una vez estuvo retrepada en el asiento, se lanzó a por los pimientos fritos.

Marco la vio venir y le dio en la mano con el trapo de cocina que siempre llevaba enganchado al cordel del delantal.

—No comas ahora que te quita el hambre.

—Pues dame galletas.

—Tampoco hay galletas.

—¿Un bollo?

—No.

—Un filete.

—¿Ahora quieres un filete?

—Tengo hambreeeeeeeee —lloriqueó Alba con las dos manos puestas en la tripa.

—¿No has desayunado?

—Sí, pero tengo hambre.

Marco se apiadó de la niña, cogió un pimiento recién frito y se lo puso en un platito justo en el momento en el que entraba Pedro seguido muy de cerca por una niña morena de ojos negros y piel aceitunada a la que solo había visto en el comedor pero con la que nunca había hablado.

—Yo también quiero —dijo el chico pelirrojo al tiempo que subía a otra de las banquetas con la niña morena pegada a él. De hecho, la cría se subió a una tercera banqueta que arrastró hasta situarla junto a la de Pedro.

—¿Tú también quieres? —preguntó Marco a la niña que se encogió de

hombros.

—Es muy callada —explicó Alba—. Pero sí ella no quiere me lo como yo.

Marco se acercó a la niña y le puso un plato con un pimiento delante que ella miró con mucha atención pero no se atrevió a tocar. En cuanto Pedro pinchó con un tenedor, ella hizo lo mismo.

—Yo soy Marco. ¿Cómo te llamas?

La niña saboreó un trozo de pimiento y sonrió por primera vez desde que entrara en la cocina.

—Carol.

—Es muy bonito. ¿Te gustan los pimientos?

La niña asintió y miró a Pedro de reojo que ya había terminado con el frugal aperitivo y se relamía. Era evidente que le gustaba a Carol y Marco no pudo evitar sonreír al notar la inocencia del primer amor en los ojos de la niña de piel oscura.

—Carol es gitana y no la quiso su mamá porque no tenía papá.

La explicación de Alba fue muy escueta pero Marco no necesitó más datos para comprender que la niña había sido abandonada por su madre por temor a las tradiciones de algunas etnias gitanas que no admitían que una mujer pudiera ser madre soltera. Le dio pena la niña pero, al ver su cara risueña y los ojos enamorados a pesar de su corta edad, supo con absoluta certeza que era una niña feliz en el hogar de acogida y comprendió, por primera vez, la labor que Gabriela llevaba a cabo en aquel lugar que era mucho más que un simple hogar para esos niños.

—¡Eh! ¡Qué bien huele aquí!

Tete acababa de entrar por la puerta de la cocina acompañado por Paco y por Quique y, al oler los pimientos fritos, se arremolinaron alrededor de la encimera pidiendo también su ración de pimientos fritos. Un rato después apareció también Patricia acompañada por otra niña rubia de ojos azules con un lazo azul en la cabeza con la que Marco tampoco había intercambiado ninguna palabra.

—A ver. Dejad paso a las damas —pidió Patricia muy digna en su papel de mujer manipuladora.

—¿Damas? —preguntó Paco mirando a uno y otro lado de la cocina—. No veo a ninguna.

Tete le dio un golpe en la cabeza antes de empujarlo para que dejara paso a Patricia y a la otra niña y pudieran acercarse a la encimera.

—*Mademoiselle...* —dijo Tete al tiempo que hacía una exagerada reverencia.

—*Merci* —replicó Patricia mientras inclinaba ligeramente la cabeza.

Paco y Quique se miraron y se metieron el índice en la boca al mismo tiempo como si intentaran vomitar. Tete los atravesó con la mirada pero, al ver como Quique imitaba a un violinista y Paco se ponía el puño en la boca y lo besaba una y otra vez, todos se echaron a reír incluyendo a los dos tortolitos que no podían dejar de mirarse.

Marco, mientras tanto, había dispuesto sobre la encimera unos cuantos platos de postre y había colocado en cada uno de ellos un pimiento frito. Pedro, muy hábil, colocó su plato lo más rápido que pudo en el camino de la espátula y consiguió otro pimiento que, muy diligente, compartió con Carol que lo saboreó como si le acabaran de regalar un anillo nupcial. Como era de esperar, se armó un buen revuelo entre los chicos al llevarse a la boca los pimientos fritos.

—Están de muerte.

—Yo quiero un bocata de esto.

—Yo me apunto también.

—Y con tortilla de patatas estaría genial.

—Y con una cerveza.

—Y con una botella de vino.

—Y con un cubata.

Todos callaron un instante y se giraron hacia Alba que intentaba por todos los medios conseguir otro pimiento.

—¿Qué sabes tú de cubatas, enana? —preguntó Tete a su hermana pequeña.

—Paco y Quique se tomaron anoche un cubata pero no sé lo que es.

Fruto de la casualidad, Gabriela entró en la cocina justo en el preciso instante en el que Alba explicaba dónde y a quién le había escuchado hablar sobre cubatas y carraspeó para hacerse oír. Todos los chicos se dieron la vuelta y salieron de la cocina en fila india y con las cabezas gachas pero sonrientes y con el regusto del pimiento frito en el paladar. Gabriela llamó con un gesto a los dos acusados y los retuvo hasta que todos hubieron salido.

—Supongo que tenéis escondida una botella de algún tipo de licor. La quiero en mi despacho ya.

—Pero...

—Una palabra más y os quedáis sin excursión.

Los dos chicos agacharon las orejas y salieron de la cocina dejando allí a Gabriela apoyada en la mesa de la cocina con rostro agotado.

—Pareces cansada —comentó Marco al tiempo que le ponía un par de pimientos fritos en un plato y se los acercaba.

Gabriela cogió el plato sin protestar, pinchó un trozo con el tenedor y se lo llevó a la boca. En cuanto lo saboreó, gimió de placer.

—¿Eso es que te gusta el pimiento o que te alegras de verme? —preguntó el cocinero sonriente.

Gabriela frunció el ceño pero se relajó casi al momento.

—¿Qué haces aquí? —inquirió con la vista puesta en la encimera de la cocina.

—¿No lo ves? Tortillas de patatas y pimientos fritos.

—Te dije que le pidieras al distribuidor tortillas envasadas.

—Las mías están de muerte. Ya verás. —Marco regresó junto a los fuegos, cortó un trozo de tortilla y se lo acercó a Gabriela que se lo metió en la boca. Nada más sentir su sabor, cerró los ojos y suspiró.

—Al final, me voy a poner celoso de mi propia comida.

—Nunca había probado una tortilla tan rica.

Marco sonrió satisfecho y regresó a la zona de preparaciones donde comenzó a cortar trozos de pan en los que colocaba, una vez abiertos por la mitad, grandes trozos de tortilla y pimientos fritos. Un vez bien llenos, los envolvía en papel de aluminio y los dejaba en la encimera amontonados.

—Supongo que tú también quieres bocadillo, ¿no?

Gabriela asintió, se acercó a la encimera y se sentó en uno de los taburetes. Se entretuvo mirando como Marco envolvía los bocadillos hasta que le dio por contarlos y comprobó que había trece.

—¿No son muchos bocadillos?

Marco detuvo su quehacer, los contempló con detenimiento y se encogió de hombros.

—No, diez para los niños, uno para Leo y otro para ti.

—Eso son doce y hay trece bocadillos.

Marco sonrió, se inclinó sobre la encimera y apoyó los codos en ella. Clavó sus ojos azules en Gabriela y puso su mano en el antebrazo de la joven que se estremeció al sentir el contacto.

—No querrás que yo me quede sin comer.

—¿Vas... Vas a venir? —preguntó con un tartamudeo en la voz que no era capaz de controlar.

—Si no te importa...

—A mí... A mí no... no me importa.

—Perfecto. Lo vamos a pasar muy bien.

Gabriela se levantó del taburete desconcertada. Una cosa era ver a Marco como cocinero tras la encimera, o como mucho, sirviendo la comida o compartiendo mesa con ella y otra bien distinta era pasar un día entero de excursión con él. Aunque tenía claro que los chicos iban a absorber gran parte de su tiempo, también sabía que iba a pasar unas cuantas horas junto a Marco en un entorno que no era capaz de controlar y que la hacía aún más vulnerable a la mirada decidida y fuerte del cocinero.

Una hora después subían todos a la furgoneta que había conseguido arreglar Tete. Gabriela iba al volante y Marco se sentó a su lado con Leo junto a él y pegado a la ventanilla. Se giró para ver la disposición de los chicos y le hizo gracia comprobar que se habían sentado por escrupuloso orden de edad por lo que Patricia iba sentada junto a Tete al que había cogido de la mano. Marco creía que tan solo era un «entontamiento» juvenil pero observó en ese preciso instante de que los dos adolescentes estaban saliendo y le hizo mucha gracia.

Gabriela, antes de arrancar, se giró y miró hacia el mismo lugar que contemplaba el cocinero.

—Es bonito. —Murmuró.

—Sí que lo es. Lo malo será cuando se den cuenta de que no están hechos el uno para el otro.

—No sé por qué tiene que ser así. Quizá ellos sean almas gemelas.

—Sí. Y a lo mejor existen los unicornios.

Gabriela lo miró con los ojos entornados y el ceño fruncido.

—¿No crees en las almas gemelas?

—Tanto como en el amor a primera vista. Son patrañas.

Gabriela bufó y arrancó el motor de Manuela que ronroneó al tiempo que los chicos soltaban un grito de júbilo y comenzaban a corear su nombre.

—¡Alavín, alaván, alavínvonván, Manuela, Manuela, y nadie maaaaaaaás!

La joven apretó el acelerador y la furgoneta se puso en marcha. Unos segundos después los cánticos de los chicos remitieron y el silencio inundó el vehículo.

—¿Estás enfadada? —preguntó Marco al ver el gesto contrariado de Gabriela.

—¿Por qué iba a estarlo?

—No sé. Como he dicho que no creo en las almas gemelas...

Gabriela lo fulminó con la mirada antes de volver a posar sus ojos en la carretera.

—Eres un creído. Eso me importaría si tú y yo estuviéramos juntos pero no es así.

Ambos guardaron silencio durante unos minutos hasta que Marco decidió atacar de nuevo.

—Estás enfadada.

—Déjame en paz.

—Estás enfadadaaaaaaaaaa...

—¡Qué te calleeeeees!

Un silencio sepulcral se cernió sobre todos los presentes y Gabriela se puso colorada como un pimiento morrón y mucho más al ver de reojo como Marco sonreía con suficiencia.

—Marco siempre dice que el amor y el odio son dos caras de la misma moneda.

—¡Pedroooo!

El cocinero se giró, miró al chico pelirrojo sentado en la última fila de la furgoneta y le guiñó un ojo. El niño sonrió a su vez y se lo guiñó también aunque no tenía muy claro el significado de ese gesto.

Un rato después, sonó el móvil de Marco y éste lo extrajo de su bolsillo. Miró la pantalla y se quedó observándola unos instantes. Gabriela, a pesar del enfado, giró levemente la cabeza y leyó lo escrito en la pantalla del teléfono de Marco.

—¿No lo coges?

—No —respondió él con sequedad.

—¿No le coges el teléfono a tu madre?

—No.

—¿Nunca?

—Si puedo evitarlo...

—No lo entiendo. Yo mataría por poder volver a hablar con mi madre aunque solo fuera un segundo.

—Pues, felicidades —espetó Marco de malos modos—. Qué quieres que te diga...

Gabriela refunfuñó porque no podía comprender cómo alguien en su sano juicio se negaría a hablar por teléfono con su madre. Ella casi no

recordaba el rostro de sus padres y, como bien le había dicho a Marco, daría cualquier cosa por poder hablar con ellos solo una vez más. Miró de reojo a Marco y comprobó que se había sumido en un absoluto mutismo. Lo respetó.

Cuando pararon delante de la granja escuela casi hora y media después, el ambiente era ligeramente tenso sobre todo entre Marco y Gabriela que no se miraban. Entraron en el centro y la joven tomó los mandos para que todo saliera según lo deseado. Cada uno de los chicos recibió una pegatina que debía llevar pegada en el abrigo y no debían separarse en ningún momento del grupo que iba a recorrer toda la granja.

Salieron del edificio de recepción emocionados y comenzaron el recorrido mientras una chica rubia muy jovencita les explicaba lo que iban viendo en cada uno de los recintos.

—Estas son las cabras —explicó al llegar a un establo cerrado—. Son mamíferos y de ellas se utiliza casi todo. Hay gente que toma leche de cabra y no de vaca.

—¡Qué asco! —exclamó Paco—. Solo de pensar en que la leche sale de esas tetas gordas.

—Pues ayer no decías lo mismo cuando veías a esas chicas en el ordenador —comentó Tomy a su espalda sin darse cuenta de que Gabriela se encontraba tras él.

—Paco, estás castigado una semana sin ordenador.

El chico refunfuñó, Marco se echó a reír y la chica que hacía de guía se acercó a él y le puso la mano en el brazo con mucha familiaridad.

—¡Qué graciosos son! —susurró la joven guía con voz melosa—. ¿Alguno es tu hijo?

—No —respondió él correspondiendo con una enorme sonrisa—. Yo soy el cocinero del centro de acogida.

—¿Cocinero? ¡Vaya! Pues no me importaría que me invitaras a cenar algún día. Me llamo Mandy.

Gabriela se acercó a donde estaban y carraspeó todo lo fuerte que pudo para que ellos dos se dieran por aludidos. La chica se separó de Marco a toda prisa y continuó con la visita.

—¿Te importaría mucho dejar de zorrear con la guía? —preguntó Gabriela sin ocultar su malestar—. Es un poco jovencita para ti, ¿no?

Marco se acercó a ella y, aprovechando que todos los chicos pasaban a su lado para seguir a la guía, pegó su cuerpo al de ella mientras sus caderas se juntaban. Él posó sus manos en la cintura de Gabriela y las bajó ligeramente

hacia su trasero. Ella, sin poderlo remediar, al notar el contacto se movió pero lo único que consiguió fue refregarse en él, que gimió en su oído.

—Tienes razón. Me gustan más mayores.

Se separó de ella y desapareció siguiendo la estela de los chicos mientras, tras de sí, dejaba a una mujer aún más desconcertada y que no podía negar lo evidente. Se había excitado con el juego tonto. Gabriela salió corriendo detrás de Marco y se unió al grupo casi al mismo tiempo que él cuando llegaban al corral repleto de gallinas, algún que otro gallo, unas ocas y varios gansos.

—Seguro que en los ponederos hay algún huevo —comentó la joven guía dando botecitos y palmeando las manos.

—Seguro que en los ponederos hay algún huevo —canturreó Gabriela en voz baja al lado de Marco que se echó a reír al escucharla—. Hola, me llamo Mandy y seguro que el cocinero tiene buenos huevos.

Al meditar lo que acababa de decir sin pensar y notando el doble sentido que no había previsto, Gabriela se puso colorada y se llevó las manos a la boca avergonzada.

—Lo... Lo siento. No quería decir... O sea... Yo...

—No pasa nada —la disculpó Marco en voz baja al tiempo que se acercaba a su oído—. Además, el cocinero tiene buenos huevos. Ya lo comprobarás.

Gabriela se separó y le dio un puñetazo en el hombro.

—¡Eeeeeeeh! Me refería a las tortillas de patatas —protestó Marco entre divertido y enfadado.

La joven se separó de él y se situó en el otro extremo del grupo para evitar continuar con esa batalla dialéctica que en ocasiones le gustaba y en otras la desequilibraba.

—A ver. Los más pequeños pueden buscar huevos en los ponederos —explicó la guía para deleite de unos cuantos niños.

Los demás se apoyaron en los pilares del corral o en donde pudieron a la espera de que los niños más pequeños volvieran caminando como si llevaran una copa de cristal de Murano en lugar de un par de huevos. Los fueron dejando con mucho cuidado en una cesta de mimbre y un buen rato después, la visita guiada continuó hasta el siguiente edificio.

—Después de ver a las vacas podemos parar para comer —explicó Mandy que se contoneaba delante de Marco para desesperación de Gabriela a la que no le gustaba un pelo la situación.

Entraron en los establos de las vacas y se detuvieron alrededor de un ejemplar de color gris y cuernos no muy grandes con una panza muy abultada.

—Esta es una vaca tudenca y está preñada —aclaró la guía.

—¿Las vacas tienen cuernos? —preguntó Tete extrañado.

—Seguro que su novio se tira a otra vaca y por eso tiene cuernos.

Todos los chicos se echaron a reír ante la ocurrencia de Quique pero a Gabriela no le hizo mucha gracia el comentario.

—Una semana sin ordenador.

—Pero...

—No protestes que te subo el castigo.

La visita continuó hasta llegar a la altura de otra vaca de color blanco y negro que se movía inquieta de un lado a otro de su cubil.

—Esta es una vaca de la raza Holstein. Es de origen holandés y la más utilizada como vaca lechera.

—¿Por qué está tan nerviosa? —preguntó Patricia asomada al cubil.

—Hay que ordeñarla y, cuando llega el momento, se ponen un poco intranquilas.

—Es verdad —comentó Tomy agachado—. ¡Vaya tetas! Estas son de las que te gustan a ti, Paco.

—Tomy, una semana sin ordenador.

—Pero...

—¡Silencio! —Gabriela se cruzó de brazos y se plantó delante de los chicos—. No quiero más comentarios —advirtió—. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —respondieron todos los chicos al unísono.

Mandy se acercó a Marco y le cogió de la mano para sorpresa tanto del cocinero como de la encargada del centro de acogida.

—Venga, te voy a enseñar a ordeñar.

—¿A mí? ¿Por qué a mí? ¿No puede ser a otro?

A pesar de las protestas de Marco, al que no le hacía demasiada gracia acercarse al nervioso animal, entró en el cubil detrás de Mandy y se quedó parado en un rincón.

—Solo hay que hablarle con mucha dulzura como si quisieras conquistar a una chica —le explicó Mandy con voz melosa—. Acaríciale el morro.

Marco hizo lo que la chica le pidió mientras ella colocaba un cubo debajo de las ubres hinchidas de leche de la vaca y un taburete a un lado. Le

hizo un gesto a Marco para se acercara a ella y él obedeció. Se sentó en el taburete y Mandy se situó tras él.

—Levanta la mano y coge uno de los pezones.

Marco volvió a obedecer con cara de asco y, una vez hecho lo que le había pedido Mandy, se quedó quieto.

—¿Y ahora qué?

—Tienes que masajearlo con suavidad para estimular la salida de la leche.

—¿Y eso cómo se hace?

—Espera que te lo enseñe. —Mandy se inclinó sobre su espalda y puso su mano sobre la de él. Comenzó a moverla arriba y abajo con mucho cuidado—. Lo normal es hacerlo a dos manos.

La joven guía se inclinó aún más sobre Marco y le puso sus pechos en el cuello. Él se giró levemente al notar el contacto y se encontró con uno de los senos en la cara. Gabriela resopló al ver el comportamiento de la joven y no esperó a comprobar cuál era la reacción del cocinero. Salió del establo refunfuñando y se apoyó en una de las paredes laterales del cobertizo. Un instante después salió Patricia y se apoyó a su lado.

—Si a mí me hace eso Tete se la corto.

—¿El qué?

—Por favor, Gabi. Hasta Paco, que es más bruto que un *arao*, se dio cuenta de que te gusta Marco.

—¿Y qué si me gusta?

—Que podrías darle una oportunidad. Yo no llevo mucho tiempo en el centro pero nunca te he visto con nadie.

—No tengo tiempo para esas tonterías.

—El amor no es ninguna tontería. Yo lo sé y solo tengo quince años. Me imagino que tú también lo sabes.

La conversación se cortó cuando los chicos comenzaron a salir aunque Gabriela se lo agradeció a Patricia con un guiño de ojo.

—Pues no se le ha dado mal a Marco —comentó Paco muy serio para desconcierto de Gabriela.

—Con esas tetas no me extraña —dijo Quique a su vez—. Así da gusto.

—A mí me parecen demasiado grandes —apostilló Tomy—. No sabría qué hacer con ellas.

Al ver el rostro enfadado de Gabriela, los tres chicos se detuvieron

frente a ella y sonrieron con inocencia mal fingida.

—Hablamos de la vaca —explicó Paco que comenzó a correr al oír gruñir a la joven. Tomy y Quique lo siguieron y se echaron a reír.

Un minuto después salieron Marco y Mandy charlando como dos buenos amigos cosa que no gustó demasiado a Gabriela que comenzaba a echar humo.

—Ha sido una experiencia interesante.

—Cuando quieras repetimos.

—No te digo yo que no. Son muy suaves.

—Me alegro de que te haya gustado. Y si quieres cenar algún día...

Gabriela carraspeó con tanta fuerza que comenzó a toser. Marco se acercó a ella y le dio unos golpes en la espalda pero ella respondió con un codazo que pasó rozando sus costillas.

—¡Déjame en paz! Vamos a comer.

Regresaron a la furgoneta y Gabriela sacó una bolsa con los bocadillos y una nevera repleta de latas de refrescos. Con ayuda de Leo lo llevó a la zona de picnic y allí repartió la comida entre todos los chicos que se fueron sentando en los bancos de madera para dar buena cuenta de la tortilla y los pimientos. Durante un buen rato solo se escucharon los ruidos de los chicos masticando y algún que otro eructo acompañado de las lógicas protestas de los demás. Marco y Gabriela se sentaron en el mismo banco pero sin mirarse.

—¿Qué? ¿Has visto como tenía buenos huevos?

—Te he dicho que me dejes en paz. ¿No prefieres ir a buscar a Mandy?

—¿Eso a qué viene?

—A que a lo mejor echas de menos sus tetas en tu cara.

Marco abrió la boca para protestar pero volvió a cerrarla y mordió el bocadillo con fuerza mientras su mente bullía como un torbellino. Gabriela parecía celosa y eso era una revelación para él que siempre se había mostrado frío y distante con las mujeres que le habían atraído. Las muestras de celos de Françoise o cualquier otra de las mujeres que había conocido, tenían mucho más que ver con la parte económica y posesiva que con el amor y la inseguridad que Gabriela mostraba a cada instante. Y eso le gustaba y lo desconcertaba a partes iguales.

Un rato después volvió a aparecer Mandy y los invitó a continuar con la visita que debía terminar a las seis de la tarde ya que los cuidadores tenían mucho trabajo al final del día entre limpiar las instalaciones, dar de comer a los animales y un sinfín de obligaciones más.

Se pusieron en pie, recogieron todos los desperdicios de la comida y siguieron a la guía. Marco y Gabriela caminaban juntos pero sin dirigirse la palabra. Tras la visita a los conejos y a las palomas mensajeras llegó el final de la excursión con lo que más gracia hacía a los chicos. Bastantes metros antes de llegar a la última parada pudieron oler a los animales que estaban a punto de ver. Rodearon un edificio y se encontraron de frente con las pocilgas donde varios cerdos de gran tamaño hociaban en el estiércol que ellos mismos habían producido. Los chicos echaron a correr y frenaron en la cerca que rodeaba a los porcinos.

—Tened cuidado que la valla no es muy alta —avisó Mandy—. ¿Os gustan los cerdos?

—Pues, no mucho —respondió Alba que no había hablado mucho en toda la excursión—. Son muy sucios. Me gustan más las ovejas.

—¡Vaya jamones tiene ese! —exclamó Paco —¿Podemos llevárnoslo para Navidad?

—¡Qué asco! —Quique miró al cerdo y luego a su amigo—. Aunque a lo mejor en tu habitación se encuentra a gusto.

—¿Qué quieres decir? —inquirió Paco ofendido.

—Qué ese bicho huele igual que tus calcetines.

—¡A qué te meto!

—¿A qué no hay huevos?

Para sorpresa de todos, Paco se abalanzó sobre Quique y los dos chicos se enzarzaron en una pelea.

—¡Estaos quietos!

Gabriela intentó meterse en medio de los dos para separarlos con tan mala suerte que recibió el empujón que iba dirigido hacia Quique. Se trastabilló y Marco, todo lo rápido que pudo, le tendió la mano que ella cogió como un auténtico salvavidas pero con tan mala suerte que tan solo consiguió arrastrarlo en su caída. Los dos se precipitaron por encima de la valla en mitad de la cochiguera y allí se quedaron sin poder moverse clavados en el estiércol.

Los chicos comenzaron a gritar y a reírse. Todos menos Paco y Quique que ya temían el castigo que iban a recibir. Mandy, al ver la situación, sacó un *walkie-talkie* del cinturón y pidió ayuda. Unos minutos después varios empleados de la granja escuela consiguieron sacarlos de la pocilga y los acompañaron hasta un edificio donde les entregaron ropa limpia que dejaron encima de una silla ya que ellos dos no podían tocar nada.

—Son los vestuarios —explicó el mismo chico que les había llevado la ropa—. Hay duchas.

Marco y Gabriela entraron en el edificio sin cruzar palabra y se encontraron con que el vestuario era una habitación con dos duchas cerradas tan solo por sendas cortinas bastante desvencijadas.

—Espero que, por lo menos, haya agua caliente —comentó Marco al tiempo que comenzaba a quitarse el jersey.

—¿Qué haces? —preguntó Gabriela sin moverse de donde se hallaba.

—Pues desnudarme para darme una buena ducha.

—Pero, estoy aquí.

Marco la miró y curvó los labios.

—Ya lo sé.

Se quitó la camiseta y se mostró frente a ella con el torso desnudo al igual que lo había visto en el baño del centro de acogida un par de días antes y la garganta se le secó.

—Yo que tú, me ducharía también. Prometo no mirar.

Gabriela protestó pero llegó a la conclusión de que Marco tenía razón. Además, ya eran mayorcitos como para andarse con tonterías. Se quitó también el jersey y comenzó a desbotonarse la camisa. Como había prometido, Marco no se dio la vuelta, pero ella sí que aprovechó para echar un vistazo una vez él se hubo quitado los pantalones. Se encontró con un trasero duro y musculado y le subió un cosquilleo por el vientre. Intentó concentrarse en ella misma y terminó de despojarse de la camisa. Se desabotonó el pantalón y se lo quitó a toda prisa antes de entrar en la ducha.

—Me gusta tu culo.

Gabriela se giró a toda velocidad y se encontró con Marco que se la comía con los ojos. Se tapó lo mejor que pudo.

—Me habías prometido no mirar.

—Mentí.

Gabriela corrió hacia una de las duchas y entró cerrando la cortina tras ella. Una vez dentro se quitó la ropa interior y abrió el grifo del agua caliente. Unos segundos después, escuchó el agua correr en la ducha contigua y Marco comenzó a cantar con voz de tenor una canción de Nino Bravo que ella conocía muy bien. Su padre la cantaba hasta la saciedad y algo en su interior se enterneció. Además, tenía que reconocer que el cocinero no lo hacía nada mal.

*Te quiero, vida mía.*

*Te quiero noche y día.*

*No he querido nunca así...*

Se dejó llevar por la canción y se relajó debajo del agua caliente. Un buen rato después, cerró el grifo y buscó una toalla pero no la encontró por ningún lado.

—¡Mierda! —exclamó.

—¿Qué te ocurre? —preguntó Marco que ya había cerrado el grifo un buen rato antes.

—Que no tengo toalla.

Silencio absoluto. Marco parecía haber decidido devolverle todos sus ataques de celos dejándola allí sin una mísera toalla para secarse y maldijo de nuevo en voz baja. Pero no fue así. La cortina se abrió y Marco entró en la ducha con una toalla rodeando su cintura y otra en la mano.

—¿Qué haces? —preguntó ella al tiempo que intentaba tapar su cuerpo sin mucho éxito—. Estoy desnuda.

Marco la miró con avidez y le tendió la toalla pero en el último momento la retiró.

—Me gustas mucho —dijo él con voz rasposa—. Mucho más de lo que nunca me ha gustado ninguna mujer.

Gabriela tragó saliva y comprobó que Marco estaba excitado y ella se excitó también. Él tiró la toalla al otro lado de la cortina y se acercó a ella que, con una de sus manos, le arrancó la toalla a Marco y la lanzó también fuera de la ducha. Él abrió el grifo del agua caliente y se acercó a la joven que lo esperaba sin cubrir su desnudez. En cuanto notó su miembro duro en el vientre gimió y se lanzó a devorar sus labios que la recibieron ávidos de placer. Se besaron con deseo y entrelazaron sus lenguas que se buscaron y, como no podía ser de otra forma, se hallaron. Marco rodeó uno de los pechos de Gabriela con la mano y se llevó a la boca el enhiesto pezón que saboreó y con el que jugueteó con la punta de la lengua. Ella bajó la mano dispuesta a agarrar el endurecido y húmedo ariete de Marco pero, en cuanto él notó el contacto, se encogió y gimió.

—¡Eh! —exclamó él con la voz entrecortada—. No tan rápido.

—Perdona, pero creo que ese pezón que tienes entre los dientes es mío. Tú sí que eres rápido.

Marco, sorprendido por el atrevimiento de la joven, comenzó a jugar a su mismo juego y su mano descendió por el abdomen de ella buscando ir más allá. Ella lo imitó y recorrió cada uno de sus abdominales en sentido

descendente. Se miraron y decidieron realizar el último movimiento a la vez. Se sonrieron y...

—¿¡Os queda mucho!?! Aquí hace frío.

Los dos dieron un salto y se separaron al escuchar la voz de Leo fuera del vestuario. Marco salió de la ducha, se puso una toalla en la cintura y le entregó la otra a Gabriela que resoplaba sofocada por el momento de pasión vivido en la granja escuela. Marco se secó y se vistió a toda prisa sin ningún pudor mientras Gabriela no podía apartar la vista de su cuerpo desnudo. Ella se puso la ropa interior sin quitarse la toalla y después se vistió con la misma rapidez de Marco que también aprovechaba cada instante para echar un vistazo a la desnudez de la joven. Una vez vestidos con la ropa que les habían dejado y que a Gabriela le quedaba como a un santo dos pistolas, metieron la ropa sucia en una bolsa de plástico y se dispusieron a salir sin intercambiar palabra. En el último instante, Marco agarró a Gabriela por el brazo, la atrajo hacia sí y la besó con la misma pasión que había puesto en el interior de la ducha. Se separó de ella unos segundos después casi sin resuello y sonrió a la joven que lo miraba con el rostro congestionado y los ojos brillantes.

—Esto no acaba aquí —dijo él con la voz entrecortada.

—Eso espero —replicó ella que se acercó, se puso de puntillas y le dio un beso tierno en los labios antes de salir del edificio.

Se encontraron con todos los chicos esperando y con Mandy apoyada junto a la puerta.

—¿Os ha sentado bien la ducha? —preguntó la joven guía contemplando a Marco al que le sentaba como un guante la sudadera de color gris y los pantalones militares prestados.

—Muy bien —dijo él sin devolverle la mirada.

—Más que bien —añadió Gabriela con el rostro rojo como un tomate —. Muy caliente.

Intercambió una mirada con Marco con la que se dijeron un millón de cosas y en la que pusieron mucho más que una simple relación laboral. Los dos sabían que, gracias a la pelea de Paco y Quique y al estiércol de los cerdos, algo había comenzado entre ellos.

## Doce

—No deja de llamarte. ¿No estás preocupado?

—Pues no mucho, la verdad.

Gabriela cerró la última puerta y apagó la luz del pasillo seguida muy de cerca por Marco que la había acompañado en la ronda por las habitaciones.

—Quizá te parezca algo tonto pero a ellos les hace sentirse seguros. Alba siempre tiene que ser la última. Le gusta.

—No sé si debería parecerme tonto pero la verdad es que no tengo muy claro qué pensar. Ya no me acuerdo de si mi madre me daba las buenas noches o no.

—¿No te acuerdas o no quieres acordarte?

Marco sonrió de medio lado y apagó la última de las luces de la planta superior donde tan solo brillaba la lámpara de emergencia encendida al fondo del pasillo.

—Eres muy lista. Demasiado.

—¿Y eso te molesta?

—No. Tan solo es que no estoy acostumbrado a las mujeres inteligentes.

Gabriela chasqueó la lengua.

—No sé si debería alegrarme o sentirme contrariada por el género femenino al que pareces no valorar.

—No te confundas. No tiene nada que ver con el género femenino el hecho de que solo se me acerquen mujeres que buscan mi dinero. Tú eres distinta.

—¿Por qué estás tan seguro de que no busco tu dinero?

—Porque a nadie en su sano juicio se le ocurriría rechazar doce menús de uno de los restaurantes más caros de la ciudad.

Llegaron a la cocina y se sentaron uno frente al otro con la encimera de por medio. Marco se acercó a la nevera, sacó el vino blanco y sirvió dos copas.

—Tampoco es para tanto. Mucho nombre rarito de los platos pero poco más.

—¿Nombre rarito? La gente paga casi trescientos euros por esos platos. Gabriela, con la copa en los labios, se atragantó y tosió.

—¿Tres... trescientos euros? ¿Y alguien lo paga?

—Entre los diez restaurantes, unas ochocientas personas cada noche.

Gabriela volvió a atragantarse y Marco tuvo que auparse por encima de la encimera para darle unos suaves golpes en la espalda.

—Creo que, al final, voy a perseguirte por tu dinero.

El cocinero se levantó, evitó la encimera y se acercó a Gabriela a la que rodeó con uno de sus brazos y besó con dulzura en los labios.

—Mientras me persigas, me da igual el motivo.

El móvil de Marco volvió a sonar una vez más y él, en cuanto comprobó que era de nuevo su madre, lo apagó y lo guardó en el bolsillo.

—Deberías cogérselo.

—Ahora no —musitó él besándola en el cuello.

—Marco...

—Gabi...

—Llámalas, por favor.

Marco se separó de mala gana, miró a la joven a los ojos y se enterneció al ver cierta preocupación en ellos.

—Está bien —claudicó antes de sacar el teléfono del bolsillo—. Hablo con ella un segundo y estoy contigo otra vez.

Gabriela frunció el ceño porque no le gustaba cómo hablaba Marco de su relación con sus padres pero ella no podía meterse en medio. O, por lo menos, sabía que debía entrometerse lo menos posible.

Marco pulsó un botón y se colocó el móvil en la oreja. En cuanto oyó el primer tono, se separó de Gabriela y se apoyó en la encimera a su lado.

—Hola, mamá.

—Marco, llevo desde ayer llamándote.

—Ya lo sé. He estado muy ocupado.

Gabriela bufó y le dio un ligero puñetazo en el hombro. Marco la miró

y le sacó la lengua en plan burlón.

—¿Qué quieres, mamá?

—Tu padre...

—No me apetece hablar de él —le cortó al tiempo que le hacía un gesto a Gabriela como si le quisiera decir «no debía haber llamado».

—Lo sé, pero él...

—Mamá, estoy cansado de que papá siempre me eche la culpa de lo que pasó con Víctor —explicó Marco con apatía—. Ocurrió y ya está.

—Hijo, tu padre es como es, pero él...

—Siempre la misma excusa. Es como es pero no por eso tengo que aguantar cualquier...

—¡Marco! —exclamó su madre levantando la voz.

El cocinero refunfuñó al escuchar a su madre y dejó caer los hombros como si le pesaran.

—A tu padre le ha dado un infarto. Estamos en el hospital.

A Marco casi se le cae el teléfono de la mano al escuchar la noticia. Miró a Gabriela y ella, que no escuchaba lo que la madre de Marco decía, le sonrió para darle ánimos.

—¿En qué hospital estáis?

—En el Clínico.

—Es un asco.

—Es el que nos corresponde.

Marco maldijo por lo bajo, tomó un trago de vino blanco y se sentó en una banqueta junto a Gabriela a la que se le había borrado la sonrisa.

—¿Y cómo está?

—En observación. Parece que le van a subir a una habitación en un ratito.

—Bueno, me llamas si necesitas algo.

—Pero...

—Un beso, mamá. —Marco colgó sin dejar hablar a su madre y se guardó el móvil en el bolsillo.

—¿Cenamos algo? —El cocinero se puso en pie y rodeó la encimera para ocupar su lugar como cocinero.

—¿Qué ha ocurrido? —interrogó Gabriela sin hacer caso de la pregunta de Marco.

—Nada importante. A mi padre le ha dado un infarto y está con mi madre en el hospital.

—¿Nada importante? ¿Tú estás loco?

Marco fulminó a Gabriela con la mirada pero, casi al instante, suavizó su gesto al comprender la preocupación de la joven.

—La relación con mi padre no es demasiado... buena.

—Eso da igual. Es tu padre. Además, tu madre debe estar muy preocupada y seguro que te necesita.

—Ellos hacen su vida y yo la mía.

—Son tus padres —espetó Gabriela sin dar su brazo a torcer—. ¿Qué es eso de lo que pasó con un tal Víctor?

Marco se dio media vuelta y abrió la nevera buscando algo de comer.

—Marco...

—No te metas en mi vida —musitó él con rabia contenida—. No sabes nada de mí.

A Gabriela se le humedecieron los ojos y el cocinero, al darse la vuelta con una bandeja de jamón york en la mano, se encontró con una lágrima rebelde resbalando por la mejilla de la joven.

—Yo no...

La puerta de la cocina se abrió de repente y se cortó la conversación en el momento más agrio para ambos. Con cara de sueño y arrastrando los pies apareció Alba que llevaba puesto un pijama rosa con dos cerditos en el pecho. Se acercó a Gabriela y tiró de la pernera del pantalón de la joven.

—Gabi, no puedo dormir.

—Es muy tarde, Alba —replicó ella con mucho cariño y dulzura.

—Pero es que quiero tener un conejito.

—¿Un conejito? ¿Para qué quieres un conejo?

—Para cuidarlo como hacen en la granja. Me gustan las ovejas pero son muy grandes y sueltan bolitas que parecen conguitos.

Marco sonrió al escuchar a la niña, rodeó la encimera y se acuclilló junto a ella.

—Hola, Alba.

—Hola, Marco. Quiero un conejito.

—¿Tú sabes que en Perú elijes el que quieres y te lo hacen a la parrilla?

Tanto Alba como Gabriela abrieron los ojos como platos al escuchar la frase poco afortunada del cocinero y la joven lo atravesó con la mirada.

—¿Se comen a los conejitos?

—Nooooooo, era broma —aclaró Marco al ver la cara de espanto de la niña—. Un conejo da mucho trabajo.

—Pero yo puedo cuidarlo muy bien. Ya tengo cinco años.

—Pero...

—Quiero un conejito.

—Alba...

—Quiero un conejito.

—Si te acuestas ahora te prometo que yo te compro un conejo —dijo Marco para que la niña se callara y se fuera a la cama.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo.

Alba se acercó a él y le dio un beso en la mejilla. Gabriela se agachó para recibir la misma muestra de cariño pero Alba salió corriendo de la cocina con una enorme sonrisa en los labios.

—¿Por qué le has prometido eso? —preguntó la joven con cara de pocos amigos.

—Solo lo he dicho para que se vaya a la cama. Ya se le olvidará.

Gabriela chasqueó la lengua.

—Ya veo que no conoces a los niños. Vas a tener conejito para rato.

La puerta de la cocina volvió a abrirse y la niña pequeña asomó la cabeza.

—Marco...

—Dime...

—¿Tú podrías ser mi papá?

Marco abrió la boca de par en par sin saber muy bien qué contestar. Gabriela, que tampoco se esperaba esa pregunta, reaccionó lo más rápido que pudo.

—Marco está soltero y no puede ser tu papá porque no hay una mamá.

—Pero, si tú te casas con él, podrías ser mi mamá.

A eso Gabriela no tuvo contestación ni tan siquiera capacidad de reacción. Por suerte para ellos dos, la niña no esperó respuesta y se marchó. Gabriela dejó caer los brazos a los costados del cuerpo y suspiró.

—¿Esto es normal? —Marco parecía ligeramente agobiado.

—No. Nunca había preguntado nada parecido.

—¿Y por qué ahora viene con esas?

—Supongo que porque ahora nos ha visto juntos. Hasta este momento no había tenido ningún referente paterno.

—¿Yo soy un referente paterno?

—Pues, sí. Aunque parece mentira porque eres un egocéntrico y un

misógino.

—¡Qué graciosa!

Gabriela se puso en pie y se acercó a Marco. Se abrazó a él y lo besó en los labios con dulzura. Él se sintió mejor que nunca y correspondió al abrazo y al beso con los mismos sentimientos puestos en ese gesto.

—Marco, ¿puedo pedirte una cosa?

—Lo que desees.

—Quiero que vayas ahora al hospital.

—Ni lo sueñes.

—Has dicho que podía pedir lo que quisiera.

—Pero no te he respondido que te iba a obedecer.

—Por favor.

—Ni de coña.

—Por favooooooooor.

Marco se separó de ella y la miró con fijeza.

—¿Para qué quieres que vaya al hospital? No me hablo con mi padre y mi madre decidió apoyarlo cuando las cosas estaban torcidas entre nosotros.

Gabriela bajó la cabeza y suspiró con fuerza.

—No te das cuenta de nada.

—¿De qué no me doy cuenta?

—Eres un hombre afortunado y no lo valoras.

—No te entiendo.

Gabriela señaló con la mano hacia la puerta de la cocina y volvió a fijar la vista en Marco. Cuando lo hizo, él pudo ver que las lágrimas resbalaban por sus mejillas.

—Esa niña tiene que preguntarle a un desconocido si quiere ser su padre porque nunca lo ha tenido y yo perdí a los míos cuando tenía quince años. No tienes ni idea de la suerte que tienes al poder verlos cuando tú quieras. Pero no es bastante para ti.

—Yo no...

—No es justo que tú tengas padres a los que das de lado mientras que nosotros no podemos volver a ver a los nuestros. ¿Te das cuenta de lo que te estás perdiendo?

Marco bajó la cabeza avergonzado y murmuró un «sí» que no llegó a los oídos de Gabriela. Cuando levantó la vista de nuevo, los ojos le brillaban y el labio inferior le temblaba ligeramente.

—¿Y qué quieres que haga? —preguntó él con voz temblorosa —La

herida es muy profunda.

—Hoy tienes la oportunidad de poner la primera tirita en esa herida.

El cocinero suspiró, sacó el teléfono del bolsillo y marcó un número de la agenda.

—Buenas noches. ¿Podría enviarme un taxi?

—...

—Sí. Ésa es la dirección.

—...

—Perfecto. Muchas gracias. —Marco colgó el teléfono y lo dejó sobre la encimera de la cocina. De repente, parecía muy agotado. Miró a Gabriela y sonrió con esfuerzo.

—¿Vienes conmigo?

—Espera que voy a hablar con Leo para que eche un vistazo a los niños.

\*\*\*\*

Llegaron al hospital Clínico una hora después. Bajaron del taxi y Marco se quedó clavado en la acera con la vista puesta en el vetusto edificio que parecía un hervidero de gente. Las visitas no dejaban de entrar o salir ni por un instante y se sintió, de pronto, agobiado.

—Vámonos. —pidió en un susurro.

—Ni lo sueñes. Ya hemos llegado hasta aquí. Vamos.

Gabriela cogió la mano de Marco y lo arrastró hacia el hospital. Una vez dentro, el cocinero se acercó al mostrador de información y preguntó por su padre.

—Habitación trescientos quince —dijo una mujer de mediana edad que miró un taco de papeles para consultar el número de habitación sin tan siquiera levantar la vista hacia Marco.

Él la miró con dureza pero Gabriela volvió a tirar de él para arrastrarlo hacia los ascensores.

—Ni se ha dignado a levantar la cabeza la muy...

—Cumple con su trabajo. Nadie la obliga a sonreír.

Marco gruñó, echó un último vistazo hacia la mujer, que ahora charlaba animosamente con una compañera, y entró en el ascensor con el ceño fruncido.

—Se te va a quedar la marca para siempre —dijo Gabriela al tiempo que le acariciaba la frente.

—¿Qué marca?

—La que se te pone en el entrecejo cuando estás enfadado.

—Yo no... —Marco se contempló en uno de los espejos del ascensor y comprobó que lo que la joven le había dicho era cierto. Entre las cejas aparecían dos pequeñas arrugas que desaparecieron en cuanto él relajó el gesto. Sonrió, al fin, y se volvió hacia Gabriela a la que abrazó y besó sin importarle que el elevador estuviera abarrotado de gente.

Salieron en el tercer piso cogidos de la mano y miraron a uno y otro lado del largo y atestado pasillo buscando la habitación número quince de esa planta. La encontraron al fondo del corredor y ambos se detuvieron frente a la puerta. Marco soltó todo el aire que llevaba dentro y puso la mano en el pomo para abrir. Gabriela lo retuvo.

—Yo me quedo aquí.

—Pero, me dijiste que me ibas a acompañar —protestó él como un niño pequeño.

—Luego entro pero ahora te toca a ti solito.

Marco volvió a protestar pero asintió con la cabeza. Sabía que ella tenía razón y que debía enfrentarse a su padre él solo y no parapetado detrás de una desconocida para sus progenitores. Le dio un beso tierno a Gabriela, bajó el pomo y entró en la habitación.

—¡Marcos! —Su madre se levantó nada más verlo con gesto de sorpresa en el rostro que al instante mutó en una máscara alegre—. Pensaba que no ibas a venir.

—¿Qué haces aquí? Nadie te ha pedido que vengas.

Marco se volvió al escuchar la voz de su padre y se lo encontró tumbado en una cama tapado hasta el pecho por una simple sábana que marcaba el contorno de su pequeño cuerpo. Marco nunca lo había visto tan indefenso y pensó en que, con toda seguridad, debía haber encogido por el infarto.

—He venido a verte, papá.

—Pues no hacía falta. Estoy bien.

—¡Víctor! —exclamó la madre de Marco con el ceño fruncido al igual que su hijo—. Deja al chico. Ha venido a verte y eso es lo importante.

—No te preocupes, mamá. Ya conozco muy bien a papá.

Su padre dijo algo en voz baja, se giró en la cama y le dio la espalda a Marco. Quizá, si hubiera soltado algún impropio más, lo hubiera podido soportar pero que le diera la espalda significó mucho más para él.

—No tendría que haber venido —murmuró. Se dio la vuelta y se

dispuso a salir de la habitación pero su madre intentó retenerlo.

—Marcos...

—Déjalo, mamá. Ya llevas demasiado tiempo mediando entre nosotros...

—Y lo seguiré haciendo, si hace falta.

Salieron de la habitación y Marco se apoyó en la peana de la ventana que daba fin al pasillo. Su madre se acercó a él y le puso la mano en el hombro.

—Hijo, no se lo tengas en cuenta, por favor. Lo de Víctor fue muy duro para todos.

—Ya lo sé, mamá. ¿Cómo está del infarto?

—Es muy duro. Solo ha sido un susto. Él te quiere —añadió.

Gabriela se encontraba sentada en un banco junto a la puerta de la habitación y se sintió incómoda al ser testigo del encuentro de Marco con su madre. Le pareció estar observando por un agujerito una conversación privada que desnudaba mucho más al cocinero de lo que él mismo había hecho en las duchas de la granja escuela. Se levantó para irse un rato a la cafetería pero, en el último momento, cambió de opinión y entró en la habitación quince. Se acercó a la cama dando pasos lentos y se fijó en el hombre que, tumbado de costado en la cama, miraba a la pared contraria a la puerta de entrada.

—¿Ya se ha ido Marcos? —preguntó con voz ronca.

—Buenas noches —saludó Gabriela.

El padre de Marco se giró con parsimonia y miró a la joven con los ojos entornados.

—¿Quién es usted?

—Soy amiga de Marco.

—Marcos. Se llama Marcos.

—Perdone. Soy amiga de su hijo Marcos.

—¿Es usted una de las putillas con las que se acuesta?

Gabriela sonrió al descubrir lo franco que podía llegar a ser el padre del cocinero y se sorprendió al comprobar que no le molestaba lo más mínimo.

—No soy ninguna de sus... putillas. Me llamo Gabriela y soy... Su hijo trabaja en el centro de acogida que yo administro.

—¿Un centro de acogida? —preguntó el hombre extrañado.

—Sí. Para niños huérfanos.

—¿Y Marcos trabaja allí?

—Sí.

—¿Y eso por qué?

—Nos quedamos sin cocinera y no tenemos mucho dinero para pagar a alguien así que él nos echa una mano.

—¿Sin cobrar?

—Sí.

El padre de Marco frunció el ceño aún más y Gabriela pudo comprobar que ese gesto les pertenecía tanto al cocinero como a su padre.

—Me resulta extraño de creer. Marcos es egoísta por naturaleza y no lo veo ayudando a nadie sin conseguir nada en compensación.

—Ha cambiado.

—La gente no cambia —murmuró el padre de Marco—. Lo hacen las situaciones.

—Pues, entonces, la situación de su hijo ha cambiado.

Víctor meditó la respuesta de Gabriela y asintió con la cabeza. Se mostraba muy serio y miraba a la joven como si quisiera ver más allá de sus ojos.

—¿Está usted con él? —preguntó al fin.

—¿Perdón?

—¿Son pareja? —Gabriela suspiró antes de contestar con la certeza de que su respuesta podía dar al traste con la conversación o todo lo contrario. Decidió que lo mejor sería decir la verdad. Ella se lo merecía y el padre de Marco también.

—Creo que sí. Debemos llevar juntos unas... —Gabriela miró el reloj —cuatro horas.

—¿Y la lleva al hospital en la primera cita? —El padre de Marco sonrió por primera vez y Gabriela pudo confirmar lo que ya sospechaba. Delante de sí tenía la misma sonrisa arrebatadora del cocinero—. Pues sí que ha cambiado. Seguro que usted lo ha convencido para venir.

Gabriela bajó la cabeza y con ese gesto confirmó las sospechas del padre de Marco.

—Me lo imaginaba.

—¿Puedo hacerle una pregunta?

El hombre lo pensó durante unos segundos.

—Si ha conseguido aguantar a mi hijo como pareja durante cuatro horas, se merece poder hacerme esa pregunta.

—¿Quién es Víctor? He oído que hablaban de lo que ocurrió con un tal

Víctor.

El padre de Marco pegó la barbilla al pecho y respiró hondo antes de comenzar a hablar. Cuando lo hizo, los ojos se le humedecieron.

—Víctor es... era el hermano mayor de Marcos. Éramos muy felices hasta el día que los dos decidieron salir por la noche a una fiesta universitaria... —Guardó silencio un instante como si intentara ordenar las ideas en su cabeza—. Marcos decidió no beber para que su hermano pudiera hacerlo. Eran muy responsables y uno de los dos debía conducir. Pero esa noche discutieron por una chica y Marcos le dio la espalda a su hermano. — El padre de Marco comenzó a llorar y Gabriela, sin pensar, se sentó en la cama y le cogió la mano—. Le dio las llaves del coche y lo dejó conducir borracho.

Gabriela ahogó un grito de espanto y se imaginó el resto de la noche.

—Nos llamaron a las cinco de la madrugada para decirnos que Víctor se había matado en un accidente. Marcos llegó un rato después sonriendo y burlándose de su hermano.

—¿Qué pasó después?

—Hubo muchos reproches, lo reconozco. Culpé a Marcos del accidente y él reaccionó de la peor forma posible. Se marchó de casa y dejó a su madre sola cuando más lo necesitaba.

—No creo que tampoco fuera fácil para él.

—¿Qué quiere decir? —preguntó el padre de Marco al tiempo que se secaba las lágrimas con la manga del pijama.

—Marcos se echa la culpa de lo que le ocurrió a su hermano. Él también se ha sentido muy solo.

—Entonces, ¿por qué se fue de casa en lugar de quedarse con nosotros?

—Supongo que debe ser muy duro que tu padre te acuse de la muerte de tu propio hermano.

—Echo de menos a los chicos. A los dos.

—Víctor siempre estará con usted pero en su mano está recuperar a Marcos.

El padre de Marco guardó silencio y, un instante después, sonrió para sorpresa de Gabriela.

—Es usted una mujer muy lista. Sus padres deben estar orgullosos.

—Murieron cuando yo tenía quince años en un accidente de tráfico. Sé lo duro que es vivir sin unos padres.

Víctor tragó saliva y apretó la mano de Gabriela.

—Es evidente que usted no es una de sus putillas.

Gabriela se echó a reír al escuchar el comentario. En ese momento entró la madre de Marco y, al ver a Gabriela, volvió a asomarse a la puerta.

—Está aquí, hijo.

Marco entró en la habitación con su madre y la joven se acercó a la mujer y le dio dos besos.

—Soy Gabriela, una amiga de su hijo.

La mujer la observaba con ojos enternecidos y con un brillo especial que le dio a entender a la joven que tras esa mirada había algo más.

—Ya me ha contado Marcos. Es un placer, Gabriela.

—El placer es mío, señora.

—Merche.

Gabriela asintió, se acercó a Marco y lo cogió de la mano.

—¿Qué hacías en la habitación? —le preguntó con el ceño fruncido una vez más.

—Estaba hablando con tu padre.

—¿De qué?

—Cosas nuestras.

Sin que Marco pudiera verla, volteó la cabeza y le guiñó un ojo a su padre gesto al que el hombre correspondió.

—Bueno, tenemos que irnos —anunció Marco que no se sentía demasiado cómodo en la habitación—. Adiós, mamá.

Le dio un beso a su madre y empujó ligeramente a Gabriela por la cintura para que saliera de la habitación. Ella se desasíó del contacto, se acercó al padre de Marco y le dio un beso en la mejilla.

—Ha sido un placer —le dijo.

Él no replicó pero le correspondió con una sonrisa que no pasó inadvertida para Marco que se sorprendió. Gabriela le puso la mano en el brazo a la madre del cocinero en un gesto cariñoso y salió de la habitación. Marco le hizo un leve gesto a la mujer y se dispuso a salir de la habitación pero una voz lo detuvo.

—¡Marcos!

Se volvió y miró a su padre con seriedad.

—Dime.

El hombre tragó saliva antes de hablar y, cuando lo hizo, era evidente que estaba emocionado.

—Gracias por venir..., hijo.

Marco tragó saliva también y asintió con la cabeza antes de salir. No fue capaz de responder a su padre porque se le había hecho un nudo en la garganta que no le dejaba hablar. En cuanto salió al pasillo se encontró con la mirada brillante de Gabriela cuyo rostro estaba adornado por una preciosa sonrisa.

—Son las primeras palabras amables que escucho de él en más de diez años —comentó con la voz entrecortada por la emoción—. No sé qué le has dicho pero parece otro.

—No le he dicho gran cosa.

Marco asintió, se acercó a Gabriela y la abrazó. Ella levantó los brazos y correspondió al gesto. Pegó su mejilla a la de él pero, un momento después, la separó al notar algo húmedo. Al ver llorar a Marco, su corazón se enterneció aún más y se sintió muy cerca de él y de su dolor.

—Algún día te explicaré lo que pasó con mi hermano —musitó con un hilo de voz.

—No hace falta. Ya lo ha hecho tu padre. Me ha dicho que te echa de menos.

Marco se separó de ella y la miró sorprendido.

—¿En serio?

Gabriela asintió.

—Eres... Eres...

La joven se puso de puntillas y lo besó sin dejarle terminar la frase porque sabía que no hacía falta. Había sido un día lleno de emociones que llevaría siempre en su corazón al igual que para Marco existía un antes y un después gracias a ella. Se sintieron dichosos y sus bocas sellaron un beso de amor.

## Trece

—No va a salir bien.

—Ya verás como sí. Lo tenemos bien organizado.

Tete salió de la cocina y dejó a Marco sumido en sus pensamientos. A pesar de lo que había temido, los días transcurrían como un suspiro y con ello su condena, la cual había pasado a segundo plano. Ese domingo era el cumpleaños de Gabriela y quería sorprenderla de alguna forma. Cuando se lo dijo Pedro unos días antes pensó en regalarle alguna tontería como detalle; pero su situación había cambiado y ahora no le valía ese «alguna tontería». Quería preparar algo especial y por eso había tenido que pedirle un favor a un cliente asiduo de uno de sus restaurantes al que tendría que invitar a cenar en breve.

—¿Qué es eso? —preguntó Patricia devolviéndolo a la realidad y con el dedo junto a una cajita azul que Marco acababa de sacar del bolsillo de su abrigo.

—Es el regalo para Gabriela.

—No me digas que le vas a regalar un anillo —inquirió Patricia sin necesidad de encontrar una respuesta afirmativa, ya que el estuche era el típico de una joyería.

—Pues, sí. Me ha costado conseguirlo porque hoy es domingo pero creo que puede gustarle.

Patricia abrió la cajita y extrajo con mucho cuidado un anillo con una piedra transparente engastada en él. Le dio varias vueltas en la mano y lo devolvió a la caja.

—¿Es un diamante? —interrogó una vez hubo guardado el anillo a buen recaudo.

Marco asintió y miró a la adolescente con satisfacción y con el gesto típico de quien tiene muy claro que controla la situación.

—Es muy bonito.

—¿A qué sí?

—Seguro que es muy caro.

—Un poco.

—A mí me gusta.

—Seguro que a Gabi también.

—No lo creo —afirmó Patricia muy convencida—. Te va a mandar a freír espárragos.

A Marco se le abrieron los ojos como platos. No conocía a Gabriela pero sabía que un anillo con un diamante era un regalo que siempre gustaba a las mujeres. Se había perdido algo y no sabía el qué.

—Pero...

—No tienes ni idea de cómo es Gabriela.

Marco resopló. No pensaba que iba a ser tan complicado algo que parecía tan sencillo como hacerle un regalo a una mujer.

—¿Y cómo es ella? —preguntó con cierta acidez en su tono—. Ilumíname.

—A mí no me vaciles que te quedas solito en todo esto.

La tortilla se había dado la vuelta en tan solo un instante. La suficiencia de Marco, que creía controlar la situación, había sido desintegrada por la seguridad de una adolescente de quince años que tenía muy claro que la información era el poder.

—Perdona. Estoy un poco nervioso con todo esto.

Patricia lo miró con detenimiento y vio sinceridad en sus ojos. Supo que, de verdad, estaba nervioso y algo agobiado y sonrió al ver esa fragilidad en un hombre hecho y derecho que parecía comerse el mundo.

—A veeeeer. Tú estás acostumbrado a relacionarte con otro tipo de mujeres y Gabriela es muy distinta a ellas.

—No te entiendo.

En ese preciso instante entró Paco en la cocina, se acercó a la encimera y, sin pedir permiso, abrió la caja azul y silbó al ver el anillo.

—¿Es para Gabi? ¡Joder! Se le va a hacer el chocho Pepsicola. Lo menos le dan trescientos pavos por él.

Patricia se encogió de hombros y cerró la caja en las narices de Paco.

—¿Has visto? Hasta Paco, que es tan romántico como un macaco del

zoo, sabe muy bien cómo es Gabriela y lo que pensaría del anillo.

—¿Y qué pensaría? —preguntó Marco que no acababa de verlo claro.

—Tío, pensaría que eres gilipollas por gastarte la pasta en un «pedrolo» como éste, cuando casi no puede ni llegar a final de mes.

Marco guardó silencio y Paco aprovechó para marcharse de la cocina pero con un plátano que había cogido de un frutero. Una vez a solas, Patricia le puso la mano en el hombro a Marco que parecía apesadumbrado.

—No sabía que las cosas estaban tan mal en el centro —murmuró.

—Gabriela piensa que nosotros no lo sabemos, pero ser niño tiene una ventaja; te enteras de todo porque a nadie le preocupa que estés delante en mitad de una conversación trascendental. Como si fuéramos tontos o sordos.

—¿Casi no puede llegar a final de mes?

—Ella se gastó casi toda la herencia de sus padres en acondicionar este edificio y en impuestos y cosas de esas. A partir de ahí, ha ido tirando con lo poco que le quedaba de la herencia y con ayudas del gobierno pero eso no da para mucho.

Marco estaba agobiado. Por una parte le sorprendía que una niña de quince años estuviera tan bien informada y, por otro lado, le preocupaba que el centro pudiera estar a punto de cerrar con lo que significaba para Gabriela y para los diez niños.

—¿Qué puedo hacer?

—Lo primero de todo, centrarte en el cumple de Gabi y pensar en un regalo de verdad. Algo con lo que parezca que le quieres entregar tu corazón y no pagarle las facturas.

Marco sonrió a la chica y, cuando Tete entró por la puerta de la cocina, lo observó y se dio cuenta de que era un chaval muy afortunado por haber hallado el primer amor en una adolescente con la cabeza tan bien amueblada como Patricia. Entonces fue cuando algo se encendió en su cerebro como una bombilla. Miró el reloj y comprobó que todavía eran las seis de la tarde y que podría ausentarse un rato antes de la cena. Sacó el teléfono del bolsillo y marcó.

—Buenas tardes, necesito...

—...

—Sí, muchas gracias. —Marco colgó y se encogió de hombros—. Debo ser el cliente del siglo para esta compañía de taxis —murmuró para sí mismo—. En cuanto ven mi teléfono en la centralita me mandan un taxi aquí.

Se despidió de Patricia y salió del centro de acogida sin que Gabriela

podiera verlo. De hecho, ella no sabía que había acudido a mitad de tarde para prepararle la sorpresa que quería darle esa misma noche.

Unos minutos después llegó el taxi que lo llevo hasta el barrio obrero de Aluche donde bajó frente a la casa de sus padres. Se acercó al telefonillo y pulsó un botón por encima del de sus progenitores.

—¿Quién es?

—Buenas tardes, señora Dolores. Soy Marcos, el hijo de Víctor y Merche.

El «clack» metálico del cierre sonó en la calle y Marco empujó la puerta metálica y entró al húmedo y oscuro portal. Comenzó a subir las escaleras de dos en dos rezando para no encontrarse con Vero, su vecina, con la que no le apetecía volver a intercambiar una ácida conversación. Tuvo suerte y pudo llegar a la última planta donde vivía la señora Dolores sola con sus seis gatos de colores diversos. En cuanto abrió la puerta y vio a Marco, su rostro se iluminó y aparecieron en él un millón de pequeñas arrugas.

—Marcos, qué alegría verte. Cuánto tiempo.

—Buenas tardes, señora Dolores.

Marco se acercó a la mujer, se inclinó debido a su pequeño tamaño y le dio un par de besos.

—¿Cómo te van las cosas? Tu madre ya me ha contado que los restaurantes son un éxito.

—Pues, sí. No puedo quejarme.

—Tu padre está tan orgulloso de ti.

Marco abrió los ojos de par de par.

—¿Mi padre?

—Sí. Cada vez que baja al bar les cuenta a todos lo de los restaurantes e incluso compró un montón de aquella revista donde te hacían la entrevista para que todos tuvieran un ejemplar. No te puedes ni imaginar lo estirado que iba. Parecía un pavo. —La señora Dolores se echó a reír y Marco sonrió sin saber muy bien qué pensar.

Su padre, que hasta ese momento lo había ignorado, estaba orgulloso de él y presumía de los éxitos de su hijo allá donde fuera. Tuvo que menear la cabeza de lado a lado para poder evaporar todos esos pensamientos y centrarse en la realidad.

—Señora Dolores, tengo que coger unas cosas de casa de mis padres y ellos están en el hospital.

—Es verdad. ¿Cómo está tu padre?

—Bien. Recuperándose —respondió Marco con algunas prisas—. ¿Sigue teniendo las llaves de la casa de mis padres?

—Seguro que sí. Espera que las busco. —La mujer se giró y abrió un cajón en un mueblecito del mismo recibidor. Movi6 la mano en su interior hasta que consigui6 encontrar lo que buscaba—. Aqu6 est6n.

—Muchas gracias, se6ora Dolores. Ahora se las subo.

—Muy bien, Marcos.

Baj6 una planta y entr6 en el piso de sus padres que permanec6a a oscuras con las persianas bajadas. No tuvo que encender ninguna luz para llegar a la habitaci6n que durante muchos a6os hab6a compartido con su hermano V6ctor. Abri6 la puerta y encendi6 la luz. Todo segu6a tal cual lo recordaba. Sus padres no hab6an movido nada de nada en los 6ltimos diez a6os pero no hab6a ni una mota de polvo. No pudo evitar emocionarse al ver los posters de su hermano en las paredes. Se enjug6 un par de l6grimas rebeldes y, sin pararse a pensar m6s de la cuenta, se acerc6 a una de las dos mesitas de noche y abri6 el caj6n superior. Removi6 la multitud de objetos que all6 se hallaban hasta encontrar lo que andaba buscando. Sac6 una cajita de color negro y la abri6. Sonri6 al ver aquel peque6o tesoro que le tra6a tantos recuerdos y se guard6 los dos objetos brillantes en un bolsillo del abrigo.

—¿iQui6n anda ah6!?

Marco se sobresalt6 al escuchar la voz de su madre que llegaba desde la entrada de la vivienda.

—iSoy yo, mam6. Marcos! —avis6 para que ella no se asustara.

La mujer entr6 en la peque6a habitaci6n y mir6 a su hijo con infinito cari6o antes de dirigir su vista hacia el resto del cuarto. Ni tan siquiera le pregunt6 qu6 hac6a all6 como si para ella fuera lo m6s normal encontrarlo en su antigua habitaci6n.

—Entro aqu6 todos los d6as y limpio un poco —coment6 ella al tiempo que se dejaba caer en una de las camas; la que perteneci6 a V6ctor—. Parece como si tu hermano fuera a volver en cualquier instante.

Marco se sent6 frente a ella en su propia cama.

—¿C6mo est6 pap6?

—Mejor. Seguro que ma6ana le dan el alta. He venido a darme una ducha y ahora vuelvo al hospital.

Ambos guardaron silencio pero Marco descubri6, para su sorpresa, que se encontraba all6 muy a gusto sentado frente a su madre y con la posibilidad

de compartir un momento íntimo con ella que no quiso desaprovechar.

—Gabriela me gusta mucho —dijo al fin—. Hoy es su cumpleaños.

Merche desvió la mirada del escritorio de Víctor y la fijó en su hijo.

—¿Le has comprado algo? —preguntó con la típica practicidad de una madre.

—Sí, le he comprado un anillo con un diamante pero...

Merche arrugó la nariz nada más escuchar a su hijo y él se echó a reír al reconocer ese gesto tan suyo como de su madre.

—¿No te gusta el regalo?

—Tu padre estuvo hablando con esa chica y me contó unas cuantas cosas sobre ella. Por lo poco que sé, me parece que un anillo con un diamante no va a significar mucho para ella.

—Ya lo sé, mamá. Por eso estoy aquí.

Marco metió la mano en el bolsillo, sacó los dos objetos que acababa de encontrar en la mesita de noche y se los enseñó a su madre que los cogió como si fueran a morderle. Una vez los tuvo en la mano, una lágrima furtiva resbaló por una de sus ajadas mejillas.

—Le va a encantar. Ya verás.

Marco sonrió, se puso en pie y se inclinó hacia su madre a la que besó como llevaba tiempo sin hacer. Poniendo todo su amor en ese gesto.

—Tengo que irme.

Merche se puso en pie y acompañó a Marco a la entrada de la vivienda. Éste sacó las llaves del bolsillo y se las entregó a su madre.

—¿Se las devuelves a la señora Dolores?

—Claro.

—Gracias, mamá. —Marco le dio un abrazo a su madre y salió de la vivienda. Antes de poner un pie en las escaleras su madre lo llamó.

—Marcos.

—Dime, mamá.

—¿Por qué no vienes un día a tomar café con Gabriela?

Marco meditó un instante y frunció el ceño.

—No sé.

—A tu padre le gustaría mucho y a mí también.

—Lo pensaré. No te prometo nada. —Se dio media vuelta y desapareció escaleras abajo.

Una vez llegó al portal, se apoyó en los buzones esperando encontrar la misma sensación de agobio que había sentido la última vez que visitara esa

casa pero no la encontró. Tuvo que reconocerse a sí mismo que las sensaciones era bien distintas. Lo que no tenía muy claro era si se debía a que su padre no había estado presente o a que él se sentía un hombre distinto. Pensó que quizá podría hallar la respuesta aceptando la invitación de su madre.

Sin pensar en nada más y cogiendo el toro por los cuernos como llevaba tiempo sin hacer, salió a la calle y pulsó el telefonillo del piso de sus padres.

—¿Sí?

—Mamá, soy yo.

—Dime, hijo.

—Que lo he pensado y que sí. La semana que viene venimos un día a tomar café.

—¡Qué alegría me has dado, hijo!

Marco escuchó por el interfono como su madre se echaba a llorar y se le quebró el corazón en mil pedazos.

—Tengo que irme.

—Claro, hijo. Llámame.

—Lo haré.

Marco se separó del portal y cogió el primer taxi que pasó por la calle. Una vez dentro del vehículo se dejó caer en el asiento, miró por la ventanilla y sonrió. Aquel barrio ya no le parecía tan asqueroso. Incluso pudo jurar que había visto a su hermano sentado en el banco en el que siempre se pasaban las horas muertas comiendo pipas y hablando de chicas. Y todo eso se lo debía a Gabriela.

## Catorce

—Pero, ¿es en serio?

—De verdad. Tenemos que aprovechar esta oportunidad. Si quieres se lo digo a Tete pero como mañana tienen colegio...

Gabriela bufó al pensar en lo que Leo le estaba contando y lo meditó unos instantes. Lo de que Tete no podía acompañarlos estaba muy claro pero le parecía que la idea de Leo podría traerle problemas.

—Tienen cientos. Ni se van a enterar porque nos llevemos ocho o diez.

Ante la insistencia del joven, Gabriela dio su brazo a torcer y asintió con la cabeza para regocijo del jardinero.

—Podría pedirle a Marco que nos echara una mano pero prefiero que se quede haciendo la cena. Los chicos no pueden acostarse tarde.

—No te preocupes. Son pequeños y no pesan mucho. Nos apañaremos los dos.

—Voy a decírselo a Marco. Espérame aquí. —Gabriela entró en el edificio y se dirigió a la cocina donde se encontró con el cocinero que hablaba con Pedro como si fueran dos amigos.

—Tete siempre dice que los políticos son como aves de rapiña.

—¿Y qué sabes tú de las aves de rapiña?

—Lo he mirado en internet. No soy tonto. Se refiere a las personas que roban lo que no es suyo.

—¿Y qué sabes de política?

Pedro chasqueó la lengua y, al escuchar la puerta de la cocina abrirse, se giró y miró a Gabriela.

—Marco cree que los niños somos tontos.

—No se lo tengas en cuenta —le dijo la joven al tiempo que se acercaba a él y le atusaba el pelo con cariño—. Marco no está muy acostumbrado a tratar con niños.

—Pero es que siempre me lleva la contraria y dice que hablo mucho.

—¿Eso dice? —preguntó Gabriela sonriendo.

—Es que es la verdad —apostilló Marco pero también con una sonrisa en los labios—. Hablas mucho.

—Pues Tete siempre dice que niño quieto y callado, es que hace algo malo.

Marco y Gabriela se echaron a reír ante la ocurrencia del niño.

—Anda, ve a lavarte las manos que la cena estará dentro de nada.

El chico obedeció a Gabriela y salió de la cocina a toda velocidad. Ella aprovechó que estaban solos para hablar con Marco.

—Me voy un momento con Leo. ¿Te apañas con la cena?

—Claro. ¿Ha pasado algo?

Gabriela bufó y se inclinó sobre la encimera como si lo que tuviera que contarle fuera un secreto.

—Leo me ha dicho que los del ayuntamiento van a comenzar a plantar árboles en la urbanización del PAU y que han dejado cientos de plátanos de Indias amontonados para comenzar a plantarlos mañana.

—Eso está bien pero, ¿qué tiene que ver contigo? —preguntó Marco haciéndose el despistado para que Gabriela no sospechara que todo estaba preparado por ellos.

—Pues que Leo me ha comentado que podemos coger unos cuantos para plantarlos en el centro.

—¿Y eso no es robar?

—¡No me martirices tú también! —exclamó Gabriela. Un instante después, se relajó—. Perdona, es que mi conciencia está hoy haciendo horas extras.

—No te preocupes.

—Leo dice que hay cientos de árboles y que no pasa nada por llevarnos ocho o diez.

—En eso tiene razón. Anda, no le des más vueltas.

Gabriela sonrió, al fin, algo más relajada, cogió una manzana del frutero y salió de la cocina.

—¡Gabi!

La joven volvió a asomar la cabeza.

—Dime.

—Si te detienen, puedes hacer los trabajos comunitarios lavando platos en uno de mis restaurantes.

Gabriela frunció el ceño, gruñó como solía hacer y le lanzó la manzana a Marco con todas sus fuerzas. El cocinero tuvo el tiempo justo para esquivarla y la fruta cayó tras él. Gabriela cerró la puerta con fuerza y salió del centró, se subió a la furgoneta junto a Leo y ambos salieron del recinto en busca de los árboles que podrían, en un futuro, adornar y dar sombra para que los chicos estudiaran o se relajaran bajo sus ramas. Ése era el único pensamiento al que Gabriela se agarraba para no obligar a Leo a dar media vuelta.

Veinte minutos después llegaron al PAU y Leo detuvo a Manuela junto a un gran montón de árboles que, como bien había dicho el jardinero, se podían contar por cientos. Los jardineros del ayuntamiento, ya habían cavado unos cuantos agujeros pero todavía no habían plantado ningún árbol en el socarral que formaba la urbanización.

—Son muy bonitos —comentó Leo al tiempo que miraba los árboles como si fueran sus propios hijos—. Quedarían genial en el jardín.

Gabriela tuvo que reconocer que el jardinero tenía razón así que tomó aire y abrió el portón trasero de la furgoneta en la que Leo había retirado las tres filas de asientos posteriores.

—Vamos a ello. —Gabriela se acercó a uno de los pequeños árboles y se acuclilló para cogerlo.

—Yo lo agarro por este lado —explicó Leo que se acababa de erigirse como líder de la expedición—. Por las raíces pesa más.

Gabriela le dio la razón y rodeó el árbol para cogerlo por la copa. Leo lo levantó del cepellón y entre los dos lo metieron en la furgoneta. Repitieron la operación hasta que tuvieron diez ejemplares de plátanos de Indias dentro de la furgoneta.

—Yo creo que, si cogemos alguno más, tampoco pasa nada.

Gabriela se encogió de hombros y asintió. Metieron otros cinco ejemplares en la furgoneta y cerraron las puertas justo en el momento en el que unas luces azules centellearon en el otro extremo de la urbanización.

—¡La *bofia*! —exclamó Leo subiendo a la furgoneta de un salto.

—No pasa nada —comentó Gabriela muy tranquila—. Yo hablo con ellos.

—Gabi, te recuerdo que estamos robando árboles del ayuntamiento y que yo soy un ex convicto.

La joven abrió los ojos de par en par como si despertara de un sueño y saltó dentro de la furgoneta. Arrancó a Manuela a toda prisa y salió del PAU como alma que lleva el diablo. Cada poco miraba por el espejo retrovisor esperando encontrarse con las luces azules tras ella pero no fue así. Consiguió relajarse cuando entraron en el centro de acogida y pudo esconder a Manuela en el garaje.

—Mañana descargamos los árboles —anunció Leo al que le brillaban los ojos de la emoción—. Ha sido divertido.

Gabriela no lo tenía tan claro. Ella no se había divertido de la misma manera y todavía le temblaban las manos pero no por la emoción sino por el miedo a ser detenida por la policía.

Entró en la casa y lo primero que hizo fue ir a su habitación a lavarse un poco y a cambiarse de ropa. Al pasar por el pasillo le extrañó ver las habitaciones de los chicos cerradas a cal y canto. Miró su reloj y vio que tan solo eran las diez. Normalmente, a esas horas, los chicos todavía estaban remoloneando para no irse a la cama tan pronto, pero aquella noche todo era distinto. Quizá fuera por la emoción de la excursión a la granja escuela del día anterior o a la fiesta que le habían organizado a las cinco de la tarde y en la que había soplado las velas que los chicos habían colocado en una tarta de trufa y nata. Pensó que los niños estarían cansados y lo confirmó cuando abrió la puerta de la habitación de Alba y la encontró dormida. Sonrió y le dio un beso de buenas noches. Salió de la habitación y se marchó a la cocina para prepararse algo para cenar con la certeza de que Marco ya se habría marchado. Tenía mucho que agradecerle al cocinero y algún día se vería con fuerza para decírselo pero, ahora, algo había cambiado entre ellos y una cierta tensión se había elevado entre ellos sin saber muy bien por qué.

Suspiró y entró en la cocina. Para su sorpresa, Marco estaba allí esperándola con una tierna sonrisa en los labios. Gabriela, al verlo, sintió un escalofrío recorrer todo su cuerpo. Además, observó que estaba muy guapo con un traje negro sobre una camisa del mismo color y sin corbata.

—Feliz cumpleaños, Gabi —dijo el cocinero al tiempo que se acercaba a ella y le daba un beso en los labios. Podría haber sido un beso tierno y dulce pero ella, necesitada de amor, lo convirtió en algo mucho más pasional que él recibió con deleite.

—Pensé que no lo sabías.

—Tengo mis fuentes, ya sabes. —Marco cogió de la mano a Gabriela y la llevó hacia la puerta cerrada del comedor que se abrió justo antes de que ellos pusieran la mano en el pomo. Apareció ante ellos Patricia vestida con una falda de color negro, camisa blanca, chaleco del mismo color de la falda y pajarita al cuello.

—Buenas noches —saludó con mucha cortesía.

—Buenas noches —correspondió Marco con la vista puesta en Gabriela que contemplaba a la adolescente con los ojos muy abiertos—. Tenemos mesa reservada.

—¿A qué nombre? —preguntó Patricia siguiéndole el juego al cocinero.

—Marco.

—¿Marco qué más?

El cocinero frunció el ceño pero, un instante después, volvió a sonreír.

—Solo Marco.

Patricia pasó un par de páginas del cuaderno que llevaba en las manos y movió el dedo se arriba a abajo.

—Aquí está —dijo al fin—. Síganme, por favor.

Patricia entró en el comedor y Marco y Gabriela la acompañaron. La joven se sorprendió al encontrar que todas las mesas habían sido movidas a un rincón menos una, adornada con un mantel blanco de lino, servilletas a juego y una vajilla muy elegante. La cubertería parecía de plata y la cristalería era del más fino cristal. Dos candelabros sujetaban un par de velas apagadas que Patricia, nada más llegar a la altura de la mesa, se encargó de encender con un mechero muy alargado que Marco le había proporcionado.

Él se acercó a una de las sillas y la separó de la mesa para que Gabriela se sentara en ella. La joven inclinó la cabeza con deferencia y se sentó. Marco se acomodó frente a ella y le tomó la mano por encima de la mesa. Gabriela miró a Patricia azorada y rompió el contacto antes de hacerle un gesto a Marco con la cabeza señalándole a la adolescente.

—¿Le parece que traigamos el primer plato? —inquirió la chica con una leve inclinación del tronco.

—¿Te parece? —le preguntó Marco a Gabriela a lo que ella asintió.

Patricia desapareció por la puerta del comedor y, en el mismo momento, la puerta de entrada desde el vestíbulo se abrió y entró en la salita Tete vestido de la misma forma que Patricia pero con pantalones en lugar de falda. Se acercó con una cubitera en las manos y la depositó en una mesa cercana. De ella extrajo una botella, la envolvió con un trapo de color blanco y se aproximó a los dos comensales.

—Me he permitido elegir un vino blanco para acompañar el primer plato. —Tete se subió un poco la manga y leyó algo que llevaba escrito en la muñeca—. Es un *Chato Clemen* del dos mil uno.

Le mostró la botella a Marco que frunció el ceño al escuchar el nombre del vino y leyó la etiqueta como si él mismo no hubiera elegido ese caldo de los muchos que conformaban su espectacular bodega.

—¡Aaaaah! Un *Chateau Climens* del dos mil uno. Excelente elección.

Tete, muy bien aleccionado, vertió un dedo del líquido y Marco elevó la copa y contempló el contenido a la luz.

—Color dorado vibrante. —Se lo llevó a la nariz, movió la copa ligeramente y aspiró—. Es realmente maravilloso. Muestra gran vivacidad, con aromas de miel y naranja, fresca de rocío de la mañana y agua de manantial. —Cerró los ojos y se llevó la copa a los labios. Bebió un corto trago y se enjuagó el paladar con él antes de tragar. — ¡Aaaaah! —Suspiró—. Se pueden apreciar notas de naranja y mineral. Con un final persistente.

Abrió los ojos y se encontró con Gabriela que lo miraba con los ojos como platos y a Tete que se acababa de dar la vuelta para darle un trago al vino directamente de la botella. Marco tiró de él y le arrebató el preciado líquido.

—¿Qué? —le preguntó a Gabriela que todavía lo miraba como si contemplara a un extraterrestre.

—¿Frescura de rocío de la mañana? —preguntó con una ceja levantada.

—Yo no pillo las notas de naranja —comentó Tete que ya parecía haber olvidado su papel de sumiller—. A mí me sabe a pis.

Marco lo fulminó con la mirada y el chico salió por la misma puerta por la que había entrado. El cocinero sirvió vino blanco en la copa de Gabriela y, acto seguido, llenó la suya algo más de la mitad.

Como si estuvieran muy bien coordinados, Patricia entró en el comedor con dos platos en las manos que dejó delante de ellos. Puso las manos a la espalda e hizo una ligera reverencia.

—Sopa de aceite con helado de queso.

Gabriela miró el plato y frunció el ceño.

—Te dije que no quería comida de ninguno de tus restaurantes.

Marco se hizo el digno antes de volver a sonreír.

—La cena ha sido preparada en su totalidad por el cocinero del Centro de acogida. Espera un instante a que se derrita el helado y prueba.

Gabriela obedeció y, cuando el helado de queso se hubo derretido y mezclado con la base de aceite, tomó una pequeña ración con la cuchara y se lo llevó a los labios.

—¡Uuuuuuummmmmmm! Esto es... Esto es...

—Ya veo que te gusta.

La joven se echó hacia atrás en la silla y cerró los ojos al tiempo que paladeaba la sopa fría y se entretenía en disfrutar la sensación de explosión de sabores que acababa de experimentar en la boca.

—¿Seguro que lo has preparado tú?

—¿Qué pasa? ¿Te parece demasiado bueno para que lo haya hecho yo?

—La verdad es que sí.

Marco se enfadó durante una fracción de segundo pero no pudo continuar con su indignación. Estaba claro que Gabriela no sabía que la gran mayoría de los platos que se servían en sus restaurantes de lujo habían sido creados por el mismo y que en su apartamento lucía unos cuantos trofeos ganados cuando todavía se dedicaba a cocinar; por no hablar de las conocidas estrellas Michelin de las que se sentía inmensamente orgulloso. A pesar de ellos, no podía culparla por su incredulidad, porque ni él mismo tenía muy claro que pudiera volver a preparar aquellos platos.

—Pues, sí. Toda la cena, incluido el postre, lo he preparado yo.

—¿El postre no serás tú? —preguntó ella sonriendo con timidez.

—¿Perdón?

—Es que es muy típico de las novelas ñoñas. Ahora vas y me dices que el postre eres tú.

—Sí, y me pongo un poco de nata en cada pezón y chocolate fundido en el... —Marco se calló de repente al ver como Gabriela aguantaba la risa y se iba poniendo, poco a poco, más colorada hasta que no pudo más y estalló en una carcajada a la que le siguió la del propio Marco.

—No te imagino con chocolate fundido en el... en el... —comentó Gabriela sin atreverse a terminar la frase pero señalando con la cabeza hacia la cintura de Marco.

—Ni yo tampoco. Más que nada porque el chocolate fundido te puede desollar vivo y a mí me gustaría mantener mi... mi... —Marco repitió el mismo movimiento de cabeza de ella y señaló hacia abajo.

Siguieron saboreando la sopa fría y conversando como dos buenos amigos sobre la excursión a la granja escuela pero obviando el tema de la joven guía que le había tirado los trastos a Marco y, sobre todo, el momento calentón en las duchas tras su caída accidental al recinto de los cerdos.

Unos minutos después, apareció Patricia por la puerta que daba a la cocina y Gabriela pudo ver que Leo cenaba en la encimera y, por primera vez desde que comenzara la velada, se preocupó por los chicos.

—¿Leo está cenando ahora? —le preguntó a Patricia que miró a Marco de reojo.

—Claro, no pudo hacerlo antes porque tenía que llevarte a... —Marco se calló de repente y comenzó a silbar.

—¿Estaba todo preparado? —preguntó sin tener muy claro si debía enfadarse o no.

Marco sonrió y le cogió la mano de nuevo frente a Patricia pero esta vez no permitió que la joven la retirara.

—Los chicos ya han cenado y están en la cama. Leo ha sido mi cómplice y, a cambio, le he preparado de cena lo que me ha pedido.

—¿Qué te ha pedido?

—Te vas a reír. Quería cocido. Solo he tenido que descongelar el que sobró el otro día.

—¡Jo! Pues tenías que escuchar los suspiros de satisfacción —explicó Patricia para tranquilidad de Gabriela que se relajó al fin. La chica se puso seria y se metió de nuevo en su papel de camarera—. ¿Les

traigo ya el segundo plato?

Marco miró a Gabriela y ésta asintió. Patricia retiró los platos vacíos y volvió unos minutos después con otros dos llenos que dejó frente a la pareja.

—Solomillo al whisky con chalotas y... y... —la chica echó un rápido vistazo a la chuleta que llevaba en la mano —y kumquats.

Antes de que Gabriela pudiera probar el segundo plato entró en el comedor Tete con otra botella de vino en una de las manos y un decantador en la otra. Dejó la vasija de cristal encima de la mesa, le mostró la botella a Marco y a Gabriela y se subió la manga con la mano libre.

—¡Mierda! —exclamó el chico—. Se me ha borrado el nombre del vino.

Marco bufó e hizo la presentación del vino por el mismo.

—Es un Roda Reserva Imperial del dos mil seis.

Tras dejarlo airear un instante en el decantador, sirvió un dedo en la copa de Gabriela que la cogió con mucha solemnidad, la elevó y la miró al trasluz.

—Color rojo vino.

Tete se tuvo que dar la vuelta para que Marco no lo viera reírse. Gabriela bajó la copa a la altura de la nariz, la movió ligeramente y aspiró.

—Aroma a vino tinto con ciertos toques a frescor salvaje del Caribe.

Marco puso cara de pocos amigos y Tete no lo pudo soportar más. Comenzó a reír a carcajadas por lo que decidió sobre la marcha que ése podía ser un buen momento para coger la cubitera y llevarla fuera del comedor.

Gabriela, como último acto de la cata, se llevó la copa a los labios, bebió un sorbo, lo movió de lado a lado como si se tratara de un colutorio y se lo tragó.

—¡Uuuuummmmm! Se pueden apreciar ciertas notas a vino tinto y a... —meditó un instante—, a... ¿a uva? —Se echó a reír y mucho más al comprobar que a Marco no le había hecho mucha gracia la imitación que de él acababa de hacer. Se puso en pie, se acercó al cocinero y lo abrazó por la espalda. Marco suspiró y sonrió al fin. Se giró, tiró de ella y la besó con pasión y con el amargor del vino en sus

labios que le encantó.

—¿Necesitan al...?

Patricia salió del comedor tal como había entrado al verlos acaramelados y ellos dos se echaron a reír. Gabriela volvió a sentarse en su sitio y Marco sirvió vino para los dos.

—Pruébalo —comentó al tiempo que señalaba el plato con un movimiento de la cabeza.

Gabriela cortó un trozo de carne, lo untó con la salsa y se lo llevó a la boca. De nuevo se dejó caer en el respaldo de la silla y suspiró de satisfacción.

—¿De verdad que lo has hecho tú?

—Como sigas así, te quedas sin postre. —Gabriela enarcó una ceja—. Y no, yo no soy el postre. Es algo mucho más rico.

Se echaron a reír y dieron buena cuenta del segundo plato. Unos minutos después asomó Patricia la cabeza y, una vez hubo comprobado que no estaban besándose ni nada parecido, entró con diligencia.

—¿Han terminado?

Marco miró a Gabriela y se levantó.

—Mientras Patricia recoge los platos, tengo que ir un momento a la cocina. ¿Te importa?

—No, claro.

Marco se marchó del comedor y regresó cinco minutos después con un plato de postre en cada mano. Se cruzó con Patricia por el camino y le guiñó un ojo. Dejó un plato frente a Gabriela y otro frente a él mismo.

—¿Qué es? —preguntó Gabriela en el preciso instante en el que entraba Tete con una tercera botella en las manos y dos copas pequeñas que depositó en un lateral de la mesa.

—Éste me lo sé sin mirar —explicó el chico muy decidido—. Es un Pedro Fernández mil trescientos ocho.

Marco tosió y se removió inquieto en la silla.

—Por los pelos —comentó al tiempo que tomaba la botella y servía una generosa cantidad en cada copa—. Es un Pedro Ximénez Alvear mil ochocientos treinta.

—Bueno, he bailado un poco los números de la fecha y el apellido del «pavo» que ha hecho el vino pero bueno... —Tete salió del comedor muy digno y Marco sonrió convencido de que aquella cena no podía

haber sido posible sin la ayuda de los chicos por lo que no le molestaba que Tete bebiera a morro de una botella de trescientos euros o que le cambiara el nombre a otra de noventa. Era lo de menos. Tan solo quería disfrutar con Gabriela de su primer cumpleaños juntos y lo estaba haciendo.

—¡Por nosotros! —dijo a la vez que levantaba su copa y se la ofrecía a la joven en un brindis al que ella correspondió.

Gabriela cogió una pequeña cucharilla y miró el postre que tanto había comentado el cocinero. Eran unas pequeñas bolas de color blanco con un ligero tono dorado en la parte superior y poco más.

—¿Éste es el postre? —preguntó Gabriela algo decepcionada ya que esperaba una tarta espectacular o algo muy llamativo.

—Tú prueba y luego me dices.

Gabriela se llevó una de las bolitas blancas a la boca y, en cuanto apretó los dientes, el postre explotó en su boca inundando cada una de sus papilas gustativas con una mezcla del dulzor de la nata, el cuerpo de la miel y algunas notas que ella no supo identificar.

—¡Ummmmmmmm! —Gabriela emitió un largo gemido y volvió a dejarse caer en el respaldo de la silla por tercera vez consecutiva—. ¿Qué es?

—Los llamo suspiros de nata. Ya veo que te gustan. Son pequeñas bolitas de merengue horneado, rellenas de nata y recubiertas de sirope de miel y hojuelas de almendra.

Gabriela no comentó nada más. Tan solo cogió otra de las bolitas con la cucharilla y se la llevó a la boca. Volvió a suspirar y Marco gruñó.

—Al final va a ser verdad que me voy a tener que poner celoso de mi propia comida.

Gabriela se levantó de la silla, rodeó la mesa y se sentó en el regazo de Marco que la recibió con los brazos abiertos.

—Una bolita más y creo que voy a necesitar otro postre —comentó ella con voz entrecortada.

—¿Otro postre?

—Sí, a ti.

Marco abrió los ojos, cogió un suspiro de su propio plato y, con una cucharilla, se lo ofreció a ella que lo cogió con mucha suavidad con los dientes y le devolvió el ofrecimiento. Marco acercó sus labios a los

de ella y tomó la delicia de merengue que explotó en su boca con el mismo efecto en él que en ella.

—¡Ummmmmmmm! No es porque lo haya hecho yo pero está delicioso.

—Sí, tanto como tú.

Gabriela se lanzó a por sus labios y no lo dejó ni tomar aire. Él se emocionó y se dejó llevar por la pasión. Sus lenguas se enroscaron una y otra vez y sus labios se fusionaron en un solo ser que pugnaba por no separar dos almas y dos corazones que acababan de encontrarse. Las manos de Marco recorrían el cuerpo de Gabriela de la misma forma que las de ella no podían parar ni un instante quietas.

—Ejem, ejem...

Al escuchar el carraspeo forzado, los dos se separaron y se encontraron con los demás chicos del centro que los observaban con las bocas abiertas.

—¿Por qué estaban tan juntos? —preguntó Alba con la vista puesta en Pedro.

—Yo que sé. Tienen dos sillas y se sientan los dos en la misma.

—¿Y por qué se besaban? —volvió a preguntar la niña.

—Mejor no preguntes tanto, canija —respondió Paco—. ¿No has visto que le estaba agarrando una teta?

—¡Paco, no seas bruto!

Los chicos no hacían amago de regresar a sus habitaciones y Gabriela temió la reacción de Marco que no estaba tan acostumbrado como ella a la presencia de los niños.

—Creo que me he quedado sin postre —comentó la joven sin saber si debía tomárselo a broma o no.

—Todavía tienes los suspiros de nata.

—Tendré que contentarme con eso.

Se echaron a reír y Marco se levantó y regresó a la cocina. Para sorpresa de Gabriela que esperaba que se hubiera podido enfadar por la interrupción de la velada, volvió con un par de bandejas en las manos repletas de bolitas blancas. Las dejó sobre una de las mesas e hizo un gesto a los chicos para que se acercaran y disfrutaran también del postre.

—Esto está de muerte.

—Parecen pedos de lobo de esos que hay en el campo de atrás.

—¿Y esto se llama suspiros de nata?

—A mí me gusta más lo de pedos de lobo.

—¿No hay pimientos fritos?

—Yo quiero tortilla de patatas.

Marco se sentó junto a Gabriela, le cogió la mano y se la besó.

—Supongo que esto debe ser algo así como tener una familia numerosa —murmuró el cocinero al tiempo que contemplaba a los chicos atiborrarse.

—¿Con diez niños? —preguntó Gabriela con las cejas elevadas—. En dos días estás huyendo de aquí para volver a tu vida glamurosa.

—¿Y quién te ha dicho que mi vida es glamurosa?

—Pues quizá el restaurante de lujo en el que estuve, el deportivo espectacular que conduces o la putita que me puso los puntos sobre las íes el otro día.

—Eso no es justo. Yo soy mucho más que todo eso.

—Pues me lo tendrás que demostrar.

Marco sonrió y sacó una cajita pequeña del bolsillo justo al mismo tiempo que entraba Patricia en el comedor. La chica se quedó observando la escena con la respiración contenida.

—Se me olvidaba —dijo el cocinero a la vez que le tendía la cajita—. Feliz cumpleaños.

Gabriela miró la pequeña caja y no hizo intento de cogerla. En su lugar, frunció el ceño y arrugó la nariz.

—¿Un anillo? ¿Te has gastado tu dinero en comprarme un anillo?

—Ábrelo, por favor.

Gabriela siguió en su línea y no movió las manos de su regazo. Patricia se acercó a ellos y le puso la mano en el hombro a Marco como si quisiera infundirle ánimos o quizá como si le comentara «te lo dije».

—No voy a abrirlo —repitió la joven sin dar su brazo a torcer—. Te lo agradezco, Marco, pero estas cosas no van conmigo. Veo que no me conoces.

—Y ya veo que tú tampoco me conoces —replicó el cocinero sin perder la sonrisa. Levantó la mirada y le guiñó un ojo a Patricia—. Abre la caja, por favor. Es un regalo especial.

Gabriela gruñó pero hizo caso del cocinero y, al fin, tomó la cajita y la colocó frente a ella en la mesa. Suspiró, abrió la caja y sacó un objeto de su interior.

—¿No es un anillo?

—Sí que es un anillo pero no uno de compromiso ni nada parecido. El que te he dado hace juego con este otro.

Marco levantó la mano y le mostró a Gabriela un aro de plástico con una piedra verde y grande engastada en él.

—Éste pertenecía a mi hermano Víctor y ése que tienes era el mío. Ahora quiero que lo tengas tú.

—Pero, es un anillo de juguete.

—Sí. Una de mis pelis favoritas y de mi hermano era *Big* de Tom Hanks. ¿La has visto?

Gabriela sonrió y asintió con la cabeza. No quiso explicarle a Marco que esa película la ponían todas las navidades en el centro de acogida donde ella acabó cuando sus padres murieron y, sobre todo, que le encantaba.

—¿Te acuerdas del anillo que le dio Tom Hanks a la «protta» cuando se quedó a dormir en su casa?

—Claro que me acuerdo. Brillaba en la oscuridad y era para que ella no se perdiera.

Marco asintió a su vez y la miró con un inmenso amor.

—Aprieta la piedra.

Gabriela hizo lo que él le pidió y pulsó con el dedo en la piedra de color verde que se iluminó al instante. Marco hizo lo mismo con la sortija de su hermano y las dos brillaron al mismo tiempo. El cocinero se colocó en el dedo la que él tenía y Gabriela lo imitó.

—Con este anillo sé que te encontraré siempre aunque vuelva la oscuridad a mi vida.

—¡Oooohhhhhhhh! —exclamaron todos los chicos al unísono. Ni Marco ni Gabriela se habían dado cuenta de que todos los niños contemplaban la escena con la boca abierta.

—Está chulo el anillo.

—Es una mariconada.

—A qué te meto.

—No seáis brutos que Gabi está enamorada.

—Y Marco también. Tienes los ojos como Paco cuando mira las pelis guarras.

—A qué te meto.

Patricia se percató del caos que se había formado en un momento en el comedor y fue lo suficientemente delicada como para echar a los

chicos de la sala y salir también tras ellos.

—Es un regalo precioso —comentó Gabriela al tiempo que se ponía en pie y se acercaba a Marco para sentarse sobre sus rodillas—. Pensé que era un anillo con un diamante o algo así.

—¿Tan superficial me crees?

Gabriela se echó a reír, miró de nuevo el anillo y pulsó la piedra verde que se iluminó con una luz tenue pero que ella supuso que luciría espectacular en la más absoluta oscuridad.

—Esto me demuestra que no eres como yo pensaba.

Marco agachó la cabeza y, cuando la levantó de nuevo, sus mejillas mostraban una ligera rojez.

—Bueno, la verdad es que tenía un anillo con un diamante pero fue Patricia la que me dijo que no era un buen regalo.

Gabriela lo miró y comprobó que él esperaba su reacción sin soltar el aire que retenía en sus pulmones.

—Ya me lo imaginaba pero lo que cuenta es este regalo y me encanta. —La joven aproximó sus labios a los del cocinero y ambos se devoraron con fiereza y con pasión hasta que la puerta del comedor se abrió y asomó una pequeña cabeza con el pelo de color rubio.

—¿Marco ya puede ser mi papá?

Gabriela se levantó del regazo del cocinero, caminó hacia la puerta del comedor y allí se dio la vuelta.

—Voy a llevar a Alba a su habitación. No te vayas que aún no he terminado con el postre.

Marco se quedó allí solo pero con la sensación de que entre ellos dos había nacido algo muy especial que podía ir creciendo día a día pero que siempre estaría acompañado por un montón de niños a los que Marco estaba cogiendo cariño, por mucho que lo sorprendiera.

Miró una vez más a la puerta por la que había desaparecido Gabriela y volvió a dar gracias a su imprudencia al volante que lo había llevado hasta allí.

## Quince

—¿Puedo hacerle una pregunta?

—Pues la verdad es que no lo tengo claro.

Charo recogió los útiles de limpieza y los guardó en el armarito de la terraza. Regresó a la cocina y se sentó en una de las sillas frente a Marco que saboreaba una taza de café apoyado en la encimera.

—Casi prefería cuando me ignoraba y tan solo hablábamos cuando quería que le planchara alguna camisa.

—Charo, estoy hecho un lío y no sé con quién puedo hablar.

—¿Y por qué no con su amigo el abogado? Parece un tipo tan agradable como una compresa mal puesta. —La mujer se echó a reír ante su ocurrencia y no dejó de hacerlo durante un buen rato—. Éste tengo que apuntarlo para contárselo a mi Matías cuando vuelva a casa. Lo que se va a reír el muy «jodío».

Marco chasqueó la lengua ante la ordinariez de su asistenta pero había algo en sus palabras que le daban a entender que ella podía echarle una mano.

—¿Cómo supo que Matías era el hombre adecuado?

—¿El hombre adecuado para qué?

Marco volvió a chasquear la lengua porque la conversación estaba comenzando a agotarlo.

—Para pasar su vida con él —aclaró el cocinero—. ¿Cuántos años llevan juntos? ¿Treinta? ¿Cuarenta?

—Dos.

—¿Cómo que dos? —preguntó Marco extrañado.

—Sí, que llevamos dos años juntos.

—Pensé que Matías era el hombre con el que llevaba toda la vida.

Charo abrió los ojos como platos e hizo un gesto con la mano para quitarle importancia a todo ese asunto.

—¡Qué va! Estuve veinte años con mi primer marido y porque en España no existía el divorcio sino lo hubiera mandado a la mierda un par de semanas después de la boda.

—¿Qué pasó?

—Que era un gilipollas machista.

—¿Se divorció?

—No, tuve suerte. Lo coceó una mula en el pueblo y me quedé con su pensión. Ya no he vuelto a casarme.

—Entonces, ¿no cree en el amor?

—Pues, no. Creo en estar a gusto con otra persona, en poder ver una peli sin sentirte incómoda sentada a su lado, en echar un buen «caliqueño» de vez en cuando... Poco más. Si eso es amor, entonces sí que creo.

Marco volvió a abrir la boca pero Charo no lo dejó continuar con las preguntas.

—Bueno, si quiere saber algo más, responderé delante de mi abogado.

—Se echó a reír de nuevo—. Ahora tengo que irme con mi Matías. —La mujer se levantó de la silla de la cocina, cogió su bolso del salón y caminó hacia la puerta de la entrada con Marco. —¡Vaya! Me he dejado el móvil en la encimera —comentó Charo al tiempo que daba media vuelta y salía de nuevo del salón.

Marco abrió la puerta ya que estaba claro que la asistenta se iba a ir en unos segundos y cuál fue su sorpresa al encontrarse con una mujer morena de pelo corto vestida con una gabardina. Ella debía ser algo más joven que Marco y su rostro mostraba una belleza serena muy propia de una modelo de maquillaje.

—Hola, Marco —saludó la mujer con voz sensual—. Te he estado llamando esta semana a tu casa. ¿No has escuchado el contestador?

—Hola, Bibiana. He estado ocupado. ¿Qué quieres?

—A ti.

La joven dio un paso al frente, entró en el salón y, sin importarle que la puerta continuara abierta, dejó caer la gabardina al suelo y se mostró completamente desnuda frente a él justo en el preciso instante en el que Charo volvía a entrar en el salón con el móvil en la mano y la vista puesta en la pantalla del aparato. Pasó al lado de la joven que intentaba tapar su desnudez con las manos y no pareció demasiado sorprendida.

—Bueno, ésta ha sido más lista. Por lo menos, no le va a romper las bragas.

Marco cerró la puerta a espaldas de la asistenta, se agachó, agarró la gabardina y se la lanzó a Bibiana que la cogió al vuelo pero no se la puso.

—Ahora no puedo entretenerme —dijo Marco sin apetecerle dar ninguna explicación más—. Tengo que trabajar.

—¿No pueden esperar en tus fantásticos restaurantes?

—No es eso.

—Yo creo que les pagas bastante como para que no puedas quedarte a pasar un buen rato conmigo.

Marco cogió su abrigo y se plantó frente a ella.

—Bibiana, no quiero pasar un buen rato contigo. Tengo que trabajar. Y aunque no tuviera que hacerlo, tampoco me quedaría.

—¿Estás de broma? —preguntó ella con el puño apretado.

—No lo estoy. Vete, por favor.

—¿Tú sabes quién es mi padre? Puedo conseguir que te haga la vida imposible.

Marco se acercó un poco más a ella y la miró con fijeza y determinación.

—Pero no lo vas a hacer porque a tu padre tampoco le gustaría saber cómo es en verdad su hija.

—¿Y qué le dirías?

Marco abrió la puerta de su piso y empujó a Bibiana con delicadeza pero ella se revolvió e intentó golpearlo. El cocinero fue más rápido y cerró la puerta a su espalda. Se apoyó en la superficie laminada y respiró hondo. Tenía claro que antes de conocer a Gabriela nunca hubiera dejado pasar la oportunidad de pasar un buen rato con una joven atractiva como Bibiana y ahora no solo la rechazaba sino que también se arriesgaba a enfrentarse con su padre al cual no quería como enemigo ni en pintura.

Esperó unos minutos para darle tiempo a Bibiana a desaparecer y, cuando lo consideró oportuno, bajó a la calle y esperó la llegada de un taxi. Se subió en el primero que pasó sin darse cuenta de la presencia de una mujer que lo observaba desde un utilitario de color negro.

Bibiana arrancó en cuanto el taxi se puso en marcha y lo siguió durante casi media hora hasta que se detuvo frente a la verja exterior de una finca. Desde donde se encontraba parapetada tras un seto, pudo ver como Marco se bajaba del vehículo y entraba en ese lugar. Esperó a que el taxi desapareciera

antes de acercarse a la entrada del recinto. Bajó la ventanilla de su coche y leyó el cartel en voz alta.

—Centro de acogida.

Se cerró la gabardina que se había abierto ligeramente y subió la ventanilla de su vehículo antes de volver a pisar el acelerador con un millón de pensamientos rondando por su cabeza. *¿Qué hace Marco en un centro de acogida?*, se preguntó sin poder hallar una respuesta. *¿De verdad trabaja allí?*

Tomó la carretera para regresar a la capital y se dirigió hacia el único lugar donde pensó que podía encontrar una respuesta a ese enigma. Tenía que saber por qué Marco la acababa de rechazar. Temía que hubiera otra mujer por medio, pero lo del centro de acogida la había despistado. Llegó al restaurante unos minutos después, se cerró la gabardina lo mejor que pudo y salió de su coche para entrar en el local donde encontró a la persona que buscaba.

—¡Bibiana, qué sorpresa!

—Hola, Cristian. Tengo que hablar contigo.

El abogado no mostró ningún tipo de sorpresa ante la celeridad que mostraba la joven pero sí que sintió una cierta curiosidad por lo que la acompañó al despacho de Marco donde la invitó a sentarse en el lugar que ocupaba él normalmente. Se sirvió una copa de whisky antes de acomodarse en el sillón reservado a su jefe.

—Perdona, no te he ofrecido nada —dijo al tiempo que señalaba al mueble bar con la cabeza—. ¿Quieres tomar algo?

—No son ni las doce de la mañana.

—Mi abuelo siempre decía que al que desayuna con una copa, todo le va viento en popa. ¿Qué quieres, Bibiana?

La joven se removió inquieta en el asiento y la gabardina se le abrió mostrando el nacimiento de un seno que no pasó desapercibido para Cristian. El abogado estiró el cuello pero ella no hizo intención de cubrirse.

—He estado en el apartamento de Marco y me ha largado con viento fresco.

Cristian se levantó, se acercó al mueble bar y echó un par de cubitos de hielo en la copa. Hasta para él, acostumbrado a tomar una copa por las mañanas, el whisky solo le resultaba muy fuerte y seco.

—Tendría cosas más importantes que hacer que hablar contigo —respondió secamente.

—¿Más importante que echar un polvo conmigo? Me presento solo con una gabardina delante de él y me rechaza.

Cristian abrió los ojos de par en par y sintió como la adrenalina comenzaba a recorrer todo su cuerpo. Delante de él tenía a una mujer hermosa y con un cuerpazo tan solo cubierto por una gabardina. Se acercó a ella como un león al acecho y le puso la mano en el hombro desnudo al tiempo que echaba un vistazo por encima de su cuello y vislumbraba un seno terso coronado por un pezón sonrosado que lo invitaba a acercarse aún más. Sintió su virilidad crecer bajo los pantalones y se resistió a perder esa oportunidad.

—Tienes que olvidarte de Marco. Ha cambiado mucho. Debes buscar a otro hombre que te satisfaga.

Ella se giró y se encontró con los ojos del abogado clavados en su escote. Bajó la mirada y comprobó que uno de sus pechos había quedado al descubierto desde la posición que ocupaba Cristian. En lugar de sentirse azorada, se excitó como le había pasado a él y se abrió aún más la gabardina.

—¿Hay otra mujer en la vida de Marco? —preguntó con voz dulce y melosa.

Cristian tragó saliva antes de contestar.

—Ha conocido a una mujer en un centro de acogida donde hace trabajos comunitarios.

Bibiana se puso en pie, se acercó al abogado y, mientras con una mano se desataba el nudo del cinturón de la gabardina, con la otra agarraba el bulto que Cristian mostraba en la entrepierna. Él gimió y se encogió.

—Tenemos que hacer que vuelva a ser el mismo que antes.

—Ya me dirás cómo.

Bibiana apretó con fuerza la entrepierna del abogado y tumbó a Cristian sobre la mesa de la oficina. Dejó caer su gabardina al suelo, le quitó los pantalones y los slips, se inclinó sobre el miembro erecto y, antes de lanzarse a por su presa, fijó su mirada oscura en él.

—De eso me encargo yo. Ya te diré lo que tienes que hacer tú.

\*\*\*\*

Marco entró en el centro de acogida con un regusto amargo en la garganta. La visita de Bibiana le había recordado cómo era su verdadera vida y, durante un instante, sintió el temor de que todo lo que ahora estaba viviendo con Gabriela y con los chicos de la residencia no fuera más que un espejismo. Aunque los restaurantes eran su vida y no negaba su profesión, no

deseaba volver a lo que era antes de conocer a la joven sorprendente a la que estaba a punto de ver. No necesitaba los gin tonics ni la cocaína para sentirse un hombre íntegro y para descubrir que la vida podía ser algo más que juergas nocturnas y mujeres fáciles.

Con todos esos pensamientos entró en el centro de acogida y se dirigió a la cocina para comenzar con el ritual que se había convertido en parte de su ser en muy pocos días. Estaba a punto de entrar en la cocina cuando un ruido a la izquierda llamó su atención.

—Pssssssss.

Se volvió al escuchar el chistido y se encontró con Tete que le hacía gestos con una mano para que se acercara. Recorrió el pasillo hasta donde él se hallaba y el chico lo cogió del brazo y lo invitó a seguirlo tras una puerta que cerró tras ellos. Con la poca luz que entraba por las rendijas del marco, el cocinero podía ver que se encontraba en un cuarto de limpieza repleto de bártulos.

—¿Qué hacemos aquí?

Con la poca claridad que había vio como Tete se llevaba el dedo índice a los labios para que guardara silencio a lo que Marco obedeció. Un instante después le llegó el sonido de una puerta cerrarse y la voz nítida de Gabriela que saludaba a una persona.

—Es el despacho de Gabi —le dijo Tete a la vez que señalaba a una de las paredes—. Se escucha muy bien desde aquí.

Marco se preguntó para qué tenían que espiar a la encargada del centro pero Tete le había demostrado en pocos días que era un chico diligente y tenía la certeza de que no hacía nada porque sí.

—No la esperaba antes de las fiestas —escuchó Marco decir a Gabriela.

—Estamos intentando acelerar esto un poco —replicó una mujer. Marco intentó identificar la voz pero no pudo.

—Es la inspectora de la Comunidad de Madrid —le explicó Tete en voz baja.

—¿Qué es lo que están intentando acelerar? —preguntó Gabriela al otro lado de la pared.

—Esto no es fácil —dijo la desconocida—. Hemos revisado las cuentas del centro y hay un grave problema. No llegan al mínimo anual.

—¿Cómo que no llegamos al mínimo anual?

Marco aguantó la respiración para no perderse ni una palabra de la

conversación que se desarrollaba al otro lado del tabique.

—Cualquier centro de acogida debe cerrar el año con un balance positivo de diez mil euros y el de ustedes no llega a los dos mil.

—¿Qué quiere decirme?

—Que, sintiéndolo mucho, deberán cerrar en tres meses.

—¿¡Cómo!?! —preguntó Gabriela sin poder evitar que su voz se elevara—. ¿Y qué pasa con los chicos?

—Serán realojados en otros centros de la comunidad. Son las normas. No puedo hacer nada.

—Pero...

—Recibirá la notificación en unos pocos días.

—¿Y no hay ninguna opción?

La mujer guardó silencio durante unos segundos que a Marco se le hicieron eternos. Al igual que Gabriela, él esperó que hubiera una solución a tan grave problema.

—Tiene hasta el treinta y uno de diciembre para demostrar que cumple con el mínimo de la Comunidad de Madrid. Ahora, tengo que irme.

Marco escuchó como la puerta del despacho de Gabriela se abría y ambas mujeres lo abandonaban.

—¿Tú lo sabías? —le preguntó Marco a Tete.

—Me lo temía. Descubrí que desde aquí se podía escuchar todo lo que se decía en el despacho un día que estaba jugando al escondite con mi hermana.

—¿Y sabías que la situación era tan mala?

—Sí —afirmó el chico con voz preocupada—. Después de escuchar unas cuantas conversaciones de Gabriela con los del banco... Además, le abro la correspondencia de vez en cuando.

Marco no pudo evitar sonreír.

—¿Y no se da cuenta?

—No, lo hago con vapor y después vuelvo a cerrar el sobre con pegamento. Es fácil.

Salieron del cuarto de limpieza con mucho cuidado para no ser sorprendidos y entraron a la cocina. Marco se puso el delantal y sacó los cuchillos de la bolsa de deporte y Tete se sentó en un taburete junto a la encimera. Un momento después se abrió la puerta de la cocina y entró Pedro a la carrera seguido de cerca por la niña agitanada. El chico pelirrojo se acercó a Marco que no lo había visto y tiró de la pernera de su pantalón.

—Hola, chicos —saludó el cocinero.

—Hola —respondieron los dos al unísono—. ¿Sabes cómo se tienen los niños?

Ante la pregunta espontánea de Pedro, Marco se atragantó y miró a Tete como si con ello le pidiera ayuda pero el chico se había echado a reír y no estaba muy por la labor de echarle un cable. El cocinero se agachó frente a los dos chicos y les sonrió aunque no sabía qué decir.

—¿Para qué queréis saber cómo se tienen los niños?

—Carol me ha preguntado si me apetecía jugar a los papás y a las mamás y me ha dicho que quería que tuviéramos un hijo...

—Ya, pero...

—Tengo en la hucha casi diez euros. ¿Se pueden comprar por internet? Paco compra revistas de esas con chicas desnudas y dice que se puede comprar de todo.

Marco volvió a mirar a Tete pero éste se encogió de hombros y se acomodó en el taburete como si estuviera contemplando una película en el cine.

—Verás, Pedro. Los niños no se pueden comprar por internet. Son fruto del amor entre dos personas.

La cara del chico pelirrojo debió ser tal que Marco se replanteó la explicación.

—Los hijos los tienen las personas mayores cuando están casados y cuando se quieren mucho y viven juntos. Vosotros podéis jugar a que tenéis un hijito pero de mentira.

—¡Aaaaaah! —exclamó el chico volviéndose hacia Carol—. Eso es más fácil. Podemos jugar a que *Buzz Lightyear* es nuestro hijo.

—Yo prefiero que sea *Bigotes*.

—¡Pero si es un gato! Nuestro hijo no puede ser un gato.

—Nuestro hijo va a ser *Bigotes*.

Ante la insistencia de la niña, Pedro se encogió de hombros y salieron de la cocina cogidos de la mano como una pareja feliz con un gato como hijo.

—No ha estado mal.

Al escuchar la voz, Marco y Tete se dieron la vuelta y se encontraron con Gabriela que los observaba desde la puerta del comedor.

—¿Cuánto tiempo llevas ahí? —inquirió el cocinero con el ceño fruncido.

—El suficiente para comprobar que eres todo un padrazo cuando

quieres —respondió la joven sonriente—. Lo de la pareja casada y esas cosas ha estado muy bien.

—Se hace lo que se puede. Por cierto, he visto a una mujer contigo hace un rato. Me suena de algo pero no sé de qué.

—Es de la Comunidad de Madrid —explicó—. Una visita de rutina.

—¿Todo bien? —preguntó Marco ante la atenta mirada de Tete que movía la cabeza de lado a lado.

Gabriela pareció nerviosa durante un instante pero en seguida recobró la compostura y contestó con decisión.

—Sí, una visita de rutina. Todo bien. —Se volvió hacia el chico—. ¿Qué haces aquí?

—Charlando con Marco de nuestras cosas.

—¡Ah! ¿Qué ahora tenéis «vuestras» cosas?

—Cosas de hombres —confirmó Marco sin poder aguantar una sonrisa—. Estamos pensando en fundar un club masculino.

Gabriela miró al cocinero, después hizo lo mismo con el chico y bufó.

—En cuanto os juntáis un par de hombres, la testosterona comienza a hacer estragos. Me voy. —Gabriela salió de la cocina y, en cuanto la puerta se hubo cerrado, Tete se inclinó sobre la encimera y le hizo un gesto a Marco para que se aproximara.

—¿Qué vamos a hacer con lo del dinero?

Marco lo pensó durante un instante sin tener la certeza de que estuviera a punto de hacer lo correcto pero no le quedaban opciones. O ayudaba a Gabriela con el consiguiente enfrentamiento entre ambos o lo dejaba correr y el centro dejaba de existir. Sabía que si le ofrecía esa cantidad a la joven, ella rehusaría por orgullo. Si lo ingresaba directamente en la cuenta, el problema se solucionaría pero la relación entre ellos podría peligrar. Lo peor de todo, si no hacía nada, era que los chicos acabarían vete a saber dónde y Gabriela perdería su sueño y con ello lo poco que le quedaba de sus padres. Cuando creyó tener la respuesta resopló antes de hablar.

—¿Puedes conseguirme la cuenta bancaria de Gabriela? —le preguntó a Tete.

—Dalo por hecho.

—Hablaré con mi abogado para que ingresé el dinero el último día y prepare un escrito de alegaciones para que no puedan cerrar el centro.

Tete sonrió al ver que Marco estaba dispuesto a ayudar pero, al igual que le pasaba al cocinero, no podía saber que la persona que debía

organizarlo todo para salvar el centro se encontraba en ese mismo momento, a unos pocos kilómetros de allí, con una mujer que pretendía hundir a Gabriela.

## Dieciséis

—¿Seguro que quieres hacer eso?

—No puedo actuar de otra forma con ella.

—Claro que puedes. Solo tienes que ser tú, como siempre has hecho.

Marco se volvió de mala gana y le dio la espalda a su amigo. Cristian estaba tan acostumbrado a los desplantes del empresario que no se lo tomó a mal. Él tenía claro el lugar que ocupaba y no pretendía salirse de ese rol pero, para su entender, su jefe estaba poniendo en peligro esa relación y no iba a permitirlo.

—De verdad que yo te entiendo —añadió el abogado con una sonrisa irónica—. Esa mujer del centro de acogida está muy buena pero tú no necesitas una relación; puedes pagar a cualquier furcia para que te haga lo que le pidas y quitarte de problemas.

—¿Qué tú me entiendes? No tienes ni puta idea de lo que estoy hablando.

—¿Y de qué estás hablando si puede saberse?

—Hablo de amor —explicó Marco en un susurro al tiempo que se dejaba caer en el sillón de su despacho.

Cristian se aproximó al mueble bar y se sirvió una copa con

parsimonia. Una vez lleno el vaso de whisky hasta la mitad, se giró y miró a su jefe con condescendencia.

—¿Amor? ¿Te refieres a esa cosa de los pajaritos revoloteando, las mariposillas en el estómago y todas esas mariconadas?

Marco sonrió también al escuchar la definición de su amigo y se encogió de hombros.

—Me refiero a eso de sentir que no puedes vivir sin una mujer, que todo te recuerda a ella y que te cuesta respirar cada vez que la ves.

Ahora, el que se encogió de hombros fue el abogado.

—Ni idea —comentó nada más sentarse frente a su jefe—. Eso no me suena. ¿No tendrás la gripe o algo peor? Pasas tanto tiempo rodeado de niños que seguro que te han pegado la disentería o el ébola o vete tú a saber.

—¡Eres más bruto! —exclamó Marco—. Esos chicos están tan sanos como tú o como yo.

Cristian sacó un bote de metal del bolsillo y se preparó, delante de su jefe, una raya de cocaína. Enrolló un billete de veinte euros y aspiró con fuerza.

—Bueno —aclaró Marco con el ceño fruncido—, tan sanos como yo...

Cristian se limpió las aletas de la nariz con el dorso de la mano y sacudió los restos de polvo blanco de la mesa con la manga.

—Ahora no te pongas en plan digno porque, hasta que conociste a esa mujer, tú eras el rey del esquí de fondo.

—Me da igual lo que digas. No pienso volver a probar la coca y tú deberías hacer lo mismo.

Marco se levantó, se acercó al mueble bar y abrió una lata de refresco. Miró la botella de ginebra, suspiró y, sin pensar en ello más de la cuenta, dio un largo trago del líquido burbujeante de limón.

—Volviendo a lo de antes —comentó el empresario con la sensación ácida del limón en la garganta—, no quiero que le cierren el centro. El treinta de diciembre ingresas el dinero en la cuenta que te he dado y preparas el formulario de alegaciones.

—Es mucho dinero.

—Diez mil euros son calderilla para mí y lo sabes. Es lo que te pago en un par de meses por tu compañía.

—Y mi trabajo —aclaró Cristian molesto.

—Más bien por tu compañía porque trabajar, lo que se dice trabajar...

El abogado protestó para sí mismo pero se tragó su orgullo. No quería morder la mano que alimentaba todos sus caprichos y vicios y que iba a pagar la hipoteca del lujoso apartamento que estaba a punto de comprar en el centro de Madrid, en pleno barrio de Salamanca. Sin ese ingreso mensual, todo desaparecería y, antes de que eso ocurriera, era capaz de cualquier cosa. Tenía claro que la presencia de Gabriela en la vida de Marco ponía en peligro la relación con su jefe, por lo que no había tenido más remedio que actuar y, para eso, había entrado en juego Bibiana. Si no calculaba mal, la mujer estaría a punto de llegar al centro de acogida y, a pesar de su convencimiento en el éxito de la misión, estaba nervioso.

—No te preocupes que el treinta ingresaré el dinero.

Marco salió del despacho con la lata de refresco en la mano y Cristian, sin que su jefe pudiera verlo, contempló una vez más los dígitos de la cuenta bancaria de Gabriela apuntados en un papel, hizo una bola con la hoja y la lanzó a la papelera al tiempo que una mueca dura y fría adornaba su rostro.

—¡A la mierda el ingreso y a la mierda esa mujer! —masculló justo antes de abandonar la estancia tras Marco. Lo vio entrar en la cocina del restaurante y fue tras él. Aún debía comunicarle algo que podía significar un antes y un después en su negocio y eso le traía por la calle de la amargura.

—Marco, tenemos que hablar —dijo nada más entrar en la cocina

donde Marco parecía buscar algo.

—¿Qué pasa? —preguntó el empresario al tiempo que se acercaba a una serie de ganchos colocados en una pared y cogía uno de los delantales que allí descansaban.

—Pasa que el viejo Pietro ya no aguanta más. Está a punto de cerrar.

—No sé...—meditó Marco mientras movía la cabeza de un lado a otro—. Tengo dudas.

El abogado se removi6 inquieto alrededor de su jefe.

—¿Qué dudas puedes tener? Su restaurante está a punto de quebrar y es una oportunidad única. Solo tenemos que hacer una oferta que no pueda rechazar...

—Eso ha sonado a película de la Mafia.

—Llámalo como quieras, Marco. Me contrataste para velar por tus negocios y eso es lo que estoy haciendo.

—Además de lo de la coca y las putas...

El abogado sonrió de medio lado.

—Eso es un plus.

Marco se encogió de hombros y giró el delantal en las manos un par de veces.

—Bueno, me acercaré a echar un vistazo al restaurante del viejo Pietro y ya veremos...

Cristian frunció el ceño al escuchar la respuesta de su jefe y, mucho más, al ver como se ceñía el trapo blanco alrededor de las caderas. August, el chef del restaurante, detuvo su quehacer y se quedó mirando a Marco con una ceja levantada y una sonrisa bajo su recortado bigote.

—¿Qué haces? —inquirió Cristian extrañado—. ¿Para qué te pones eso?

—Para cocinar.

—¿¡Para cocinar!?! —Tanto el abogado como el chef abrieron los ojos y cruzaron una mirada de extrañeza.

Marco, por su parte, echó un rápido vistazo a su alrededor y se acercó a uno de los ayudantes de cocina que lo miró de reojo y siguió cortando verduras.

—¿Dónde está el azúcar? —le preguntó Marco que, años atrás, conocía cada rincón de su cocina como la palma de su mano.

El ayudante detuvo el movimiento del cuchillo, sacó un bote de cristal de una alacena y se situó junto a su jefe esperando sus órdenes. Todos los cocineros y ayudantes detuvieron sus labores y se quedaron mirando al hombre que pagaba sus nóminas y al que temían y respetaban a partes iguales. Justo en el momento en el que Marco tomó el bote de azúcar, Cristian le cogió del brazo y lo obligó a mirarlo.

—Ahora en serio, Marco, ¿a qué estás jugando?

El empresario se desasíó del agarre del abogado con un movimiento seco y fijó su mirada en August, el chef.

—¿Jugando? August, ¿te acuerdas de cuando creábamos nuestros propios platos para el restaurante? Experimentábamos y nos divertíamos.

El orondo chef echó la cabeza hacia atrás y soltó una sonora carcajada.

—Claro que me acuerdo —respondió unos segundos después—. La de basura que hemos probado.

—Y la de platos originales y exquisitos que hemos creado —susurró Marco con mirada triste—. Ahora solo buscamos recetas en internet y las modificamos para que nadie pueda denunciarnos.

August se aproximó a su jefe y le puso la mano en el hombro con familiaridad.

—Aún recuerdo el día que utilizaste las guindillas esas tan picantes, las Naga Jolokia, para hacer el relleno de un volován.

Marco se echó a reír al recordar la anécdota pero Cristian se mantuvo en silencio.

—Sí —replicó el empresario aun riendo—, ese día nos quedamos sin vino en el restaurante. Fue un buen negocio.

—¿Y eso cuándo fue? —preguntó el abogado muy serio.

El chef se apoyó en la encimera y cruzó los brazos sobre el pecho antes de contestar con cierto tono despectivo que no pasó desapercibido para su jefe.

—Mucho antes de que tú conocieras a Marco. Cuando esto era una vocación y no un negocio.

Cristian atravesó al cocinero con la mirada, se dio media vuelta y salió por la puerta refunfuñando.

Marco, sin perder más tiempo, vertió una buena cantidad de azúcar en agua y lo puso al fuego. Comenzó a mover la cacerola muy despacio hasta que la mezcla tomó un color dorado. Apagó el fuego y retiró el recipiente. Mientras esperaba, en otra cacerola algo más pequeña echó unos cuantos higos frescos, unas cucharadas de azúcar y un chorreón de agua.

—¿Tenemos Mascarpone? —preguntó Marco sin dirigirse a nadie en particular.

August hinchó el pecho todo lo que le permitió su inmensa barriga, abrió la puerta de un gran frigorífico y extrajo de él un tupper de buen tamaño.

—La duda ofende, jefe. El mejor Mascarpone...

Marco tomó el recipiente que le ofrecía su chef y, una vez lo hubo depositado en la encimera, volvió a mover la cacerola con el agua y el azúcar que ya se había transformado en caramelo. De unos ganchos descolgó tres pequeños tazones que se utilizaban para controlar las cantidades a utilizar en algunos platos, los dejó boca abajo en la encimera y tomó el recipiente con el caramelo. Cogió una cuchara y la metió en el líquido espesado. La sacó con velocidad y dejó caer un hilo de caramelo sobre el primer tazón. Tal como iba depositando hilos sobre el cuenco, todos los ayudantes y cocineros se arremolinaron a su alrededor. Una vez cubierto el primer tazón por hebras entrecruzadas de caramelo, hizo lo mismo con los otros dos.

—¿Alguien puede mover los higos, por favor?

Uno de los cocineros tomó los mandos de la mermelada y comenzó a mover la mezcla para que no se pegara en el recipiente.

—August, ¿tenemos chocolate para fundir? —Preguntó Marco sin apartar la vista de lo que hacía.

—Por supuesto, jefe. ¿Fundo unas pocas onzas?

—Sí, por favor. Tres o cuatro con un poquito de leche. Y si alguien puede montar un par de vasos de crema de leche se lo agradeceré eternamente.

Todos se echaron a reír y, en ese preciso instante, Marco levantó la cabeza y se encontró con los ojos de todos los cocineros y ayudantes clavados en él. Por un momento, tuvo la tentación de recriminarlos e instarlos a continuar con su trabajo pero algo en su interior había cambiado y ése era el momento de transmitirlo a sus empleados. Detuvo un instante sus movimientos batiendo el Mascarpone y miró uno a uno a los cocineros y ayudantes.

—A partir de ahora, vamos a recuperar la esencia de lo que fue *Marco cuisine exquisite*. Si este plato sale bien, lo incorporaremos a la carta de postres y seguiremos investigando para crear platos únicos que solo prepararemos nosotros. —Marco tomó aire antes de proseguir—. Vamos a dejar de ser simples cocineros para convertirnos en artistas.

Para su sorpresa, sus empleados comenzaron a aplaudir e incluso alguno de los más jóvenes se permitió el lujo de emitir un silbido. Una vez recuperado el silencio, Marco bajó la cabeza de nuevo y se centró en el queso batido que mezcló con azúcar y en el que vertió la crema de leche montada.

—¿Cómo va la mermelada? —preguntó Marco sin dejar de batir la mousse de Mascarpone.

El cocinero que se encargaba de la confitura de higos, elevó la cuchara, la volcó pero no cayó nada de ella.

—¿Está bien de densidad o la suavizo?

—¿Se podrá untar?

—Sí, aunque yo la pasaría por el chino para quitarle las pepitas. Será más agradable.

Marco pensó unos segundos y asintió. Dejó de batir y se acercó a los tazones con el caramelo vertido sobre ellos. Tomó uno de los cuencos y, bajo la atenta mirada de todos los empleados, le dio la vuelta y movió la mano sobre él con mucho cuidado. Un instante después dejó sobre la encimera un cuenco de caramelo de forma perfecta.

—¡Es la caña! —exclamó uno de los ayudantes.

—Ahora viene lo más difícil —explicó Marco antes de coger el bol con la mermelada de higos que había elaborado uno de los cocineros. Con un cuchillo de untar fue dejando caer mermelada sobre el interior del cuenco de caramelo. La fue untando sin mucha dificultad pero poniendo mucho cuidado en esa labor—. Es importante hacerlo con la mermelada bien caliente porque se unta mejor y no hay que apretar mucho.

Untó la otras dos y, una vez estuvieron recubiertas en su interior de mermelada de higos, dejó caer en cada una de ellas una buena cantidad de mousse de Mascarpone que adornó con hilos de chocolate del que había fundido el propio August.

—Y ahora, unos minutos al congelador.

Marco cogió con mucho cuidado uno de los tazones de caramelo, August otro y uno de los ayudantes el tercero. Los dejaron con mimo en uno de los congeladores verticales y, mientras Marco se sentaba en su silla junto a la entrada, los demás continuaron con lo que estaban haciendo antes de la aparición culinaria de su jefe.

Cristian volvió a entrar, miró a su jefe y, con una sonrisa en los labios que no le hubiera gustado de haberla visto, cogió el móvil, volvió a salir de la cocina y marcó un número.

—¿Ya estás allí?

—...

—Pues no tardes. Ahora está mirando unos papeles y no suele ir hasta las doce.

—...

—Vale, me cuentas. Suerte.

—...

Cristian colgó el teléfono y se lo metió en el bolsillo antes de entrar de nuevo en la cocina con mejor humor.

—¿Ya has terminado de jugar?

Marco ni tan siquiera se molestó en levantar la cabeza.

—Ya te he dicho que no es un juego. Vamos a recuperar la esencia de todo esto.

El abogado estuvo tentado de contestar pero recordó su plan B y no se molestó en intentar convencer a su jefe de que lo mejor para ellos dos era continuar con la misma política de comprar restaurantes en dificultades para ahorrar un buen dinero. Normalmente, una vez adquirido, se redecoraba

aprovechando al máximo lo existente y se ofrecía un salario ínfimo a los empleados del restaurante que, antes de verse en la calle, aceptaban sin pensárselo dos veces. Ése había sido el plan durante muchos años y Cristian no iba a permitir que eso cambiara.

—Bueno, me da igual. Ahora, lo importante es que tomes una decisión sobre el restaurante de Pietro. No podemos dejar que se nos escape.

Marco refunfuñó pero no contestó. Ignorando las insistencias de su empleado, se levantó de la silla, se acercó al congelador y sacó una de las copas de caramelo. La inclinó ligeramente para comprobar la consistencia de la mousse y asintió con la cabeza. Llamó a August y dejó la copa sobre la encimera.

—Esto ya está. Se puede dejar un poco más en el congelador pero la textura es firme. A ver qué te parece.

August tomó una cucharilla, rompió con delicadeza un lateral de la vasija de caramelo y, junto con una buena cantidad de mousse y la capa de mermelada, se la llevó a la boca.

—Uuuuuuuuum. Esto es una delicia —comentó moviendo los labios con fruición—. Perfecto para la carta.

Marco llamó a los demás cocineros y a los ayudantes y los invitó a probar el postre. Todos estuvieron de acuerdo.

—Es genial, jefe —dijo uno de los ayudantes—. Está riquísimo. ¿Vamos a ponerlo en la carta de postres?

—Sí, no es complicado de hacer.

August volvió a coger una buena porción y se la llevó a la boca.

—Ahora —comentó el chef—, solo nos falta lo más difícil. El nombre.

Marco sonrió como un niño travieso, sacó las otras dos copas del congelador y las guardó con mimo en un tupper que metió en una bolsa para congelados.

—Sencillo. Se va a llamar la Cuna de los Dioses.

Sin esperar contestación y con la certeza de que ese nombre aparecería en la carta de postres, salió de la cocina, atravesó el vacío restaurante y salió a la calle.

Cristian intentó alcanzarlo pero no lo consiguió. Antes de que pudiera evitarlo, Marco se subió en un taxi y desapareció calle arriba. Todo lo rápido que pudo, el abogado sacó el móvil del bolsillo y marcó el último número elegido con anterioridad. Esperó unos segundos pero nadie contestó. Lo intentó un par de veces más con el mismo resultado.

—¡Mierda!

\*\*\*\*

—Gabi, acaba de llegar un taxi.

—Será Marco. —Miró su reloj de pulsera y comprobó que quedaba algo más de media hora para las doce—. Aunque es pronto.

—No es él —añadió Leo desde la puerta del despacho de Gabriela—. Es una mujer.

—¿Una mujer? ¿Y no te ha dicho qué quiere?

El jardinero frunció el ceño y se mostró confundido.

—No. No le he preguntado. ¿Tenía que hacerlo?

La encargada del centro sonrió y se levantó del sillón. Leo era un chico muy despierto en lo que concernía al bricolaje y a la jardinería pero ella tenía claro que, para el resto de cuestiones, no era el más espabilado del mundo.

—No te preocupes. Ya salgo yo.

Gabriela abandonó el despacho detrás del jardinero y ambos llegaron al mismo tiempo a la entrada del edificio donde una mujer morena de pelo corto esperaba. Era muy atractiva y con una seguridad que la ponía nerviosa. El abrigo que llevaba costaba más que toda la ropa de Gabriela y supo que no se encontraba ante una mujer cualquiera.

—Buenos días —saludó.

—Buenos días. ¿Gabriela?

Nada más escuchar su nombre se mostró precavida. No le parecía lo más normal encontrarse de frente con una desconocida que sí supiera quien era ella. Además, la actitud de la joven era claramente belicosa aunque intentara aparentar lo contrario.

—Sí, soy yo. ¿Y usted?

La recién llegada miró de reojo a Leo y después volvió a fijar su vista en Gabriela.

—¿Podemos hablar en privado? Es importante.

—No creo que sea necesario.

—Es sobre Marco.

La encargada del centro también miró de reojo a Leo que permanecía inmóvil junto a ellas y le franqueó la entrada a la desconocida sin mostrar ningún atisbo de inseguridad.

—Vamos a mi despacho.

Gabriela guio a la joven morena hasta el pequeño cuarto que hacía las veces de su despacho y la invitó a sentarse en una silla mientras ella ocupaba su sillón.

—Ahora, ¿va a decirme quién es usted?

—Por supuesto. Perdona si he parecido un poco fría en la entrada pero...

—¿Quién es usted? —volvió a preguntar con sequedad.

—Mi nombre es Bibiana y soy la mujer de Marco.

—¿¡Perdón!?! —Gabriela tuvo que hacer un esfuerzo para no saltar en el sillón—. ¿La mujer de Marco?

—Pues, sí.

Bibiana se levantó de la silla y comenzó a caminar por la estancia de lado a lado sin mirar a Gabriela que no sabía qué hacer con las manos.

—Me he enterado de que Marco tiene algo contigo.

—Yo no...

—No lo puedes negar. Mis fuentes son de confianza y no me gusta que nadie se meta en mi matrimonio.

Gabriela se levantó también y se parapetó tras el sillón.

—Yo no sabía que Marco estuviera casado.

—Da igual. Él siempre lo niega. Es un mujeriego y te aseguro que no eres la primera ni serás la última. —Bibiana bajó la cabeza y se echó a llorar—. No... no sé qué puedo hacer. Yo lo quiero y él... él...

La cabeza de Gabriela era un auténtico torbellino. Sabía que Marco era un mujeriego porque ya lo había visto con sus propios ojos en su restaurante tras el encuentro con la francesa, pero lo de estar casado era otro tema. No acababa de creérselo, a pesar de las lágrimas de la mujer que ahora se acababa de dejar caer en la silla como si llevará la carga más pesada sobre los hombros.

—No puedo creer que Marco esté casado.

Bibiana levantó la cabeza lo justo para mirar a Gabriela entre las lágrimas y volvió a ponerse en pie con dificultad.

—Eso no es todo. Estoy embarazada.

—¿¡Cómo!?

—Sí. De cuatro meses. —Bibiana se abrió el abrigo y le enseñó a Gabriela su vientre ligeramente abultado. Supo al instante que la mujer no mentía. La redondez que mostraba bajo el jersey de lana no dejaba lugar a dudas.

—¿Y Marco lo... lo sabe? —inquirió con un hilo de voz.

—Por supuesto. Estaba feliz pero apareciste tú y... y...

Bibiana volvió a derramar unas cuantas lágrimas que a Gabriela le partieron el corazón y el alma. Sentía pena por esa mujer embarazada que tenía que soportar a un hombre sin escrúpulos, y sentía pena por ella misma al caer en las redes de ese hombre como una colegiala enamorada. Sintió rabia por Marco; una rabia que no había percibido nunca en su interior.

—No se preocupe. No volveré a verlo.

—Mu... muchas gracias —musitó Bibiana antes de dirigirse hacia la puerta del despacho—. Confío en usted y en que sabrá hacer lo correcto.

Ambas mujeres salieron al pasillo y recorrieron, en completo silencio, el camino hasta la entrada del edificio donde aún esperaba el taxi. Bibiana se despidió de Gabriela con un gesto de la cabeza y bajó los dos peldaños con parsimonia.

En el preciso instante en el que vio entrar a otro taxi, aceleró el paso y se escondió en el que la esperaba a ella pero el vehículo recién llegado se situó justo detrás impidiendo que pudiera moverse. Del segundo taxi se bajó Marco y, con cara de pocos amigos, se aproximó a la puerta que acababa de cerrar Bibiana y la abrió. Gabriela, al ver el gesto enfadado del cocinero, también se aproximó a la escena.

—¿Qué haces aquí? —preguntó con rabia contenida.

La joven se encogió en el asiento del taxi y el cocinero dio un paso hacia ella pero Gabriela lo cogió por el brazo y lo obligó a darse la vuelta. En cuanto Marco posó sus ojos en ella, lo abofeteó con todas sus fuerzas. Él se trastabilló pero se mantuvo en pie. Se llevó la mano a la mejilla y apretó los dientes.

—¿Y esto a qué viene? —preguntó con rabia.

—A que eres un cerdo —siseó Gabriela—. ¡Largo de aquí! ¡No quiero volver a verte!

Marco, en lugar de enfrentarse a la encargada del centro, se volvió y atravesó con la mirada a Bibiana.

—¿Qué mierda le has contado?

La joven, atemorizada al ver los ojos encolerizados de Marco, no contestó e intentó cerrar la puerta pero él se lo impidió.

—¡Déjala en paz! —gritó Gabriela fuera de sí al ver el comportamiento del cocinero—. Deberías respetar un poco a tu esposa.

Marco se volvió con mucha lentitud hacia Gabriela y frunció el ceño.

—¿Mi esposa? ¿Te ha dicho ella que es mi esposa?

—Sí. Además, sé que está embarazada de cuatro meses.

—Eso es mentira.

Gabriela se acercó a Marco e intentó escupirle de desprecio, pero estaba tan poco acostumbrada a esos avatares que no logró encontrar la saliva necesaria en la boca.

—Tú sí que eres un puto mentiroso. Se le nota hasta la barriga. ¡No mientas más!

Marco enarcó una ceja al escuchar lo de la protuberancia en el vientre de Bibiana y recordó lo sucedido en su apartamento cuando ella apareció vestida solo con un abrigo. Para sorpresa de Gabriela, sonrió de medio lado y se inclinó hacia Bibiana con una mano extendida.

—Sal del coche o te saco yo. Lo que prefieras.

Bibiana soltó todo el aire que retenía en los pulmones y descendió del coche por su propio pie. Una vez fuera del vehículo, Marco le levantó el jersey y le mostró a Gabriela un cojín rojo de pequeño tamaño que la joven mantenía sujeto con la cintura del pantalón.

—¿Éste es mi hijo? Pues me ha salido un poco comunista —bromeó con desgana.

Gabriela abrió la boca de par en par sin saber qué replicar pero no hizo falta porque Marco tomó las riendas de la situación. Le hizo un gesto al taxista que lo había acercado hasta el centro y el hombre apartó el vehículo.

—Vete de aquí —ordenó el cocinero sin tan siquiera mirar a Bibiana—. No quiero verte más.

La joven se subió al taxi y, tras una fugaz mirada hacia el hombre por el que había organizado todo ese paripé, cerró la puerta. El vehículo se puso en marcha y desapareció. Marco, por su parte, se acercó al otro taxista y pagó la carrera. Una vez hubo desaparecido, se acercó a Gabriela y la miró con dulzura. Ella se estremeció y comenzó a balbucear.

—Yo...Yo... lo sient...

Marco, sin permitir que terminara la frase, se acercó y la besó. Ella dejó caer los brazos a los lados de su cuerpo y correspondió al beso, pero una lágrima rebelde la traicionó. Marco, al notar humedad en la mejilla, se separó de Gabriela pero no la soltó.

—El que lo siente soy yo.

—Tú no has hecho nada. Esa mujer...

—Soy culpable de la gente con la que me he relacionado en estos años. Uno elige a sus amigos y yo lo he hecho mal.

Gabriela le puso un dedo en los labios y acalló su disculpa con un beso efímero pero que a Marco le supo a gloria.

—Quiero estar contigo pero no como hasta ahora —dijo él en un susurro—. Como dijo Julia Roberts en *Pretty Woman*, quiero el cuento de hadas.

Gabriela sonrió al encontrarse con una faceta romántica que no suponía y que tampoco esperaba encontrar en el cocinero.

—Yo lo único que quiero es sinceridad y que me quieras. Nada más.

—Lucharé con todas mis fuerzas para darte lo primero pero lo segundo...

Gabriela frunció el ceño.

—¿Lo segundo? ¿Tan difícil es?

—Lo segundo ya lo tienes. Te quiero, Gabi.

Ella volvió a notar cómo un escalofrío recorría todo su cuerpo y se arrebujó en los brazos de Marco.

—Yo también te quiero, Marcos.

El cocinero sonrió al escuchar como ella pronunciaba con deleite la última letra de su nombre y, por primera vez en años, no le molestó lo más mínimo.

—Quiero empezar como una pareja normal. Esta noche te invito a cenar.

Gabriela se separó unos centímetros de él y lo miró a los ojos.

—Ya sabes que no puedo. Están los chicos.

—¿No puedes llamar a alguien para que se quede con ellos esta noche?

La joven meditó un instante y, tras esos segundos de reflexión, sonrió.

—Puedo llamar a Aurora.

—Eso estaría bien.

—¿Y dónde quieres llevarme?

Marco meditó un instante y, aunque la primera idea le pareció al instante una locura, supo que ella podía ayudarlo a decidir.

—A un restaurante italiano. Se llama *La casina di Pietro*.

# Diecisiete

—No pongas esa cara.

—No estoy poniendo ninguna cara. —Gabriela se echó a reír y le mostró a Aurora un bote de cristal con la forma de una estrella.

—A ver qué te parece.

La cocinera se sentó en la cama con esfuerzo y cogió el bote.

—Esta niña me va a matar —dijo con los dientes apretados—. No puedo con los ardores. Bueno, a ver qué perfume elegimos.

Abrió el bote con la forma tan original y olió con delicadeza. Encogió la nariz y repitió la operación.

—Éste huele a coliflor.

Gabriela frunció el ceño, le quitó el bote de perfume a su amiga y lo olió.

—¡Qué coliflor ni coliflor! —Tomó de la cómoda otro tarro con la forma de una manzana roja y se lo pasó a la cocinera—. Ya te vale.

La mujer embarazada se inclinó hacia delante lo que pudo para coger el tarro de perfume pero la enorme y prominente barriga se lo impedía.

—A este paso, no voy a poder verme ni el «chirri».

Gabriela sonrió y se sentó a su lado. Le pasó el brazo por los hombros y, con la mano libre, le dio un par de golpecitos en la rodilla con condescendencia.

—No es por fastidiar, Aurora, pero el «chirri», como dices tú, llevas sin vértelo unos cuantos meses.

—Tienes razón. Menos mal que Saúl se encarga de recordarme que sigue ahí porque no te puedes ni imaginar las cosas que me hace porque yo ahora estoy más salida que un mandril y necesito que...

—¡Vale, vale, vaaaale! —exclamó su antigua jefa al tiempo que se levantaba de la cama con los labios fruncidos y elevaba las manos pidiendo clemencia—. No necesito más explicaciones de lo que haces o dejas de hacer

con Saúl. Anda, huele este perfume.

La cocinera sonrió y, sin replicar, cogió el bote que le tendía su amiga y se lo llevó hacia la nariz. Aspiró con tranquilidad y volvió a encoger la nariz.

—¿Huele mal? —preguntó Gabriela sin entender el gesto de su amiga.

—A coliflor —respondió ella con el bote de nuevo en la nariz. Su gesto fue el mismo—. Sí, definitivamente huele a coliflor.

Le entregó el bote a la encargada del centro que, nada más recibirlo de manos de la cocinera, se lo llevó a la nariz y lo olió.

—Huele genial. ¿Cómo puedes decir que huele a coliflor?

—Es que no sé si te he contado que ahora todo me huele a coliflor.

Gabriela resopló al escuchar la explicación de la cocinera y le arrebató el bote de perfume con la forma de una manzana roja. Apretó el pulverizador y se echó en el cuello un par de nebulizaciones. Repitió el gesto en la cara interna de cada una de las muñecas.

—Bueno, me voy que no quiero llegar muy tarde.

—No te preocupes, niña. A los hombres hay que hacerlos esperar.

Gabriela se acercó a su amiga y le dio un tierno beso en la mejilla.

—Gracias por quedarte. Volveré antes de las doce.

—Como si no quieres regresar. No te creas que voy a esperarte despierta.

—Antes de que te des cuenta estaré de vuelta. Si hay algún problema con los chicos me llamas al móvil.

—Vaaaaaale, cansina. Vete y diviértete con tu cocinero.

Gabriela salió del despacho y no pudo ver el gesto preocupado de Aurora a la que no le acababa de gustar la relación de su antigua jefa con el nuevo cocinero del centro. Ella sabía que Marco era un mujeriego y no quería que su amiga sufriera por culpa de una relación difícil pero tampoco deseaba que la viera como lo que ella misma llamaba, en plan jocosos, una «mosca cojonera».

Salió del despacho y se encontró con que todos los chicos esperaban a la encargada del centro en el vestíbulo. Patricia se acercó a Gabriela y, con mucha solemnidad, le entregó un paquete envuelto con un papel rosa y con un lacito de color azul celeste.

—De parte de todas las chicas —dijo la portavoz del grupo femenino con cierta picardía—. Esperamos que te gusten y, sobre todo, que le gusten a Marco.

Ella, emocionada, lo abrió y se encontró con que el paquete contenía unos pendientes de aro de color bronce y con una lágrima del mismo color remarcada por dos piedras rosáceas colgando de él.

—Son preciosos —dijo Gabriela ahora más emocionada—. A mí me encantan y seguro que a Marco también.

Se acercó a un espejo que adornaba una de las paredes del vestíbulo y se puso los pendientes. Normalmente, no solía llevar abalorios pero aquella era una ocasión especial. Se volvió y se los mostró a Aurora que sonrió y asintió.

—Nosotros también tenemos algo para ti —comentó Paco con otro paquete en las manos envuelto con papel de superhéroes y sin lazo—. Esperamos que te guste porque ya sabemos que a Marco le va a encantar.

A Gabriela le extrañó que Tete no se hubiera erigido en portavoz del grupo de los chicos como había hecho Patricia con el de las niñas y eso le indicó que no debía estar muy de acuerdo con el regalo. Aun así, lo desenvolvió con ilusión y la boca se le abrió de par en par al encontrarse con que el regalo de los chicos era una caja de preservativos.

—¿Te gusta? —preguntó Tomy con una sonrisa inocente en los labios—. Saben a fresa. Seguro que a Marco le encanta.

A Gabriela se le cruzó por la mente la idea de castigar a los chicos sin ordenador o sin televisión pero, teniendo en cuenta que casi todos ellos ya estaban castigados por cosas varias y que era evidente que Tete no había tenido nada que ver, decidió dejarlo pasar, sonreír y guardar la caja de preservativos en el bolso. Ya se encargaría de tirarlos en cuanto pudiera.

—Bueno, me voy que llego tarde. —Se aproximó a Aurora y la volvió a besar—. Gracias otra vez por quedarte con los chicos.

—Anda, no seas tonta. Además —la cocinera se acercó a ella y bajó la voz—, en casa me aburro como una ostra pero que no se entere Saúl.

La encargada del centro sonrió y le apretó el antebrazo con complicidad. Subió en el taxi que llevaba unos minutos esperando y salió del centro al tiempo que se despedía de todos con la mano como si se fuera de viaje y no como si tan solo fuera a cenar con Marco.

Se arrebujó en el asiento y cruzó el abrigo por delante del pecho con un millón de pensamientos en la cabeza. Todos ellos se fueron disipando en cuanto entró en la ciudad y las luces de los escaparates y de los adornos navideños coparon todo su ser. Bajó unos centímetros la ventanilla, cerró los ojos y aspiró con fuerza. Le gustaba el aroma que se respiraba en Madrid por

esas fechas, mezcla de contaminación, castañas asadas y espíritu navideño en el que todavía confiaba. Quedaban solo dos días para la Nochebuena y a su mente llegaron imágenes difusas de una niña, fugada de un centro de acogida, que caminaba sola por las calles con la mirada perdida y las ilusiones quebradas. Sacudió la cabeza para espantar sus peores fantasmas y cerró la ventanilla para dejarse caer de nuevo en el asiento.

—Estamos llegando, señorita.

Miró su reloj de pulsera y se sorprendió al darse cuenta de que llevaba en el taxi más de media hora que se le había pasado como un suspiro.

En cuanto el vehículo se detuvo, una mano se posó en el tirador y Gabriela se encontró con los ojos azules de Marco clavados en los suyos. No pudo evitar pensar en que estaba muy guapo con un gabán negro cruzado y una bufanda blanca anudada en el cuello. Se miró a sí misma de reojo y se entristeció al comparar sus vaqueros y su cazadora con el aspecto formidable del cocinero.

—Estás preciosa —dijo él como si le hubiera leído el pensamiento e inclinándose hacia ella para besarla. Antes de hacerlo se detuvo—. Me encanta tu perfume. Huele tan dulce como los suspiros de nata.

Gabriela se estremeció al escuchar el comentario y se lanzó con desesperación a por los labios de Marco. Hasta ese momento no supo lo mucho que lo había necesitado y se sorprendió. Aún en los brazos de Marco, levantó la cabeza y leyó el cartel colocado sobre una puerta negra acristalada y con una cortina de rayas rojas y blancas al más puro estilo italiano.

—*La casina di Pietro.*

—Te va a gustar este restaurante —afirmó Marco a la vez que le cogía la mano y la conducía hacia el local—. Hacen la mejor pasta que hayas probado nunca.

—¿Mejor que tus macarrones con tomate minimalistas?

Marco se echó a reír y señaló hacia la puerta del local.

—Lo mío son las delicatessen. Aquí hablamos de pura gastronomía siciliana. Además, Pietro es todo un personaje. Te gustará.

Entraron en el restaurante y a Gabriela le encantó nada más verlo. Como había dicho Marco, allí se respiraba Italia por los cuatro costados. No solo era la decoración y la tenue iluminación sino también el aroma a masa de pizza y tomate entrelazado con una suave fragancia a albahaca y mozzarella. En cuanto entraron, un chico joven y de tez morena se acercó a ellos con dos cartas en una de las manos y sonrió con una dentadura perfecta y muy blanca.

—Bienvenidos a *La casina di Pietro*. ¿Mesa para dos?

—Por favor —respondió Marco con mucha educación.

Siguieron al camarero hasta un saloncito donde tan solo había ocho o diez mesas desperdigadas, vacías y adornadas cada una de ellas con un jarroncito con una extraña flor blanca y dos velas del mismo color que titilaban en cada mesita.

—¿Les gusta ésta? —inquirió el camarero a la vez que les mostraba una rinconcito acogedor en una esquina del local—. Es bastante tranquila.

Marco se tuvo que morder la lengua para no responderle que le daba igual la mesa porque el restaurante estaba vacío y sabía que hasta la cocina debía ser un lugar tranquilo cuando cada uno de sus restaurantes, a aquella hora de la noche, era un auténtico torbellino de clientes.

—Me encanta. Es preciosa.

Gabriela puso tanta ilusión en sus palabras que el camarero y Marco se miraron y sonrieron sorprendidos por la efusividad de la joven que, al ver ese gesto, se ruborizó.

El chico moreno los condujo hasta la mesa y separó una de las sillas para que Gabriela se sentara. Una vez lo hubo hecho, inclinó la cabeza y dejó una de las cartas junto al plato de la joven y no encima, una costumbre muy extendida y que molestaba sobremanera a Marco que odiaba encontrarse con una carpeta de plástico manoseada encima del plato donde debía comer.

—¿Qué desean beber? —preguntó el camarero mientras sacaba una libreta y un bolígrafo del bolsillo de su mandil.

Marco ni se molestó en pedir la carta de vinos porque conocía a la perfección la bodega de Pietro y no necesitaba ninguna ayuda para decidir.

—Un *Viognier* bien frío.

—Muy bien, señor. Ahora viene el maître a tomarles nota.

Gabriela cogió la carta, la abrió y miró con detenimiento cada uno de los platos. Conocía muchos de ellos pero otros le eran absolutamente desconocidos. Quería probar algo distinto a la típica carbonara o napolitana pero no lo tenía muy claro.

—Te recomiendo los tallarines con salsa de champiñones, trufa y parmesano. Están deliciosos.

Gabriela fue a preguntarle si ya había comido en ese restaurante con anterioridad pero no le hizo falta. La llegada del maître le dio la respuesta. Un anciano, vestido con un traje gris, camisa blanca y un fajín del mismo color del traje se acercó a ellos y Marco se puso en pie, nada más verlo. Su cara

estaba adornada con un millón de arrugas pero aún conservaba un pelo espeso de color grisáceo a juego con unas pobladas cejas que le daban un aspecto muy familiar.

—¡Aaaaaah! El pequeño Marcos ha vuelto al lugar donde empezó todo. ¡Qué alegría me da volver a verte!

Marco abrazó al anciano y le dio dos besos que sorprendieron a Gabriela. El hombre acarició el rostro del cocinero y suspiró.

—Estás hecho todo un galán. Seguro que ya estás casado y tienes un montón de niños correteando a tu alrededor.

—Pues, no. Ni estoy casado ni tengo hijos. Por cierto, permíteme presentarte a Gabriela.

El italiano se acercó a la joven y le besó la mano con extrema educación.

—Es un placer, bella señorita. Ya veo que nuestro Marcos tiene el mismo gusto para las mujeres que para la cocina. Por cierto —el hombre se giró y miró a Marco—, ¿cómo están tus padres? Hace mucho que no sé nada de mi querido Víctor.

—Están bien. Bueno, a mí padre le ha dado un infarto pero ya está en casa y parece que se está recuperando.

—¿Parece? —preguntó el anciano con el ceño fruncido.

—La verdad es que no los veo mucho.

El italiano elevó los brazos al cielo.

—¡Los hijos! Desagradecidos. Les das la vida, te dejas el alma en ellos y después te dan de lado —Pietro se volvió hacia Gabriela—. Espero que usted sepa tratar mejor a los suyos, señorita.

—Murieron cuando yo tenía quince años.

El viejo Pietro, como era conocido en el barrio, miró a Gabriela, después hizo lo mismo con Marco y, cuando estaba a punto de disculparse, decidió no hacerlo ante la llegada del camarero con el vino. Su experiencia le decía que había temas que era mejor no remover.

—¡Aaaaaah! Ya veo que has aprendido, pequeño Marcos. Seguro que deseas unos buenos tallarines con champiñones para acompañar ese *Viognier*.

—No andas desencaminado, viejo maestro cascarrabias. Los dos queremos tus tallarines con champiñones. Y no escatimes con el parmesano que nos conocemos...

El italiano inclinó la cabeza con una enorme sonrisa y desapareció en la cocina. Mientras el camarero abría la botella y echaba un dedo de vino en una

de las copas, Marco y Gabriela volvieron a sentarse. El cocinero cogió la copa con el líquido de color suave y se la llevó a los labios. Lo probó y sonrió satisfecho. El camarero vertió una cierta cantidad de vino en cada copa, dejó la botella en hielo y se marchó.

—Pietro trae el mejor *Viognier* directamente del Valle de Ródano. Es espectacular y con los tallarines mucho mejor.

Gabriela llevaba unos minutos deseando interrogar a Marco y no se lo pensó dos veces.

—¿De qué conoces a Pietro?

—Es un viejo amigo de mi padre. Nada más salir de la escuela de cocina, él me dio la oportunidad de trabajar aquí.

Gabriela abrió la boca de par en par.

—¿Trabajaste en este restaurante?

—Seis años.

—¿Tanto?

—Sí. De hecho, los tallarines que vas a probar los creé yo.

Gabriela estaba asombrada. No sabía si creer a Marco o no pero el cocinero tampoco tenía ningún motivo para mentir.

—Bueno —añadió Marco—, no es que los creara yo, sino que fui el primero en hacerlos en este restaurante. A la gente le gustó tanto que Pietro incluyó el plato en la carta.

En ese preciso instante, otra pareja entró en el restaurante y el camarero tuvo el suficiente tacto como para dirigirlos a una mesa no muy cercana a la de ellos. Gabriela se quedó contemplando a los recién llegados sin disimular. Ella mostraba una prominente barriga realzada por el vestido que llevaba y él parecía un hombre entregado a ella. Estaba pendiente de cada detalle, de cada movimiento de la mujer y de cada uno de sus deseos. Se hizo evidente en cuanto a ella se le cayó la servilleta al suelo y él se levantó de un salto y se la cogió.

—¿Quieres tener hijos? —preguntó Marco, de repente, sacándola de su ensimismamiento.

Ella se volvió sobresaltada y sonrió.

—¿Ahora? ¿No íbamos a cenar?

Marco sonrió a su vez y le dio un golpecito en la mano.

—Mejor esperamos a después de cenar —le respondió con voz pícaro—. No me veo haciéndolo en el baño de Pietro.

Gabriela no supo si echarse a reír o refunfuñar porque el rubor fue tal

en sus mejillas que le provocó un silencio absoluto. Abrió el bolso para sacar un abanico que siempre llevaba pero con tan mala suerte que la caja de preservativos, de la que ya se había olvidado, cayó al suelo junto a Marco. El cocinero se inclinó, la cogió y la miró con detenimiento.

—¿De fresa?

Gabriela intentó rehacerse y pensó que el humor era una de las mejores armas para situaciones como aquella.

—¿Los preferías de plátano?

Marco se encogió de hombros.

—Lo del sabor es cosa tuya que es quien los va a probar —Gabriela volvió a ponerse colorada—. Lo que me preocupa es el tamaño. Aquí pone normal y no sé yo...

La joven encontró un resquicio en el almacén de seguridad de Marco e intentó aprovecharlo para salir de la situación que ella misma había provocado con su descuido.

—Te recuerdo que ya te la vi en la granja escuela, fantasma. Estos te valen.

El cocinero protestó pero sonrió sin sentirse ofendido.

—Tengo que ir al baño —anunció la joven al tiempo que cogía su bolso y se ponía en pie.

Marco le devolvió la caja de preservativos y sonrió de nuevo con picardía.

—Pero no te toques —le advirtió.

Gabriela le sacó la lengua y se marchó al aseo justo en el momento en el que Pietro regresaba de la cocina. Miró a uno y otro lado y, al no ver a Gabriela, se acercó y se sentó en una de las sillas libres.

—¿Dónde está la señorita? —interrogó sin perder la sonrisa.

—En el baño.

—Perfecto. Así podemos hablar con tranquilidad.

Marco se extrañó al ver cómo el rostro del dueño del restaurante se endurecía y perdía su eterna sonrisa.

—Me ha llamado tu abogado. Me ha ofrecido cincuenta mil euros por el restaurante.

El empresario, que le había dejado muy claro a Cristian que tenía que pensarlo, se quedó callado sin saber qué responder.

—No me lo esperaba de ti, Marcos. Sé que te va muy bien con tus restaurantes y siempre me he alegrado por ti y ahora ves que a mí no me va

bien y te aprovechas...

—Yo no...

—¿Tu padre lo sabe?

—Pietro, no metas a mi padre en esto. Casi no nos hablamos y no tiene nada que ver con él.

—No me extraña que no quiera saber nada de ti. Después de lo de tu hermano, ni te imaginas cuantas veces vino a mi casa llorando desconsolado porque había perdido a sus dos hijos. Ya te lo he dicho antes pero ahora no es en broma, eres un desagradecido.

Marco se levantó e hizo ademán de marcharse sin acordarse de Gabriela.

—¡Siéntate! —ordenó Pietro—. En Sicilia, los hombres no se marchan en mitad de una discusión.

El cocinero volvió a sentarse y resopló.

—Mi abogado no tenía que haberte llamado. Le dije que tenía que pensarlo.

—¿Tenías que pensar si me ibas a robar mi casa o no? Eso no dice mucho en tu favor.

—Son negocios.

Pietro se echó a reír pero, un par de segundos después, apretó los dientes y clavó su mirada en la de Marco.

—¿Negocios? Qué pena que los tiempos de *La Cosa Nostra* quedaran atrás.

—¿Qué quieres decir?

—Según las costumbres de mi tierra, quien roba a un amigo debe pagar las consecuencias.

Marco esbozó una sonrisa.

—Pero esto no es *El Padrino*, amigo mío. No tengo intención de robarte.

—De momento, me has insultado y eso ya es grave. Quieres comprarme el negocio ahora que las cosas van mal y, por si eso fuera poco, me ofreces una miseria. Por si no te acuerdas, para mí siempre has sido como un hijo...

Gabriela regresó en ese preciso instante y ambos hombres se callaron. El primero en reaccionar fue el dueño del restaurante que, con naturalidad, enjugó una lágrima que pugnaba por resbalar en su mejilla y se levantó.

—¡Ahhhhhh! La bella señorita está de vuelta. Os dejo solos para que

disfrutéis de la cena.

El hombre desapareció en la cocina y, al instante, salió el camarero con dos platos humeantes en las manos que dejó delante de Marco y Gabriela.

—Esto huele de maravilla —comentó ella olisqueando el plato.

Marco ni tan siquiera contestó y se limitó a sonreír. En su cabeza resonaba la conversación con Pietro y se le había cerrado el estómago. Aun así, vertió una buena cantidad de queso rallado encima de los tallarines, enrolló unos cuantos en el tenedor y se los llevó a la boca. En cuanto saboreó el plato que tan bien conocía, se le volvió a abrir el apetito.

—Llevaba demasiado tiempo sin comer de verdad.

Gabriela sonrió con picardía.

—¿Has visto? Hasta tú mismo reconoces que lo que tú haces no es comer.

—¡Eeeeh! No te metas con mis platos minimalistas que todavía pillas —bromeó Marco.

—Es que tienes que reconocer que lo del flan ése de macarrones y los circulitos de carne no fue una buena entrada en el centro.

—Eso es verdad. Ya no me acordaba de que los niños comen como gorrinos.

—Comen como niños.

—Niños gorrinos.

Gabriela se puso seria de repente y Marco frunció el ceño.

—¿Qué pasa?

—¿No te gustan nada de nada los niños?

El cocinero meditó un instante su respuesta.

—Hasta hace unos días mi respuesta tajante hubiera sido un no pero ahora...

Gabriela lo miró y entrecerró los ojos.

—Ahora no sé qué decirte. Tete es un adulto encerrado en el cuerpo de un adolescente, Pedro es la persona que más habla en el mundo y Alba es... es genial. Me gusta esa niña.

Gabriela volvió a sonreír y probó los tallarines. Puso los ojos en blanco y emitió un gemido que hizo gracia a Marco. La única pareja que los acompañaba en el salón se volvieron y comentaron algo en voz baja.

—Van a pensar que te estoy haciendo cosas por debajo de la mesa —dijo Marco en voz baja.

—Ya te gustaría a ti —replicó Gabriela en tono pícaro.

El cocinero elevó una ceja, dejó el tenedor en el lateral del plato y cogió las dos copas de vino. La joven observó su movimiento y curvó los labios sin entender.

—¿Por qué has...?

Antes de terminar la fresa, soltó un grito y se puso en pie. Al levantarse, dio un golpe en la mesa con las rodillas y, de no haber cogido Marco las dos copas, las hubiera volcado. Gabriela miró a la pareja vecina, se sonrojó y volvió a sentarse.

—Como vuelvas a ponerme el pie en la entrepierna te la corto, listillo.

Marco dejó las dos copas sobre la mesa y se echó a reír a carcajadas. Una vez sereno, volvió a coger el tenedor y siguió comiendo tallarines. El resto del plato lo saborearon casi en silencio mientras él la miraba divertido y ella mezclaba los gruñidos con las risas.

—Estaba de muerte —comentó Gabriela con el plato vacío.

Marco asintió y, en cuanto dejó su tenedor, el camarero apareció por la puerta de la cocina y se acercó a ellos.

—Espero que les haya gustado.

—Estaba riquísimo —alabó Gabriela saciada por la pasta.

—¿Desean algo de segundo?

Gabriela y Marco se miraron y ambos negaron con la cabeza al mismo tiempo.

—Unos Cannoli con una copita de moscatel de Noto y, a ser posible, que nos acompañe Pietro.

El camarero asintió.

—Excelente elección, señor. Ahora les traigo el postre y hablo con don Pietro.

El chico regresó a la cocina y Gabriela se inclinó hacia Marco.

—¿Qué son los Cannoli?

—Es un postre típico siciliano. Se hacen con masa frita, rellena con una mezcla de crema de queso ricotta, trocitos de chocolate y Pietro le añade unos cubos de calabaza confitada. Se decoran con cerezas y naranjas también confitadas, pistachos picados y chocolate.

—Buena explicación —se burló Gabriela—. Se me había olvidado que salgo con un cocinero de *alto standing*.

Pietro apareció por la puerta de la cocina con una bandeja. Se acercó a ellos, dejó lo que portaba en la mesa y se sentó en el mismo lugar que había ocupado antes.

—Ya veo que, a pesar de todo, no has perdido las buenas costumbres —observó el anciano con sorna.

—Un moscatel de Noto no sería lo mismo sin el viejo Pietro.

El dueño del restaurante asintió con la cabeza, tomó una de las copas y la levantó al aire. Gabriela y Marco lo imitaron.

—Por los amigos.

Los dos jóvenes se miraron y Gabriela fue la primera en levantar su copa.

—Por los amigos. Los viejos y los nuevos.

Pietro posó su mano en la de ella y la apretó con cariño y agradecimiento. Marco, al fin, levantó su copa.

—Por los amigos. Los de siempre.

El dueño del restaurante hizo amago de repetir el mismo gesto con su antiguo empleado pero no completó el movimiento. Se levantó y sonrió a Gabriela.

—Espero que le haya gustado la comida de Pietro, señorita.

—Me ha encantado —replicó ella al tiempo que esbozaba una gran sonrisa.

El maître se acercó a una mesa cercana, cogió la flor que adornaba el jarrón y se la entregó a Gabriela.

—Es una Giglio di mare, una flor que crece en las dunas de mi tierra. Por las noches huele como la más dulce de las mujeres. Casi tan bien como usted. —El anciano italiano le besó la mano, se giró y clavó sus ojos grises en Marco que le devolvió la mirada pero no con tanta firmeza—. Dale recuerdos a tu padre cuando lo veas, Marcos. —Dio media vuelta y desapareció en la cocina.

—Es un hombre muy especial —dijo Gabriela con la vista puesta en la puerta por la que había desaparecido el siciliano y con la flor en la mano—. Me gusta. Tuviste que aprender mucho con él.

—Lo hice —explicó con cierta dureza aunque, al instante, sonrió con dulzura—. Prueba los Cannoli. Pocas veces vas a tener oportunidad de probar una cocina tan exquisita.

Gabriela miró a Marco y le puso la mano sobre la suya.

—¿Ni tan siquiera la tuya?

—Ni tan siquiera la mía —respondió él para sorpresa de la joven que encontró en esa respuesta mucha más humildad de la que creía en el cocinero.

La joven cogió un tenedor de postre y cortó con él un trozo de dulce, se

lo llevó a la boca y lo paladeó con fruición.

—Esto está de muerte. Qué cosa más rica.

—Ya te lo había dicho.

Dieron buena cuenta del postre y de la copa de moscatel cuando Marco llamó al camarero, que atendía a la otra pareja, para pedir la cuenta. El chico se acercó e inclinó ligeramente la cabeza nada más detenerse frente a ellos.

—¿Puedes traernos la cuenta?

—Están invitados —dijo el chico sonriente.

Gabriela fue a protestar pero Marco la detuvo con un gesto de la mano. Hecho esto, miró al camarero y asintió.

—Dele las gracias a Pietro de nuestra parte.

El chico asintió también, se dio media vuelta y desapareció en la cocina como había hecho su jefe unos minutos antes.

—¿Por qué no has protestado? —inquirió Gabriela algo molesta—. No me gusta que nos inviten.

—Si un siciliano te invita a comer en su casa, no puedes rehusar ni protestar. Es la famosa hospitalidad siciliana. Hubiera sido un insulto para Pietro. —Marco se levantó y le tendió la mano a Gabriela. Echaron un último vistazo al restaurante y salieron a la calle donde el viento gélido de diciembre les devolvió a la realidad.

—¿Damos un paseo? —preguntó el cocinero como una sugerencia.

—Me parece bien pero antes tengo que llamar al centro. —La joven sacó el teléfono móvil y marcó el número de Aurora que tardó unos segundos en contestar a la llamada.

—Hola.

—...

—¿Va todo bien?

—...

—Nosotros también. Vamos a dar un paseo y después me voy para allá.

—...

—¡No seas Celestina!

—...

—Vale, luego te veo.

Gabriela colgó el teléfono y lo guardó en el bolsillo del abrigo.

—¿Todo correcto? —preguntó Marco preocupado por los chicos.

—Sí. Los niños acostados y Aurora viendo la tele.

—¿Y lo de Celestina? ¿A qué venía?

Gabriela se puso colorada al instante y Marco se echó a reír.

—Nada importante.

El cocinero enarcó una ceja y la apremió con este gesto a hablar.

—Vaaaale. Me ha preguntado si voy a pasar la noche en tu casa.

—Pero no le has contestado —dijo él con picardía—. ¿Vas a pasar la noche conmigo?

La joven olió la flor y acercó su cuerpo al de Marco que le pasó el brazo por encima de los hombros. Ella suspiró y él sonrió satisfecho.

—Oí parte de la conversación que tuviste con Pietro. ¿Vas a comprarle el restaurante?

Ahora fue Marco el que suspiró. Él mismo se sorprendió de no sentirse molesto al escuchar la indiscreta pregunta. Pero era así, no le molestaba que Gabriela se metiera en sus negocios y eso le hizo pensar.

—No lo sé —respondió pasados unos segundos—. Siempre he comprado restaurantes en crisis a buen precio, pero Pietro...

—Él te quiere. Se nota.

—Y yo lo quiero a él. Después de morir mi hermano, me refugié en este restaurante y se convirtió en un padre para mí.

—Y ahora vas a traicionarlo.

Marco se paró y soltó a Gabriela. Clavó su mirada en ella pero en sus ojos no había atisbo de reproche ni odio; tan solo tristeza.

—¿Y qué puedo hacer?

—Ayudarlo. Simplemente, ayudarlo.

Marco sonrió y abrazó a Gabriela con fuerza como si temiera que ella fuera a desaparecer en cualquier momento.

—Sabes sacar de mí una faceta buena que no conocía —dijo él con un hilo de voz.

—Pues que sepas que voy a seguir fomentado esa faceta —replicó ella con el mismo volumen—. Mañana vamos a ir a ver a tus padres.

El cocinero volvió a separarse de ella y la miró con fijeza.

—¿Y por qué tengo que hacer eso?

—Porque se lo prometiste a tu madre y porque ya he quedado con ella.

—¿Qué has quedado con ella? ¿Cuándo? ¿Cómo?

Gabriela le cogió una mano y se la besó. Le dio pena verlo allí nervioso y algo abatido.

—Eso es cosa de mujeres. Mañana vamos a tomar café a casa de tus

padres.

Marco resopló pero, un instante después, sonrió de medio lado.

—Vale, vamos a casa de mis padres con una condición.

—¿Qué condición?

—Que pases la noche conmigo.

Gabriela abrió la boca de par en par para protestar pero no lo hizo. Suspiró justo antes de sonreír con esfuerzo. Abrazó a Marco y consiguió que su voz saliera de la garganta pero con un cierto temblor.

—De acuerdo. Acepto el trato.

## Dieciocho

—Siento que tengamos que ir a todos los sitios en taxi.

—No pasa nada. Te aseguro que esto es mucho mejor que conducir a Manuela.

Marco miró por la ventanilla del vehículo y suspiró al contemplar las luces navideñas. Antes de llegar al centro de acogida, todo aquello no significaba gran cosa para él pero ahora había descubierto una parte sensible de su ser que había quedado relegada al olvido.

—Aun así, echo de menos mi deportivo.

Gabriela se volvió hacia él y le apretó la mano.

—No me has contado por qué te retiraron el carné.

—Por conducir borracho —explicó Marco sin pensar.

—¿Y por eso lo de las horas de servicio comunitario?

El cocinero se rebulló inquieto en el asiento y dudó. No sabía si debía contarle toda la verdad a Gabriela o, por el contrario, intentar olvidar todo lo que había sido su pasado más reciente. Soltó todo el aire que retenía y decidió hablar.

—No fue la primera vez. Ya me habían pillado conduciendo borracho en otras ocasiones. Además...

—¿Además?

Marco resopló y fijó su mirada en la joven que le había robado el corazón.

—Cristian se había hecho una raya de coca en el salpicadero y el agente que me detuvo vio los restos. No le hizo gracia.

—¿Tu abogado esnifa cocaína?

Marco asintió y esperó la pregunta que sabía que pugnaba por salir de

los labios de Gabriela.

—¿Tú... tú...?

—¿Quieres saber si tomo cocaína?

Gabriela asintió con cierta timidez. No tenía claro si le daba miedo escuchar la respuesta pero no quería vivir en la ignorancia con Marco. Necesitaba apostar por esa relación y la verdad era lo único que deseaba. Marco volvió a dudar antes de contestar.

—Sí.

Gabriela bajó la cabeza apesadumbrada. Temía la respuesta pero temía mucho más las consecuencias de la respuesta.

—No he vuelto a tomar cocaína desde que llegué al centro de acogida —explicó Marco sin saber si esa explicación podía servir para atenuar lo que él mismo sentía—. También he dejado de beber.

La joven elevó la cabeza y miró a Marco a los ojos. En ellos veía sinceridad y tristeza a partes iguales. Quería creerlo; necesitaba creerlo.

—¿Te arrepientes?

—¿De todo lo que he hecho? —preguntó el cocinero justo antes de sonreír—. No, no me arrepiento de nada.

Gabriela se entristeció. Por un instante apostó por el arrepentimiento de él para paliar el nudo que sentía en la garganta pero no había sido así.

—No me arrepiento de nada porque todo eso me ha llevado a ti —añadió el cocinero sin perder la sonrisa—. Estoy convencido de que, si mi vida hubiera sido otra, no te hubiera conocido.

Gabriela se estremeció al escuchar sus palabras y supo que ya lo había perdonado porque, en realidad, el único que debía perdonarse era él mismo. A ella no lo había fallado y no quería juzgarlo.

—¿Crees en el destino? —preguntó ella con un hilo de voz.

—No. Pero estoy convencido de que nuestros actos marcan nuestro futuro. Y tú eres mi presente y mi futuro.

Se besaron con pasión justo en el instante en el que el taxi paraba frente al edificio donde vivía Marco. Éste pagó la carrera, bajó y le tendió la mano a Gabriela. Ella la cogió, salió del vehículo y se pegó a él todo lo que pudo.

El cocinero la condujo al portal, abrió con una pequeña llave y subieron por el ascensor sin tan siquiera mirarse. Los dos sabían que iban a pasar la noche juntos y que eso conllevaba culminar lo que habían empezado en la granja escuela. A pesar de la experiencia de Marco con las mujeres, se sintió más nervioso de lo que nunca había estado por una mujer. Para su

sorpresa, dijo en voz alta lo que pensaba.

—¿Qué tú estás nervioso? —preguntó Gabriela al escuchar la declaración del cocinero—. Seguro que no soy la primera mujer que visita tu apartamento.

—Pues, no, pero sí eres la primera que me importa de verdad.

A ella le satisfizo la respuesta y no necesitó saber nada más. Ella también se sentía nerviosa, pero conocer que compartía esa sensación con Marco la hizo sentir mejor. Cuando llegaron al apartamento, tan solo eran una pareja de enamorados nerviosos.

—Bienvenida a tu casa —dijo Marco mostrando su piso con un gesto de la mano.

Gabriela paseó por el gran salón que la enamoró al instante. Esperaba encontrarse con una estancia moderna y en plan *loft*, con la cocina integrada pero lo que vio allí la sorprendió. El salón parecía sacado de la serie de televisión *Cuéntame* y le recordaba lo que había visto en alguna películas españolas de los sesenta. Era evidente que a Marco le gustaba el *vintage*. Los sofás eran de piel y el frente de la chimenea estaba chapado en piedra. Lo que más le gustó fue una máquina de discos antiguas como las de las películas.

—¿Funciona? —Preguntó al ver el *jukebox*.

Marco sonrió con satisfacción, se acercó al aparato y pulsó un botón. Se encendió y mostró multitud de colores. Cuando comenzó a sonar una melodía por toda la casa, Gabriela dio un par de palmadas ilusionada.

—¡Es la canción de *Ghost*! —exclamó al reconocer la melodía desencadenada de los *Righteous Brothers*.

—Ya veo que te gusta —dijo él divertido al ver a Gabriela comportarse como una niña.

—Pues, sí. De cría estaba enamorada de Patrick Swayze. ¿Tú no tenías un amor de juventud?

—Claro —respondió Marco algo azorado—. Pero no te digo quien.

Gabriela se acercó a él y le pasó la mano por el torso.

—Andaaaa, dime quien era tu amor de juventud.

—Da igual. Es una tontería.

—Andaaaa...

Marco resopló.

—Ana Obregón.

—Estás de broma, ¿no?

El rostro serio de Marco le dio la respuesta y ella tuvo que hacer un

supremo esfuerzo para no echarse a reír. Estaba tan convencida de que la respuesta de Marco iba a ser el nombre de alguna actriz o cantante de los noventa que le sorprendió escuchar quién fue el amor de su juventud.

—Bueno hay cosas peores —dijo ella quitándole importancia—. ¿No vas a enseñarme el resto de la casa?

Caminaron por la vivienda y ella advirtió que todo lo *vintage* estaba en el salón. La cocina era muy grande pero moderna. Pensó que era muy propia para un cocinero. Junto a ella había un aseo y, cruzando el pasillo, una habitación utilizada como gimnasio con varias máquinas de pesas, una cinta de correr, otra de step y una máquina de esquí de fondo.

La última habitación que le mostró le cortó la respiración. Su habitación parecía sacada de una revista de decoración. La cama era redonda y, frente a ella, había una chimenea también circular que se podía rodear en su totalidad. Junto a un enorme ventanal, Marco disfrutaba de un rincón repleto de cojines desde donde se podían ver las luces de la gran ciudad. Lo que más gracia le hizo a Gabriela fue encontrarse espejos en el techo.

—Eso es un poco de viciosos, ¿no?

Marco se acercó a ella por detrás y la abrazó.

—No lo sé. Me lo puedes decir tú.

El cocinero posó una de sus manos en el trasero de Gabriela y ella se pegó aún más a él. Comenzó a mover las caderas y la virilidad de Marco reaccionó al instante. Gimió al notar los pantalones a punto de explotar y se centró en los pechos de la joven; también percibió sus pezones crecer nada más sentir las manos de Marco sobre ella.

—Es... es... espera —pidió Gabriela—. Tengo que ir un instante al baño.

Marco refunfuñó por lo excitado que estaba pero señaló una puerta cerrada. Ella se separó de él, le dio un beso en los labios y rozó su entrepierna con un dedo. Él se encogió.

—Vuelvo en un segundo —susurró antes de desaparecer en el baño.

Marco comenzó a moverse por la habitación como un león enjaulado. Quitó los cojines de la cama y después los volvió a dejar en su sitio. Quería parecer operativo pero no deseaba que ella pensara que estaba ansioso. Se desabotonó la camisa y, acto seguido, volvió a abotonarla. Tampoco quería parecer que la había llevado allí solo para echar un polvo. Abrió la espita de gas para encender la chimenea pero se arrepintió nada más hacerlo. Quizá ella pensara que lo de la chimenea era un arma de seducción. Al final, se

sentó en el borde de la cama y esperó.

—¡Oye! Pedazo de jacuzzi que tienes —dijo ella nada más salir del baño—. ¡Es la caña!

—¿Quieres probarlo? —preguntó él con picardía.

Ella se arrodilló delante de Marco y le puso una mano en cada muslo. Comenzó a recorrer sus piernas y él a excitarse.

—¿Sabes lo que me apetece hacer ahora?

—Creo que sí. Seguro que quieres tumbarte en la cama y que yo...

—Frío, frío... —respondió Gabriela con una sonrisa picante.

—Meterte en el jacuzzi y que yo te frote los...

—Frío, frío...

—Ir a la cocina y que te unte con nata y te lama el...

—Te estás congelando.

Marco refunfuñó y elevó una ceja al tiempo que miraba al techo en plan pensativo.

—¡Ya lo tengo!Quieres correr desnuda por el salón y que yo te persiga para...

—Estás en el Polo Noooooorteeee —canturreó ella.

—Pueeeessss, ¿hacer rapel por la fachada del edificio? ¿Llamar a los vecinos por el telefonillo y no responder? ¿Hacer bolas de papel con agua y lanzárselas a la gente desde la terraza?

Gabriela sonrió y negó con la cabeza ante los planes extravagantes del cocinero.

—Pues, entonces, no tengo ni idea.

Ella se levantó, fue hasta la puerta de la habitación y allí se volvió.

—Tengo que bajar los tallarines. Me apetece hacer ejercicio.

Se echó a reír y salió de la habitación con Marco pisándole los talones. Entraron en el cuarto que hacía las veces de gimnasio y Gabriela se subió a la máquina que imitaba la subida de escaleras y apretó una de las plataformas. En cuanto se movió, la máquina se encendió y comenzó a funcionar. Ella, como si Marco no la estuviera contemplando desde la puerta, comenzó a subir y bajar en la máquina. Un rato después, se paró y, sin mirar a Marco, se quitó la camiseta y la dejó caer al suelo.

—¡Qué calor! Parece mentira que estemos en diciembre.

El cocinero se quedó sin respiración al ver los senos de Gabriela subir y bajar con el movimiento de la máquina. Pero fue mucho peor cuando ella se detuvo y, esta vez mirando a Marco, se deshizo del sostén y se lo lanzó.

—Tendría que haberme traído el sujetador deportivo —explicó ella como si nada—. Éste me molesta.

La garganta de Marco se convirtió en estropajo al ver el torso desnudo de Gabriela. Ya había visto sus senos en la granja escuela e incluso pudo palparlos; pero verla allí, donde tantas horas había pasado haciendo deporte, lograba que se excitara a más no poder. Ella, unos minutos después, detuvo su marcha de la máquina de step, se bajó, puso una toalla que encontró sobre una de las máquinas de pesas y se tumbó. Marco, al fin, se acercó y se colocó frente a ella.

—¿Para qué sirve esta máquina? —preguntó ella con una inocencia mal fingida.

—Para muchas cosas pero puede ser que te moleste el pantalón.

Ella levantó la cabeza, lo miró y sonrió con picardía.

—Puede ser. ¿Me ayudas?

Marco se arrodilló frente a las piernas de ella, desató las zapatillas y se las quitó junto con los calcetines. Después, desabotonó el pantalón, bajó la pequeña cremallera y comenzó a resbalar la prenda por las piernas de Gabriela. En cuanto tuvo los pantalones en su poder, los lanzó hacia atrás sin mirar y observó la minúscula ropa interior de la joven y, sobre todo, el lugar donde se transparentaba y podía vislumbrar un triángulo oscuro. Decidió que había llegado el momento de hacerle pagar el momento calentón encima de la máquina de peldaños. Quería hacerla gozar y necesitaba sentirla.

Con un movimiento rápido, Marco separó con un dedo el tanga de Gabriela y se lanzó a saborear los pliegues húmedos de ella. En cuanto Gabriela notó la lengua del cocinero rozar su clítoris, soltó un grito y cogió la cabeza de él para atraerlo más a su interior. Disfrutó mientras recorría cada centímetro de su pubis y, en cuanto notó como ella se abría para él, introdujo su lengua todo lo que pudo. Ella gimió de nuevo y comenzó a mover las caderas. Él, con mucha dulzura, separó los pliegues con los dedos y buscó el botón del placer que comenzó a masajear con el índice al tiempo que su lengua no dejaba de jugar dentro de ella.

Gabriela sintió un hormigueo en su vientre que comenzaba a subir por el estómago. Un calor inmenso recorrió su cuerpo desde el último pelo hasta la punta de los dedos de los pies. El orgasmo no la pilló desprevenida pero no por eso fue menos intenso. Su cuerpo se estremeció una y otra vez, ante las infinitas oleadas de placer que le recorrían. En cuanto consiguió que su respiración se tranquilizara, volvió a pegar la espalda a la toalla y dejó caer

los brazos a los lados del cuerpo.

—Ha sido...

—¿Has tenido un orgasmo? —preguntó Marco que deseaba confirmar el disfrute de ella.

—No, que va. ¿Lo del cuerpo arqueado como la niña del exorcista y los gritos no te han dicho nada?

—Quería asegurarme —comentó Marco al tiempo que se levantaba y hacía amago de salir de la habitación—. ¿Quieres beber algo?

—Pero, ¿dónde te crees que vas? —Gabriela se lanzó a por Marco y, antes de que él pudiera protestar, le arrancó la camisa sin esperar a que él pudiera desabotonarla, le abrió el pantalón y se lo bajó de un tirón.

—¡Eeeeh! No tan rápido. —Marco se echó hacia atrás con pasitos cortos.

—No vale hacer el pingüino —bromeó ella al ver cómo él intentaba escapar.

El cocinero se desembarazó del pantalón con un movimiento rápido de piernas y salió de la habitación que hacía las veces de gimnasio dejando a Gabriela con un palmo de narices. Ella protestó en voz alta pero no sirvió de nada porque, unos segundos después, Marco regresó con un delantal de cuerpo entero y con cara de no haber roto ningún plato.

—Voy a preparar algo para comer —aseguró muy serio—. ¿Vienes?

—¿Y ya está? —preguntó Gabriela con cara de pocos amigos.

—¿Qué más quieres? Has tenido un orgasmo.

A ella se le encogió algo por dentro al escuchar la respuesta escueta y fría de Marco. No es que el sexo fuera lo más importante para ella pero no esperaba que su primera vez con él tan solo quedara relegada a unos minutos escasos de placer.

—No sé. Esperaba algo más.

Marco sonrió con picardía.

—Pues, si quieres algo más, puedes venir a la cocina.

Gabriela refunfuñó ante la insensibilidad que mostraba él y se levantó de mala gana del banco de pesas para seguirlo. No tenía muchas opciones. Marco se giró y ella se quedó con la boca abierta. Se había quitado los slips y, debajo del delantal, no llevaba nada; tan solo la desnudez que ahora le mostraba a Gabriela. Ella aceleró el paso y se colocó detrás de él.

—Lo dicho. ¿Quieres comer algo?

Ella le puso la mano en uno de los duros glúteos y él dio un salto, echó

a correr hasta la cocina y se parapetó tras la mesa donde había dispuesto unos pocos ingredientes de cocina.

—Vamos a cocinar, ¿no?

—No —respondió ella con sequedad al tiempo que rodeaba la mesa y lo arrinconaba junto al frigorífico—. Voy a decorarte.

Gabriela, con una picardía que ella misma desconocía, le sacó por la cabeza la tira de tela del delantal y se lo bajó hasta la cintura. De un empujón lo tumbó en la mesa y, para sorpresa de Marco que la creía más remilgada, tomó las riendas de la situación.

Abrió la puerta del frigorífico y sacó un bote de nata de la puerta, lo agitó con fuerza y roció el pecho del cocinero con una buena cantidad. Se subió a la mesa que parecía muy fuerte y se arrodilló sobre la cintura de Marco, se inclinó hacia él y recorrió el camino blanco con la lengua hasta frenar en el pubis junto al delantal. Él, al notar el contacto tan cerca de su endurecido miembro, se estremeció y se excitó aún más. Gabriela vio como la respiración de Marco se agitaba y se llevó el bote de nata a sus pezones donde dejó caer un buen pegote en cada uno de ellos.

—¿Quieres nata?

Marco ni tan siquiera respondió. La abrazó y la acercó hacia él. Abrió la boca y devoró la nata de uno de sus senos con una ligera aspiración que ella casi ni percibió pero en el otro seno se entretuvo más y con el mismo gesto de succión, atrapó el pezón entre los labios. Gabriela emitió un gemido de placer y dejó caer su cuerpo hacia atrás. Cada vez estaba más excitada y le apetecía jugar por lo que cogió un trapo de cocina que descansaba sobre el respaldo de una silla y, sin darle tiempo a protestar, lo colocó sobre los ojos de Marco y se lo anudó.

—Ahora me vas a demostrar si eres un buen cocinero o no.

Gabriela se bajó de la mesa, abrió el frigorífico y extrajo un bote de ketchup. Se echó una gotita en la punta del dedo índice y acarició los labios de Marco. Él abrió la boca un par de centímetros y ella introdujo tan solo la punta del dedo para que intentara adivinar el primer alimento.

—Fácil. Es ketchup.

Gabriela sonrió y asintió con un sonido. Volvió a la nevera y cogió el bote de mahonesa. Repitió la misma operación que con la salsa de tomate y el cocinero volvió a adivinar sin esfuerzo. Se estaba divirtiendo pero quería ir un poquito más allá. De un estante cogió varios botes de especias al azar y los dispuso junto al torso de Marco. Fue dándole a probar uno tras otro y,

después de cada respuesta, ella miraba el nombre en el pequeño tarro.

—Pimentón dulce.

—Sí. Era fácil.

—Romero.

—Eso ha estado mejor.

—Comino.

—Me estás comenzando a sorprender.

—Eneldo.

—¡Vaya! Esto es para ir a un concurso de la tele.

—Jengibre.

—Impresionante. Yo no tenía ni idea de cómo era el jengibre y tú lo adivinas por el sabor.

Marco sonrió e hizo amago de quitarse la venda pero Gabriela no lo dejó y, con un empujón, volvió a tumbarlo en la mesa. Cada vez le gustaba más la sensación de poder y no quería desaprovechar el momento.

—Solo quedan dos —anunció al tiempo que le daba a probar una de las especias.

Marco saboreó y asintió con la cabeza.

—Estragón.

Ella miró el frasco y elevó una ceja sorprendida.

—¿Te conoces todas las especias?

—Ni de coña —respondió Marco—. Hay miles. Solo conozco las más utilizadas.

—Bueno, ya solo queda una.

—Y si acierto, ¿qué gano?

—Ya lo verás.

Gabriela lamió la punta del dedo y lo metió en el polvo de color rojo oscuro del último bote. Se lo acercó a Marco y él abrió la boca. Chupó el índice de Gabriela con fruición pero, un instante después, comenzó a ponerse colorado y a toser. Abrió la boca como un pez, se levantó de un salto de la mesa y, sin pararse ni a coger un vaso, abrió la nevera y bebió de una botella de leche como si le fuera la vida en ello. Gabriela no sabía dónde meterse. Cogió el bote de la especia y miró el frasco pero, antes de que ella pudiera leer el cartel, Marco se le adelantó.

—Es... es chile habanero. Uno de... de los más picantes del... del mundo —dijo, al fin, tras un supremo esfuerzo.

—Yo... Lo siento. No lo sabía.

Marco volvió a echar un gran trago de leche y, al cabo de uno segundos, su rostro volvió a su color original. Gabriela se encogió al ver como él se acercaba a ella con cara de pocos amigos.

—Quiero mi premio —pidió el cocinero—. Me lo he ganado.

La joven sonrió con timidez, se acercó a Marco y volvió a tumbarlo sobre la mesa pero con mucha delicadeza. Él se dejó hacer.

Gabriela volvió a coger el bote de nata y le echó un poco en mitad del muslo. Lo aspiró como él había hecho antes.

—Me encanta la nata —explicó con la boca llena.

Posó el bote de nata de nuevo sobre el muslo y fue recorriéndolo con él y dejando a su paso un camino blanco que fue devorando con deleite. El bulto en el delantal del cocinero era más que evidente y ella, con un rápido movimiento, liberó a la presa que pugnaba por salir. Tomó el miembro de Marco y lo adornó con nata. El cocinero, al sentir el contacto de la mano de Gabriela y, un instante después, la nata, gimió y arqueó el cuerpo como había hecho ella en la máquina de pesas.

—¿Te he dicho que me encanta la nata?

Antes de que Marco pudiera responder, Gabriela abrió la boca y saboreó la crema blanca. Cuando no pudo introducirse más el ariete endurecido del cocinero, lo recorrió con la lengua para no dejar ni una gota de nata. Terminó en la punta y allí, con los labios, succionó.

—¡Mierda! —exclamó Marco—. ¡Casi me corro!

Gabriela sonrió satisfecha y, con movimientos de vaivén, limpió cada minúscula partícula de nata al tiempo que excitaba al cocinero que tuvo que separarla para no llegar a orgasmo. Se levantó, se quitó el delantal y subió a la joven, sin esfuerzo, a la mesa.

—Ahora me toca a mí. También me gusta la nata.

Estaba tan excitado que no se anduvo con juegos. En cuanto ella estuvo tumbada, vació una buena cantidad de nata en el pubis de ella y lo recorrió con la lengua sin dejar ningún rincón. Se entretuvo en el clítoris de ella que volvió a succionarlo. Mientras saboreaba la nata escondida en los pliegues, metió un dedo en la ansiada hendidura y comenzó a moverlo muy despacio.

—¡Mierda! —exclamó Gabriela esta vez—. ¡Casi me corro! —Separó la cabeza de Marco de su entrepierna y lo miró con deseo—. Quiero más. Quiero sentirte dentro de mí.

El cocinero meditó un instante y gruñó.

—Te vas a reír pero es que no tengo condones.

—¡No fastidies! ¿Y qué hacemos? Yo tamp... —Gabriela se calló, meditó un segundo y dio un grito triunfal. Salió de la cocina y regresó un instante después con una caja en la mano—. Al final, me va a ser útil el regalo de los chicos.

Marco frunció el ceño y curvó los labios al mismo tiempo.

—¿Los chicos te han regalado los preservativos?

—Sí, y las chicas estos pendientes —explicó mientras le mostraba los abalorios.

—Son bonitos pero, ahora mismo, me gusta más el regalo de los chicos.

Gabriela decidió que la conversación ya se había extendido demasiado por lo que abrió la caja con los dientes, sacó un preservativo y volvió a tumbar a Marco sobre la mesa.

—Ahora me toca a mí.

Desgarró el sobrecito de color rojo, sacó el preservativo y lo colocó en el miembro duro de Marco que ni por un instante había dejado de estar excitado. Se lo metió en la boca de un envite y lo saboreó.

—Saben a fresa. Es la caña.

Él pensó en decir algo gracioso pero estaba tan excitado que no tenía más remedio que concentrarse para no acabar de repente con ese encuentro amoroso. Sabía que como ella siguiera disfrutando de la fresa, él no iba a poder aguantar mucho más por lo que se levantó, volvió a subir a Gabriela a la mesa y, sin pararse a nada más, la penetró con delicadeza pero con decisión.

La joven, al notarlo en su interior dio un grito un placer y se abrazó a él para que entrara aún más. Él no se hizo suplicar y junto su pelvis a la de ella hasta que ni el aire tuvo cabida. Marco se movía en su interior al ritmo que ella marcaba. Un ritmo frenético mezcla de un millón de aromas que impregnaban la cocina. Se movieron con la frescura del cilantro, la magia del jengibre y la pasión de la cayena. Se unieron como lo hacen los más tiernos ingredientes de la salsa de la vida y no dejaron de hacerlo hasta no caer rendidos y hinchados de amor.

Se tumbaron uno junto al otro en la mesa de la cocina y se cogieron de la mano como dos enamorados que intentaban recuperar el aliento.

—Esta mesa es a prueba de bombas —comentó ella en cuanto pudo articular más de dos palabras seguidas.

—Más bien a prueba de polvos. La encargué para poder amasar cuando

me da por hacer algún postre pero nunca imaginé que serviría para algo más.  
Gabriela bufó.

—Seguro que ya la has probado con alguna otra.

Marco se incorporó y se tumbó de costado al tiempo que acariciaba el torso de Gabriela.

—No te voy a engañar. No eres la primera que visita este piso pero te puedo asegurar que acabamos de inaugurar la mesa.

Ella sonrió y se dejó acariciar. Un rato después, Marco se levantó y abandonó la cocina para volver con dos albornoces. Él se puso uno de ellos y le entregó el otro a Gabriela que lo cogió y lo miró. Era blanco y con el nombre de Marco bordado.

—Es bonito. Hubiera sido un detalle que llevara mi nombre pero bueno...

—No te quejes que, por lo menos, no lleva el nombre de otra.

Gabriela puso mala cara.

—Eso no ha tenido gracia.

—Ya lo sé. Anda, levántate que tenemos que cocinar.

Ella miró el reloj situado en la pared junto a la puerta de la entrada y frunció el ceño.

—¿Ahora? Casi es la una de la madrugada.

Marco se encogió de hombros y le alcanzó un delantal.

—Es buena hora para los besos de chocolate.

—¿Los besos de chocolate? Eso qué es.

—Ya lo verás.

Marco se acercó a uno de los muebles y sacó un bol donde dejó caer unos pocos ingredientes que comenzó a batir con una velocidad que dejó pasmada a Gabriela. Una vez lo hubo mezclado bien, se volvió hacia ella y le entregó un cazo que había sacado de un armario.

—¿Qué quieres que haga? —preguntó Gabriela al verse con esa herramienta en la mano.

—Coge esas tazas y echa un cazo de masa en cada una de ellas.

Ella obedeció y, cada vez que vertía una porción de masa en la taza, Marco dejaba caer una onza de chocolate negro que acababa de sacar de la nevera.

—Ahora, cúbrelo hasta que solo se vea la masa.

Gabriela siguió las órdenes del cocinero y rellenó los moldes hasta que cada una de las onzas hubo desaparecido. Marco colocó cada una de las tazas

en una bandeja y la metió dentro del horno.

—¿Ya está caliente?

—Sí, lo precalenté antes.

—Qué precavido. Y ahora, ¿cuánto tiempo hay que esperar?

—Unos veinte minutos —explicó él—. Ven, quiero enseñarte algo.

Tomó a Gabriela de nuevo de la mano y la llevó hasta el salón. Una vez allí, la condujo hasta una escalera de madera que ella no había visto al entrar. Miró hacia arriba y vio que llevaba hasta un altillo.

—¿Qué tienes ahí?

—Ahora lo verás. Sube.

Gabriela ascendió por la escalera de madera y, al llegar a la parte superior, se quedó con la boca abierta.

—Esto es maravilloso.

Marco sonrió satisfecho y la llevó ante un telescopio situado bajo una enorme cristalera. Abrió un par de tumbonas plegables y se sentó en una de ellas. Gabriela hizo lo propio y suspiró de placer al notar que pisaba una alfombra de pelo muy largo.

—¡Qué suave! —exclamó al tiempo que encogía los dedos de los pies sobre la mullida alfombra.

—Es de pelo de llama. La compré en Argentina.

—Me gusta.

Durante casi una hora, Marco le estuvo contando alguna que otra historia sobre las constelaciones que le iba mostrando y que ella contemplaba a través del telescopio.

—¿Aquí es donde traes a tus conquistas para contarles todas estas historias? —preguntó ella con un ojo cerrado y el otro en el objetivo.

—Pues, aunque no me creas, también acabas de inaugurar este rinconcito.

Ella se separó del telescopio y lo miró sorprendida.

—¿Me lo dices en serio? ¿Nunca has traído una mujer aquí?

—No, eres la primera.

Gabriela tenía un millón de preguntas martilleando su cerebro pero no quiso hacerlas. La revelación de Marco suponía mucho para ella y no necesitaba saber nada más. Se acercó al cocinero y lo besó con pasión. Él correspondió al beso e hizo amago de abrirle el albornoz pero, en el último momento, lo pensó mejor y se puso en pie.

—Ahora vengo.

El cocinero bajo del altillo ante la atenta mirada de Gabriela y desapareció por la puerta que llevaba a la cocina. Desde donde se encontraba pudo escuchar el ruido del horno al abrirse y el sonido de varios utensilios de cocina. Un instante después, apareció Marco con dos tazas enganchadas en un dedo y un par de copas y una botella en la otra. Subió al altillo haciendo malabarismos y dejó todo lo que portaba encima de una mesita.

—Ya están los besos de chocolate con un poquito de helado de vainilla.

Gabriela aspiró el aroma dulce del chocolate y se relamió. Olía de maravilla.

Marco le entregó una copita llena de un licor ambarino.

—¿Quieres emborracharme?

—No hay nada mejor para este postre que una copita de Moscatel. Ya verás.

La joven cogió una de las tazas con la delicia de Marco y, con una cucharilla que él llevaba en la mano, se llevó un buen trozo a la boca. Lo mordió y una explosión de sabor inundó todo su ser. La dulzura del bizcocho y el helado contrastaba con el chocolate ligeramente salado y algo amargo de su interior y suspiró de placer.

—Esto es... es... No tengo palabras.

—Yo te ayudo. Esto es, simplemente, un beso de chocolate.

Gabriela se echó sobre él y lo besó de tal forma que estuvo a punto de caer de la tumbona donde se había vuelto a sentar tras aparecer con los dulces y el licor.

Ya no pudieron aguantar más tiempo y, bajo la luz de las estrellas y con el sabor dulce y arrebatador de los besos de chocolate y el licor, se amaron hasta bien caída la madrugada.

## Diecinueve

—¿No te importa que me quede un poco más? Tengo que afeitarme.

—Me parece bien. Además, raspas un poco.

Gabriela le pasó la mano por la barbilla y se apretó a él. Nada más despertarse, habían hecho el amor como dos adolescentes que retozan entre las sábanas recién descubiertas y acabaron por repetir en la ducha. Ella estaba exhausta pero feliz y él, a pesar de su amplia experiencia con las mujeres, estaba viviendo sensaciones nuevas a casa segundo. Nunca había tenido sexo en el gimnasio, en la cocina, en el altillo o en el baño. Toda la aventura sexual en su apartamento se había reducido al dormitorio pero con Gabriela todo era distinto.

—Voy a preparar el desayuno —comentó la joven al tiempo que se ponía el albornoz—. Además, hay que hacer la cama, limpiar un poco la cocina...

—No te preocupes —replicó Marco tras la mampara cerrada de la ducha—. Tengo asistenta. Ella se encargará.

Gabriela abrió la mampara, acarició el miembro de Marco con un dedo y lo miró con picardía.

—No tardes.

Él sonrió y se estremeció al sentir el dedo de ella y, sobre todo, al escuchar la voz sensual de la joven que había conquistado, en tan solo unos días, su corazón y, en una sola noche, su fortaleza.

—Me afeito, me visto y salgo.

Gabriela abandonó el baño y se vistió en el dormitorio. Cuando estaba a punto de salir al pasillo, miró por encima del hombro y se sintió incómoda al ver la cama deshecha por lo que dio media vuelta y la hizo. Una vez estuvo

el dormitorio en condiciones, salió de la habitación y se marchó a la cocina donde se quedó con la boca abierta al comprobar que por la noche la habían liado buena entre el momento nata por todo el cuerpo y la clase magistral de cocina por parte de Marco. Sacó el cubo de basura y metió en él todos los desperdicios. Encontró unos guantes de fregar enormes y se los puso para lavar los cacharros que habían manchado la noche anterior pero no pudo empezar porque alguien la interrumpió.

—¡Vaya! Esto es una novedad.

Gabriela se sobresaltó al escuchar la voz a sus espaldas y, al girarse, se encontró de frente con una mujer mayor que la miraba como si acabara de encontrarse con un fantasma.

—Buenos días —saludó con cierto nerviosismo—. Soy una amiga de Marco.

—Yo soy Charo —replicó la mujer con el ceño fruncido—. La persona que debería estar lavando esos cacharros.

Gabriela se encogió de hombros y sonrió con timidez.

—Lo siento. No podía dejar todo esto por medio.

Charo refunfuñó y salió al pasillo.

—Bueno, voy a hacer la cama.

—Ya la he hecho yo.

Charo asomó la cabeza por la puerta de la cocina y se quedó mirando a Gabriela con una ceja levantada. Se acercó al dormitorio y se encontró con la cama hecha y todo muy recogido. Regresó a la cocina y se sentó en uno de los taburetes.

—Si me dice que ha limpiado los cristales del salón, me hace la mujer más feliz en la tierra —comentó la asistenta a espaldas de Gabriela.

—Lo siento mucho —respondió ella divertida—. Pero, si quiere, ahora le echo una mano.

Charo se levantó del taburete, se acercó al fregadero y se apoyó en él.

—Así que usted es ella —afirmó la asistenta.

—Supongo que sí —replicó Gabriela confundida—. Supongo que yo soy yo.

La asistenta se inclinó sobre la encimera y comenzó a jugar con una manzana que cogió del bol de fruta.

—Marco está enamorado hasta las trancas —soltó de repente—. Supongo que lo sabe. ¿Y usted?

Gabriela abrió la boca para replicar pero no encontró nada que decir.

Era evidente que le gustaba al cocinero pero de ahí a hablar de estar enamorados. ¿Y yo?, pensó. ¿Estoy enamorada? No halló una respuesta concreta pero sí encontró en su interior la certeza de que nunca había sentido por nadie lo que ahora bullía en su interior. Y si eso era amor, estaba enamorada de él.

—Ya veo que se lo está pensando y eso es una buena señal —continuó la asistente—. Nunca había visto a Marco de esa forma.

—¿De esa forma?

—Pues, sí. Solo le falta el acné y matarse a pajas para convertirse en un adolescente.

La mujer se echó a reír pero Gabriela se mantuvo seria.

—No sé qué hacer... —reflexionó la joven.

La asistente se calló de repente y la miró con fijeza. Ella se estremeció al sentirse observada y quizá cuestionada.

—Es gracioso —dijo Charo con una sonrisa torcida en los labios—. El otro día, Marco me dijo lo mismo.

Gabriela sonrió feliz al escuchar que los sentimientos de Marco eran muy parecidos a los suyos.

—¿Y usted que le respondió?

—Le di un consejo al igual que le voy a dar a usted.

La joven arrugó la nariz porque no le gustaban demasiado los consejos pero se dio cuenta de que no tenía nada que perder.

—Soy toda oídos.

Charo mantuvo el suspense con unos segundos de silencio y Gabriela esperó sin darse cuenta de que contenía la respiración.

—Los hombres son como los espermatozoides.

—¿Y eso qué significa?

—Que de varios miles, solo sirve uno.

Gabriela sonrió al escuchar el razonamiento de la asistente pero no acabó de comprender dónde estaba el consejo que le había prometido. Charo vio como ella fruncía el entrecejo y también sonrió.

—A ver, alma cándida. Ese espermatozoide que sirve para algo, puede hacernos la mujer más feliz del mundo. Tan solo hay que encontrarlo.

La joven se dejó caer en una de las sillas de la cocina y meditó el consejo que le había dado Charo. De hecho, no tenía muy claro que aquello hubiera sido un consejo, pero sí una buena lección sobre los hombres. *¿Realmente ella había encontrado ese espermatozoide maravilloso? Aún no*

lo tenía claro pero podía intentar averiguarlo.

—¡Vaya! ¿Qué es esto? ¿Una reunión de mujeres a mis espaldas?

Charo, nada más ver aparecer a Marco por la puerta de la cocina, se acercó a él, le palmeó el hombro con familiaridad y le dio un beso en la mejilla.

—¿Y esto a qué viene?

—A que lo felicito, jefe. Ha encontrado a una mujer que hace la cama nada más levantarse y se pone a fregar los cacharros de la cocina. Debería llamar a la tele porque seguro que sale en el telediario.

Marco protestó pero, casi al instante, sonrió al encontrarse con los ojos brillantes de Gabriela. Se acercó a ella en el preciso momento en el que el móvil de la joven emitía un pitido. Ella sacó el pequeño artefacto del bolsillo de los vaqueros, abrió el *WhatsApp* y frunció el ceño.

—¿Ocurre algo malo? —preguntó Marco al ver el gesto preocupado.

—Es Aurora. Parece que ha llamado alguien de asistencia social al centro —explicó ella sin dejar de mirar la pantalla del móvil—. Van a ir ahora. Tengo que marcharme.

Marco estuvo tentado de protestar pero entendió que la visita de un asistente social a un centro de acogida era algo muy importante y mucho más desde que conocía la precaria situación económica de Gabriela. Ella atravesó el salón, se despidió de Charo que limpiaba los cristales y salió al rellano.

Marco la acompañó a la puerta del edificio y se asomó a la calle por la que pasaban taxis con mucha frecuencia. Detuvo el primero que vio y le abrió la puerta a Gabriela para que subiera. Ella, al pasar a su altura, lo besó en los labios y lo contempló con infinito amor. Aquel Marco dulce y considerado no tenía nada que ver con el hombre que había aparecido por el centro tan solo unos días antes.

—Te quiero —dijo él con la voz entrecortada.

—Yo también te quiero —replicó ella también con un nudo en la garganta—. Luego te veo.

El asintió y cerró la puerta del vehículo en cuanto ella estuvo acomodada en el asiento. Se quedó allí, con la vista perdida en el infinito mientras el taxi desaparecía al final de la calle. Suspiró y sonrió al recordar la noche pasada con Gabriela. Una noche mágica.

\*\*\*\*

—Debe estar a punto de llegar.

—Y los de asistencia social también. —Aurora parecía nerviosa pero

intentaba mantener la calma. Tan solo cruzaba los dedos para que Gabriela llegara antes que las personas que habían llamado porque no se veía preparada para hablar con ellas.

—¿Y qué querrán? —preguntó Tete sentado en uno de los bancos del vestíbulo con Aurora a su lado y Leo frente a él de pie.

—Seguro que nada importante —comentó Leo algo preocupado. Después de lo que había tenido que pasar en su juventud, sabía que una visita de los asistentes sociales no solía significar nada bueno.

Un taxi apareció por la puerta de la entrada y se detuvo frente al edificio. Los tres aguantaron la respiración y esperaron a que se abriera la puerta del vehículo. Cuando vieron descender a Gabriela, soltaron el aire que mantenían en sus pulmones y se tranquilizaron.

—¿Qué horas son éstas de llegar? —preguntó Tete con la vista puesta en el reloj de la entrada—. Nos tenías preocupados. Estás castigada sin salir un mes.

Gabriela sonrió y le revolvió el pelo al chico que se dejó hacer. Aurora se acercó a ella y le dio un codazo cariñoso en el brazo.

—¿Te lo has pasado bien?

—Muy bien. Anda, vamos a mi despacho que me tienes que contar cómo se han portado los chicos.

Las dos mujeres se pusieron en marcha seguidas muy de cerca por los dos chavales. Leo se detuvo, de repente, y se quedó mirando a Gabriela.

—Jefa, ¿estás bien? —preguntó.

La encargada del centro se dio la vuelta y lo miró sorprendida.

—Sí, estoy bien. ¿Por qué lo preguntas?

—Porque andas raro. Como si hubieras estado mucho rato montando en bici.

Aurora aguantó la risa como pudo pero Tete, mucho más avisado que el jardinero, se echó a reír a carcajadas y tuvo que regresar al vestíbulo al ver la mirada reprobadora de Gabriela.

—Pero, ¿qué he dicho? —preguntó Leo en cuanto las dos mujeres hubieron desaparecido en el despacho—. ¿No te has dado cuenta de que Gabi anda como si estuviera escocida?

—Pues claro, tío. Ha pasado la noche con Marco.

—¿Y?

—¿No te enteras? Marco... Toda la noche... Ella escocida. ¿No te dice nada?

Leo reflexionó un instante hasta que pareció encontrar la respuesta y cerró el puño como si hubiera logrado una gran victoria.

—Claro, Gabi ha ido a montar en bici por la noche con Marco y por eso está escocida.

Tete miró al jardinero como quien contempla a un espécimen recién descubierto, se encogió de hombros y le palmeó el brazo.

—Eso es. Lo has pillado a la primera.

El jardinero sonrió satisfecho y se dispuso a volver a sus quehaceres cuando entró un vehículo en el recinto del centro. De él se bajaron un hombre y una mujer que portaban sendas carpetas negras.

—Leo, llévalos al despacho de Gabi y, después, reúnete conmigo en el almacén que hay al lado.

El jardinero lo miró extrañado.

—¿Qué ocurre?

—Ocurre que aquí hay algo raro. Es la primera vez que vienen dos asistentes en lugar de uno solo. Me da mala espina.

—A lo mejor no pasa nada malo.

—No lo sé. Tú llévalos al despacho de Gabi y luego te veo en el almacén.

Tete desapareció y Leo hizo lo que el chico le pidió. Condujo a los dos asistentes al despacho de Gabi donde también se encontraba Aurora y después entró en el almacén donde Tete lo esperaba. Éste le hizo un gesto para que guardara silencio y Leo obedeció.

—Buenos días.

—Buenos días —respondió Gabriela con seriedad.

La asistente social miró de reojo a Aurora y después clavó su mirada en la encargada del centro.

—¿Podríamos hablar a solas?

—Aurora es mi amiga y empleada. Pueden hablar en su presencia. Siéntense, por favor.

Los dos asistentes se acomodaron en las dos sillas que había colocadas frente a la mesa de Gabriela y Aurora permaneció de pie junto a ellos a pesar del ofrecimiento del recién llegado que, al ver su abultada panza, le ofreció su lugar.

—Ya hablé con su compañera sobre la situación económica del centro —comentó Gabriela una vez estuvieron todos sentados—. Déjenme respirar un poco.

La asistente se acercó a ella y sacó unos papeles de la carpeta que colocó sobre la mesa.

—No venimos por ese tema aunque realmente nos preocupa y mucho. Tenemos una buena noticia. Hay una pareja que quiere adoptar a... —la mujer buscó el nombre y Gabriela aguantó la respiración —... a Alba García Martínez.

Gabriela ahogó un grito y mantuvo la compostura mientras Tete, al otro lado de la pared, se puso blanco como la leche y comenzó a marearse.

—¿Alguien quiere adoptar a Alba? —preguntó Gabriela que no podía pensar—. ¿Y qué pasa con su hermano Antonio?

El asistente social cruzó las piernas y habló por primera vez.

—Tendrán que separarse. Nadie quiere alimentar a un chico de dieciséis años. La niña tiene la edad perfecta.

—Su hermano podrá ir a verla cuando quiera —comentó la mujer para intentar suavizar el momento—. ¿Podemos ver a la niña? Necesitamos comprobar que no está enferma ni nada de eso.

Tete, nada más escuchar el comentario de la asistente, salió del almacén corriendo y se marchó a buscar a su hermana. En mitad del camino, se encontró con Patricia y le pidió que lo acompañara.

Un rato después, Gabriela entró en la sala de juegos seguida muy de cerca por Aurora y los dos asistentes sociales.

—Chicos, ¿habéis visto a Alba? —preguntó la encargada a Paco y a Tomy que parecían muy entretenidos jugando al ajedrez a pesar de que nunca los había visto con algo que no fuera la consola.

—Gabi, tengo una duda —comentó Paco cuando estaba a punto de cerrar la puerta—. ¿El *entronque* es entre el rey y un caballo o la reina y el alfil?

La joven encargada regresó junto a ellos, miró el tablero y sonrió.

—Se llama enroque y es entre el rey y la torre.

—Aaaah! Vale. Muchas gracias.

Gabriela regresó a la puerta de la sala de juegos y, cuando estaba a punto de salir, la llamó Tomy.

—Gabi, yo tengo otra duda.

La joven resopló y regresó junto a ellos.

—Dime. ¿Qué duda tienes?

—¿Cómo es lo del *rey hundido*?

Gabriela volvió a resoplar y se dio cuenta de que pasaba algo y estaban

intentando retenerla. Clavó su mirada en los dos chicos y se plantó frente a ellos con los brazos en jarra.

—Se dice rey ahogado y no *hundido* y vosotros dos no habéis jugado al ajedrez en vuestra vida. ¿Qué ocurre aquí?

Paco se encogió de hombros y Tomy lo imitó.

—No pasa nada, Gabi.

—Chicos, o me decís dónde está Alba o estáis castigados sin internet hasta el verano.

Paco hinchó el pecho y decidió que ése era un buen momento para demostrar que con quince años ya no podía ser castigado por cualquier cosa. Se iba a negar a hablar. Nunca sabrían dónde encontrar a Alba.

—Está en la habitación de Tete —dijo Tomy sin aguantar la presión como Paco.

—Eres un chivato —acusó Paco.

—Tío, yo paso de quedarme sin internet-

Paco meditó un instante y asintió.

—Pues tienes razón, tronco. Alba está en la habitación de Tete.

Gabriela se giró y salió de la sala de juegos. Recorrió los pocos metros que la separaban de la habitación del hermano de la niña seguida de los dos asistentes y de Aurora. Llamó a la puerta y entró. Tete y Patricia estaban con Alba y la niña se encontraba metida en la cama y tapada hasta las orejas.

—Chissst —El chico hizo un gesto con el dedo índice en los labios para que guardaran silencio—. Acaba de dormirse.

—Yo... Yo no... Pedro... Pedro... Dame mi juguete... Eres malo... —balbuceó la niña.

Tete se levantó, se acercó a Gabriela y le puso la mano en el hombro. Las lágrimas recorrían sus mejillas y la encargada se asustó.

—¿Qué ocurre? —preguntó al tiempo que hacía amago de acercarse a Alba que se movía inquieta en la cama con los ojos cerrados.

Tete se colocó entre ella y la niña y no la dejó avanzar.

—Le ha subido la fiebre y está delirando —dijo entre sollozos—. No hace nada más que llamar a Pedro.

Gabriela apartó a Tete de un suave empujón y se acercó a Alba. Los dos asistentes se aproximaron también y asomaron las cabezas por encima del hombro de la encargada del centro. La joven se inclinó hacia la niña y, al ver su aspecto, se puso en pie de un salto.

—¿Qué ocurre? —preguntó la asistente social al ver la reacción de

Gabriela.

Ésta se giró hacia Tete justo a tiempo para ver una leve sonrisa en sus labios. Una sonrisa cómplice que le dirigió a Patricia y que se convirtió en una mueca nerviosa al verse descubierto.

—¡Esta niña tiene la cara llena de manchas rojas! —exclamó el asistente social al tiempo que se retiraba un par de pasos—. ¿Es contagioso?

Gabriela se acercó a la mesita de noche del hermano de Alba, cogió una toallita húmeda de un dispensador y se sentó junto a la niña. Ante la atenta mirada de todos los presentes, frotó el rostro de la cría con delicadeza y, después, les mostró el pañuelito teñido de encarnado a los asistentes.

—No le pasa nada —aseguró la joven poniéndose en pie—. Solo ha sido una broma de los chicos. ¿A qué sí?

Tete gruñó y Patricia bajó la cabeza avergonzada. Gabriela le tendió la mano a Alba y la niña se destapó y se levantó de la cama.

—Vamos a mi despacho —sugirió la encargada del centro.

Tomó a Alba en brazos y, tras dirigirle una mirada reprobadora a su hermano, salió de la habitación con los dos asistentes y Aurora que no había abierto la boca en ningún instante. Llegaron al despacho y cerraron la puerta a sus espaldas al mismo tiempo que se cerraba la del almacén contiguo.

—Alba —dijo Gabriela con toda la dulzura que pudo poner en su voz en ese duro momento—, éstas personas quieren conocerte.

La niña, ya en el suelo, se acercó a ellos dos y les tendió la mano con solemnidad. La asistente correspondió al saludo con una sonrisa en los labios pero su compañero cruzó los brazos por delante del pecho con aire reprobador. La mujer se arrodilló frente a la niña y le mesó los cabellos.

—Alba, ¿a ti te gustaría vivir en una casa de verdad con una familia de verdad?

A Gabriela le dolió en el alma que la asistente utilizara esos términos para referirse a una familia de adopción pero no comentó nada. Tan solo se mantuvo en su lugar a la espera de la respuesta de la niña.

—Yo quiero vivir con mi hermano —explicó la niña muy seria—. Ésta es una casa de verdad.

Gabriela se puso la mano delante de la boca para disimular la sonrisa que había aparecido en sus labios pero a ninguno de los dos asistentes pareció agradecerles la respuesta de la niña.

—Pero, ¿no sería bonito tener unos papás? —preguntó de nuevo la asistente—. Ésta no es tu familia.

En ese instante, se escuchó un fuerte golpe muy cercano y la puerta del despacho se abrió con violencia.

—¿¡Y yo qué cojones soy!? —preguntó Tete a voz en grito—. ¡Yo soy su familia y no me van a separar de ella!

El asistente social, sin perder su pose dura, se volvió hacia él y lo atravesó con la mirada.

—¡Un poco de educación, chaval! Así no se habla a los adultos.

—¡Y una mierda educación! —volvió a gritar Tete —¡Así se habla a los adultos que amenazan con cerrar este centro cuando Gabi es la única persona que se ocupa de nosotros!

—Ese asunto no es incumbencia de nuestro departamento —explicó la mujer con voz tranquilizadora—. Nosotros solo nos encargamos de las adopciones.

—Pues dejen de mirarse el puto ombligo y piensen un poco en nosotros.

—Ya lo hacemos.

Tete se aproximó a la mujer y Gabriela dio un paso hacia delante para detener al chico. Aun así, él señaló a la mujer con el dedo índice y apretó los dientes.

—No van a separarme de mi hermana.

—Tete, por favor —suplicó Gabriela—. Déjanos.

El chico cogió a su hermana en brazos y salió del despacho refunfuñando en voz baja. Alba, ajena a lo que ocurría a su alrededor, se despidió de los asistentes con un gesto de la mano. La mujer volvió a corresponder pero su compañero demostró, una vez más, que no tenía los mismos sentimientos.

—Siento mucho lo que ha pasado.

—No lo sienta —espetó el asistente social—. Lo que tiene que hacer es educarlos mejor.

Gabriela avanzó un paso hacia él con los labios curvados en una mueca de asco pero la mujer se colocó en medio y la detuvo.

—Ya volveremos en otro momento —dijo con dulzura—. Mañana es Nochebuena y será mejor dejarlo para después de las fiestas. El día después de Reyes volveremos. —Le hizo un gesto a su compañero y desaparecieron del despacho.

Gabriela cerró la puerta con fuerza y se dejó caer en su sillón. Aurora, que había permanecido callada todo el rato, se sentó frente a ella y resopló.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó al tiempo que se acariciaba la prominente panza con las manos.

—Lo peor de todo es que no puedo hacer nada —razonó la joven—. Esto es un centro de acogida y las dos sabemos que no es un hogar definitivo. Tan solo un sitio de paso.

—Ya, pero lo de separar a dos hermanos...

Gabriela suspiró y dejó caer los hombros como si llevara un peso enorme sobre ellos.

—Siempre pensé que nadie querría adoptar a Alba por eso, pero me equivoqué.

—¿Entonces?

—Entonces, nada. Después de Reyes, Alba tendrá que irse.

Aurora pudo ver como las lágrimas aparecían en el rostro de su amiga y no pudo evitar que a ella también se le humedecieran los ojos. Le gustaba la niña y le gustaba su hermano. No podía imaginarse verlos separados y entendía a la perfección por lo que debía estar pasando Gabriela. Aun así, sonrió e intentó animarla.

—Ya verás cómo los Reyes Magos se portan bien y se encargan de que no se lleven a Alba.

La encargada del centró levantó la cabeza y miró a la antigua cocinera con cariño. Observó el reloj de pulsera y se levantó.

—Marco ya debe haber llegado.

Aurora se levantó también y detuvo a su amiga antes de que saliera del despacho.

—No te he preguntado. ¿Qué tal la noche?

Gabriela no se encontraba con ánimos para entrar en detalles porque la visita de los asistentes la había destrozado, pero tampoco quería ser demasiado rancia con su amiga.

—Tan solo puedo decirte que a Marco le han gustado los regalos de los niños.

La cocinera elevó una ceja y sonrió con picardía.

—¿Los dos?

—Los dos. Anda, vamos a la cocina.

Gabriela salió del despacho seguida por Aurora que se mantenía seria aunque la respuesta de su amiga le hubiera encantado. Saber que Gabriela estaba con Marco le suponía una gran alegría a pesar de las reticencias que ella le había expresado al cocinero pero lo ocurrido con Alba había levantado

un negro nubarrón sobre el centro.

Cuando las dos mujeres entraron en la cocina, se encontraron con que Marco ya estaba preparando la comida. Levantó la cabeza en cuanto escuchó ruido pero, al ver a Aurora, frunció el ceño.

—¿Tenemos inspección? —preguntó con acritud.

La mujer que había ocupado su puesto con anterioridad se acercó a él y le tendió la mano. El cocinero la miró sin entender.

—No hay inspección. Gabriela ya me ha dicho que lo haces todo bien.

—¡Aurora! —exclamó la encargada con los ojos abiertos como platos.

Su antigua empleada ni la miró. Clavó sus ojos en Marco y volvió a agitar la mano.

—¿Las paces?

Marco comprendió, sonrió y le estrechó su fuerte mano.

—Las paces.

Gabriela resopló al ver el gesto cómplice de los dos.

—Ya os vale. Vaya par de críos.

Aurora se acercó a Gabriela y le dio un beso en la mejilla.

—Tengo que irme. Saúl y yo vamos a comer en el centro.

—Qué lo paséis muy bien.

—Luego te llamo.

La cocinera le guiñó un ojo y, antes de salir de la cocina, se giró hacia Marco y le hizo un gesto de adiós con la mano.

—En Nochebuena siempre hemos hecho pavo relleno.

Sin esperar respuesta del cocinero, salió al pasillo y dejó a los dos con la vista puesta en la entrada a la estancia. Gabriela, al ver el gesto serio de Marco, se acercó a él y le dio un beso tierno en los labios.

—No te preocupes —le dijo—. Supongo que tendrás mejores planes para Nochebuena que cenar aquí conmigo y con un puñado de niños.

Marco torció el gesto al comprobar que la mujer con la que había compartido una noche maravillosa se metía en su cerebro como Pedro por su casa.

—La verdad es que no tengo planes para mañana. —explicó muy serio.

—Entonces, ¿a qué viene ese gesto?

—A que me has recordado que llevo muchos años pasando la Nochebuena solo en mi casa.

Ella se abrazó aún más a él y apoyó la cabeza en su pecho.

—Pues, esta vez, te toca cenar con una familia de doce miembros.

Marco le puso el dedo en la barbilla a Gabriela y le levantó la cabeza con dulzura. Se dejó atrapar por sus ojos color miel y la besó con pasión. Si no hubiera entrado Leo en ese preciso instante, ninguno de los dos sabía qué podría haber ocurrido.

—Gabi, estamos decorando el árbol. ¿Vienes?

La joven se separó de Marco de mala gana y se acercó a la puerta de la cocina. Allí se giró y le lanzó un beso al cocinero que él recogió y se llevó al pecho a la altura del corazón.

—Que no se te olvide que a las cuatro vamos a casa de tus padres.

Marco torció el gesto pero asintió sin protestar. No tenía muy claro que aquella fuera una buena idea pero no quería defraudar a la mujer que le había robado el alma.

## Veinte

—El taxi acaba de llegar. ¿Nos vamos?

Gabriela se acercó a Leo en cuanto Marco la avisó de la llegada del vehículo y le puso la mano en el brazo con confianza.

—Si pasa algo, me llamas al móvil.

—No te preocupes, jefa. Los chicos están entretenidos con el árbol de navidad y ni se van a enterar de que no estás.

—Volvemos en un ratito.

—Okey, jefa.

Gabriela cogió a Marco de la mano y salieron del edificio seguidos por Leo. Cuando estaban a punto de llegar al taxi, unos pasos rápidos sonaron en el vestíbulo y Alba salió del centro a toda velocidad con el abrigo puesto. Se lanzó a los brazos de Gabriela y se acurrucó allí.

—Alba, vas a coger frío. Tienes que ir dentro.

—No, no quiero quedarme sola —lloriqueó la niña que parecía asustada—. Quiero estar contigo.

—Pero, tengo que irme. Además, está tu hermano y los demás chicos.

—Quiero estar contigo.

—Pero...

—Quiero estar contigo, porfiiiiii.

Gabriela resopló, miró a Marco como si pudiera ayudar pero él se encogió de hombros. No tenía ni idea de lo que había que hacer en esos casos y tampoco entendía por qué la niña se comportaba ahora de ese modo.

—¿Te importa que Alba venga con nosotros? —preguntó la encargada del centro con voz dulce para intentar convencer al cocinero.

—¿A casa de mis padres? —inquirió él escandalizado—. Creo que no

es buena idea.

—Alba es una niña muy tranquila, ya lo sabes.

—Ya, pero es que a mi padre no le gustan demasiado los niños.

—Lo mismo te sorprende.

—Mira que lo dudo.

Ante la negativa de Marco, Gabriela se sintió impotente. Hizo amago de dejar a la niña en el suelo pero Alba demostró ser mucho más lista que ella porque, en cuanto se percató de que la iban a dejar en el centro, estiró los brazos hacia Marco y éste no tuvo más remedio que cogerla. La niña se apretó contra su pecho y suspiró. El cocinero, sin saber muy bien qué hacer, miró a Gabriela como si le pidiera ayuda pero ella, como había hecho él unos minutos antes, se encogió de hombros.

—Marco, ¿puedo ir contigo?

El cocinero resopló pero se vio incapaz de dejar allí a la niña por lo que volvió a resoplar antes de abrir la puerta del taxi. Dejó a la niña en el asiento de atrás y se volvió hacia Gabriela que consiguió borrar la sonrisa de su cara un instante antes de ser pillada.

—Las mujeres me manejaís como queréis.

—Solo las inteligentes —respondió Gabriela al tiempo que se pavoneaba delante de él.

La joven se acercó al garaje y regresó con un elevador para la niña que colocó debajo de ella en el asiento de atrás. Dejaron a Alba entre los dos y ellos se sentaron separados aunque unidos por la mirada y por las manos que se buscaban todo lo que podían por encima de la niña.

—Hay algo que no entiendo... —se sinceró Marco un rato después.

—Tú dirás.

—Ahora se ha quedado Leo al cuidado del centro y anoche tuviste que llamar a Aurora. ¿Por qué?

Gabriela se movió inquieta en el asiento de atrás del taxi y sonrió hacia la ventanilla pero sin contestar. Marco gruñó al encontrar la respuesta en ese silencio.

—¡Tenías pensado pasar la noche conmigo! —exclamó más con sorpresa que con enfado—. A Leo no lo dejarías toda la noche.

Ella se giró, miró al cocinero con infinito amor y le apretó la mano.

—Ya te vale —comentó Marco haciéndose el ofendido—. Me hiciste prometer que iríamos a ver a mis padres a cambio de pasar la noche conmigo y ya lo tenías pensado de antemano.

—Estás tan acostumbrado a las mujeres sin cerebro que fue fácil engañarte. —Gabriela aleteó las pestañas con coquetería—. Lo mismo que ha hecho Alba.

Marco intentó enfadarse pero no fue capaz. Ahora tenía claro que ella había pensado lo mismo que él y que el acudir a su casa a pasar la noche no había sido una mera casualidad.

—Me debes una —dijo, al fin.

Gabriela fue a replicar pero, en lugar de hacerlo, se incorporó en el asiento.

—¿Puede parar aquí un momento, por favor? —le preguntó al taxista.

El hombre puso el intermitente y obedeció la orden de la joven por lo que, un instante después, detuvo el vehículo.

—¿Dónde vas? —preguntó Marco al ver como ella abría la puerta y salía del automóvil.

—Es solo un instante. Ahora vuelvo.

Gabriela desapareció en una pastelería ubicada tan solo a dos manzanas de la casa de sus padres y que él conocía muy bien y volvió a aparecer unos minutos después con una bandeja envuelta en papel. Marco le abrió la puerta y ella se dejó caer junto a él.

—¿Eso qué es?

—Buena pregunta teniendo en cuenta que acabo de salir de una pastelería.

—¿Pasteles?

—Más o menos. No podemos ir a tomar café a casa de tus padres con las manos vacías.

Marco cruzó los brazos sobre el pecho y gruñó.

—Pues no veo por qué no.

Gabriela se giró y lo miró a los ojos.

—Eres un insensible..., Marcos.

Él intentó hacerse el ofendido de nuevo pero no fue capaz. Se aupó por encima de la niña que estaba entretenida con una pequeña muñeca que había sacado del bolsillo del abrigo y le dio un beso en los labios que ella no rechazó. El taxista, en ese preciso instante, detuvo el vehículo y carraspeó.

—Hemos llegado.

Marco y Gabriela se separaron algo azorados y él pagó la carrera. Bajaron del vehículo con el elevador de Alba en la mano, deteniéndose un instante ante el edificio y el cocinero resopló. Ella entendió lo que le ocurría,

lo cogió de la mano y se acercó a él.

—No pasa nada. Son tus padres.

—Eso es lo que más miedo me da.

Gabriela se separó de él y se acercó al telefonillo.

—Anda, miedica, ¿qué piso es?

—El segundo izquierda.

Gabriela, sin que él tuviera tiempo de reacción, apretó el botón que Marco le había indicado y se separó de la puerta.

—¿Sí? ¿Quién es?

Él atravesó con la mirada a Gabriela y resopló como llevaba toda la mañana haciendo.

—Soy yo, mamá. Marcos.

Sonó el *clack* de apertura de la puerta y Gabriela entró en el lúgubre portal con Alba de la mano y seguida de Marco que todavía refunfuñaba. Subieron las escaleras hasta la planta segunda y, al llegar allí, comprobaron que la madre del cocinero los esperaba en la puerta.

—Hola, hijo —saludó con efusividad.

Marco le dio dos besos a su madre y ésta, en cuanto vio a Gabriela, la abrazó y le plantó también dos besos muy cariñosos.

—Es un placer volver a verla, Merche.

En cuanto se separó vio a Alba y abrió los ojos de par en par.

—¿Y esta niña tan guapa quién es?

—Se llama Alba, mamá.

La mujer miró a la niña y después clavó su mirada en la de su hijo como si intentara ver más allá.

—¿Es... es tu hija? —preguntó con un hilo de voz.

Marco se echó a reír y Gabriela tan solo sonrió porque no le parecía de buena educación reírse a carcajadas delante de la madre del cocinero.

—No, mamá. No es mi hija. Es una de las niñas del centro de acogida que se ha empeñado en venir porque es un poco cabezota.

—Pues con lo poco que te gustan a ti los niños... —puntualizó su madre al tiempo que movía la mano arriba y abajo.

—¿Y tú qué sabes? —preguntó Marco con tono agrio.

Su madre no se dio por ofendida, se acercó a su hijo y le puso la mano en el brazo.

—Hijo, eres más parecido a tu padre de lo que te imaginas. Además, te conozco como si te hubiera parido.

Ahora sí que Gabriela no tuvo más remedio que echarse a reír ante el comentario de la madre de Marco. La mujer la miró complacida y se echó a reír también.

—Bueno, ¿qué? ¿Vais a dejar de reiros de mí?

Gabriela, sin caer en que se encontraba delante de la madre de Marco, se acercó al cocinero y le dio un beso tierno en los labios. Nada más separarse de él, vio cómo la miraban tanto la madre como el hijo y se puso colorada como un pimiento.

—Yo... Lo siento.

Merche le cogió de la mano y sonrió.

—No lo sientas, hija. Lo más bonito del amor es poderlo proclamarlo a los cuatro vientos; no como el padre de éste que es menos romántico que una cagada de paloma en un parabrisas. —La mujer se echó a reír y Marco movió la cabeza de lado a lado. Miró a Gabriela y se encogió de hombros—. Anda, pasad —dijo en cuanto se hubo calmado—. No os quedéis en la puerta.

Los tres entraron detrás de la mujer y, una vez en el salón, se encontraron con Víctor que parecía descansar en un sofá. En cuanto los escuchó, volvió la cabeza y se levantó. Se acercó a Marco que no sabía cómo reaccionar pero pasó a su lado sin dirigirle la palabra. Para sorpresa de todos, le dio dos besos a Gabriela y la abrazó.

—Esta chica me gusta, hijo —dijo nada más soltarla—. No hagas el tonto.

Marco estuvo tentado de responder, pero decidió dejar pasar el comentario cínico de su padre que, nada más ver a Alba, se echó hacia atrás como si le fuera a contagiar alguna enfermedad.

—¿¡Esto qué es!?! —preguntó en voz alta.

Gabriela se mostró algo indignada pero Alba fue la encargada de suavizar el primer encuentro con el padre de Marco.

—Hola, me llamo Alba. ¿Tú quién eres?

El hombre detuvo su retroceso y entrecerró los ojos para contemplar algo mejor a la niña que le acababa de hablar. Un instante después, se relajó.

—Me llamo Víctor. Soy el padre de Marcos.

La niña se acercó con la mano extendida y Víctor, para sorpresa de todos, extendió también la suya y se la estrechó. Pero lo que nadie podía prever era que Alba no tenía ninguna intención de saludar como los adultos. Nada más sentir la mano grande del hombre, tiró de él e hizo que se agachara para darle un beso en la mejilla.

—Soy bajita aunque ya tengo cinco años —dijo la niña con desparpajo nada más besar a Víctor que se había quedado de piedra como los demás.

Se echó la mano a la mejilla y se la limpió con la manga delante de todos aunque Alba ni tan siquiera estaba mirando. Gabriela frunció el ceño pero recordó lo que Marco le había dicho respecto a su padre y los niños y suspiró. Pensó que quizá no hubiera sido buena idea dejarse engatusar por Alba. Aun así, respiró hondo y le entregó a la madre de Marco la bandeja que había comprado en la pastelería.

—¡Ay, hija! ¿Por qué te has molestado? —preguntó Merche sin saber qué hacer con lo que Gabriela le había entregado—. A nuestra edad, no podemos tomar azúcar.

—No se preocupe, Merche. Son unas pastas para el café pero sin azúcar. En la pastelería de la esquina me las han recomendado.

Víctor, ajeno a la conversación, se giró y se acercó a Merche. Pegó su nariz a la bandeja y aspiró con fuerza. Alba se aproximó y lo imitó.

—Qué bien huelen —comentó la niña soltando un suspiro—. Yo quiero.

Víctor le dio un codazo suave en el brazo y aspiró de nuevo.

—¡Toma! —exclamó el padre de Marco—. Yo también quiero. Por si no lo sabes, éstas son las pastas más ricas de todo Madrid.

—Yo, una vez, me comí más de veinte galletas.

—Pues yo, cuando estaba en la mili, me zampé de una sentada cuatro latas de fabada, una de callos y seis flanes.

—Pues yo me puse mala cuando me las comí y me dolía la tripita.

—Me imagino. A mí me entraron unos gases que, si me dejan en mitad del desierto, el Sáhara todavía sería nuestro.

—¡Papá!

—¡Víctor!

Tanto el padre de Marco como Alba se giraron y miraron a las tres personas que los observaban. Dos de ellas con aire reprobador y la tercera con una sonrisa en la cara. Víctor gruñó, cogió a Alba de la mano y se la llevó a su sofá.

—Ven que te voy a enseñar mi colección de sellos.

—Yo estoy haciendo la de Hello Kitty pero no la he traído —explicó Alba en tono muy serio.

—Ésta es mejor. Ya verás. —Víctor se sentó y Alba se situó junto a él mientras el hombre cogía una carpeta donde guardaba los sellos.

—. Anda, Marcos, échame una mano en la cocina y deja a esos dos con sus cosas.

Los tres salieron del salón y entraron en la pequeña estancia donde la madre de Marco ya tenía preparadas unas tazas para café en una bandeja junto con una jarrita y un azucarero. Mientras el cocinero calentaba algo de leche en una cacerola, su madre sacaba una bandeja del horno y la dejaba encima de la mesa.

—He hecho unas galletas.

Marco, sin pararse a contestar, cogió una y se la metió entera en la boca. En cuanto masticó un par de veces suspiró de placer.

—Ya no me acordaba de tus famosas galletas de miel —comentó con la boca llena—. Prueba una, Gabi.

La joven no se hizo de rogar porque el aspecto de los dulces era exquisito y estaba deseando probar una de esas famosas galletas, como había dicho Marco. En cuanto mordió la pasta, tuvo que emitir el mismo sonido que el cocinero.

—Están riquísimas. Nunca había probado unas galletas tan buenas.

—¿A qué sí? Mi madre es la mejor cocinera del mundo —contestó Marco emocionado.

—Bueno, dicen que de tal palo tal astilla —replicó Merche al tiempo que cogía también una de sus galletas—. Hemos leído que la comida de tus restaurantes es exquisita.

Gabriela frunció el ceño y se giró hacia Marco.

—¿No has invitado nunca a tus padres a uno de tus restaurantes?

—Yo... Yo... —balbuceó el cocinero sin saber bien qué contestar.

—No pasa nada, hijo —le disculpó su madre—. Tu padre y yo sabemos que estás muy ocupado.

Ninguno de los tres añadió nada más porque Gabriela vislumbró la tristeza en los ojos de Merche y Marco se dio cuenta, después de más de una década, de lo mal que se había portado con sus padres. Se sintió fatal y se le encogió el estómago. Y mucho más al regresar al salón y encontrarse a su padre, al que siempre había tildado de desagradable con los demás, con Alba sentada en una de sus piernas y con un álbum de fotografías apoyado en la otra. Se detuvieron en la puerta de entrada y observaron en silencio.

—Mira, éste es Marcos con su hermano Víctor en la playa de Benicarló.

—Yo también tengo un hermano. Se llama Tete.

—Pero ése es un nombre de perro —respondió Víctor como si estuviera charlando con un adulto.

—Mi hermano no es un perro. Es una persona —explicó Alba con el ceño fruncido—. ¿Marco tiene un hermano?

El hombre guardó silencio y el cocinero decidió que aquel era un buen momento para hacer acto de presencia. Sabía que el tema de su hermano era algo doloroso para su padre y tenía claro que no iba a contestar la pregunta de la niña. Una vez más, se equivocó con su padre.

—Sí, Marcos tiene un hermano pero ahora está lejos —explicó con tristeza en la voz.

—¿Se ha ido de excursión?

Víctor sonrió al mismo tiempo que una lágrima resbalaba por su mejilla.

—Más o menos. Se ha ido lejos.

—¿Y cuándo vuelve?

—Nunca va a volver —respondió el hombre tras soltar un suspiro—. Pero pienso mucho en él y es como si estuviera con nosotros.

Alba inclinó su cabeza hacia el álbum de fotos y señaló con el dedo una de las imágenes que adornaban la página.

—Le he pedido a Marco que sea mi papá pero no me ha dicho nada.

Víctor levantó una ceja en el instante en el que repetía el mismo gesto su hijo. Gabriela se abrazó a él por detrás y lo besó en la espalda con mucho amor.

—A Marcos no le gustan los niños. Nunca le han gustado. Es igual que yo.

Alba levantó la cabeza y miró al hombre con sus ojos azules. Levantó la mano y le acarició la recién rasurada mejilla.

—Tú estás más arrugado que él —comentó la niña—. Marco es más guapo.

Víctor se echó a reír a carcajadas y el cocinero aprovechó el momento para aproximarse a la mesita de centro y dejar la bandeja con las tazas en ella.

—Ya veo que os lleváis bien —comprobó Merche sonriendo—. Y eso que no te gustan los niños.

—Esta es muy lista —explicó al tiempo que dejaba a Alba en el suelo como si le incomodara que lo vieran de esa guisa—. Además, le gustan los sellos.

—La próxima vez que vengamos voy a traer el álbum de Hello Kitty

para que lo vea tu papá —le comentó a Marco —La niña se acercó a él y le echó los brazos para que la cogiera. El cocinero, sin pensar, al igual que había hecho antes su padre, la agarró por debajo de los brazos y la sentó en sus rodillas. Gabriela lo miró y sonrió.

—¿Qué pasa? —preguntó Marco al ver las miradas cómplices que se lanzaban ella y Merche.

—Nada, hijo, que te queda muy bien la niña.

Marco agachó la cabeza y refunfuñó pero no le duró mucho porque, como solía ser lo típico con la niña, ella se encargó de caldear el ambiente.

—¿Vas a ser mi papá? —preguntó la niña con los ojos puestos en Marco.

—Yo... Yo... No sé ni cuidarme como para cuidar de una niña.

—Pero yo te puedo cuidar y, si te casas con Gabi, podemos cuidarte las dos.

La joven, que acababa de llevarse una pasta a la boca, se atragantó y comenzó a toser. Merche se echó a reír y, para sorpresa de todos, Víctor también actuó de la misma forma.

Alba, como si no fuera con ella, se bajó de las piernas de Marco y comenzó a dar vueltas por el salón curioseándolo todo. Merche sirvió el café en las tazas y le entregó una de ellas, a la que le había echado un par de pastillas de sacarina, a su marido. También le acercó la bandeja con las pastas y el padre de Marco aprovechó para coger tres dulces y colocarlos con mimo sobre el brazo del sofá. Después, le pasó la bandeja a su hijo que hizo lo mismo que su padre y también dejó unas pocas pastas a su lado. Gabriela los miró y ambos se encogieron de hombros.

—Son para luego —contestaron al unísono. Se miraron y, por primera vez desde que Marco se marchara de aquel lugar, se sonrieron.

—Papá, ¿cómo estás del corazón?

—Bien, hijo. Ya sabes lo que dicen de los médicos. El que bien caga y bien mea, no necesita que el médico lo vea.

—¡Víctor! No seas bruto que tenemos visita. —Merche señaló con la cabeza hacia Gabriela pero el padre de Marco curvó los labios en un gesto de desaprobación.

—No es una visita. Es la novia de Marcos y es como de la familia.

—Bueno, me parece bien. Pero tampoco me gusta que digas guarradas delante de la familia.

Gabriela le cogió la mano a Marco y se la estrechó con fuerza. No

podía negar que le había gustado que el padre del cocinero se hubiera dirigido a ella como su novia teniendo en cuenta que en el hospital había pensado de ella que podía ser una de sus «putitas».

—Vaaaaale. Pues eso, hijo, que estoy bien.

—Me alegro mucho, papá.

—Y yo también. Ya sabes lo que dicen... —Víctor miró a su mujer antes de continuar—. Del médico y del enterrador cuanto más lejos mejor.

Merche asintió al comprobar que no se trataba de otro refrán subido de todo.

—Ahora vengo. Voy a hacer unas palomitas para la niña.

—No se moleste, Merche —respondió Gabriela que había intentado darle una pasta a Alba aunque ella se había negado a cogerla.

—No es molestia. —La madre de Marco se levantó del sofá y salió del salón. Unos minutos después, olía toda la casa a maíz frito en la sartén y el cocinero cerro los ojos y aspiró con fuerza.

—Tu madre no quiere saber nada de esas bolsas para meter en el microondas. Sigue haciendo palomitas en la sartén como os hacía a Víctor y a ti todos los sábados para ver el fútbol. ¿Te acuerdas?

—Claro que me acuerdo, papá. Los dos nos poníamos las camisetas de nuestro equipo y nos sentábamos en el sofá a comer palomitas y beber coca cola.

Víctor se puso serio de repente y suspiró.

—¿Sabes una cosa? Echo de menos a tu hermano.

—Yo también, papá. —Marco bajó la cabeza—. Yo también... Siento no haber estado aquí.

—Te fuiste en el peor momento.

Gabriela cogió aire al escuchar la recriminación de Víctor hacia su hijo que podía derivar en una nueva discusión pero Alba, de nuevo en el momento justo, se acercó a Víctor con un álbum negro en las manos y se lo dejó sobre las rodillas.

—Quiero que me enseñes más cromos.

—Esto no son cromos. —El padre de Marco hizo ademán de levantarse a pesar de la petición de la niña pero la voz de su mujer lo detuvo.

—Deberías enseñarle eso a Marcos.

Merche dejó un bol lleno de palomitas y un vaso con zumo de naranja encima de la mesa, se acercó al sofá donde solía sentarse su marido y, tras dejar caer un cojín en el suelo, se arrodilló junto a él.

—No creo que el chico quiera verlo.

—Estoy segura de que sí.

Víctor dejó el álbum que había llevado Alba sobre la mesita de centro y lo abrió por la primera página.

Marco, que esperaba ver cualquiera de las múltiples colecciones que siempre había hecho su padre, se quedó de piedra al encontrarse con un recorte de periódico anunciando la inauguración de su primer restaurante. Un anuncio que había tenido que pagar él mismo para conseguir algo de publicidad. Con curiosidad, giró el álbum y lo colocó frente a él para que Gabriela también pudiera observarlo. Durante los siguientes minutos, fue pasando página tras página, descubriendo en ese álbum su propia carrera como empresario. El último recorte era el de la inauguración que había tenido lugar unos días antes, precisamente la noche que él había decidido conducir borracho. Cuando cerró el álbum, tenía los ojos anegados en lágrimas y no sabía qué decir. Le entregó el libro a su padre que le acarició el lomo antes de dejarlo en su lugar en una estantería cercana.

—Estamos muy orgullosos de ti, hijo —aseguró Merche en el instante en el que su marido volvía a sentarse junto a ella—. Los dos estamos muy orgullosos de ti. No lo olvides nunca.

Marco, con la mirada vidriosa, se inclinó sobre su madre y le dio un beso tierno. Después, observó a su padre y vio en aquella imagen que ahora contemplaba no a un hombre repleto de rencor, sino a un padre orgulloso de su propio hijo y al que no podía odiar de ninguna manera. Se levantó del sofá, se inclinó hacia él y lo besó también. Víctor no dijo nada pero, cuando Marco se separó de él, pudo ver cómo una lágrima volvía a hacer acto de presencia en su rostro.

—Tenemos que irnos —comentó el cocinero al ver la hora en el reloj del salón—. Gabi tiene que volver al centro.

La joven se levantó, besó a los padres de Marco y cogió a Alba de la mano. Una vez en la puerta, la niña se dio la vuelta y regresó corriendo junto al padre del cocinero que los miraba con tristeza desde su lugar junto al sofá. Se agachó justo a tiempo para coger a Alba en brazos. Ella le dio un beso en la mejilla y acercó la boca a su oído.

—Ya te traeré el álbum de Hello Kitty.

Víctor abrazó a la niña y así se mantuvo unos segundos hasta que Alba comenzó a mover sus piernecitas para que la soltara. El padre de Marco le dio un último beso y la dejó con suavidad en el suelo. La niña, al pasar junto a

Merche, se vio recompensada con una bolsa llena de palomitas.

—Anda, te las comes en casa.

Alba le dio las gracias con mucha educación y salió al rellano seguida de cerca por Gabriela. Marco se detuvo en la puerta, se volvió hacia sus padres y les sonrió.

—Nos vemos en breve. Os lo prometo.

—Merche volvió a besarlo y lo dejó ir con todo el dolor de su corazón. Sabía que algo había cambiado ese mismo día pero, a pesar de ello, le daba miedo que al salir por la puerta, su hijo volviera a ser el mismo de siempre. No podía hacer otra cosa sino confiar.

Marco y Gabriela bajaron las escaleras con lentitud.

—Me ha encantado tomar café con tus padres —dijo ella a la altura del primer piso.

—A mí también. —Marco se detuvo y la cogió por la cintura—. Tengo que darte las gracias. Si no hubiera sido por ti...

—No tienes que dármelas.

Se besaron en el rellano de la escalera por donde Marco había pasado infinidad de veces en su infancia; donde se había peleado más de una vez con su hermano y donde se había escondido con él cuando su padre se enfadaba y los amenazaba con castigarlos. Allí, en el lugar donde Marco había crecido, se besaron con pasión.

—¿Queréis palomitas?

Marco y Gabriela se separaron y miraron a la niña que los contemplaba como si verlos besarse fuera lo más normal del mundo.

—No, gracias, cariño.

Los tres bajaron los peldaños que los separaban del portal, salieron a la calle y allí Marco se encontró con la persona que menos esperaba. Su abogado, con las manos en la espalda, esperaba al tiempo que contemplaba las terrazas.

—Cristian, ¿qué haces aquí?

Su empleado, al verlo con Gabriela y Alba, arrugó la nariz y endureció su gesto.

—Y tú, ¿qué haces?

—He venido a ver a mis padres.

—¿Con tu «querida»? Qué original. Aunque lo de la niña sí que es la caña.

Marco se aproximó a él y lo miró con dureza.

—¿Qué te pasa? —le preguntó bajando algo la voz—. ¿Estás borracho o qué?

Cristian sonrió con cinismo y le devolvió la mirada dura a su jefe y amigo.

—Lo que me pasa es que esta mujer te ha cambiado. Odiabas a tus padres y ahora vienes a verlos con ella y con... la niña esta.

—¿Y eso te molesta? —Marco no entendía el comportamiento de su abogado—. ¿Estás celoso?

—Siempre te has creído el centro del universo y ahora mucho más.

Marco fue a replicar pero un ruido a su espalda lo detuvo. Se volvió y se encontró con su vecina, Vero, que lo miraba con odio.

—Vaya, ya veo que ahora te gustan las mujeres vulgares. ¿O es que la niña es tuya?

Cristian enseñó lo que escondía en la espalda y se lo entregó a Verónica que recibió el ramo de flores con una sonrisa de suficiencia, que no le dedicó al abogado, sino que fue dirigida hacia el cocinero. Cristian caminó hacia su coche y esperó a la mujer junto a la puerta abierta del acompañante.

—Tú te lo has perdido —le dijo Vero a Marco al pasar a su lado. Le lanzó un beso fugaz y se marchó con Cristian.

El cocinero se volvió hacia Gabriela esperando su reacción pero, una vez más, le mostró que estaba muy por encima de esas situaciones.

—Vaya tías raras con las que has estado.

—Nunca he tenido una relación con Vero —explicó a pesar de saber que aquello solo era una verdad a medias—. Solo es una vecina.

—Pues tu vecina está como para que la encierren. La verdad es que hace buena pareja con tu abogado.

Marco sonrió de medio lado.

—Ahora que lo dices, tienes razón. Son tal para cual. Pero bueno, son inofensivos.

Gabriela se encogió de hombros y, mientras esperaban la llegada de un taxi para regresar al centro de acogida, pensó que ese hombre tenía aspecto de cualquier cosa menos de inofensivo. Se agarró al brazo de Marco e intentó espantar sus peores fantasmas.

## Veintiuno

—¿Quién se encarga de poner los turrone?

—Eso es cosa de las niñas. Los tíos no juegan con comiditas.

Todos se volvieron hacia Paco y éste, nada más sentirse observado, levantó la cabeza y clavó su mirada en Marco.

—¿Jugar con comiditas? ¿Te crees muy machote para cocinar?

El chico se dio cuenta de que acababa de meter la pata e intentó disimular pero no pudo evitar la venganza del cocinero.

—Di un número del uno al trescientos mil —ordenó Marco con firmeza.

—Yo... esto... esto...

—Venga, un número del uno al trescientos mil.

—Pues, el ciento tres mil ochocientos doce —replicó al azar.

—Perfecto. Te ha tocado ser mi ayudante de cocina. Hoy te toca jugar a las comiditas.

Tomy se echó a reír y las niñas que se encargaban de pelar gambas cuchichearon entre ellas.

—Pero, lo de cocinar es un asco. Me acabo de poner mi camiseta de la suerte de DC y me la voy a manchar —protestó Paco intentando librarse por todos los medios.

—Eso tiene arreglo. Por aquí tengo otro delantal.

Marco abrió un cajón y sacó la prenda que solía llevar Aurora cuando cocinaba en el centro.

—Pero, tío. Es rosa.

—Sí. Pero las flores y las mazorcas de maíz le dan un toque alegre.

—Yo no me pongo eso.

Marco se encogió de hombros.

—A mí me da igual pero te va a tocar meterle la mano en el culo al pavo y no veas como mancha. —El cocinero se dio la vuelta y dejó el delantal de Aurora sobre la encimera.

Paco miró su camiseta y, acto seguido, observó el trozo de tela rosa. Resopló y, para regocijo de sus compañeros, se colocó el delantal sobre su camiseta de marca. Marco, al girarse, pensó en soltar algún comentario mordaz pero, tan solo con ver la cara de apuro de Paco, supo que el chico ya lo debía estar pasando bastante mal.

—Bueno, vamos a jugar a las comiditas. Coge toda esa verdura y ponte a rellenar el pavo.

El chico miró a uno y otro lado y, cuando halló sobre la encimera el plato con las verduras, comenzó a buscar el pavo por todas partes.

—¿Qué haces? —preguntó Tete mientras partía unas tabletas de turrón con la ayuda de Patricia que las iba colocando en una bandeja.

—Estoy buscando el pavo de los cojones —soltó Paco al tiempo que resoplaba como un miura.

—Pero, si lo tienes ahí detrás —le explicó su amigo Tomy con el dedo señalando hacia algún lugar a su espalda.

Paco se volvió y se quedó con los ojos muy abiertos clavados en una montaña de color rosáceo colocada sobre la bandeja del horno.

—¿¡Eso es el pavo!?! —preguntó atemorizado.

—Bueno, más bien, eso es el culo del pavo —le explicó Tete con una carcajada pugnando por salir de su boca—. Por ahí tienes que meterle toda la verdura. Pero hazlo con cariño. Lo mismo ya has encontrado a tu media naranja.

—O a tu medio pavo.

Todos los chicos se echaron a reír ante el comentario de Patricia y Paco, más digno que nunca, se quitó de un movimiento el delantal de color rosa y se acercó a Marco que estaba ocupado limpiando unas lechugas para el cóctel de marisco que quería preparar.

—Tío...

—¿Qué quieres, sobrino?

—Estoooo... Yo...

Marco detuvo su labor y lo miró con detenimiento. Le hizo un gesto con la cabeza para que se lanzara a hablar de una vez.

—Que yo no le meto la mano en el culo a ese pavo.

—¿Qué pasa? ¿Lo de jugar a las comiditas es demasiado duro para ti?

—Es queeee... Lo de meterle la mano por el culo...

—Bueno, he traído unos percebes para los adultos. Sácalos de la nevera y los lavas uno a uno con agua fría.

Paco, algo más tranquilo, se acercó al frigorífico, abrió la puerta y recorrió el interior del electrodoméstico con la mirada.

—Marco...

—Dime...

—¿Cómo son los percebes?

—Son como pezuñas de animal en miniatura de color negro. Están en un plato.

—¡Ah, sí! Ya los veo.

El chico sacó el plato con los percebes y los llevó junto al fregadero. Miró a sus compañeros con suficiencia como si el trabajo recién encomendado por el cocinero fuera de un estatus especial. Cogió el primer percebe y lo puso debajo del grifo.

—Tienes que frotarlo un poco —explicó Marco muy serio.

Paco, con diligencia, comenzó a frotar el animal de arriba a abajo con dos dedos.

—Tío, ¿tú sabes lo que son los percebes? —preguntó Tete que había pillado a la primera la broma que intentaba llevar a cabo Marco.

—Ni idea —respondió Paco al tiempo que frotaba el segundo percebe—. Son unos bichos simpáticos.

—Pues, esos bichos simpáticos son unos crustáceos que son todo pene. De hecho, tienen el pene más largo del mundo en proporción a su tamaño.

Paco levantó la cabeza y lo miró con el ceño fruncido sin dejar de mover los dedos arriba y abajo.

—¿Qué quieres decir?

Tomy se inclinó sobre la encimera y le puso la mano en el hombro a su amigo.

—Tronco, le estás haciendo una gayola a un crustáceo.

Todos se echaron a reír a carcajadas de nuevo y Paco, muy indignado, soltó un grito y lanzó el percebe al fregadero. Sin dejar de soltar improperios se lavó las manos como si se tratara de un cirujano, se quitó el delantal y salió de la cocina.

—Bueno, creo que no va a jugar a las comiditas en mucho tiempo —dijo Marco con la vista fija en la puerta de la cocina por la que entró

Gabriela.

La joven se aproximó al grupo y miró lo que estaban haciendo. Elevó ambas cejas en un gesto de asombro.

—¿Cómo has logrado que todos te echen una mano?

Marco dejó un par de copas encima de la encimera, se acercó a ella y, ante las risitas generalizadas, la besó en los labios.

—Los he sobornado. Si me echan una mano, pueden chupar las cabezas de las gambas.

Gabriela se escandalizó y se preparó para regañar a Marco pero la sonrisa inocente de él la detuvo.

—Es broma. Ellos han querido echarme una mano y te aseguro que es de agradecer. Ahora, tengo que encontrar a un voluntario que rellene el pavo.

—Yo misma.

Para sorpresa de todos y, en especial, del propio Marco, la joven cogió el delantal de Aurora, se lo puso y se acercó al enorme pavo. Sin que nadie le dijera nada, agarró con una de las manos una buena pelota de verdura cocida y macerada y la introdujo dentro del pavo.

—¡Joder! Qué daño —soltó Tomy para deleite de todos los chicos—. Le ha roto el «najas».

Gabriela se volvió hacia él y lo fulminó con la mirada.

—Al siguiente que haga una gracia lo dejo sin cenar.

—No serás capaz —protestó Tete—. Hoy es Nochebuena.

—Tú prueba.

Los chicos se miraron unos a otros y siguieron con lo que estaban haciendo. Marco, en ese momento, levantó la vista hacia ellos y llamó su atención.

—A ver, hay que ponerse las pilas que solo nos quedan tres horas para la cena y eso es lo que tarda el pavo en hacerse en el horno.

Todos comenzaron a trabajar frenéticamente. Mientras unos vestían las mesas del comedor para la ocasión, otros se encargaban de llenar un par de bandejas con trozos de turrón, polvorones variados y mazapán. Marco dejó las copas en la nevera para que se enfriaran y, tras pelar todas las gambas, comenzó a preparar el final de la cena.

—¿Qué haces? —preguntó Gabriela al tiempo que contemplaba al cocinero de reajo.

—Estoy con el postre.

—¿Y qué preparas?

—Como el horno está acaparado por el pavo, voy a hacer un flan de chocolate con helado de mango, lima y menta. Seguro que les gusta.

En ese preciso instante, la puerta de la cocina se abrió pero ellos no se volvieron pensando en que debía tratarse de cualquiera de los chicos. Su sorpresa fue mayúscula al escuchar la voz de un adulto.

—Lo que me faltaba por ver. El gran Marco cocinando para unos muertos de hambre.

El cocinero se dio la vuelta al mismo tiempo que Gabriela y se encontró con Cristian, su abogado, con una botella en la mano y aspecto de haber bebido.

—Cristian, ¿qué...?

—Te he dado mi amistad y he trabajado contigo para levantar tu puto imperio...

—Estás bebido.

—Y tú estás agilipollado con esta mujer que te ha convertido en un pelele.

Marco se acercó al abogado e intentó calmarlo pero él retrocedió un paso y lo señaló con el dedo índice.

—Siempre hemos pasado estas fiestas juntos y ahora me dejas solo para irte con esta... esta...

—No sigas, Cristian. No digas algo de lo que luego tengas que arrepentirte.

El abogado se dejó caer en una de las sillas, dejó la botella de whisky en la mesa y apoyó la cabeza en las manos. Comenzó a sollozar.

—Cristian...

Silencio.

—Cristian...

El letrado se levantó de repente y señaló a Gabriela con el dedo en el instante en el que Tete y Patricia volvían a entrar en la cocina para partir algo más de turrón.

—Tú me has separado de él. Tú eres nuestra Yoko Ono y te has cargado la esencia de *Marco cuisine exquisite*.

—Yo no he hecho nada de eso. No eres buena persona y esto es...

El rostro de Cristian se volvió del color de la grana y estalló de ira. C cogió la botella de licor y la estrelló contra la pared muy cerca de donde los dos chicos esperaban y contemplaban la escena con la boca abierta.

—¿Qué no soy buena persona? Ya verás tú lo buena persona que puedo

llegar a ser...

—Cristian, te estás pasando —advirtió Marco al que le había pillado por sorpresa la reacción encolerizada de su abogado—. Somos amigos pero esta Navidad yo...

—¿Amigos? Una mierda vamos a ser amigos tú y yo. Quédate con tu... tu... —Cristian decidió no continuar la frase y salió de la cocina de la misma forma que había entrado pero con una botella menos y el rostro congestionado por la rabia.

Marco, una vez la puerta se hubo cerrado, le hizo un gesto a los chicos para comprobar que se encontraban bien y, acto seguido, se acercó a Gabriela y la abrazó. Ella parecía serena pero él notó como resoplaba y como su corazón latía a mil por hora.

—Lo siento —se disculpó con un hilo de voz—. Yo no...

—No te preocupes. No es culpa tuya.

—No sé... Tendría que haberlo previsto.

—Da igual. Vamos a seguir con la comida que ya has dicho que no queda mucho tiempo.

Marco liberó a Gabriela de su abrazo y regresó a sus tareas pero sin dejar de mirarla de vez en cuando de reojo. Los chicos, mientras tanto, recogieron con mucho cuidado los restos de la botella rota y fregaron el whisky esparcido por el suelo.

El tiempo pasó como un suspiro y, cuando llegó la hora de la cena, a todos se les había olvidado la visita desagradable de Cristian. Marco sirvió las copas con el cóctel de marisco y se sentó junto a Gabriela, Tete y Leo en el sitio que ya le correspondía como si llevara toda la vida comiendo en aquel lugar.

—¿Esto qué es? —preguntó Alba con una gamba en la mano.

—Es un cóctel de marisco —explicó Marco como un profesor—. Lleva gambas, lechuga, huevo duro y salsa rosa.

—¡Joder! Qué de cosas.

Marco miró a Paco y lo atravesó con la mirada pero éste no se amilanó. Todavía estaba dolido por la broma del cocinero y quería devolvérsela.

—Con lo buena que está una tortilla de patatas y ahora venimos con mariconadas.

—¡Paco!

Gabriela hizo ademán de levantarse para recriminar al chico pero Marco la detuvo. La encargada se sentó de nuevo y no pasó a mayores.

Dieron buena cuenta del cóctel sin protestar. En cuanto Paco mezcló todo el contenido de su copa y se llevó la primera cucharada a la boca no pudo evitar emitir un gemido de placer.

—¿Qué? Parece que te gusta la mariconada —le dijo su amigo Tomy a lo que su compañero no respondió.

Cuando llegó el momento tan ansiado por los chicos del pavo, todos se quedaron contemplando la puerta de la cocina por la que había desaparecido Marco. En cuanto éste regresó con la bandeja y el ave cocinada al horno se escucharon unos cuantos silbidos mezclados con aplausos.

—¡Vaya bicho!

—Como para chuparse los dedos.

—Lo quiero todo para mí.

—¿No hay más cóctel de marisco?

—Mira, Paco, tu novia al horno.

Todos dejaron los comentarios y se echaron a reír ante el último, que para sorpresa de todos, había sido soltado por Tete que solía ser bastante más comedido. A pesar de eso, Paco lo miró y le hizo un gesto obsceno con el dedo levantado antes de echarse a reír. Parecía que el ambiente navideño lo impregnaba todo aunque el interior del corazón de Gabriela albergaba una tristeza infinita. Si no conseguía encontrar pronto una solución, aquella sería la última navidad que los chicos pasarían en ese centro de acogida. Y, por si todo ello fuera poco, no podía olvidar que, en unos pocos días, Alba iba a ser adoptada. En todos aquellos años desde que creara el centro, era la primera vez que no se alegraba de la adopción de uno de los chicos. Adoraba a Alba y no quería verla separada de su hermano. Eran demasiadas cosas revoloteando en el interior de su cabeza pero no quiso amargarle la noche a nadie por lo que hizo de tripas corazón y se unió a la fiesta navideña.

—Marco, yo quiero el primer trozo —comentó Pedro con el egoísmo típico de los niños.

—No, el primer trozo es para Gabi. Sin ella, no habría navidad.

Nadie protestó. El cocinero le sirvió la primera rebanada de pavo acompañada de relleno a la joven que lo miró con infinito amor pero que no pudo evitar que una lágrima rodara por su mejilla.

—¿Qué te ocurre? —preguntó Marco extrañado.

—Nada —contestó ella al tiempo que se secaba la lágrima con la servilleta—. Estoy bien.

—Para mí que está enamorada.

—Yo creo que le da pena el pavo.

—O tiene la regla.

—Tú qué sabes, borrico.

—¿No estará embarazada?

Gabriela, ante el aluvión de sugerencias de los chicos, se puso en pie y salió del comedor. Marco la alcanzó en mitad del pasillo y la detuvo.

—¿Qué te pasa?

—No me pasa nada. De verdad.

—Gabi...

—¿Qué?

—Dime qué te ocurre.

La joven bufó pero no pudo aguantar más y se echó a llorar. Se abrazó a él y siguió gimoteando unos segundos. Cuando se calmó, alzó la cabeza y le dio un beso tierno a Marco.

—Mis padres murieron en Nochebuena.

—Yo no... no lo sabía.

—Yo solo tenía quince años e insistí durante meses para que me dejaran ir a mi primera fiesta. Era una niña malcriada y, al final, mis padres claudicaron. Después de la cena, ambos decidieron llevarme a la casa de la chica donde íbamos a celebrar la Navidad unos cuantos compañeros de clase. Me dejaron allí y, mientras regresaban, un hombre borracho se cruzó en su camino y se los llevó por delante. Murieron en el acto y yo me quedé sola.

Marco dejó salir sus sentimientos y lloró con ella por sus padres, por su roto corazón y por la soledad que la había acompañado todos esos años. Demasiadas similitudes con la muerte de su propio hermano le hicieron sentir como suyo el dolor de la mujer que le había robado el alma. Ambos lloraron y ambos enterraron en aquel pasillo toda su pena. Por lo menos durante aquella noche.

—Es una Navidad distinta —recalcó ella cuando se dirigían hacia el comedor más calmados.

—¿Y eso?

—Tú estás aquí. Ya no me siento sola.

Marco la apretó contra su cuerpo y sintió oleadas de amor recorrer cada centímetro de su ser. Su último pensamiento se escapó como un suspiro.

—Yo tampoco me siento solo.

Entraron en el comedor para comprobar que Tete había tomado las riendas de la situación y estaba trinchanto el pavo como si llevara toda la

vida haciéndolo. Cuando vio a Marco, hizo ademán de entregarle el cuchillo y el tenedor pero éste negó con la cabeza y le sonrió.

—¿Qué te pasa, Gabi? —preguntó Tomy—. ¿Estás embarazada?

La joven resopló.

—No, no estoy embarazada.

—¡Mierda! —exclamó el chico—. ¡He perdido la porra!

Gabriela volvió a resoplar con más fuerza pero no se enfadó. Por el contrario, decidió seguirles la corriente.

—¿Y quién más ha apostado en la porra?

Todos los chicos mayores levantaron la mano e incluso Tete elevó el tenedor para trinchar.

—Ya os vale. ¿Y qué habéis dicho cada uno, si puede saberse?

—Yo he dicho que tenías hambre.

—Y yo que Marco te gusta más que los pimientos fritos.

—Yo creo que echas de menos a tus padres.

—Y yo que no quieres que ninguno de nosotros nos vayamos nunca de aquí.

Pedro también levantó la mano y se encogió ligeramente.

—Yo creo que lloras porque es Navidad y es un día triste.

Gabriela miró a los chicos con cariño y asintió. De alguna forma, todos ellos tenían razón y le demostraban una vez más lo sabios que podían llegar a ser los niños. Pero no quería contagiar a nadie con su tristeza por lo que se levantó, alzó su copa y extendió el brazo hacia los niños.

—Por todos nosotros. Una familia.

Los chicos aplaudieron a rabiar y se lanzaron en picado a por el pavo que Tete, mientras tanto, había ido colocando delante de cada uno de ellos. Cuando llegó el momento del postre, casi todos sentían la tripa llena. Comenzaron a protestar pero, al ver el flan de chocolate con el helado de mango, lima y menta, también dieron buena cuenta de ello.

Entre todos recogieron los platos sucios y los cubiertos y los metieron en el lavavajillas. Gabriela observó la escena con los ojos muy abiertos porque Aurora nunca había logrado que los chicos colaboraran con ella pero ahora parecían encantados de poder echarle una mano a Marco. Unos minutos después regresaron al comedor y el cocinero abrió una botella de champán y un par de ellas de un sucedáneo de cava para niños. Brindaron por una Navidad feliz y se lanzaron a por los turrónes y los polvorones.

—En el portal de Belén hay estrella sol y lunaaaaa —cantó Patricia con

una buena entonación—, la virgen y San José y el niño que está en la cuna.

—¡Ande, ande, ande, la Marimorena! —corearon todos —¡Ande, ande, ande que es la Nochebuena!

—¡En el portal de Belén han entrado los ratones y al pobre de San José le han roído los calzones! —continuó Tete a voz en grito.

—¡Ande, ande, ande, la Marimorena. Ande, ande, ande que es la Nochebuena!

—Fíjate qué rubia, mira qué morena. ¡Ay, qué buena noche, que es la Nochebuena!

Todos se volvieron al escuchar la voz de tenor de Marco y éste se echó a reír e hizo un gesto para que continuaran cantando.

—¡Ande, ande, ande, la Marimorena. Ande, ande, ande que es la Nochebuena!

Paco carraspeó e hizo un gesto para que le dejaran a él cantar.

—En el Portal de Belén hay un viejo, y yo lo vi, con un papel en el culo diciendo: «Besadme aquí». —En ese momento, se giró y se bajó los pantalones a la vez que se palmeaba las nalgas con ambas manos.

—¡Borríco!

—¡Bestia!

—¡Castigado!

Continuaron cantando durante un buen rato hasta que Gabriela miró su reloj de pulsera y comprobó que era casi la una de la madrugada. Los más pequeños se caían por las esquinas y los más mayores comenzaban a flojear.

—¡Chicos, hay que ir a la cama!

—¡No, no!

—Un poco más.

—No nos queremos ir.

—¿Hay más pavo? Tengo hambre.

Gabriela no conseguía que los chicos se acostaran y Marco tomó las riendas. Se subió a una silla y puso las manos alrededor de la boca como una bocina.

—¡Papá Noel debe estar a punto de llegar!

Todos se callaron y se giraron al escuchar la voz. Gabriela temió que los chicos comenzaran a burlarse de él pero, para su sorpresa, les dieron las buenas noches y salieron del comedor en dirección a las habitaciones.

—No me lo puedo creer —comentó la joven con los labios curvados—. Ha funcionado.

—Ningún niño se resiste a la magia de Papá Noel.

Gabriela se levantó y le puso la mano en el hombro al cocinero con solemnidad.

—Muy bien, listillo. ¿Y qué crees que pasará mañana cuando no encuentren ningún regalo debajo del árbol?

Marco sonrió y le cogió de la mano para conducirla a la cocina. Allí, sacó una bolsa grande del almacén y se dirigió con ella a la puerta de salida.

—Vamos a tu despacho.

Ambos salieron de la cocina y entraron en el cuarto pequeño donde tan solo un día antes se había decidido el futuro de la pequeña Alba. Una vez allí, Marco abrió la bolsa y sacó un disfraz de Papá Noel.

—Aquí tienes a tu Santa Claus.

—¿Te vas a disfrazar?

—Nos vamos a disfrazar.

El cocinero extrajo otro disfraz y se lo entregó a Gabriela que lo agarró y lo miró con detenimiento.

—Yo paso de disfrazarme.

—¡Eh! Papá Noel necesita un paje. —Marco vio que ella dudaba—. Anda, será divertido y para los niños mucho más. Vamos a ir de habitación en habitación.

Gabriela soltó todo el aire que retenía y asintió. Mientras Marco se ponía el traje de Santa Claus encima de la ropa, ella hacía lo mismo con el disfraz de paje real que le recordaba al de un elfo de los bosques. Incluso llevaba una barba de color marrón, un sombrero parecido al de Robin Hood y orejas puntiagudas.

Marco terminó de vestirse, se colocó la barba, se caló el sombrero y se introdujo un cojín en la panza. Estaba irreconocible y Gabriela no pudo evitar echarse a reír. El cocinero sacó como pudo el móvil del bolsillo y lo colocó sobre la mesa tras apretar el botón del temporizador. Contemplaron la imagen de los dos disfrazados, se miraron y sonrieron.

—Te besaría, pero nunca le he dado un muerdo a un tipo con barba —comentó el cocinero socarronamente.

—Pues tú te lo pierdes porque los elfos solemos ser muy ardientes.— Gabriela se puso seria casi al instante—. Una cosa sin importancia, Papá Noel suele llevar regalos a los niños. ¿Qué se te ocurre?

Marco se inclinó y extrajo un saco marrón de la bolsa donde había llevado los disfraces. Se la entregó a Gabriela.

—Son tonterías pero bueno...

Ella no aguantó más y, olvidando por un instante la tristeza que la embargaba, se acercó a él y lo besó con pasión. Él, al principio reticente, correspondió al beso. En cuanto se separaron, Marco resopló.

—Me siento un poco gay por besar a un barbudo.

Gabriela lo contempló con mirada pícara y le cogió la mano para llevársela a uno de sus senos que él apretó con suavidad.

—¿Mejor?

Él asintió.

—Mucho mejor. No hay nada como tocar una teta para ser feliz.

—Anda, vámonos de ronda.

Salieron del despacho y comprobaron que todo estaba silencioso. Llegaron al pasillo de las habitaciones y se detuvieron un instante.

—¿Por dónde empezamos? —preguntó Gabriela en un susurro.

—Creo que vamos a probar con Tete. Si él no nos pilla, todo genial.

Marco rebuscó en el saco y extrajo una caja pequeña envuelta con papel azul. Entraron en la habitación del chico que ya se encontraba metido en la cama y aparentemente dormido y se acercaron. Marco dejó el paquete en una de las zapatillas de Tete y se dio media vuelta para marcharse. Una voz algo quebrada por el sueño los detuvo.

—Tu perfume te delata pero los críos no se darán ni cuenta.

Gabriela se ruborizó y salió de la habitación seguida por Marco que, nada más llegar al pasillo, se acercó al elfo y olisqueó.

—El chico tiene razón. Hueles a cereza.

—¿Y qué quieres que haga? Es mi perfume.

—No pasa nada. —Marco metió con dificultad la mano en el bolsillo del pantalón y sacó de él un pequeño perfumador. Apretó el botón y se echó una buena cantidad alrededor del cuello—. Esto los confundirá.

Sonrieron y, acompañados por el halo vaporoso mezcla de cereza de ella y cedro de él, entraron en la siguiente habitación donde Tomy roncaba como un adulto. Repitieron la operación con la misma suerte hasta llegar al cuarto de Pedro. Marco abrió la puerta y asomó la cabeza. El chico parecía dormir por lo que empujó con suavidad y abrió pero no logró el tan ansiado silencio. La puerta empujó un monopatín que rodó hasta la papelera. Ésta se volcó y un hilo atado a ella se estiró y, con ese movimiento, arrastró una bandejita llenas de canicas que cayeron al suelo. Al escuchar el ruido, Pedro se despertó y encendió la luz de la lamparilla.

—¡Anda! —exclamó el chico mientras se frotaba los ojos—. ¡Papá Noel! Y yo que pensaba que no existía.

—¡Jo, jo, jooooo! —La gran risotada de Marco inundó toda la habitación y Gabriela tuvo que hacer un gran esfuerzo para no echarse a reír—. ¡Vaya! Un niño que todavía no está dormido y que se va a quedar sin su regalo.

—¡No, no, nooooo! —Pedro se tumbó todo lo rápido que pudo, se tapó la cabeza con la sábana y la manta y comenzó a imitar un ronquido que no tenía nada que envidiar al de Tomy.

Marco se acercó a la cama del chico, lo empujó con la mano y los ronquidos subieron de volumen. Gabriela sonrió y le hizo un gesto al cocinero para que saliera de la habitación. Éste cogió una cajita del saco y la dejó sobre una de las zapatillas de andar por casa del chico, muy bien colocadas a los pies de la cama.

—Es de lo que no hay —reconoció Gabriela una vez estuvieron en el pasillo—. Es más listo que el hambre.

—Pues, esta vez lo hemos engañado.

La joven meneó la cabeza y se encogió de hombros.

—No sé yo...

Llegaron a la penúltima puerta del pasillo y la abrieron con mucho cuidado. Marco asomó la cabeza y se cercioró de no encontrarse con más trampas sonoras. Una vez comprobado, entraron en la habitación y se acercaron a la cama. En ella dormía plácidamente una niña pequeña que no sabía que en unos pocos días tendría que abandonar el centro y a su hermano. Gabriela no pudo evitar que los ojos se le humedecieran al pensarlo pero Marco no se dio cuenta.

—Una cosa que me llama la atención es que cada chico tenga su propia habitación —comentó el cocinero en un susurro.

—Bueno —explicó Gabriela un poco más animada—, pensamos en ponerles palos en un gallinero pero alguno de los chicos se caía por la noche.

Marco le dio un golpe cariñoso en el hombro que ella le devolvió.

—Me gusta esta niña —reconoció él sin dejar de mirar a Alba—. Me recuerda a alguien.

—¿A ti?

—No.

Gabriela se aventuró.

—¿A tu hermano?

—¡Qué va! —exclamó Marco sin ofenderse—. Él era más parecido a Pedro. Nunca paraba y hablaba por los codos.

—¿Entonces? ¿A quién te recuerda?

—A ti.

Gabriela abrió los labios para replicar pero los volvió a cerrar. Meditó un instante y no supo qué decir.

—Es lista como tú y también muy cariñosa. Además, sabe lo que quiere. Menos mal que os tiene a ti y a su hermano.

Gabriela sintió un nudo en la garganta y se dio la vuelta para no echarse a llorar.

—Vamos —dijo con un hilo de voz—, todavía nos queda una habitación.

Marco le dejó a la niña un paquete alargado que sabía que contenía una pequeña muñeca que había elegido para ella y salió de la habitación. Caminaron hasta la última puerta del pasillo en silencio y, cuando fueron a empujarla, se percataron de que ya estaba abierta unos centímetros. Marco la empujó con suavidad y metió la cabeza dentro del cuarto para comprobar que no hubiera nada detrás de la puerta. En cuanto confirmó que el camino estaba despejado, se volvió hacia Gabriela.

—¿De quién es este cuarto? Huele raro.

—Serán las zapatillas. Es de Paco.

La revelación le llegó a Marco demasiado tarde. En cuanto empujó un poco más la puerta, un barreño lleno de agua, situado en la parte superior, cayó sobre ellos dos que al instante se sintieron empapados.

—¡Su puta madre! —exclamó Marco al sentir el gélido líquido recorrer su espalda.

Gabriela, por su parte, tan solo pudo gritar. Empujó a Marco dentro de la habitación y se acercó a la cama donde Paco se encontraba debajo de las mantas aguantando la risa como podía. En cuanto asomó la cabeza, no lo soportó y soltó una carcajada.

—Ssssss —chistó Gabriela—. Vas a despertar a los demás.

El chico dejó de reír y miró a Marco con gesto burlón.

—Esto por obligarme a lo del delantal rosa.

El cocinero lo atravesó con la mirada pero, al comprobar que el chico no parecía mostrar maldad, sonrió también y le tendió la mano. Paco lo observó con detenimiento y le correspondió.

—En paz.

—En paz.

—¿Y yo qué? —preguntó Gabriela al tiempo que se miraba en un espejo—. Vosotros en plan machote vengativo y a mí me toca mojarme.

Paco se encogió los hombros.

—Un daño colateral.

—Perfecto. Estás castigado.

—¿Otra vez? —El chico fue a protestar pero la encargada del centro no lo dejó. Salió de la habitación de puntillas, comprobando antes que nadie estuviera en el pasillo y Marco la siguió.

—Lo que no entiendo es cómo sabía que íbamos.

—Seguro que ha sido Tomy. Son uña y carne.

—Ya. Pero no tienen móvil ni nada como para mandarse un *WhatsApp*.

Gabriela abrió una puerta y le invitó a Marco a entrar. Una vez dentro, miró a uno y otro lado y se volvió hacia ella con los ojos como platos.

—¿Es tu habitación?

—Pues, sí.

El cocinero observó la cama bien hecha, la cómoda con pocas cosas encima y una mesita de noche con tan solo una lámpara encima. No había mucho más excepto un armario empotrado.

—Un poco espartano.

—No necesito nada más.

Marco se volvió hacia ella y la abrazó.

—Bueno, esto promete.

Gabriela lo empujó sin contemplaciones, se acercó al armario y sacó una toalla que le lanzó.

—Pues esta noche, ni prometes ni metes —le dijo con picardía—. No voy a acostarme contigo aquí en el centro.

Marco bufó.

—¿Y eso por qué?

—Las normas son las normas. Aquí no hay sexo.

—Claaaaaaro. Por eso Tete tiene a su novia en la habitación de al lado y, por lo que cuentas, Paco está enganchado a las páginas guarras de internet.

Gabriela se acercó a Marco de nuevo y lo besó en los labios con ternura. Él intentó separarse pero ella no lo dejó.

—Me encanta cuando refunfuñas como un niño pequeño.

Marco gruñó, logró separarse de ella y se encerró en el baño. Gabriela se quedó allí plantada en mitad de la habitación con el temor de que el

cocinero estuviera enfadado pero, cuando la puerta del baño volvió a abrirse, el rostro de él le mostró algo bien distinto.

—Gabi...

—Dime.

—Hoy ha sido un día muy especial para mí —le dijo con voz dulce y embriagadora—. Feliz Navidad.

Ella no pudo evitar emocionarse y, sin pensar en nada más, recorrió la distancia que la separaba del hombre al que amaba y se lanzó a sus brazos.

—Feliz Navidad para ti también.

La joven comenzó a quitarle la camiseta y él la detuvo.

—¿Y las normas?

—Será un secreto entre tú y yo.

—Pues, como grites igual que la otra noche...

Gabriela lo calló con un beso, lo empujó dentro del baño y cerró la puerta a sus espaldas para darse a él. Vivió una noche mágica en la que ella le regaló su alma y él la correspondió entregándole, en un baño de espuma, su recién sanado corazón.

## Veintidós

—¿Seguro que quieres acompañarme?

—Oye, no me lo he perdido nunca.

—Ya, pero el año pasado no tenías esa panza.

Aurora, sentada en uno de los sillones del despacho de Gabriela, miró hacia abajo y contempló la enorme protuberancia donde la pequeña Isabel daba vueltas como una peonza.

—Esta niña me va a matar.

—Por eso lo digo —comentó Gabriela con un montón de papeles delante esparcidos por la mesa—. Deberías estar sentada en el sofá viendo la tele.

—¡Buf! —resopló la cocinera—. Como siga más tiempo sentada voy a tener las hemorroides como almendras garrapiñadas.

—¡Qué bruta eres!

—Pues que sepas que las almorranas son para la embarazada como la bici para un ciclista.

—¿Y eso? —preguntó Gabriela con una ceja levantada.

—Pues, sí. No hay ciclista que no tenga bicicleta ni embarazada que no tenga almorranas. Además, todas están pegadas al culo.

La joven encargada puso cara de asco y decidió cambiar de tema.

—Entonces, ¿me acompañas a comprar los regalos para los chicos?

—Claro.

—Después, tengo que ir al banco.

—¿Y eso?

Gabriela tomó aire y agarró uno de los papeles que tenía tirados

por encima de la mesa.

—Estoy en un aprieto.

Durante un buen rato le estuvo contando con pelos y señales las necesidades económicas del centro y la conversación que había mantenido unos días atrás con aquella mujer respecto a la cantidad de dinero con que debía cerrar el año un centro de acogida para poder continuar abierto.

—Sí que pinta mal —replicó la cocinera una vez Gabriela hubo terminado de hablar—. ¿Qué vas a hacer? Ya sabes que, si pudiera, te ayudaría.

La joven sonrió a su amiga.

—Ya lo sé. Solo tengo una opción. Tengo que pedir un crédito en el banco.

—Pero, te van a pedir un aval.

—Avalaré con la casa de mis padres.

Aurora tragó saliva y le expresó a Gabriela sus miedos y preocupaciones.

—Si no devuelves el crédito y los intereses te pueden embargar el centro.

—Lo sé. Pero no hay otra opción.

—Pero, puedes perder la casa de tus padres.

—Y los chicos su hogar. No me queda otra. —Gabriela se mostró decidida aunque sus ojos reflejaban un temor que no había pasado desapercibido para la cocinera.

—Por eso no parecía importarte demasiado que adoptaran a Alba.

La joven sonrió con tristeza y se levantó de su sillón.

—A Tete solo le queda un año y medio para cumplir los dieciocho y podrá buscar trabajo y pedir la custodia de su hermana. Si tengo que cerrar el centro, desperdigarán a los chicos vete a saber por dónde. Mejor así. Tendrá la dirección de su hermana y sabrá donde vive.

Aurora se levantó y salió del despacho detrás de Gabriela que parecía abatida. Ésta llamó a Leo y le pidió que dejara lo que estuviera haciendo.

—A sus órdenes —replicó el chico al tiempo que se cuadraba como un militar—. ¿Qué tengo que hacer?

—Saca a Manuela del garaje. Nos vamos de compras.

El jardinero salió corriendo hacía el lugar donde guardaban la

furgoneta y Aurora hizo ademán de volver a entrar en el centro de acogida.

—¿Dónde vas?

—A cuidar de los chicos. No querrás que se queden solos.

Gabriela miró hacia la puerta de la entrada a la finca y sonrió al ver llegar a un taxi del que se bajó Marco que, al ver el gesto de su pareja, correspondió de la misma forma. Se acercó a ella y, sin mostrar ninguna preocupación por la presencia de público, besó a la joven como si llevara meses sin verla.

—¡Qué la vas a ahogar! —exclamó Aurora muerta de la risa.

—Buenos días, colega —saludó Marco a la cocinera—. No te preocupes que, si se ahoga, le hago el boca a boca.

—Ya me imagino. Seguro que ella te hace el boca a pito.

—¡Aurora! No seas bruta —la regañó Gabriela que no se esperaba esa respuesta de su amiga.

Marco hizo caso omiso de la frase explosiva de la mujer y se volvió hacia la encargada del centro de acogida.

—¿Dónde vais?

—A hacer las compras de Reyes.

—¿Las compras de Reyes?

Aurora se acercó al cocinero y le puso la mano en el brazo con mucha solemnidad.

—A ver. Te voy a explicar una cosita para intentar que vuelva a latir eso que llamas corazón. A los niños les gusta la Navidad, sobre todo, porque reciben regalos el día de Reyes. ¿Te suena?

A la mente de Marco llegó como un fogonazo el recuerdo de una mañana de hacía muchos años y de dos chicos que se levantaron corriendo para entrar en el salón de una pequeña casa del barrio de Aluche con la esperanza de encontrar dos bicicletas en el salón. Y allí estaban. Flamantes. Una roja y la otra azul. Aquella mañana se sintió el niño más feliz del mundo pero ahora, tras ese vendaval de recuerdos, la tristeza llenaba todo su ser y sus ojos lo reflejaron con una claridad meridiana.

—Marco, ¿estás bien? —le preguntó Gabriela al ver su gesto compungido.

—No... Bueno, sí. O no —dudó—. Me he acordado de mi hermano.

Aurora, con un nudo en la garganta, le volvió a poner la mano en el hombro.

—Lo siento mucho. No quería...

—No te preocupes —le cortó Marco—. Has conseguido que mi corazón vuelva a latir. —Bajo la atenta mirada de las dos mujeres, el cocinero se dirigió al edificio pero, antes de subir las escaleras, se volvió—. Yo me quedo con los chicos.

Volvió a girarse y desapareció en el centro de acogida. Gabriela se giró hacia su amiga y la atravesó con la mirada.

—Ya te vale.

La mujer levantó las manos en un gesto defensivo.

—Yo que sabía. Siempre me ha parecido tan humano como *Robocop*. Ni tan siquiera sabía que tiene un hermano.

—Lo tenía. Murió en un accidente de coche.

Aurora avanzó un par de pasos hacia la casa en el preciso instante en el que Leo aparecía con la furgoneta. La cocinera, con la idea en la cabeza de pedirle perdón a su compañero de profesión, decidió posponerlo y subió al vehículo por la puerta corredera lateral. Gabriela se sentó junto a Leo y éste pisó el acelerador y sacó a Manuela del centro.

Tan solo diez minutos después descendían en el aparcamiento subterráneo del centro comercial más cercano. Una vez dentro, Gabriela sacó una lista del bolsillo de los vaqueros y, tras coger un carro para llevar todos los juguetes, se puso en marcha acompañada por Leo y Aurora.

—Primero los regalos de los más mayores. Creo que lo mejor será algo de ropa. Unas camisetas y esas cosas.

Aurora bufó.

—Casi mejor que les compres unas flores o algo así.

Gabriela la miró confundida.

—¿Unas flores?

—Pues, sí. Les va a hacer la misma ilusión que unos gayumbos pero adornan más.

La joven cogió la indirecta al instante y se detuvo. Llevaba varios días pensando qué comprar para cada uno de los niños y, cuando creía haber hallado el regalo perfecto para cada uno, todo se le venía encima.

—A ver qué tienes en esa lista.

Gabriela la desdobló y fue leyendo la lista de regalos pensados.

—Para Tete, Paco, Quique y Tomy, lo de las camisetas y la ropa interior.

Aurora volvió a bufar.

—Para Patricia y Ana, lo mismo pero de chica.

—Tienes razón —apostilló la cocinera—. Unas bragas de repuesto siempre vienen bien.

Gabriela la atravesó con la mirada pero continuó.

—Para Pedro y Esteban, un balón de fútbol y para Carol y Alba una muñeca.

—Muy original —ironizó Aurora con la mirada fija en la lista de regalos—. Te lo has currado. Sobre todo teniendo en cuenta que a Pedro no le gusta el fútbol y Esteban ya tiene un balón con el escudo del Real Madrid que lleva a todos los lados.

Gabriela se encogió de hombros algo avergonzada.

—¿Y lo de las muñecas?

—Alba tiene un montón y Carol es una mujercita encerrada en una niña de diez años. Pasa mucho de muñecas.

—¡Vaya! Ahora resulta que no conozco a los niños. Entonces, ¿qué les compró? No es fácil.

Aurora no supo qué decir y Gabriela comenzó a desesperarse.

—Tete quiere unos cascos para el reproductor de mp3, Paco una gorra de los Chicago Bulls, Quique un juego de destornilladores para relojes, Pedro, aunque parezca mentira, quiere una cocina de esas de juguete —paró un instante para coger aire—, Tomy un juego para la Nintendo de Super Mario, Esteban cualquier cosa que arda, Patricia unos pendientes con unas notas musicales, Ana un perfume que huela como el tuyo, Carol la agenda de las Monster High y Alba no sé qué de una granja con animales.

Tanto Gabriela como Aurora se volvieron al escuchar el listado de regalos soltado por el jardinero y la cocinera se echó a reír a carcajadas al ver la cara de su amiga.

—¿Y cómo sabes todo eso? —le preguntó al chico.

—Pueeeees, no sé. Paso tiempo con ellos y hablamos un poco de todo. Solo hay que prestar atención.

Gabriela se grabó a fuego la lección dada por su empleado y se prometió a sí misma que, si conseguía salvar el centro, pasaría más

tiempo con los chicos y hablaría mucho más con ellos.

—Bueno, manos a la obra.

Durante algo más de una hora recorrieron los pasillos del centro comercial buscando los regalos para todos los chicos. Gabriela descubrió en Leo un ayudante fabuloso. No solo sabía lo que cada uno de los chavales quería sino que la aconsejaba sobre cuál podía ser el regalo perfecto por colores, formas y similares. Era evidente que conocía muy bien a los que, con toda seguridad, debía considerar sus amigos o su familia. Con todos los objetos en el carro, se encaminaron hacia la línea de cajas para pagar. Tan solo quedaba un día para el final del año y las colas eran grandes. Gabriela podía haber comprado los regalos con anterioridad pero todos los años lo hacía el mismo día. Se había convertido en una tradición comprar los reyes el treinta de diciembre y ese año no iba a ser distinto. Cuando les tocó a ellos el turno de pagar, pusieron los regalos encima de la cinta y la dependienta comenzó a pasarlos por el escáner. Al terminar, miró la pantalla con el importe y sonrió.

—Trecientos cuarenta y tres euros. Por favor.

Gabriela abrió la boca de par en par al escuchar el importe y no pudo evitar mirar de reojo la compra que había hecho. Teniendo en cuenta su situación económica, trescientos euros de compra eran una locura pero no podía dejar a los chicos sin regalos de reyes. Apretó los dientes y le entregó a la cajera una tarjeta de crédito. La joven dependienta la introdujo en el datafono y se lo entregó a Gabriela para que marcara el pin. Le devolvió el aparato a la cajera y ésta, nada más recibirlo, torció el gesto.

—Denegada —dijo sin más.

—¿Cómo que denegada?

—Espere que la vuelvo a pasar.

La dependienta repitió toda la operación pero el resultado fue el mismo. Gabriela, incómoda por las miradas posadas en ella de las demás personas que esperaban haciendo cola, sacó otra tarjeta de su cartera y se la entregó a la cajera.

—Ésta tampoco pasa.

—¿Perdón?

—¿No puede pagar en efectivo? —preguntó la cajera también incómoda al comprobar que la gente que esperaba comenzaba a ponerse

nerviosa.

—No, no puedo pagar en efectivo.

—Entonces, tendrá que dejar su compra aquí.

Gabriela, de malos modos, sacó las bolsas del carro y las depositó sobre la cinta transportadora. La cajera las cogió y las guardó debajo de la caja.

—Acabo mi turno dentro de una hora —comentó muy seria—. Se lo guardo aquí hasta entonces.

Gabriela salió del centro comercial cabizbaja y seguida de Leo y Aurora que no se habían atrevido a decir nada. Subieron a la furgoneta y la joven resopló.

—¿Qué pasa, mi niña? —le preguntó Aurora al tiempo que le ponía la mano sobre el hombro en un gesto cariñoso.

—No lo sé. Tengo dinero en la cuenta. Vamos al banco.

Leo arrancó y siguió las indicaciones de su jefa. No tardaron más de cinco minutos en llegar a la entidad bancaria. Gabriela abrió la puerta y Aurora hizo lo mismo pero su amiga la detuvo.

—¿Te quedas aquí con Leo, por favor?

La cocinera, con la sensación de que su amiga se avergonzaba de su situación, asintió y volvió a dejarse caer en el asiento de Manuela. Sonrió para infundirle ánimos y cerró la puerta corredera. Gabriela entró en el banco y pidió hablar con el director de la sucursal. Una joven rubia vestida con un traje de chaqueta la invitó a sentarse y se marchó. Ella se entretuvo ojeando algunos folletos donde la entidad bancaria parecía erigirse como la salvadora de un sinnúmero de personas con hipotecas, desempleadas o jubiladas. Sabía que todo aquello era una patraña y que, detrás de toda esa publicidad engañosa, tan solo existía el afán recaudatorio de unas cuantas personas sin escrúpulos.

El director del banco la encontró con la boca torcida mientras leía uno de los folletos.

—¿No le gusta lo que ofrecemos?

Gabriela se sobresaltó y, al ver al director de la entidad frente a ella, dejó el folleto en su lugar y reprimió el deseo de responder lo primero que se le pasaba por la cabeza. Pero, aquel día, lo que menos necesitaba era un enemigo.

—Tengo que hablar con usted.

El hombre se apartó y le hizo un gesto para que se dirigiera a su

despacho. Una vez allí, cerró la puerta y le ofreció asiento. Ella se acomodó en uno de los lados de la mesa y el bancario en el otro.

—¿Qué tal va el centro? —preguntó el director con aire cordial.

—Bueno, estamos pasando algunos apuros. De eso quería hablarle.

El hombre se rebulló en su sillón de piel y comenzó a jugar con una grapadora como si intentara con ello disimular la incomodidad que parecía sentir. Algo en ese gesto no gustó a Gabriela.

—¿Qué puedo hacer por usted? —preguntó con mucha educación.

La joven tomó aire y se lanzó.

—Tengo problemas económicos. Necesito un crédito.

El director se removió inquieto. Hizo como que miraba algo en su ordenador y volvió a dirigirse a Gabriela.

—¿Y de qué importe hablamos?

—Veinte mil euros.

—Eso es mucho. Tiene a alguien que la avale.

—No, pero tengo el centro como garantía.

El bancario torció el labio, extrajo una carpeta de uno de los cajones de la mesa y la dejó caer delante de Gabriela que ni la miró.

—Eso es un listado de los inmuebles que tenemos embargados y que no podemos vender. No necesitamos más casas.

—Pero...

—¿Necesita algo más? —El hombre se mostró cortante y Gabriela abatida.

Toda su esperanza residía en ese hombre y acababa de recibir un auténtico jarro de agua fría. Pensó en marcharse al sentir un nudo en la garganta que parecía ahogarla pero tenía otro tema que tratar.

—Tengo dinero en la cuenta pero mis tarjetas no funcionan.

El director de la sucursal miró de reojo un papel que tenía sobre la mesa y que guardó al instante en uno de los cajones, tecleó en el ordenador y bufó.

—Tiene la cuenta bloqueada.

Gabriela se levantó del sillón de un salto y puso ambas manos sobre la mesa del bancario en un gesto amenazador.

—No puedo tener la cuenta bloqueada.

—Pues, lo está. ¿Le debe algo a Hacienda? Suele ser cosa de ellos.

—¿Y no lo puede mirar usted?

—No, lo siento. ¿Alguna cosa más?

La joven refunfuñó y miró al director de la sucursal como si le deseara cualquier mal. Abrió la boca para cantarle las cuarenta pero, cuando iba a hacerlo, las fuerzas la abandonaron y sintió que se mareaba. Consiguió salir de allí como pudo pero tuvo que sentarse en el mismo lugar donde había esperado que el director la recibiera. Con la vista borrosa por las lágrimas de rabia vio uno de los folletos de publicidad donde se podía leer la frase: « *¿Tiene problemas? Nosotros le ayudamos*».

—Hijos de...

Gabriela miró de nuevo hacia la puerta del despacho del director de la sucursal y pensó en entrar de nuevo pero sabía que no iba a poder conseguir nada. Salió del banco y caminó despacio hasta la furgoneta. Una vez allí, abrió la puerta y se dejó caer como un muñeco desmadejado en el asiento.

—¿Qué pasa? —preguntó Aurora al ver el rostro blanquecino de su amiga —Parece que hayas visto un fantasma.

—Más o menos. Luego te cuento.

El jardinero se volvió hacia ella y, para su sorpresa, le puso la mano en la rodilla y le dio un cariñoso apretón.

—Ya sé que la situación en el centro es mala —dijo sin más.

Gabriela lo miró, sonrió y le apretó la mano para devolverle el gesto. Hecho eso, se volvió hacia Aurora y suspiró.

—No me dan el crédito. No tengo nadie que me avale.

—¿Y lo de poner la casa como garantía?

Gabriela resopló.

—Tienen tantas embargadas que no quieren más. Además, me han bloqueado la cuenta.

Aurora se retrepó en el asiento y abrió los ojos de par en par.

—¿¡Cómo!?! ¿Te han bloqueado la cuenta? ¿Y eso por qué?

—El director dice que suele ser por temas con Hacienda pero yo no le debo nada a nadie. Pero bueno... No hay dinero para regalos. — Gabriela agachó la cabeza y una lágrima cayó sobre su pantalón vaquero.

Aurora meditó un instante e intentó buscar en su interior una forma de ayudarla pero no la halló. Con el trabajo de su marido Saúl tenían lo justo para vivir y poco más y ahora, con la llegada de la pequeña Isabel, tendrían que apretarse el cinturón.

—Si pudiera ayudarte lo haría pero...

—No te preocupes, Aurora. Ya lo sé. —Se volvió hacia Leo y le dio una palmada en el hombro—. Volvamos al centro.

El jardinero asintió y arrancó la furgoneta. El viaje de regreso fue mucho más silencioso que el que habían llevado a cabo unas horas antes para acudir al centro comercial con la ilusión de comprar los regalos que los Reyes Magos debían dejar para cada uno de los niños. Pero esos regalos descansaban bajo la caja registradora y ella no tenía dinero para comprarlos. Tan solo tenía lo justo para pasar las fiestas y poco más. Su situación y la del centro de acogida era desesperada y no tenía ninguna opción. Solo podía recurrir a una persona pero eso era lo último que deseaba hacer.

Nada más llegar al centro se bajó de la furgoneta y se despidió de Aurora a la que esperaba Saúl que, al ver a Gabriela, descendió del pequeño utilitario y se acercó a ella.

—Buenos días, Gabi. Feliz Navidad. —El hombre moreno, de pelo entrecano y prominente barriga la esperó con los brazos abiertos y le dio un par de besos sonoros.

—Hola, Saúl —saludó ella aún con un nudo en la garganta—. Ya te queda poco para ser papá.

—¡Buf! Y estoy como un flan. Cada vez que Auri tose por las noches yo cojo la bolsa que tengo preparada desde julio y me subo al coche.

La cocinera se echó a reír y se abrazó a su marido.

—El otro día se largó con la bolsa y volvió diez minutos después. Y yo me había levantado solo a hacer pis.

Los tres se echaron a reír y Gabriela se sintió algo mejor aunque el corazón lo notaba estrangulado por la tristeza y la desesperación.

—Bueno, tenemos que irnos —comentó Saúl al tiempo que volvía a subir al coche con esfuerzo debido a su tamaño—. Tenemos que ir a comprar unos regalitos.

Aurora se encogió de hombros y miró a Gabriela con tristeza. Saúl, sin pretenderlo, acababa de clavar una saeta donde más podía dolerle a la joven que también se encogió de hombros y le lanzó un beso a su amiga. Se dio media vuelta, entró en el centro y caminó hasta la cocina donde se encontró a Marco pelando patatas y friendo huevos a destajo.

—¿Cómo vas? —preguntó Gabriela para romper el hielo y comenzar la trascendental conversación.

—Aquí. Un poco liado. ¿Y tú?

—Pues, bueno... Quería hablar contigo. Tengo que pedirte una cosa muy importante.

La joven aguantó la respiración y esperó la reacción de Marco que ya no parecía enfadado por la metedura de pata de Aurora al cuestionar su sensibilidad.

—Un momento que tengo un poco de follón, jefa —le pidió sin dejar de moverse por la cocina—. Tenemos cambio de menú. Los chicos quieren huevos con patatas fritas.

Gabriela se sentó en una de las banquetas y se quedó contemplando al cocinero que sonreía mientras sacaba algunas patatas de la freidora y pelaba más tubérculos. Pensó lo diferente que resultaba aquel hombre del que había llegado casi un mes antes para cumplir un servicio a la comunidad. Marco pareció leerle la mente.

—¿En qué piensas? —le preguntó sin abandonar lo que estaba haciendo.

—En lo mucho que te han cambiado esos chicos. Estás hecho todo un padrazo.

Marco se echó a reír y Gabriela se sintió más relajada. Incluso percibió en su interior la fortaleza necesaria para pedirle a Marco la ayuda económica que precisaba para salvar el centro.

—Esos chavales son impresionantes. Nunca me había parado a pensar en que podían resultar hasta agradables —le explicó el cocinero con evidente satisfacción—. Pedro me acaba de soltar un discurso sobre la soledad de los números primos. ¿Tú sabías que se estaba leyendo ese libro?

Gabriela se encogió de hombros.

—Ni idea. Sé que lo tenemos en la biblioteca pero no sabía que lo había cogido.

Marco sonrió y, sin darse cuenta, suspiró.

—Ese chico pasa más tiempo conmigo en la cocina que jugando.

La joven también sonrió pero fue al recordar que Leo había comentado en el centro comercial que Pedro le había pedido a los Reyes Magos una cocina de juguete. Por lo que parecía, idolatraba a Marco mucho más de lo que pudiera parecer.

—Y Alba me tiene loco. No para de recordarme lo del conejo que vio en la granja.

—Parece que disfrutas estando aquí.

El cocinero se detuvo y meditó un instante la respuesta.

—Me gusta este sitio y me lo paso muy bien con los chicos aunque lo negaré si se lo dices a alguien.

—Anda, si estás encantado con ellos.

—Pues, sí. Pero lo mejor de todo es que, por primera vez en años, estoy con alguien sin la sensación de que solo me quiere por mi dinero. Es toda una experiencia.

Gabriela tragó saliva y se ruborizó al recordar lo que la había llevado hasta la cocina aquella mañana dura del penúltimo día del año. Marco, como si volviera a leerle la mente, rompió la magia.

—Por cierto, ¿qué querías pedirme?

La joven dudó y volvió a tragar saliva. Consiguió ganar un par de segundos para pensar qué decir.

—Pues, solo quería preguntarte si mañana te comerás las uvas aquí o si tienes planes.

—¿Querías pedirme que las tomará contigo? —preguntó algo compungido al ver el rostro azorado de la mujer que le había robado el corazón.

—Algo así.

—No voy a poder —explicó Marco con un hilo de voz—. Todos los años organizo una fiesta en mi primer restaurante. Lleva anunciada desde hace meses.

Gabriela torció el gesto porque no había podido pedirle el dinero y porque acababa de descubrir que lo ocurrido en Nochebuena no iba a volver a repetirse. Suspiró y Marco rodeó la encimera y la abrazó.

—Éste es el último año que organizo la fiesta.

—¿Y eso? —preguntó ella con evidente tristeza en la voz.

—Porque el año que viene pasaré la Nochevieja aquí contigo y con los chicos.

Gabriela levantó la cabeza y besó a Marco con infinito amor y tristeza a partes iguales. El cocinero vio las lágrimas en los ojos de la joven y se enterneció.

—¿Qué te pasa?

—Nada. Ya sabes...

Marco recordó lo que ella le había contado sobre la muerte de sus padres y lo relacionó con ello. Volvió a besarla una vez más y, cuando ella comenzó a hipar, la abrazó y se fundieron en un solo ser.

—Nunca volverás a estar sola —le prometió sin saber que aquella podía ser la última Navidad en el centro—. No dejaré que te pase nada. Ni a ti ni a los chicos.

Gabriela siguió llorando durante unos minutos. En cada lágrima puso un trocito de la tristeza que la embargaba y, con cada beso que recibía de él, su corazón se saciaba de amor.

## Veintitrés

—¿Por qué haces eso?

—Porque hay que quemar el exceso de alcohol.

—¿Y por qué le echas alcohol?

—Porque le da un sabor interesante.

—¿Y si le echas gasolina?

—La gasolina no se come.

—¿Y ahora qué haces?

—Estoy montando unas claras.

—¿Y eso para qué?

—Para hacer un sorbete de mandarina.

—¿Y por qué...?

—¡Ya! —exclamó Marco al tiempo que pedía silencio con el dedo índice en los labios—. Pedro, descansa un poco. Me estás mareando.

El chico se bajó de la banqueta desde donde contemplaba a Marco y rodeó la encimera para aproximarse a él. Se plantó allí, en mitad de la cocina, con los brazos en jarra.

—¡Jo! Yo quiero ayudar.

Marco ni lo miró.

—Pues, entonces, sal de aquí y déjame cocinar.

El chico se mantuvo frente a él sin inmutarse aunque los ojos comenzaron a brillarle. Marco se volvió para dejar un recipiente en el fregadero y se lo encontró de esa guisa. Al instante, se enterneció y se dio cuenta de lo duro de su respuesta por lo que se acercó a él y le palmeó el hombro.

—Anda, abre unas nueces y ponlas en un plato.

El chico dio un salto de alegría, tomó el cuenco con las nueces y se sentó, de nuevo, en una de las banquetas. Miró a uno y otro lado y se encogió de hombros.

Marco siguió con la tarea de preparar el redondo de carne que pensaba rellenar con frutos secos, higos frescos y mermelada de naranja amarga pero se detuvo al escuchar un ruido a su espalda. En cuanto se volvió, se encontró con Pedro que le daba vueltas a uno de los trapos de la cocina y lo golpeaba contra la encimera.

—¿Qué haces? —preguntó el cocinero con los ojos muy abiertos.

—Estoy partiendo las nueces —explicó el chico sin dejar de golpear el trapo lleno de frutos secos que utilizaba como una honda.

—¿Y por qué no usas un cascanueces?

La cara de sorpresa del chico le demostró a Marco que no había utilizado un cascanueces en su vida. Se echó a reír y sacó el instrumento, que él mismo había llevado, de uno de los cajones. Pedro lo cogió como si fuera a morderle y, sin que nadie se lo explicara, colocó una de las nueces en la mordaza y apretó. Le costó un poco pero, unos segundos después, el fruto seco cedió.

—¿Has visto? Así es más fácil. —Marco se dio media vuelta y continuó preparando la cena hasta que unos golpes lo detuvieron. Se giró de nuevo y volvió a encontrarse con Pedro golpeando el trapo lleno de nueces contra la encimera.

—Así es más fácil —le dijo con una gran sonrisa iluminando su pecoso rostro.

Marco le hizo un gesto para que continuara y él mismo decidió dejar hacer al chico. Estaba convencido de que no tendría las nueces a tiempo pero ya las abriría él en el último momento.

—¿Cuántas quieres?

Marco miró a Pedro con una sonrisa condescendiente pero se quedó de piedra al encontrarse con que el chico ya había llenado medio plato de trozos de nueces. Parecía evidente que el sistema de apertura del crío era más eficiente que el consabido cascanueces.

—Así está bien. Muchas gracias.

Pedro vació el contenido del trapo en el cubo de la basura y decidió que ya había ayudado bastante por lo que salió de la cocina. En su camino se cruzó con Gabriela que entraba en la sala en el mismo instante en el que el chico la abandonaba.

—¡Vaya! —exclamó la joven al tiempo que se sentaba en la misma banqueta que había ocupado el chaval—. ¿Te ha dado mucho la tabarra?

—Lo normal en él. Tan solo me ha puesto la cabeza como un bombo pero después me ha ayudado destrozando unas nueces.

Gabriela sonrió con esfuerzo. Sentía tal pesar en el corazón que le costaba un mundo mostrarse alegre a pesar de que no tenía más remedio que hacerlo, aunque solo fuera por los niños.

—¿Has hablado con tus padres?

Marco la miró con infinito amor y asintió.

—Sí. Mi madre te manda un beso y mi padre, el muy cachondo, te manda mucha suerte.

—¿Y eso?

—Sigue convencido de que la voy a fastidiar contigo.

—¿Cenas con ellos?

—No, hoy me toca lo de la fiesta —explicó Marco al tiempo que torcía el gesto—. Ellos cenan con una de mis tías.

—El año que viene cenaremos todos juntos.

—Si mi padre no acierta en su vaticinio y no la fastidio...

Gabriela se bajó de la banqueta, rodeó la encimera y abrazó a Marco por detrás. Él, al sentir el contacto, se dio la vuelta y, agarrando a la joven por las caderas, la subió a la encimera. Se colocó entre sus piernas y la besó con pasión al mismo tiempo que sus manos recorrían todo su cuerpo sin dejar ni un rincón sin explorar.

—¡Eeeh! ¡Están chingando en la cocina!

Varios chicos entraron tras escuchar el grito de Paco y ellos dos tuvieron el tiempo justo para bajarse de la encimera y recomponer su aspecto. Marco atravesó al chico con la mirada pero éste no le hizo mucho caso. Tras él entraron Tete, Patricia y Quique y se parapetaron tras la encimera como si se tratara de un partido de tenis.

—Tenemos que hablar contigo —le dijo Tete a Gabriela con mucha solemnidad—. Es de dinero y esas cosas.

La joven endureció su gesto pero Marco no pudo verlo desde donde se encontraba detrás de ella.

—Dejemos cocinar a Marco —dijo con la misma seriedad que los chicos—. Vamos fuera.

Los cinco salieron de la cocina y, como había dicho Gabriela,

dejaron que Marco pudiera continuar preparando la cena de Nochevieja. A pesar de que hubiera dado cualquier cosa por poder compartir ese redondo de carne y los profiteroles al estilo Alaska con Gabriela y los chicos, no le quedaba otra que cenar en el restaurante y compartir los primeros minutos del nuevo año con clientes y proveedores que le importaban un pimiento. Pero, los negocios eran los negocios.

Mientras tanto, Gabriela acompañó a los chicos a su despacho y cerró la puerta tras ellos. Permanecieron de pie aunque, en cuanto ella se sentó en su sillón, Tete hizo lo mismo frente a ella y dejó en la mesa un sobre de color salmón.

—¿Qué es esto? —inquirió Gabriela extrañada.

—No hemos podido reunir más —explicó Patricia, de pie junto a Tete y con una mano sobre su hombro.

Gabriela, con el ceño fruncido, tomó el sobre, lo abrió y lo vació sobre la mesa.

—¿Dinero?

—Es lo que teníamos ahorrado de nuestra paga y del mercadillo que organizamos el mes pasado. —Tete señaló el montón con los billetes y las monedas—. Han participado todos. Hasta los más pequeños.

A Gabriela comenzaron a humedecerse los ojos emocionada con el gesto de los chicos pero, con la misma solemnidad, volvió a guardar el dinero en el sobre y se lo tendió a Tete. El chico lo cogió y miró confundido a la encargada del centro que le sonrió con dulzura.

—Gracias a todos. De verdad. Pero quiero que guardéis ese dinero para lo que pueda pasar.

—Pero, ¿van a cerrar el centro? —preguntó Quique con un hilo de voz.

Gabriela se levantó, se acercó a los chicos y los abrazó a todos con fuerza como si en ello pusiera el último gesto de cariño que podría mostrarles.

—No lo sé, Quique. Tenemos que confiar en que todo va a salir bien.

No fue capaz de añadir nada más y, con un gesto, invitó a los chicos a abandonar el despacho. Una vez sola, se dejó caer en el sillón y lloró con desesperación por todos esos chicos que acabarían desperdigados en otros centros. Y lloró por Alba, que iba a ser separada

de su hermano y al que, con toda seguridad, no vería apenas. Y lloró por ella misma y por la felicidad que se le escapaba de entre los dedos cuando pensaba que todo comenzaba a recolocarse en su vida. Y así estuvo durante más de media hora hasta que unos golpes sonaron en la puerta del despacho.

—¿Sí?

Marco asomó la cabeza y sonrió con ternura. Gabriela tan solo tenía encendida una lamparita por lo que no se percató de que había estado llorando. Se acercó a ella, la abrazó con fuerza y la besó.

—Tengo que irme —explicó con un nudo en la garganta.

—Te voy a echar de menos —replicó ella con la misma sensación—. Me hubiera gustado tanto comenzar el año a tu lado...

Él levantó la cabeza hacia el techo y suspiró como si con ello deseara soltar el dolor que sentía en su corazón. Tampoco quería separarse de ella pero no le quedaba más remedio por lo que le dio un último beso y caminó hacia la puerta del despacho. Allí se dio media vuelta y miró a Gabriela.

—El año que viene va a ser maravilloso —vaticinó—. Ya verás.

Gabriela se encogió de hombros y asintió aunque su mente le pedía gritarle al cocinero que todo eso era mentira. Que iba a perder el centro; que su sueño se desintegraría; que todo lo que había hecho en memoria de sus padres no había servido para nada. Pero no lo hizo. Tan solo sonrió y le lanzó un beso que él recogió y se llevó a los labios.

Marco abandonó el centro de acogida y Gabriela, con una opresión en el pecho, se acercó al comedor y se encontró a unos cuantos chicos poniendo la mesa. Entró en la cocina y allí estaban Tete y Patricia observando el horno con detenimiento.

—¿Qué hacéis? —preguntó Gabriela al verlos allí parados.

—Marco nos ha dicho que, en cuanto pite el horno, podemos sacar el redondo y servirlo junto con la crema de manzana dulce.

Los tres se sentaron en unas banquetas y esperaron el anhelado sonido. En cuanto lo escucharon, sacaron el redondo del horno y Tete se encargó de cortarlo y servirlo en los diferentes platos junto con la crema de manzana. Patricia los fue colocando sobre la bandeja y los llevaron al comedor donde los demás chicos ya esperaban la llegada de la cena.

Al parecer, lo único que Marco había preparado antes de irse había sido el redondo relleno con la crema de manzana dulce y, nada más

acabar con ello, los chicos comenzaron a protestar.

—Tengo hambre.

—No hay más carne.

—¿Dónde está la bandeja de los turrónes?

—Yo quiero cocido.

—Tú eres tonto.

—A qué te meto.

Gabriela comenzó a preocuparse y le extrañó que Marco no hubiera previsto esa contingencia. Cuando pitó su móvil y se encontró con un *WhatsApp* que leyó con emoción agradeció la llegada a su vida del cocinero.

*«El resto de la cena está en la nevera. Lo ha preparado mi madre. No te lo vas a creer. CON LA AYUDA DE MI PADRE. Feliz final de año. Te amo».*

Gabriela sonrió de oreja a oreja y le pidió a Tete y a Patricia que la acompañaran a la cocina. Abrieron la puerta del frigorífico con nerviosismo y allí se encontraron con una fuente enorme de ensaladilla rusa, otra con infinidad de huevos rellenos y una tercera con lo que parecía ser un pastel.

Llevaron las viandas al comedor y los chicos se lanzaron a por ellas. Unos minutos después no quedaba nada de ensaladilla rusa, los huevos había desaparecido como si nunca hubieran estado allí y el pastel, que había resultado ser de pan de molde, espárragos, atún y tomate, había corrido la misma suerte.

—¡Paco, deja de darle lametazos al plato!

—¿No hay más ensaladilla?

—Pero, ¿tú tienes la solitaria?

—Estoy creciendo.

—Sí, te crece todo menos el cerebro.

—Y a ti todo menos la chorra.

—A qué te meto.

Una vez más, tuvieron que mediar para que no llegaran a las manos pero, en cuanto Gabriela anunció la llegada del postre, los chicos se olvidaron de sus rencillas y se sentaron de nuevo para dar buena cuenta de los profiteroles al estilo Alaska. Siguiendo las instrucciones de Marco, Tete vertió una buena cantidad de líquido de una botella sobre las pequeñas bolitas y le prendió fuego.

—¡Su puta madre! —exclamó Quique—. ¡Qué susto me has dado!

—Eres una *nenaza* —se rio Paco.

—A qué te meto.

—Chicooooos. —Gabriela volvió a meterse entre medias de los dos chavales que no podían estar separados ni un instante pero que siempre parecían discutir.

Sin ninguna pelea más, dieron buena cuenta del postre y, cuando Gabriela anunció que solo quedaba media hora para las doce de la noche, todos los chicos se pusieron a correr de un lado a otro. Unos recogieron los platos y los metieron en el lavavajillas mientras otros vaciaban las mesas y las dejaban preparadas para el desayuno del día siguiente. Quince minutos antes de la media noche, Tete les entregó a cada uno un paquetito hecho con papel de aluminio.

—Es cosa de Marco. Ha pelado las uvas para todos.

Gabriela se enterneció aún más y acompañó a los chicos a la sala de la televisión con una lágrima pugnando por resbalar en su mejilla. Ocupó uno de los sofás rodeada de niños y Alba se sentó sobre sus rodillas. Miró a su alrededor y se sintió afortunada por la gran familia que tenía pero, casi al instante, su rostro se ensombreció por el fantasma que revoloteaba sobre su cabeza.

A pesar de todo, cuando sonó la primera campanada en el reloj de la Puerta del Sol, se llevó una uva a la boca y pidió un deseo. Doce deseos de los que tan solo uno se dedicó a ella misma. Con la última campanada pidió ser feliz junto a Marco y con las once anteriores que ocurriera un milagro y todos los chicos pudieran permanecer juntos en el centro de acogida. Recibió once abrazos que le supieron a gloria y que le colmaron el corazón de felicidad.

—Venga. Todos a la cama.

—Noooooo. Un poquito más.

Gabriela bufó pero asintió ante la petición de los chicos. No pudo negarse. Salió de la sala de la televisión seguida de cerca por Leo que no había pronunciado ni una palabra en toda la noche. Al llegar a la puerta de su despacho, se volvió hacia él y lo miró con cariño.

—Sé lo que estás pensando —le dijo a la vez que le apretaba el brazo con cariño.

—No te preocupes por mí, Gabi. Me las apañaré.

—Ojalá todo hubiera sido distinto.

El jardinero, para su sorpresa, se aproximó a ella y la abrazó. Ella correspondió al gesto y se sintió algo más animada. Seguía echando de menos a Marco pero en ese preciso instante, como si estuvieran conectados, le llegó un mensaje al móvil.

*«Feliz año nuevo, Gabi. No te puedes ni imaginar cuánto te echo de menos. Te amo.»*

Gabriela sonrió y se llevó el móvil al pecho. Suspiró y ese sonido se vio acompañado por el de la bocina de un coche que sonaba en la puerta de la entrada del centro de acogida. Acompañada por Leo se dirigió hacia allí para encontrarse con un hombre de unos cincuenta años en la puerta del edificio.

—Buenas noches —saludó el hombre con una ligera inclinación de cabeza. Sacó un papel del bolsillo y buscó algo en él—. El taxi para la señorita Gabriela está aquí.

—¿Un taxi? Yo no he pedido ningún taxi.

El hombre volvió a mirar el papel que llevaba en el bolsillo y se encogió de hombros.

—Lo envía un tal Marco para que la lleve a su restaurante.

Gabriela abrió los ojos de par en par y se volvió hacia Leo que también sonreía.

—Anda, ve con él. Yo me quedo con los chicos. —La joven dudó un instante—. Estaremos bien. No te preocupes.

Gabriela miró de reojo su aspecto y se alegró de haberse puesto un vestido negro para celebrar la Nochevieja con los chicos. No llevaba maquillaje pero le daba igual. Marchó a la carrera a su dormitorio para coger su cartera y meterla en un pequeño bolso también de color negro y, tras tomar un abrigo, regresó a la entrada donde el jardinero la esperaba junto al taxista. Le dio un beso a Leo y subió al vehículo. Se despidió de su empleado con la mano y dejó el centro con un único pensamiento en la cabeza. Quería ver a Marco; necesitaba ver a Marco.

Se hundió en el asiento mullido del taxi y se quedó adormilada con una sonrisa en los labios hasta que, unos minutos después, la voz del taxista la sacó de su ensimismamiento.

—Ya hemos llegado.

La joven miró por la ventanilla y vio las luces navideñas que adornaban la entrada del local. Bajó del vehículo y, una vez en la acera, echó mano del bolso y se volvió hacia el taxista.

—¿Cuánto le debo?

—Ya está pagado. Feliz Navidad. —El hombre arrancó el vehículo y desapareció calle abajo.

Gabriela tomó aire y entró en el local, abarrotado de gente. Nada más atravesar la puerta se puso de puntillas y buscó a Marco pero no lo encontró por ningún lado. Al que sí pudo ver fue al abogado del cocinero que cruzó su mirada con la de ella y le hizo un gesto educado con la cabeza. Pero, lo que ella no pudo observar fue la sonrisa lobuna que Cristian le dedicó en cuanto comprobó que ya no podía verlo. Gabriela recorrió el local con mucha dificultad pero sin poder encontrar a Marco. Sacó su móvil del bolso para enviarle un mensaje pero, en ese preciso momento, lo vio salir por una puerta situada al fondo del local. Le hizo un gesto con la mano pero él no pudo verlo. Caminó con decisión entre la gente, lo perdió de vista pero volvió a encontrarlo un instante después. La sangre se le heló en las venas al hallarlo junto a la mujer francesa que la había amenazado unos días antes. Pero, cuando vio como ella se lanzaba a sus brazos y lo besaba en los labios, se dio la vuelta e intentó correr hacia la salida. Con lágrimas de rabia en los ojos y la respiración entrecortada alcanzó la puerta del local donde se encontró de bruces con Cristian, el abogado de Marco.

—¿Qué te esperabas? —le preguntó con tono duro—. ¿Pensabas que te iba a ser fiel? Tú no eres distinta a las demás.

Gabriela hizo oídos sordos a la frase hiriente del abogado y pasó a su lado sin detenerse.

—¡Él solo se acercó a ti para arrebatarte el centro y montar allí otro restaurante! —exclamó el abogado logrando su propósito.

Gabriela se frenó en seco, volvió junto al empleado de Marco y le dirigió una mirada feroz.

—Eso no es verdad.

—¿Estás segura? ¿Y no te extraña que te bloquearan la cuenta o que no te concedieran el crédito?

Gabriela abrió los ojos de par en par y perdió el color en el rostro.

—¿Cómo sabes eso?

Cristian sonrió satisfecho.

—Porque fue Marco quién se lo pidió al director del banco. Y solo le ha costado una cena.

A Gabriela se le llenaron los ojos de lágrimas. Le costaba creer lo

que el abogado le estaba contando y le dolía el alma.

—Pero él y yo...

El abogado se echó a reír.

—Todo estaba preparado. Hasta lo del paripé en Nochebuena cuando llegué borracho al centro.

Gabriela miró de reojo hacia el fondo del local y, como si fuera una señal, se formó un pasillo entre la gente y se encontró con la mirada de Marco que, al cruzarla con la suya, se transformó en sorpresa absoluta. Gabriela hizo ademán de marcharse pero el cocinero se plantó frente a ella en tan solo unos segundos.

—Gabi, ¡qué sorpresa! No esperaba verte aquí.

Ella se mostró firme frente a él y detuvo su movimiento poniéndole la mano en el pecho.

—Me imagino. Por eso te estabas besando con la francesa.

—Yo no... —Marco pareció confundido pero Gabriela no le permitió explicarse.

—Por si no lo sabes, van a cerrar el centro porque no tengo dinero. Tengo que darte las gracias por hablar con el director del banco. Gracias a ti, tampoco puedo comprar los regalos de Reyes de los chicos porque me han bloqueado la cuenta.

—Pero, yo...

—Van a adoptar a Alba y no puedo hacer nada pero, lo que más me duele, es haber confiado en ti.

La joven se dio media vuelta y salió del local. Marco la siguió y la detuvo.

—Lo que ha pasado allí dentro te lo puedo explicar.

—Marco, no necesito que me expliques nada. Solo te quedan dos días para cumplir los servicios a la comunidad. Yo te los firmo pero no quiero volver a verte.

—Gabriela, no puedes...

—Sí puedo. No quiero volver a verte jamás.

La joven le dio la espalda y se marchó corriendo calle abajo. Marco, confundido y triste, se quedó allí en la acera hasta que sintió una mano en su hombro. Cristian lo acompañó hasta su despacho y allí le sirvió una buena ración de ginebra en una copa.

—Toma, te sentará bien.

Marco, sentado en el borde de la mesa, tomó la copa y se la llevó a

los labios bajo la atenta mirada de su abogado que sonreía de medio lado.

—No había vuelto a beber desde que conocí a Gabi —reflexionó al tiempo que separaba la copa de su boca.

—Pues ahora es un buen momento para recuperar las viejas costumbres. Esa mujer no te conviene.

—Lo que no entiendo es lo que me ha dicho del director del banco.

Marco miró a Cristian pero éste se encogió de hombros y lo animó a beber con un gesto de la mano como si con ello pudiera recuperar su relación y al Marco con el que había compartido esos últimos años. El cocinero se llevó la copa a los labios para beber cuando advirtió de la existencia de una bola de papel en la casi vacía papelera. Se inclinó sobre ella, la cogió y la extendió ante la atente mirada del abogado. Cuando se encontró con el papel que él mismo le había entregado a Cristian con el número de la cuenta de Gabriela para que ingresara el dinero que le permitiría salvar el centro, se volvió hacia él y lo atravesó con la mirada.

—¿Qué significa esto? ¿No has hecho el ingreso?

—Verás, yo...

—Te he hecho una pregunta. ¿No has ingresado el dinero?

El abogado agachó la cabeza y con ello le dio la respuesta a Marco que más temía. Éste gruñó y se acercó a Cristian con el puño apretado sobre el papel que había rescatado de la papelera.

—¿Por qué lo has hecho?

—Ya te he dicho que esa mujer no te conviene. No eres el mismo.

Marco frunció los labios con una mueca de repugnancia.

—En eso te doy la razón. Ya no soy el mismo. Esa mujer, como dices, me ha cambiado a mejor.

—No puedo permitir que pierdas todo lo que hemos conseguido; nuestro sueño.

—Cristian. Es mi sueño, no el nuestro.

El abogado se puso en pie como si lo hubieran conectado a un cable eléctrico y se enfrentó a su amigo.

—Eres un egoísta. A mí siempre me ha tocado hacer el trabajo sucio.

Marco se irguió todo lo que pudo y clavó su mirada en el abogado.

—¿El trabajo sucio? Nunca te he pedido que hicieras nada ilegal.

El gesto de Cristian resultó cristalino para el empresario al que le vino un pensamiento a la mente como un fogonazo. Antes de preguntarle al abogado, ya sabía la respuesta.

—¿Hablaste con el director del banco para que bloqueara la cuenta de Gabriela?

—Tan solo hice lo que tenía que hacer.

—¿Hablaste con el director del banco?

Cristian resopló antes de contestar.

—Sí. Fue fácil. El dinero lo puede todo.

—¿Y le has dicho a Gabriela que todo ha sido cosa mía?

El abogado torció el gesto y una sonrisa lobuna adornó su congestionado rostro.

—Esa mujer es una zorra como cualquier otra.

Marco, con mucha más calma de la que sentía en su interior, se acercó a la puerta de su despacho y le hizo un gesto con la cabeza al abogado.

—Sal de aquí.

Cristian pasó a su lado y se detuvo en el pasillo donde se dio la vuelta y miró a Marco con rencor.

—Te espero por aquí. Cuando se te pase el rebote nos tomamos una copa.

Marco miró hacia la barra y después fijó su mirada en el abogado.

—No me voy a tomar nada contigo. Estás despedido.

—No puedes hablar en serio.

—No te puedes ni imaginar cuánto. Estás despedido. ¡Fuera de mi restaurante!

Cristian observó la copa de whisky que aún portaba en la mano y la lanzó contra la pared a pocos centímetros de la cabeza de Marco que ni tan siquiera se inmutó.

—No quiero volver a verte —le dijo repitiendo las mismas palabras que Gabriela le había dedicado a él mismo.

—Te arrepentirás de esto —le amenazó el abogado con el dedo extendido.

Marco tomó aire con lentitud e intentó serenarse. Cuando lo consiguió, levantó su cabeza y atravesó a Cristian con su mirada. Las palabras fueron saliendo de sus labios como el siseo de una serpiente.

—Tienes razón. Como sé que me voy a arrepentir de esto, voy a hacer las cosas bien y a tu manera. Utilizaré mi dinero e influencias para que no consigas el apartamento en el centro y para que no puedas volver a ejercer de abogado.

—¡No puedes hacerlo!

—Tan sencillo como hablar con el director del banco para que te acuse de soborno.

—Marco...

—Has mordido la mano que te alimenta. Estás acabado.

—Marco...

—¡Fuera!

Cristian se dio media vuelta y salió del restaurante sin mirar atrás. Una vez hubo desaparecido, Marco volvió a extender el papel con el número de cuenta bancaria de Gabriela y suspiró. Se sentó en su sillón y miró la copa de ginebra. Estuvo tentado de llevársela a los labios pero había decidido no volver a probar ni una gota de alcohol. Miró hacia la puerta cerrada de su despacho y lanzó la copa con todas sus fuerzas sobre la superficie de madera. La vasija de fino cristal se rompió en mil pedazos.

—¡En eso tenías razón, cabrón egoísta! —gritó con rabia—. ¡Gabriela me ha cambiado!

Sonrió de medio lado y soltó todo el aire que retenía en los pulmones. Sabía que era bastante probable que hubiera perdido a Gabriela pero no iba a dejar que se marchara de su vida sin luchar por su amor. Intentaría por todos los medios hablar con ella. Le demostraría que su corazón era sincero y que, aunque le costara reconocerlo, no podía ni quería vivir sin esa joven que le había transformado en un hombre distinto y que se había metido en cada poro de su piel.

## Veinticuatro

Gabriela abrió un ojo y lo volvió a cerrar. En cuanto escuchó los gritos en el pasillo, recordó que la mañana de Reyes había llegado y se le encogió el corazón. No había vuelto a ver a Marco desde la triste noche de fin de año a pesar de que él había intentado visitarla en el centro y la había llamado por teléfono hasta la saciedad. Pero ella se había mantenido fuerte y no había cedido a lo que le pedía todo su ser. Ahora, seis días después, tenía que enfrentarse a uno de los momentos más duros vividos desde que abriera el centro. No había podido conseguir dinero para comprarles los regalos a los chicos y no se sentía con fuerzas ni para levantarse de la cama.

Cuando Alba entró en su cuarto y se lanzó sobre ella a pesar de que la niña sabía que no debía hacerlo, un nudo se le hizo en la garganta.

—¡Gabi!!!!, han venido los Reyes! —La joven abrazó a la cría pero ésta se soltó y bajó de la cama a toda prisa. Suspiró con tristeza.

—Alba, tengo que contarte una cosa.

—Gabi, tenemos que ir a abrir los regalos. Leo nos ha dicho que hay muchos. Yo quiero, yo quiero, yo quierooooo...

La encargada del centro frunció el ceño y se enfadó con el jardinero. Leo sabía que no había podido comprar los regalos y le parecía muy cruel y fuera de lugar, que le dijera a los niños que había muchos paquetes debajo del árbol.

Se levantó y se vistió con cierta prisa para reprender al jardinero y, sobre todo, para enfrentarse a los chicos y decirles la verdad; que no tenía dinero para comprar nada. Quizá los mayores lo entendieran pero lo de los pequeños era otro cantar. Salió al pasillo, detrás de la niña y se cruzó con varios chicos que corrían de lado a lado con un evidente estado de nervios.

—¡Gabi, los regaloooooossss!

—¡Yo quiero un coche!

—Y yo un avión, no te jode.

—A qué te meto.

—¿Tú y quién más?

Gabriela caminó con lentitud hacia el vestíbulo de entrada donde los chicos habían colocado el árbol y, al llegar allí, se encontró con el grupo de chavales alrededor del abeto adornado e iluminado. Leo estaba junto a ellos y parecía sonreír feliz. Gabriela tomó aire y se acercó a los chicos para explicarles por qué no había regalos, pero su sorpresa fue mayúscula cuando el grupo se abrió para que ella se acercara y descubrió un montón de paquetes debajo del árbol.

—Gabi, ¿podemos abrir los regalos?

—Porfa, porfa, porfaaaaaa.

La joven, sin saber muy bien cómo reaccionar, asintió con la cabeza y los chicos se lanzaron a por los regalos.

—Tío, una tablet y los cascos que necesitaba.

—Yo tengo otra tablet y una gorra de los *Bulls*.

Todos abrieron sus regalos y se encontraron con que sus deseos se habían cumplido con creces. A Gabriela se le humedecieron los ojos al pensar en quién podía haberse encargado de los regalos y, cuando Alba

abrió el suyo que venía en una caja de cartón llena de agujeros y se encontró con un conejo de color blanco, se echó a llorar y miró a uno y otro lado del vestíbulo. No encontró a quién esperaba ver.

—Éste es para ti, Gabi.

Tete le tendió un paquete con su nombre y ella lo abrió con nerviosismo. Se encontró con una prenda de color blanco que no supo identificar. Cuando la extendió delante de los niños se encontró con un albornoz como los que había visto en la casa de Marco pero la única diferencia era que el nombre bordado en él era el suyo propio.

—Espero que te guste —dijo alguien a su espalda.

Gabriela se volvió y se encontró con los ojos azules y suplicantes de Marco que la observaba con cierto nerviosismo. La joven se incorporó, se acercó a él y, sin dejarle hablar, se lanzó a sus brazos y lo besó. En cuanto ella separó los labios de los suyos, se lanzó a explicarle todo lo rápido que pudo.

—Yo no sabía nada. Fue Cristian el que habló con el director del banco. No es culpa mía.

—¿Y la francesa? —preguntó Gabriela que necesitaba conocer la verdad absoluta.

—Esa mujer no significa nada —continuó él con un hilo de voz—. Ella me besó porque está desesperada y sola. Créeme, por favor.

Gabriela intentó hacerse la dura pero anhelaba tanto a Marco y, al sentirse entre sus brazos, no pudo luchar más contra lo que le dictaba el corazón por lo que se abandonó y suspiró.

—¡Ooooooooooh!

—¡Qué bonitoooooo!

—Vaya mariconada.

—Eres más tonto que *pichote*.

—A que te meto.

Gabriela pensó en cómo mediar entre los chicos como siempre hacía pero esta vez fue Marco quién tomó las riendas con el mejor de los argumentos.

—¿Quién quiere roscón?

Todos los habitantes del centro salieron corriendo en dirección al comedor donde las tazas se encontraban en su lugar. Marco acompañó a Gabriela al sitio que siempre ocupaba y le hizo un gesto para que sentara.

—Me he permitido invitar a un par de personas a desayunar con nosotros —le dijo Marco con una leve reverencia.

Gabriela no contesto pero, en cuanto el cocinero abrió la puerta del comedor y entraron los padres de Marco, dio un grito, se levantó y los abrazó para regocijo de Merche pero, en especial, de Víctor que recibió el abrazo de la joven con el corazón henchido. Gabriela miró de reojo al cocinero y vio que éste tenía los ojos humedecidos de la emoción aunque intentaba hacerse el duro. Acercó un par de sillas más a la mesa que compartía con Leo, Tete y Gabriela y le indicó a sus padres dónde podían sentarse.

Una vez estuvieron todos acomodados, Marco se marchó a la cocina y regresó un par de minutos después con una jarra de chocolate caliente y un enorme roscón que dejó sobre la mesa que compartía con Gabriela. Sin añadir nada más, partió un trozo y lo colocó en el plato de la joven. Hizo lo mismo con el de sus padres y, después, le pidió a Tete que continuará repartiendo roscón y chocolate.

—Éste es uno de los días más felices de mi vida —afirmó el cocinero para deleite de sus padres.

Gabriela agachó la cabeza al escuchar las palabras de Marco y no

pudo evitar que un par de lágrimas rebeldes resbalaran por sus mejillas.

—¿Qué te ocurre, Gabi? —preguntó con un nudo en la garganta.

—Me gustaría sentirme tan feliz como tú pero... —La joven no pudo continuar e hizo ademán de levantarse aunque Marco la retuvo.

—Gabi, quiero que seas tan feliz como yo —le dijo con emoción contenida—. Prueba el roscón.

Gabriela frunció el ceño.

—Pero...

—Por favor. Prueba el roscón.

La joven cogió un tenedor de postre y pinchó sobre la superficie adornada con fruta escarchada. Encontró resistencia e intentó clavar el instrumento unos centímetros más allá pero volvió a hallar la misma dificultad. A la tercera oportunidad lo consiguió pero, al desmigajar el roscón, se encontró con una superficie plateada dentro del dulce. Comenzó a mover el tenedor alrededor de lo que parecía ser una caja envuelta en papel de aluminio. Consiguió extraerla unos segundos después y la dejó sobre la mesa.

—¡Vaya! —exclamó Marco entusiasmado—. ¡Te ha tocado la sorpresa!

—¡Joder, que suerte ha tenido! Claro, como tiene enchufe.

—¡Paco! —lo regañó Patricia que miraba a Gabriela aguantando la respiración como el resto de chicos mayores—. ¡No seas bruto!

Gabriela intentó sonreír pero, al ver la mirada anhelante de Marco, su corazón comenzó a latir a mil por hora y su labio superior empezó a temblar. Desenvolvió la cajita y, en cuanto la abrió, Marco se arrodilló frente a ella y le cogió la mano.

—Sé que tienes problemas económicos y quiero ayudarte —

explicó el cocinero emocionado—. Déjame ayudarte.

—Marco, no es solo eso...

—Aunque sé que te vas a enfadar, he ingresado dinero en tu cuenta y no van a cerrar el centro. Ya no tienes de qué preocuparte.

Las lágrimas hicieron acto de presencia en los ojos de Gabriela y una mirada fugaz hacia una niña pequeña que los observaba la delató.

—Marco, tengo más problemas...

El cocinero asintió, se volvió hacia Alba y le tendió la mano. La niña bajó de la silla, se acercó a él y, como si supiera de lo que hablaban, esperó.

—Alba, ¿quieres que yo sea tu papá?

A la niña se le iluminó el rostro al mismo tiempo que los ojos de Gabriela brillaban de felicidad. Marco, por su parte, miró a Tete y le hizo un gesto elevando una ceja.

—¿Tú qué piensas? —le preguntó al chico—. ¿Podrás llamarme algún día «papá»?

El chaval se encogió de hombros y, muy serio, le tendió la mano.

—Podemos intentarlo —dijo, al fin, con una leve sonrisa.

Marco asintió y, con Alba sentada sobre una de sus rodillas, se giró hacia Gabriela y volvió a cogerle la mano. Con la niña haciendo equilibrios, tomó el anillo que todavía permanecía en la caja y se lo mostró a Gabriela.

—¿Me harías el inmenso honor de formar una familia muy numerosa conmigo?

Gabriela dejó que Marco le pusiera el anillo en uno de sus dedos y, bajo los aplausos y vítores de los chicos y las miradas emocionada de los

padres de él, se arrodilló a su vez y lo besó poniendo en ese gesto todo su amor.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

Marco se separó de ella y la miró con gesto escrutador.

—Miedo me da.

—Anda. No seas tonto. Solo quiero saber lo que soy para ti.

El cocinero meditó un instante y, al fin, sonrió.

—Tú eres el ingrediente que faltaba en mi vida; el ingrediente perfecto.

Gabriela sonrió a su vez y se abandonó en sus fuertes brazos.

—Sí, Marco —afirmó ella con un hilo de voz—. Quiero casarme contigo y despertarme cada mañana a tu lado.

# Epílogo

El coche llegó unos minutos antes de las nueve de la noche y Marco, a toda velocidad, descendió y rodeó el vehículo para abrirle la puerta a Gabriela. Era la primera vez que conducía desde que le retiraran el carné un año antes y se sentía inmensamente feliz. Nada más abrir la puerta, le tendió la mano a la joven y ella se puso en pie frente a él que la contemplaba orgulloso.

—Estás preciosa —comentó con la vista puesta en el vestido de color celeste que se ceñía al cuerpo de ella como una segunda piel.

—Me hace muy gorda.

Marco silbó de admiración y se echó a reír. Gabriela frunció el ceño pero, acto seguido, comenzó a reír de la misma forma.

—No tienes ni un gramo de grasa —explicó el cocinero arrugando el entrecejo—. No como yo que, desde que cocino para los niños, no hago más que engordar.

Gabriela miró el estómago de Marco y tuvo que reconocer que había cogido un par de kilos que le sentaban genial. Quizá ya no tuviera esos abdominales recortados pero se había convertido, en tan solo un año, en un hombre maduro y muy deseable. Se había cortado su coleta rubia y ahora llevaba el pelo a cepillo por lo que sus ojos azules brillaban aún más en su rostro algo menos angulado.

—Yo creo que eso es porque eres feliz.

—Para mí que es porque Pedro habla tanto que me despisto y me toca probar la comida dos veces.

Caminaron con tranquilidad hacia el restaurante. Cuando solo les faltaban unos pocos pasos para llegar, la puerta se abrió y una niña salió corriendo en su dirección.

—¡Papá!

Marco se arrodillo todo lo rápido que pudo y logró agarrar a Alba en el

último momento antes de que se estrellara con él. La tomó en brazos y ella, en cuanto llegó a su altura, lo besó con inmenso cariño y él respondió de la misma forma.

—Gabi, quiero flan para desayunar.

La joven frunció el ceño al escuchar a la niña.

—¿Nunca vas a llamarme mamá?

—Tú eres Gabi.

Marco dejó a la niña en el suelo y salió corriendo de nuevo hacia el restaurante. Se volvió hacia la joven y la abrazó.

—No se lo tengas en cuenta. Para ella siempre has sido Gabi.

—Ya lo sé. Pero me da envidia cuando te llama papá.

Él se echó a reír de nuevo y la abrazó con más fuerza.

—Anda, vamos que todos están esperando.

Caminaron abrazados y entraron en el restaurante. La vacía recepción se encontraba iluminada pero el comedor estaba a oscuras y Gabriela sintió un hormigueo en el estómago por la emoción. Llegaron a la sala y, nada más atravesar la arcada que la separaba de la recepción, la luz se encendió y un grito sonó en el salón.

—¡Feliz cumpleaños!

Gabriela miró a su alrededor y se sintió inmensamente feliz. Había pasado un año desde que Marco le regalara el anillo que se iluminaba en la oscuridad y cada uno de esos trescientos sesenta y cinco días los había disfrutado como si se tratara del último. Ante ella se encontraban todas las personas que significaban algo en su vida y le dio las gracias a Marco por organizar aquella fiesta.

Todos los niños se arremolinaron a su alrededor y ella repartió besos entre ellos. Una vez liberada del grupo infantil, se acercó a los padres de Marco para darles las gracias.

—No tienes nada que agradecernos —comentó Víctor con una enorme sonrisa en los labios—. Además, llevaba mucho tiempo sin ver a mi amigo.

El viejo Pietro apareció por la puerta de la cocina con su delantal blanco a la cintura y besó a la joven.

—Bienvenida a *La casina di Pietro*. Bueno, ahora debería llamarse *La casina di Pietro y Marco*.

—No hay que cambiarlo de nombre, mi querido socio.

Marco se acercó al amigo de su padre y ambos hombres se abrazaron. Mientras tanto, Gabriela se aproximó a una pareja que, algo apartados,

movían un carrito de niño entre los dos. Se inclinó hacia la cría y le acarició la mejilla con un dedo.

—Isabel es una niña preciosa —comentó.

—Tan preciosa como su madre. —Saúl miró a su hija con deleite y, un instante después, hizo lo propio con su mujer que le devolvió la mirada acompañada de un cálido beso. Aurora se separó de su marido y tomó a Gabriela por el brazo.

—¿Y vosotros para cuándo?

—¿Para cuándo qué?

—No te hagas la tonta.

Gabriela sonrió y se encogió de hombros.

—No tenemos prisa. Te recuerdo que ya tenemos diez niños.

Marco dejó de hablar con sus padres y se acercó a Gabriela a la que agarró por la cintura y llevó hasta una de las sillas que rodeaban una mesa de buen tamaño y adornada con varias flores blancas que ella en seguida identificó como las *Giglio di Mare* que Pietro le había regalado en su primera visita al restaurante.

Todos se sentaron alrededor de la mesa y un par de camareros comenzaron a servir la cena de cumpleaños que se componía de platos típicos sicilianos que el propio Pietro se había encargado de cocinar. Como postre, y sin obviar la tarta que llegó pocos minutos después, los Cannoli acompañados con una copita de moscatel de Noto para los adultos y adolescentes y un licor sin alcohol de manzana para los más pequeños. Tras soplar las velas y dar buena cuenta de la tarta Selva Negra que la propia Gabriela había elegido en la pastelería cercana a la casa de los padres de Marco, todos se levantaron y alzaron sus copas para brindar.

—Por Gabriela.

—Por Marco.

—Por el centro de acogida.

—Por los niños.

—Por mi culo.

—¡Paco!

Marco y Gabriela ignoraron las bromas del chico y se miraron a los ojos con la copa alzada entre ellos. Entrelazaron los brazos y bebieron.

—Por nosotros —susurraron los dos al mismo tiempo.

Se quedaron un buen rato con sus miradas unidas y con los dos corazones latiendo a toda velocidad. Se besaron con pasión y tan solo los

silbidos y vítores de los chicos lograron que se separaran.

—¡Eh! ¿Y los regalos? —preguntó Leo que se había encargado de colocar todos los paquetes en una mesa situada en un rincón.

Marco levantó una de las manos pidiendo silencio y, con mucha solemnidad, dejó la copa en la mesa antes de hablar.

—Hace un año, yo no era como soy ahora y todos lo sabéis.

—Es verdad, estabas más delgado.

—¡Paco!

—Muy gracioso —comentó Marco sin poder evitar llevarse la mano al estómago—. Como iba diciendo, he cambiado mucho en este año y todo se lo debo a Gabi.

La joven se volvió hacia él y lo miró con infinito amor antes de pegar su cuerpo al del cocinero y suspirar.

—Creo que todos le debemos mucho tanto a ella como a las personas que, en algún lugar de por ahí arriba, siempre la han acompañado.

Gabriela entendió lo que él insinuaba y sus ojos se humedecieron al recordar la imagen de sus padres que llevaba tanto tiempo escondida en algún rincón de su alma. Sintió un nudo en la garganta y no pudo ni hablar.

—Creo que esto es lo menos que podemos hacer. —Marco le tendió la mano a su padre y éste le pasó un objeto envuelto en papel de regalo que él entregó a Gabriela—. Espero que te guste.

La joven dejó el paquete sobre la mesa y comenzó a desenvolverlo con lentitud. En cuanto dejó libre su primer regalo, comenzó a sollozar. Marco tomó la placa de mármol y se la enseñó a todos.

—Centro de acogida Andrés y Mila —dijeron en voz alta al leer lo allí grabado.

—¿Quiénes son? —preguntó Tete.

Gabriela tragó con fuerza e intentó que el nudo desapareciera.

—Mis... mis padres. Son mis padres. —Se volvió hacia Marco y lo miró con más amor y agradecimiento del que nunca había sentido por nadie y dio gracias a las casualidades o al destino de que hubiera movido ficha para llevar al centro de acogida al cocinero que había dado sentido a su vida—. Gracias, Marco. Soy tan feliz.

Él le dio un tierno beso pero se vieron separados por una niña que se metió entre sus piernas y tiró de ambas perneras para llamar la atención. Gabriela la tomó en sus brazos y la besó también pero ella se separó y la miró con el entrecejo arrugado.

—Gabi, ¿si tú eres mi mamá... ellos son mis abuelitos como la abuela Merche y el abuelo Víctor?

La joven comenzó a hipar de nuevo y asintió. Marco se imaginó el nudo que ella sentiría en la garganta y tomó a la niña.

—Tú siempre tendrás cuatro abuelos.

—Pero solo veo a dos —explicó la niña.

—Los otros dos están en el cielo junto a tu tío Víctor y te cuidan desde allí.

La niña meditó un instante la respuesta y asintió. Marco la dejó ir y rodeó a Gabriela por la cintura.

—¡Buf! Me ha costado un montón no echarme a llorar.

—No te preocupes. Yo lo he hecho por los dos.

Marco se volvió hacia ella y enlazó su mirada azul con la de color miel de la joven. La abrazó y la atrajo hacia sí.

—¿Y ahora qué? —preguntó con voz dulce.

—¿Qué quieres decir?

—Solo tenemos diez niños. ¿No te apetece otro? ¡Tendríamos un equipo de fútbol!

Gabriela meditó un instante y, pasado ese tiempo, sonrió.

—Once es un número bonito.

Le guiñó el ojo y el asintió con el corazón henchido y el alma rebosante de amor. Se sentía el hombre más feliz sobre la faz de la tierra y supo que su vida, al fin, tenía sentido. Elevó la vista y le envió un guiño a su hermano.

**FIN**

## ***LAS RECETAS DE MARCO***

### **Sopa de aceite con helado de queso.**

**Ingredientes:** 1 bola de helado de queso

3 cl yogur natural.

5 cl aceite de arbequina.

10 daditos de pan de centeno frito.

10 grs rúcula.

Sal Maldon.

**Pasos:** Secar bien la rúcula y freír. Poner el aceite en plato sopero, en el centro la bola de helado, sobre el helado las hojas de rúcula fritas y sobre éstas un pellizco de sal Maldon.

Repartir el pan frito sobre el aceite junto con el yogur batido. Servir de inmediato. (Para 1 persona).

### **Solomillo al whisky con chalotas y kumquats.**

**Ingredientes:** ½ kg solomillo de cerdo.

6 chalotas.

12 kumquats.

130 ml whisky.

2 cucharaditas de azúcar moreno.

Pimienta negra.

Aceite de oliva virgen extra.

Sal.

**Pasos:** En una base de aceite de oliva dorar el solomillo salpimentado a fuego fuerte. Una vez dorado en su contorno, añadir las chalotas peladas y dorar a su vez a fuego lento. Regar con whisky y hacer a fuego medio 10.15 minutos. Incorporar los kumquats en mitades, el azúcar y sal al gusto y caramelizar. Servir en rodajas acompañado por las chalotas y los kumquats. (Para 6 personas).

### **Suspiros de nata**

**Ingredientes:** 300 grs harina.

50 grs mantequilla.

½ litro de agua.

6 huevos.

Canela en rama.

1 limón.

Miel.

10 grs azúcar.

Sal al gusto.

½ kg nata montada.

Almendras tostadas.

**Pasos:** Hervimos el agua con la canela y la corteza de limón. Derretimos la mantequilla y añadimos el agua sin el limón y la canela y, acto seguido, añadimos la harina. Batimos los huevos con el azúcar y añadimos. Con una cuchara echamos bolitas en una sartén y doramos. Una vez frías, se abren con un cuchillo se rellanan con nata. Con un pincel se pintan con miel y se adornan con las almendras.

### **Cuna de los Dioses**

**Ingredientes:** Jugo de limón.

1 kg azúcar.

½ kg higos maduros.

165 grs queso Mascarpone.

315 ml nata líquida.

1 cucharadita de gelatina.

1 cucharada de café soluble.

**Pasos:** En una sartén vertemos una taza de azúcar y una cucharada de agua. Una vez disuelto, añadimos el limón y dejamos al fuego. En cuanto dore, echamos hilos sobre una taza hasta cubrir. Limpiamos y troceamos los higos. Ponemos a hervir ½ litro de agua, ½ kg azúcar y el zumo de medio limón junto con los higos y cocinamos a fuego lento retirando la espuma.

Batimos el queso Mascarpone junto con el azúcar restante hasta lograr una crema espesa. Desmoldamos la taza de caramelo y bañamos las paredes con la mermelada de higos. Llenamos con la crema Mascarpone, adornamos al gusto y reservamos en la nevera.

### **Tallarines con salsa de champiñones, trufa y parmesano**

**Ingredientes:** 350 grs tallarines.

250 grs cremè fraîche.

40 grs parmesano.

20 grs trufa negra fresca.

Pimienta negra recién molida.

Sal al gusto.

**Pasos:** Cocemos la pasta y la retiramos cuando esté al dente. Mientras tanto, en un cuenco rallamos el parmesano junto con la trufa para, acto seguido, incorporar el cremè fraîche y un poco de pimienta y sal. <escurrimos la pasta dejando un poco de agua y, tras devolverla a la cacerola y añadir la salsa, se deja a fuego lento un par de minutos.

### **Besos de chocolate**

**Ingredientes:** 185 grs mantequilla derretida.

3 huevos.

1 taza azúcar granulada.

1/3 taza azúcar morena.

1 taza cacao en polvo.

1 y ¼ taza de harina.

1 cucharada de polvo de hornear.

6 onzas de chocolate negro.

**Pasos:** Precalentar el horno a 160 grados. Mezclamos la mantequilla, el azúcar y los huevos. Tamizamos la harina, el polvo de hornear y el cacao y mezclamos bien. Rellenamos hasta la mitad seis moldes resistentes al calor y con la mezcla y dejamos caer una onza en cada uno de ellos para, posteriormente, cubrir con el resto de la mezcla. Dejamos en el horno durante veinte minutos. Servimos en las tazas acompañado con helado de vainilla.